

CALIDRIS ALBA

EL NIÑO TEJÓN

En un tiempo perdido y olvidado, grandes carnívoros dominaban una tierra enteramente salvaje.

Todos los seres vivos les temían, incluso los neandertales

ÍNDICE

INVIERNO

I.	En algún punto de la actual comarca del Maestrazgo (Teruel, Aragón)	
1.	La huida	4
II.	En algún punto de la actual delta del Llobregat	
2.	El grupo de la costa	19
3.	El pájaro blanco	29
4.	Cangrejos, mejillones y erizos de mar	39
5.	Un hombre mal hecho	48

PRIMAVERA

III.	De camino al risco siguiendo el río Llobregat hasta encontrar el río Anoia	
6.	El palo que dibuja	54
7.	Un hombre no caza nunca solo	61
8.	La marca del territorio	69
9.	Ser viejo	75
10.	Una debilidad	81
IV.	Refugio del risco (el actual Abric Romaní, Capellades)	
11.	El grupo de las tierras del oso	88
12.	El conflicto	97
13.	El enfrentamiento	106
14.	Que se lo coman las hienas	115

VERANO

V.	Cueva del oso (actual cueva de Las Teixoneres y cueva del Toll, Moià)	
15.	Vamos a matar hienas	124
16.	La cueva	133
VI.	En algún punto en el oeste de la comarca de Òdena	
17.	Un encuentro inesperado	142
18.	La niña no se equivoca nunca	151
VII.	En algún punto de la Cataluña interior	
19.	Una decisión difícil	158
20.	La miseria	166

OTOÑO

VIII.	Cueva del oso (actual cueva de Las Teixoneres y cueva del Toll, Moià)	
21.	El amigo alado	176
22.	El sueño del oso	185
23.	El ataque del oso	195
24.	La premonición	203
IX.	Refugio del risco (el actual Abric Romaní, Capellades)	
25.	El reencuentro	210
26.	El instinto de supervivencia	218
27.	La luna de sangre	224
28.	Recuerdos de tierras lejanas	230
29.	Los desconocidos	238
30.	Los muertos	245
31.	Los vivos	253
32.	Dos jefes, un solo grupo	260
X.	Cueva del oso (actual cueva de Las Teixoneres y cueva del Toll, Moià)	
33.	La niña tiene que irse	268
34.	La piel del oso	275

INVIERNO

XI.	Límite norte del territorio (la actual llanura de Vic)	
35.	Camino a la costa	285
36.	La tormenta	293
XII.	En algún punto de la costa, entre los actuales ríos Llobregat y la Tordera.	
37.	Parir una criatura	300
38.	Los gigantes negros	308
39.	La despedida	313
40.	La vida continúa	319

PRIMAVERA

XIII.	Al cabo de unas pocas lunas, en el mismo lugar.	
41.	Una primavera tras otra	325

INVIERNO

I. En algún punto de la actual comarca del Maestrazgo (Teruel, Aragón)

1. LA HUIDA

Los humanos

Al caer la noche, aquellos que habían participado en la cacería del uro se sentaron sobre troncos y piedras, formando un círculo alrededor de una hoguera que apenas lograba mantenerse encendida. Las expresiones en sus rostros reflejaban la tensión y la concentración que habían marcado la jornada. Un joven reunía ramas secas y pequeñas astillas, añadiéndolas a la hoguera y soplando con energía para reavivar las brasas que aún persistían. Los demás lo observaban en silencio, absortos en sus pensamientos. Tras unos instantes de esfuerzo y algunas palabras de aliento, pequeñas llamas comenzaron a danzar y a iluminar los rostros reservados. A medida que el fuego crecía, las caras se fueron relajando, llenándose de sonrisas. Rápidamente, las anécdotas sobre la cacería de aquella mañana se mezclaron con risas, bromas y palmadas amistosas, creando un vínculo que iba más allá del calor de la hoguera. Los niños, manteniéndose a distancia, observaban con admiración y envidia, deseando que alguno de los hombres los invitara a unirse a la calidez del círculo.

Uno de los cazadores, gesticulando exageradamente como si aún pudiera revivir la emoción del momento, comenzó a relatar cómo él había sido el primero en clavar la lanza en la carne del uro. De repente, señaló a uno de los jóvenes que había participado en la cacería y, dirigiéndose a los demás, sonrió ampliamente.

—¿Pero, no lo visteis? ¡Hasta le temblaban las piernas! —exclamó el hombre, lo que provocó la risa general.

—¡No me temblaban las piernas! Estaba concentrado —se defendió el joven, visiblemente avergonzado.

—¡Anda ya! Cuando viste al uro, te quedaste paralizado —insistió el hombre, riendo a carcajadas.

—Te digo que estaba concentrado. Y me sorprendió que embistiera con tanta fuerza.

–Pues ese ya era viejo. Los jóvenes son aún peores. ¡Niños, acercaros! ¿Conocéis la historia del uro de un cuerno? –preguntó el hombre, consciente de que los niños deseaban sentarse entre los cazadores.

Unos pocos niños y niñas mayores se incorporaron con rapidez y se unieron al fuego, junto a los hombres, entusiasmados por escuchar sus relatos y deseosos de que llegara el día en que se les permitiera acompañar a los cazadores en sus emboscadas. Conocían, por experiencias anteriores, la historia de un enorme uro que poseía un solo cuerno y se resistía a morir. Sin embargo, escuchaban en silencio, exclamando de admiración cuando el hombre callaba y estallando en risas nerviosas cuando los adultos sonreían.

De repente, unos gritos rompieron el hilo de la narración, haciendo que todos los presentes alrededor del fuego dirigieran sus miradas hacia el fondo del campamento. En la parte más húmeda y fría, un hombre yacía sobre unas pieles de conejo, moviéndose de manera convulsiva y gritando palabras ininteligibles. Era habitual que ese hombre tuviera sueños agitados y chillara en medio de la noche, despertando a quienes dormían. Normalmente, su hijo se encargaba de que se diera la vuelta y guardara silencio; sin embargo, esa noche el hombre dormía solo.

Uno de los cazadores hizo una señal con las manos hacia uno de los niños que se hallaban sentados con los hombres. El niño frunció el ceño, miró hacia donde dormía su padre y se levantó a regañadientes. Con un puntapié logró que el hombre callara, permitiéndole regresar al calor de la hoguera, con la mirada baja para evitar cruzar palabra con los hombres o ver las muecas de los demás niños. Al menos había conseguido que su padre guardara silencio y él podría seguir disfrutando de las historias de los cazadores. Sin embargo, al notar que el silencio persistía, el niño levantó la mirada y observó en los ojos de los hombres una expresión de desconcierto. Con el corazón en un puño, se dio la vuelta y vio a su padre de pie, señalando insistentemente las llamas. Ni siquiera cuando el líder del grupo ordenó al hombre que se marchara, este lo hizo, permaneciendo de pie, con la cabeza alta y la mirada perdida en la hoguera. Al notar que los hombres se incomodaban, el niño se levantó y cogió a su padre por el brazo, intentando hacerle entender que debía regresar a la parte más inhóspita del campamento y permanecer allí.

Que su padre fuera tan brusco en apartar su mano, sorprendió al niño.

Que su padre se arrodillara, agarrara un pesado nódulo de sílex y lo levantara sobre su cabeza, lo dejó perplejo.

Que su padre descargara el peso de la piedra sobre la cabeza de uno de los hombres que tenía delante, hizo que él se horrorizara y diera un salto hacia atrás.

—¿Qué haces? ¿Te has vuelto loco? —gritó el niño a su padre.

—Vas a morir —gritó el jefe del grupo.

A partir de ese instante, todo sucedió muy deprisa: gritos, golpes, más gritos, sangre, gente corriendo... silencio y oscuridad.

La noche era fría, húmeda y tan oscura como puede ser una noche sin la presencia de la luna. El fuego de la entrada del campamento se había apagado y una de las mujeres del grupo intentaba reavivarlo soplando con insistencia. El niño permanecía de pie, con el corazón y la respiración acelerados, tratando de discernir en la penumbra dónde se encontraba su padre y qué había sido de él. Cuando las llamas volvieron a iluminar, se percató de que un hombre yacía en el suelo, con un corte profundo en la sien y la ceja partida, mientras varias mujeres intentaban detener la hemorragia con sus manos. Los demás hombres y algunas mujeres habían salido al exterior. Las lanzas habían desaparecido del rincón que solían ocupar.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó el niño a una de las mujeres.

Cuando ella, con desdén, le indicó hacia el exterior, comprendió que su padre había logrado escapar y que los cazadores habían salido a matarlo.

El niño se mantuvo erguido en la entrada del campamento, prestando atención a los sonidos provenientes del interior del bosque, intentando discernir si los cazadores habían conseguido atrapar a su presa o si aún persistían en su búsqueda. Al percibir gritos que se alejaban hacia el río, comprendió que su padre había optado por esa ruta en su intento de escapar, lo cual indicaba que no regresaría a buscarlo.

—Eres como tu padre, un cobarde. Nunca serás cazador —le gritó uno de los niños que se mantenían junto a las mujeres.

—¡Cállate! —respondió él, sin darse la vuelta.

—Tu padre está muerto. Y tú nunca serás cazador —volvió a gritar el mismo niño.

Él se cubrió los ojos con las manos, consciente de la urgencia de su decisión: permanecer en el grupo o intentar encontrar a su padre antes de que lo hicieran los cazadores, para marchar juntos lejos de allí. Sopesó las opciones; por una parte, él y su padre llevaban un par de inviernos en el grupo y se sentían a gusto y, aunque no eran completamente aceptados, al menos comían regularmente. Siendo aún un niño que no había causado daño alguno, él tenía la posibilidad de continuar formando parte del grupo. Además, recientemente, los cazadores lo habían aceptado entre ellos durante las noches en que discutían sobre la mejor

manera de matar a una presa, aunque continuaban sin permitirle acompañarlos en la tarea de acechar, emboscar y cazar a los animales. Por otro lado, sabía perfectamente que aquel no era su grupo de nacimiento y que no había ningún lazo familiar que lo uniera a esos hombres y mujeres. La única persona que se preocupaba por él era el hombre que ahora huía río arriba para salvar su vida; su padre.

—¡Vete! —gritó con desprecio una niña que también se mantenía al lado de las mujeres.

—¡Muérete! —le gritó a su vez el niño, saliendo del campamento, decidido a no regresar nunca más y convencido de que nadie intentaría detenerlo.

Sin embargo, en el momento en que se encontró a solas, la oscuridad lo abrazó y lo envolvió en un silencio profundo. Detenido en su camino, con apenas unos pasos andados, el niño se concentró en los sonidos; las voces de los hombres se habían desvanecido y solo logró discernir el ulular de un cárabo a lo lejos y, tal vez, el murmullo de un arroyo cercano, poco más. En medio de tan escasa cacofonía, el latido de su propio corazón se volvió ensordecedor, tanto que el niño se asustó, llevándose las manos primero al pecho y luego a los oídos.

Era la primera vez que se aventuraba solo en la noche, sin la protección de un adulto a su lado. Todos sabían que moverse en grupo era la mayor garantía para evitar ser devorado por un depredador, y que, al caer la noche, adentrarse en el bosque era muy arriesgado, pues en la oscuridad no se veía. Pero en ese instante, él estaba solo, la noche lo rodeaba y el miedo se apoderaba de él, porque aún era un niño.

Un crujir de ramas en la maleza le indicó que algo se acercaba. Agudizó sus sentidos y comprendió que lo que se aproximaba lo estaba acechando, y él, nervioso, no lograba discernir la naturaleza de su perseguidor. Podía ser un leopardo, un lobo solitario, alguna otra bestia o incluso un humano. Si eran los que buscaban a su padre para matarlo, él también podría morir. Se ocultó bajo unos helechos, esperando en silencio, esforzándose por calmar los latidos de su corazón para no ser descubierto y que su perseguidor pasara de largo.

Su padre había huido y lo había dejado atrás. ¿Cómo pudo hacerle esto? En ese instante lo odiaba con toda su alma. ¿Qué hacía él, escondido entre helechos, solo, en una noche tan oscura? Debería estar sentado entre los cazadores, charlando sobre la caza y las lanzas, seguro entre ellos, no temblando de miedo mientras intentaba encontrar a su padre para ir a... ¿A dónde podría ir ahora?

El miedo es un compañero traicionero, y él se sintió atrapado, rodeado por un enemigo invisible, una bestia que lo acechaba con la certeza de que pronto lo hallaría y acabaría con su vida.

Después de unos momentos de verdadero temor, el niño se golpeó el pecho con un puño, inhaló profundamente varias veces y se repitió a sí mismo que no era como su padre, que jamás lo sería, que él sería cazador y que los cazadores no conocían el miedo. Acto seguido, se levantó con determinación, decidido a no dejarse acobardar, ni por la oscuridad ni por aquellos que acechaban a su padre.

Decidido, optó por ascender la colina, hasta hallar el río, para conseguir interceptar a su padre.

La hiena

El macho se sentía fatigado de vagar solo, añorando la calidez y la seguridad de un clan. Desde que dejó su grupo de origen no había encontrado una manada que lo aceptara y la soledad comenzaba a pesarle. Deseaba volver a ser parte de un clan de hienas, aunque eso significara ocupar el último lugar en la jerarquía, ser el último en probar la comida y renunciar a cualquier oportunidad de apareamiento con las hembras. Todo esto se volvía insignificante ante la posibilidad de unirse a una manada, seguir a una poderosa hembra líder y, sobre todo, disfrutar de la caza en equipo.

Era joven, le faltaba experiencia y no se le daba bien cazar jabalíes o corzos. Ni siquiera se atrevía a acercarse a ciervos, gamos, caballos o uros, pues sabía que no tenía ninguna posibilidad de abatirlos. A menudo, se conformaba con los restos que otros depredadores abandonaban, o se metía en el agua en busca de ratas, castores o cualquier pequeño animal que no tuviera agilidad para escapar.

Aquella noche oscura, había olfateado débilmente la presencia de un tejón y pensó que un animal tan grasiento como ese le proporcionaría la energía suficiente para justificar el esfuerzo de la caza. Siguió su rastro, que se localizaba a medio camino entre el campamento humano y el río. Lo extraño de esa noche era que los humanos parecían especialmente inquietos y habían salido a cazar en la oscuridad, algo inusual en ellos.

Decidió mantenerse alejado de los humanos y seguir el rastro del tejón que ascendía por la ladera de la colina.

Tenía hambre y estaba decidido a atrapar a esa bestia grasienta, que suponía enferma y débil, ya que su rastro era apenas perceptible. Quería al tejón y estaba decidido a conseguirlo.

Los humanos

Al llegar al río, el silencio fue interrumpido una vez más por el crujido de ramas secas y el susurro de hojas, moviéndose como si un cuerpo voluminoso se aproximara. El niño, más sereno, se agachó entre unos troncos caídos y aguardó. Cuando el canto de un cárabo atrajo su atención, su rostro esbozó una leve sonrisa, aunque permaneció inmóvil. Una vez más, el cárabo ululó, esta vez más agudo. Entonces, él se sintió seguro, se enderezó y emergió de su refugio.

—¿Padre, eres tú? —susurró el niño, dirigiéndose hacia donde el cárabo alzaba su voz.

—Sí, soy yo. ¿Estás bien? —respondió el hombre al salir de entre unos arbustos.

—No, no estoy bien. He pasado mucho miedo —admitió el niño, aún nervioso por lo ocurrido—. ¡Me has dejado solo! ¡Y de noche! ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loco?

—Hablaemos más tarde. Ahora debemos alejarnos de los cazadores. Si nos encuentran, nos matarán —dijo el hombre, mirando a su alrededor, aún visiblemente nervioso.

—Te matarán a ti. Yo no he hecho nada.

—¡Vamos! Ya hablaemos cuando estemos a salvo. Caminemos hasta que amanezca. No se atreverán a seguimos tan lejos. Han dejado las mujeres y los niños solos —insistió el hombre, sintiéndose aliviado por no haber perdido a su hijo.

Cuando el sol asomó en el horizonte, el hombre y el niño habían dejado muy atrás el campamento que los había acogido los dos últimos inviernos. Subieron una suave colina y se aseguraron de que nadie los siguiera mientras cruzaban los prados. Buscaron un lugar para esconderse y descansaron.

—¿Qué ha pasado con tu capucha? —preguntó el niño a su padre.

—La perdí durante la huida. Deberemos desplazarnos por el interior del bosque. Hasta que pueda hacerme otra. ¿Sabías que te localicé gracias a tu capucha?

—¿A mi capucha? ¿Por qué?

—Porque huele muy mal. No la frotaste lo suficiente. Continúa oliendo a bestia muerta —dijo el hombre, arrugando la nariz.

—¡No huele tan mal! A mí me gusta. Sí que la trabajé lo suficiente. ¡Y no huele a bestia! —exclamó el niño, sacándose la capucha, acercándosela a la nariz y disimulando una mueca.

—¡Huele fatal! Pero la necesitas, ya lo sabes —exclamó el hombre, deseando que su hijo hubiera prestado atención cuando le enseñaba a trabajar la piel.

—No quiero hablar de la capucha. Quiero saber qué ha pasado esta noche. Te he visto. Has intentado matar a uno de los cazadores. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué lo has hecho? —preguntó el niño, ajustándose nuevamente la piel sobre la cabeza.

—No puedo explicártelo.

—¿Por qué no? Por tu culpa estamos de nuevo solos —insistió el niño—. Así nunca aprenderé a cazar.

—No sé qué ocurrió. Todo resulta confuso. Sé que estaba dormido. Sé que tenía una pesadilla. Sé que me desperté. Recuerdo un hombre que llevaba una lanza. Recuerdo que todos corrían detrás de mí.

—Has golpeado a un cazador con una piedra. Le has abierto la ceja. Has estado a punto de acabar con él.

—No lo entiendo. Tal vez esté relacionado con el sueño. Un gigante apareció en mi sueño. Un gigante ala de cuervo intentó matarme. Yo solo traté de defenderte del gigante —intentó justificarse el hombre, balancearse hacia delante y hacia atrás, consciente de que sus palabras carecían de sentido.

—¿De qué gigante ala de cuervo hablas? No había nadie. Solo la gente del grupo. Y me has dejado solo. Eres un cobarde —dijo el niño, que, herido por la actitud de su padre, dejó escapar la palabra "cobarde" desde lo más profundo de su ser, aunque en el fondo se sentía aliviado de que este estuviera vivo y de que se hubieran reencontrado.

—Debemos seguir adelante. Necesitamos salir del territorio de los cazadores. Hay que encontrar un río caudaloso. El río marca el límite. Debemos seguir su curso aguas abajo. Hasta llegar a la desembocadura. Por allí será menos peligroso cruzar. Entonces estaremos a salvo. Continuaremos hasta encontrar un nuevo grupo.

—¿Crees que el grupo nuevo nos aceptará? Estoy harto de tantos cambios. Quiero ser como los demás niños. ¡Deseo que nos dejen formar parte del grupo!

—Mientras expresaba su frustración, los ojos del niño mostraban un cansancio demasiado profundo para su corta edad.

El hombre guardó silencio. También él se sentía abatido. Llevaba mucho tiempo, sintiéndose cansado de no poder participar en las cacerías, de tener que roer los huesos que los demás despreciaban, de mostrarse sumiso, de ocupar los lugares menos confortables en los campamentos, de vivir con miedo...

Aún les quedaba un largo trecho por recorrer antes de dar con un nuevo grupo que estuviera dispuesto a acogerlos. Tanto el hombre como el niño eran conscientes de que, si no alimentaban sus estómagos, pronto se verían mermados de fuerzas y determinación para seguir avanzando. El hombre pretendía cazar un par de conejos, por lo que se dirigió al río en busca de fragmentos de granito repletos de cuarzo y algunas ramas tiernas de avellano. Con los materiales en mano, se sentó junto al niño y comenzó a golpear una piedra grande con otra más pequeña, buscando obtener astillas afiladas. Una vez que logró su objetivo, tomó una rama, la que le pareció menos torcida, y afiló su extremo. No había tiempo para enderezarla con fuego, pues el humo podría delatar su posición, y no deseaba volver a esconderse de los cazadores. El niño aparentaba estar dormido, pero el hombre sabía que sus ojos seguían cada uno de sus movimientos.

—Listo. Tengo la lanza preparada. Ahora solo falta encontrar una madriguera de conejos. Esta noche cenaremos carne hasta saciarnos. Mañana tendré una cálida capucha preparada. Mañana dejaremos atrás el bosque. Quédate aquí y descansa. Regresaré con carne para comer.

Con determinación, el hombre se dirigió hacia el prado cercano al río. En una suave pendiente arenosa, los conejos habían excavado varios agujeros que utilizaban como entradas y salidas. El hombre inspeccionó los alrededores, husmeando en cada una de las cavidades que encontraba. Cuando se convenció de que no había más agujeros de los que él había visto, buscó piedras pesadas. Con cuidado, trasladó las piedras hasta la conejera, colocándolas en las cavidades para bloquear las salidas. Solo dejó dos agujeros abiertos. Uno lo cubrió con un trozo de piel de conejo que arrancó de su manga y lo fijó en el suelo con cuatro palos afilados. Con dos piedras que había recogido del río y una seta muy seca que había arrancado de un tocón, encendió un fuego y sopló fuerte hacia el interior de la otra cavidad, sin apartar la mirada de la piel que había clavado en el suelo.

Al poco, el humo comenzó a irritarle la garganta y los ojos, provocándole lágrimas y un fuerte ataque de tos. Tardó un rato en recuperar la respiración y disipar los efectos del humo. Una vez restablecido, se levantó y vio que la piel que cubría el agujero estaba rasgada y que los palos estaban esparcidos por el suelo. Era imposible que el conejo hubiera podido romper los palos y rasgar la piel, pues los había fijado con firmeza. Se detuvo a pensar, olfateó el aire y examinó el terreno. Nada. Al llegar a una zona de barro, descubrió las huellas: un lince.

Tomó la pequeña lanza de avellano y una sonrisa se dibujó en su rostro.

El hombre sorprendió al animal justo cuando este se encontraba devorando un conejo. Con la lanza lista y el viento soplando a su favor, se preparó para el momento. En el último instante, el lince se giró para enfrentarlo, pero el animal había perdido la ventaja.

Orgulloso, el hombre regresó al lugar donde descansaba su hijo, con los hombros en alto y caminando lentamente para que el niño viera lo que llevaba colgado a su espalda. ¡Había cazado un lince! ¿Quién podría dudar ahora de su habilidad para cazar? Una vez que hubiera descansado y comido, se encargaría de preparar la piel para hacerse una nueva capucha.

El niño sonrió a su padre y se levantó del rincón donde había estado echado.

—¿Has podido dormir? —preguntó el hombre, dejando caer el lince muerto a los pies del niño, con la satisfacción de un cazador que espera que su hijo sienta orgullo de su padre.

—No. Estoy intranquilo. Tengo la sensación que alguna bestia me acecha. Pero veo que has traído comida. Un lince es mucho mejor que un conejo —respondió el niño, acariciándose el estómago y sacando la lengua.

—No percibo ninguna amenaza. El lince era joven. Los adultos no se dejan acorralar tan fácilmente. ¡Mira qué cabeza tan grande tiene! Hoy me esforzaré al máximo. Mañana tendré lista mi capucha.

—Necesitarás más tiempo para curtir esta piel. No dispones de las herramientas adecuadas. Además, debes dormir —dijo el niño, mirando con envidia la majestuosa cabeza del felino.

—Aunque no esté terminada, la llevaré puesta. Debemos abandonar este bosque. Necesitamos avanzar por los prados abiertos. Debemos dejar atrás el territorio del grupo. De lo contrario, los cazadores nos alcanzarán.

El lince aún conservaba el calor y no les costó de eviscerar. Mientras el hombre mantenía tenso el animal, el niño realizó un corte desde la garganta hasta el ano, retirando las vísceras para que los fluidos corporales no mancharan la preciada piel.

—No podemos encender fuego. Nos lo comeremos crudo —anunció el hombre, partiendo el hígado y entregando una mitad al niño.

–No hay problema. Estoy hambriento.

El hígado no fue suficiente para saciar el hambre del niño, así que este tomó un cuchillo y se dispuso a separar una de las patas del animal.

–Deja ese muslo. Coge el corazón, los ojos y la lengua –exclamó el hombre. – Déjame a mí los riñones. El cerebro no debemos tocarlo. Si aplasto el cráneo, arruinaré la piel. La carne de las patas nos la llevaremos. Nos dará de comer varios días más.

Absortos en su tarea de alimentarse, padre e hijo no se dieron cuenta de que algo se acercaba. No fue hasta que el viento les trajo el hedor de la bestia que ambos se alertaron. El hombre agarró la lanza y el niño recogió una piedra del suelo. El niño tenía razón; una criatura los acechaba.

–No te muevas de mi lado –ordenó el hombre.

–¿Qué es? Huelo una bestia que no identifico –preguntó el niño, asustado.

–¡Hiena! –respondió el hombre, levantando la lanza por encima de su hombro.

–¿Es una hiena o son varias?

–No estoy seguro. Creo que solo hay una.

–¿Qué hacemos si se acerca?

–No se acercará.

–Pero si lo hace, ¿qué hacemos? Las hienas son enormes. No podrás clavarle la lanza solo. Si estuvieran aquí los otros cazadores... ¿Corremos hacia aquellos árboles? ¿Trepamos a lo alto de un pino?

–Las hienas son más rápidas que nosotros. Mantén la calma; no se acercará.

El hombre cometió un error, porque la hiena sí se acercó.

La hiena

Al macho de hiena le sorprendió ver a un humano deambular solo con su cría. Por lo que había observado, los humanos solían agruparse en pequeñas manadas y nunca andaban solos. Había estado siguiendo el rastro de su presa durante un tiempo, y al fin la encontró, solo para llevarse una gran decepción. El animal esperaba atrapar un tejón debilitado, pero se topó con una cría humana ya crecida que, curiosamente, llevaba un tejón muerto sobre su cabeza. Con los humanos había que ser cauteloso; sus palos eran tan afilados como los dientes de cualquiera de ellas.

Al ver al humano adulto acercarse, el joven macho lamentó no haber saltado antes sobre la cría, cuando esta estaba sola. Así que evaluó sus opciones; él era más corpulento y fuerte que los dos humanos débiles, y tenía claro su paradero. En cambio, los humanos aún no lo habían visto, aunque uno de ellos empuñaba un palo afilado. Podía flanquearlos y atacarlos por la retaguardia; si se deslizaba en silencio, ningún sonido delataría su acecho.

La hiena notó que el viento cambiaba de dirección y aprovechó esa ventaja para moverse, complacido al ver que los humanos seguían concentrados en los arbustos que él había dejado atrás. Llevaba días sin comer y su estómago rugía de hambre. El aroma de la sangre del lince descuartizado intensificó su apetito y el macho comenzó a salivar copiosamente mientras aguardaba el momento oportuno.

Primero intentaría sorprender a los dos humanos, deseando que huyeran sin necesidad de enfrentarse a ellos; con el lince muerto le bastaría. Pero si los humanos se negaban a abandonar la presa, entonces no dudaría en atacar. Su primer objetivo sería el más vulnerable, el niño, que no llevaba ningún palo afilado. Así podría hacer que el adulto se retirara despavorido.

Tenía hambre, deseaba comer, y aquella parecía una estrategia prometedora.

Los humanos

El hombre tuvo el tiempo justo de girarse, empujar al niño con un movimiento brusco e impulsar con fuerza el brazo que tenía levantado a la altura del hombro. La rama de avellano, con su extremo afilado, se incrustó en el muslo de la imponente bestia que se abalanzaba sobre el niño. La punta solo logró penetrar débilmente en la resistente piel de la hiena, rompiéndose la rama y dejando la mitad en el suelo. La hiena se detuvo de golpe, soltando un grito agudo, y luego, con un giro ágil, utilizó su poderosa mandíbula para arrancarse el trozo de avellano de su pierna. Con una risa nerviosa, se alejó cojeando hacia la espesura del bosque.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó el niño, con sus ojos fijos en la distancia entre su padre y el trozo de vara que reposaba en el suelo.

—¡No te acerques! No sabemos si ha escapado. Podría estar escondida entre los arbustos —gritó el hombre, visiblemente nervioso.

—¿Cómo lo has hecho? La lanza se ha hundido en su muslo. ¡La hiena estaba muy lejos! —exclamó el niño, tratando de calcular la distancia que había recorrido la lanza.

—¡Te he dicho que no te acerques! —el hombre, aún tembloroso, golpeó suavemente la cabeza de su hijo con el puño cerrado para hacerle entender que acababa de dar una orden.

El niño comprendió que, si no fuera por la lanza que había volado, la bestia se habría abalanzado sobre él, y ahora su cabeza podría estar aplastada entre los dientes del animal. Se agachó y recogió los dos fragmentos de la rama de avellano. Mientras intentaba volver a unirlos, se volvió hacia su padre.

—¿Pero, tú has visto lo que has hecho? ¿Cómo es posible?

—¡Vámonos! Las hienas nunca actúan solas. El resto del clan debe estar cerca.

—No me has respondido. ¿Cómo lo has hecho? Las lanzas se clavan. Las lanzas no vuelan. ¿Cómo lo has hecho? —insistió el niño, con curiosidad.

—Te lo explicaré esta noche. Cuando estemos lejos de aquí. Cuando tengamos la protección de un buen fuego. ¡Ahora, muévete!

Al echárseles la noche encima, padre e hijo habían avanzado una distancia considerable, dejando atrás valles, riachuelos y colinas. La fatiga era evidente en sus cuerpos, pero una sensación de seguridad iba creciendo en ellos. Se acercaban al límite del territorio del último grupo que los había acogido y sabían que, al amanecer, esa etapa quedaría atrás. Entonces, el alivio sería mayor, pues ningún cazador se atrevería a cruzar esas fronteras en busca de una presa.

Ya sin la luz del día, el hombre se esforzaba en encontrar ramas de pino rectas y de igual longitud, mientras su hijo había encendido un fuego y recogía pinaza, siempre atento a los movimientos de su padre. Cuando todo estuvo listo, ambos se quitaron las pieles de conejo y las dispusieron sobre la estructura de palos que el hombre sostenía con enredaderas. Dejar un buen espacio abierto sobre el fuego era esencial. Una vez dentro de su improvisado refugio, padre e hijo compartieron la carne del lince cazado esa misma mañana.

El niño seguía sintiendo un ligero desdén hacia su padre, a quien siempre había visto como un inepto. Pero en ese instante, una nueva perspectiva comenzó a crecer en su mente: tal vez no era tan inútil, después de todo, si era capaz de hacer volar palos afilados.

–¿Vas a explicármelo o no?

El hombre, absorto en su tarea de alcanzar el fémur del lince para romperlo y extraer la sustanciosa médula, respondió a su hijo con desdén.

–Una vez, hace tiempo, tuve una lanza que volaba.

–¿Cuándo? Nunca te he visto hacer eso. Tú no cazas con la lanza. Los hombres no te quieren con ellos. Tú...

–Hace mucho tiempo. Cuando tú tenías pocas lunas. Del mar llegaron unos cazadores. Ellos traían lanzas que volaban. Ellos acabaron con nuestro grupo.

–¿Qué? ¿Acabaron con el grupo? ¿Quiénes eran esos cazadores?

–Eran distintos. Tenían lanzas que volaban. Mataron a todos. Sin ni siquiera acercarse –dijo el hombre, con la cabeza baja, encorvado por el peso de recuerdos lejanos y dolorosos, moviéndose rítmicamente adelante y hacia atrás.

El niño luchaba por creer lo que su padre decía, pues nunca antes le había contado algo así.

–¿Por qué nosotros seguimos vivos?

–Nosotros logramos escapar. Antes de huir, cogí una lanza voladora. Pero se rompió con el tiempo –el hombre continuaba balanceándose, buscando la forma de contar lo que prefería ocultar a su hijo.

–¿Y madre?

–Está muerta. Tengo sueño. No quiero hablar más. Ya te he lo contado suficiente. Cuando seas mayor, seguiremos esta charla. ¡Ahora calla y duerme!

–¿Cómo murió? –preguntó el niño, sorprendido por la revelación inesperada.

–¡A dormir!

–¿Cómo murió?

–¡A dormir! Cállate, o no te contaré nada más.

–¿Por qué atacaste al cazador? –insistió el niño, confundido por todo lo ocurrido.

–No lo sé. ¡Cállate y duerme! Mañana tenemos mucho camino por delante. Deberíamos encontrarnos con un grupo.

–¡No quiero otro grupo! –protestó el niño—. No quiero pasar por lo mismo. ¡Otra vez no! ¿Podríamos vivir solo tú y yo? ¿Sin nadie más?

–No.

—¿Por qué no?

—Ya has visto lo que ha pasado hoy. ¡Mira lo que ha sucedido con la hiena! Necesitamos la protección de un grupo. Tú necesitas aprender de los cazadores. Yo necesito mujeres.

—¿Mujeres? ¿Para qué? ¡Nunca has estado con ninguna! No necesitamos a nadie. Hoy me defendiste bien de la hiena. Podrías hacer más lanzas voladoras. Podrías enseñarme a hacerlas volar.

—Por supuesto que necesitamos un grupo. Un hombre no es nada sin él. Un hombre vive poco tiempo solo.

—Pero, las lanzas que vuelan...

—Nunca más volveré a hacer volar una lanza.

—¿Por qué?

—Cuando las lanzas vuelan, ocurren cosas terribles.

—¿Qué dices? ¡Hoy ahuyentaste a una hiena tú solo!

—Encontraremos un grupo donde los cazadores te protegerán. No vuelvas a hablar de lanzas voladoras. ¡Nunca más!

El hombre golpeó levemente la cabeza del niño, buscando que comprendiera que hablaba en serio y que la conversación había llegado a su fin.

Durante varios días, padre e hijo caminaron sin descanso, siguiendo el curso del río hasta que llegaron a su desembocadura. Allí lograron cruzar a la orilla opuesta sin demasiadas complicaciones. Luego, avanzaron por la playa, atravesando numerosos humedales y finales de torrentes, hasta encontrarse con otro río caudaloso que también derramaba sus aguas en el mar. Una vez en la orilla opuesta, comenzaron a ver marcas rojas en lugares destacados.

—¡Ves! Tenía razón, aquí hay señales frescas —exclamó el hombre, sintiéndose más aliviado al encontrar rastros de otros humanos.

—¿De qué grupo son estas marcas? —preguntó el niño, trazando con sus dedos dos líneas sinuosas y paralelas, dibujadas en un tono rojizo sobre una roca anclada en la arena.

—No lo sé. No reconozco estas señales. ¡Apúrate! No te quedes atrás. Los cazadores deben estar en los humedales. No deben andar lejos. Allí donde vuelan los gansos —dijo el hombre, señalando el horizonte con un gesto amplio.

–¿Qué pasará cuando nos vean?

–Ya sabes qué sucederá –respondió el hombre, intentando ocultar una mueca nerviosa.

–Sí, lo sé. Volverás a tener miedo. Ningún cazador querrá tenerte cerca.

El hombre aceleró el paso, ignorando las palabras de su hijo, cansado de tener que justificarse. El niño, consciente de lo que se avecinaba, frunció el ceño. Mientras reanudaba la marcha, gritó que nunca tendría miedo, que se volvería fuerte y que se convertiría en un gran cazador.

Su padre no replicó, aunque en su interior sabía que esa idea era completamente imposible.

II. En algún punto del actual delta del río Llobregat

2. EL GRUPO DE LA COSTA

La chica

Los gritos de la chica no llegaban al campamento, por lo tanto, nadie vendría a ayudarla. Así lo había querido ella.

Los dolores del parto comenzaron a media tarde, en el campamento de la playa. Tras la primera contracción, la chica, sin decir una palabra a nadie, se encaminó hacia los humedales, convencida de que allí encontraría la tranquilidad que necesitaba, ya que aquella tarde los hombres no saldrían a cazar. No deseaba que nadie viera su hijo, ni mucho menos que le echaran en cara que fuera un niño mal hecho, por su culpa.

Pariría sola, y sola mataría a su hijo.

Era su primera criatura y ella sabía que el parto no debería desarrollarse de aquella manera. Debería haber estado rodeada de mujeres que la acompañaran, que la tranquilizaran, que le dijeran que todo iría bien y que tendría un niño fuerte y sano. Sin embargo, en ese instante, ya nada podía hacerse para que aquel niño viviera. Agachada entre los juncos, se sintió demasiado pequeña para pasar por aquella experiencia sola. Siempre le habían dicho que su rostro, mucho más redondo de lo que era habitual en las chicas de su grupo, y su baja estatura, le daban la apariencia de ser más joven de lo que en realidad era. Era consciente de que era diferente; unos enormes ojos verdes y una larga cabellera rubia le otorgaban un aspecto infantil, pero a la vez encantador.

Siempre había sido una niña preciosa y ella lo sabía.

Con la espalda encorvada, levantó la mirada y vio cómo el sol se ocultaba tras las colinas, mientras las nubes, incluso las que colgaban sobre el mar, cambiaban lentamente de color, transformándose de un blanco sucio a un intenso tono rosado. También sintió que la temperatura descendía y que el sudor, que empapaba su pelo, comenzaba a enfriar su cuerpo. Su corazón latía con fuerza, asustada por el dolor intenso. El recuerdo de una madre que nunca conoció cruzó su mente; las mujeres morían en los partos. No todas, por supuesto, pero sí muchas de las que habían sido parte de su grupo.

El niño estaba a punto de nacer, los dolores se intensificaban, y la joven apartó sus temores para concentrarse en expulsar la criatura y permanecer viva.

Los gansos pasaron volando sobre el carrizo, en dirección a la laguna. Se estaban reuniendo para pasar la noche y en el aire comenzó a resonar el cloqueo de las aves que iban aterrizando. En poco tiempo, solo se escuchó aquel bullicio.

Las contracciones se volvieron más frecuentes y la chica no pudo contener un grito desgarrador que sorprendió a las aves congregadas en el otro lado de los juncos, que no se habían percatado de su presencia. Centenares de gansos de diversas especies alzaron el vuelo, ruidosamente, tratando de volar lo más rápido posible sin colisionar entre sí.

En un suspiro las nubes se tiñeron de un rojo aún más intenso, casi tan intenso como la sangre que empezaba a deslizarse por los muslos de la chica.

Finalmente, la criatura llegaba y ella podría descansar. Un niño emergió, súbitamente, en medio de una bocanada de sangre que rápidamente fue absorbida por la arena. La joven no tomó a la criatura en brazos, pero sí se incorporó un poco para verlo, un instante. Y se sorprendió al notar que el niño parecía normal, un poco pequeño, pero bien formado. La anciana le había repetido innumerables veces que el niño que naciera sería frágil y mal constituido.

Cortó el cordón umbilical con los dientes, volvió a mirar hacia arriba y observó cómo una media luna emergía en el horizonte, mientras el sol se ocultaba tras las colinas, y le pareció que el cielo también reflejaba el color de su sangre.

La bandada de gansos se alejaba, y el ruido se atenuaba. La placenta había sido expulsada y el niño se movía de manera espasmódica entre los restos gelatinosos acumulados en la arena. La chica apartó la mirada, se giró levemente y se preguntó cuál sería la mejor forma de deshacerse de aquella criatura.

El sonido de unos pasos en la arena la sacó de sus pensamientos, alguien se acercaba. Reconoció el olor y supo de quién se trataba. Siguió con los ojos cerrados, simulando estar dormida. No sabía si el niño aún vivía, pero oyó que se lo llevaban y se sintió aliviada, pues no tendría que arrojarlo al agua y presenciar como se ahogaba.

La calma regresaba a la laguna, y la chica se sentía más serena ahora que ya no tenía a la criatura entre las piernas. Continuó con los ojos cerrados, intentando descansar y no pensar en nada, pero los gritos ásperos de otras aves que se acercaban hicieron que abriera de nuevo los ojos y levantara la mirada al cielo. Múltiples bandadas de grullas volaban desde los prados que había entre

las lagunas y las colinas, en dirección a los humedales. A medida que aquellas aves, que volaban en formación, se aproximaban, el ensordecedor sonido retornaba. En poco tiempo, centenares de aves de patas delgadas y cuello largo empezaron a aterrizar en las pequeñas islas del centro de las lagunas. Las grullas también se reunían para pasar la noche, ahora que los gansos se habían ido, y ellas podrían encontrar suficiente espacio para estar tranquilas. Eran días en que las aves se preparaban para migrar hacia el norte, más allá de las colinas, más allá de los territorios de invierno, más allá de la tierra que la chica conocía.

La chica se incorporó y se tapó las orejas con las manos. No soportaba los gritos estridentes de aquellas aves, menos aún si las tenía encima. Comenzó a caminar, con paso vacilante, hacia el campamento de la playa.

Necesitaba tranquilidad y un buen descanso. Se sentía tan exhausta y triste como nunca antes lo había estado.

El humano y su hijo

El niño se entretenía cogiendo conchas de la arena y lanzándolas al mar. De vez en cuando, el hombre se giraba para recordarle que no se quedara atrás, que aún les quedaba un buen trecho hasta el lugar donde él suponía que el grupo habría instalado el campamento. Caminaban por la playa, siguiendo la orilla del mar, tal como lo habían hecho en los días anteriores. Sabían que debían apresurarse, pues si no encontraban el campamento pronto, tendrían que improvisar un refugio para pasar la noche. Desde hacía un buen rato, el sonido de los gansos los acompañaba, y a lo lejos los vieron alzar el vuelo. Si esos gansos estaban por los humedales, los cazadores del grupo no debían andar muy lejos. Era crucial hallar el campamento antes de que oscureciera. El hombre lanzó una mirada a su izquierda y se percató de que el sol estaba desapareciendo detrás de las colinas, a la vez que una media luna empezaba a hacerse presente sobre el mar. Una luna como aquella les daría suficiente luz para seguir avanzando un poco más, a pesar de que él sabía perfectamente que no veía bien a distancia, y menos cuando oscurecía.

De repente, un pequeño animal apareció corriendo hacia ellos, por la misma orilla del agua. El hombre levantó su lanza y esperó. Cuando el animal se acercó, bajó la lanza; no había peligro, era un zorro. Ni él ni el niño disfrutaban del sabor de su carne; preferían el conejo. El zorro pasó velozmente, rozando casi a los dos humanos, sin desviarse de su trayectoria, como si no los hubiera visto.

—¡Date prisa, hijo! —exclamó el hombre, impaciente.

–¿Lo has visto? Parece que lleva carne en la boca –gritó el niño, apresurándose hacia donde había avistado el zorro

–Sí, también me he dado cuenta. Mira estos regueros de sangre. ¡Hoy volveremos a comer carne tierna, hijo mío!

–¿Qué llevaba en la boca? No parecía que tuviera plumas.

Que el zorro llevase comida fresca en la boca era muy buena señal. El niño sabía que eso significaba que las hienas aún no habían llegado al cadáver que el zorro había encontrado. Cuando las hienas encontraban un cadáver, no permitían que nadie se acercara hasta que ellas estaban saciadas. Y entonces ya no quedaba nada que comer. Si se apresuraban, aún podrían probar parte de aquella carne.

Apareció inesperadamente, tras unas rocas que se hundían en el mar. Era enorme. Ni el hombre ni el niño supieron reaccionar porque nunca habían visto nada parecido.

–Padre, ¿qué es? –preguntó el niño, acercándose al animal y acariciando con la mano la suave piel de la enorme criatura que no tenía patas.

El hombre se arrodilló en la arena y examinó con atención el pequeño ojo del rorcual.

–Sé lo que es. He oído hablar de él. A los viejos del grupo donde naciste. Es una ballena.

–¿Por qué nunca hemos visto ninguna?

–Viven en el agua. Pero a veces se acercan a la arena. Entonces no pueden regresar al agua. Entonces mueren. La carne se puede comer –explicó el hombre, sacando un cuchillo de piedra para comenzar a descuartizar el animal, que aún respiraba.

Sin previo aviso, unas piedras golpearon la espalda del hombre. Un grupo numeroso de hombres y mujeres, armados con lanzas, se acercaban corriendo y gritando, y parecían bastante enfadados.

El hombre dejó el cuchillo y la lanza en el suelo, se arrodilló en la arena, con los brazos abiertos, las palmas hacia arriba y la cabeza gacha. El niño lo imitó. Ya habían pasado por aquella situación otras veces.

Si se mostraban sumisos, todo saldría bien.

El zorro

El zorro recorría la playa desde hacía un buen rato, explorando cada rincón con la esperanza de encontrar algún resto del que alimentarse. Durante todo el día había merodeado por el campamento de los humanos, pero estos no habían desechado ningún resto y él no había logrado encontrar ni un hueso para saciar su hambre.

A pesar de ello, había tenido suerte de que los hombres acamparan cerca de su madriguera. El hecho de haber perdido las crías en otoño, cuando ya estaban casi crecidas, hizo que la hembra volviera a entrar en celo en una época inusual. Nunca antes habían tenido crías en aquella época del año. Si esto hubiera pasado en otro lugar, las crías seguramente ya estarían muertas. Sin embargo, la costumbre de los hombres de arrojar las sobras de sus comidas al exterior del campamento les ofrecía a los zorros una oportunidad de alimento fácil y sin riesgos. Quizás, si los hombres permanecían en aquella playa unos días más, ellos podrían seguirlos cuando se marcharan, ya que las crías estarían listas para acompañar a los adultos.

Cansado de no encontrar alimento en el campamento de los hombres, el zorro pasó la tarde oculto entre las hierbas altas de las praderas cercanas, sin conseguir nada que le fuera de provecho. Sabía que la hembra y los cachorros lo esperaban en la madriguera. Sabía que tenían hambre, como él.

Entonces decidió dirigirse hacia los humedales, convencido de que allí, tarde o temprano, hallaría algún resto para llevar a la zorrera. No tuvo tiempo de abalanzarse sobre ninguna de las aves allí congregadas, ya que los gansos lo vieron y comenzaron a emprender el vuelo, cloqueando escandalosamente. El zorro observó cómo aquellas aves se alejaban y comenzó a explorar el lugar que habían ocupado momentos antes, en busca de alguna que se hubiera quedado atrás, incapaz de volar. Pero no encontró nada.

Sin embargo, el viento cambió de dirección y, de pronto, percibió el dulce aroma de la sangre. Seguir su rastro fue fácil, pues el viento soplaba a su favor.

Vio a un humano tendido en la arena, entre el carrizo. Era una hembra que permanecía inmóvil, aunque el animal notó que respiraba con normalidad. Se acercó con cautela, paso a paso, y al llegar frente a ella, vio que, en medio de una masa gelatinosa, había una cría recién nacida.

¡Ahora sí, sus pequeños tendrían comida! ¡Ahora, sí que su compañera se alegraría! El frío aún era intenso y no era tiempo de criar, sino de sobrevivir. Y

ellos tenían cachorros aún pequeños que difícilmente resistirían hasta la primavera sin suficiente alimento.

El zorro se fue acercando, atento a cualquier movimiento de la mujer. Sabía que si ella tenía una lanza podría ser peligrosa. Agarró a la criatura entre sus dientes, con mucho cuidado ya que aún estaba viva y no quería dañarla. Sentir aquella carne en su boca despertó su apetito. Había pasado demasiado tiempo alimentándose de carcasas y huesos vacíos. Sin querer, comenzó a segregar saliva y jugos gástricos, y la tentación de masticar a aquella criatura se volvió irresistible. Pero se resistiría, se la llevaría entera a su compañera. Así, la hembra podría ofrecerles a sus pequeños esa carne jugosa para alimentarlos, puesto que habían pasado más de dos lunas y ya no mamaban. Esa noche, tendrían la ocasión de saborear un pedazo de una de las carnes más exquisitas y escasas que existían.

Mientras el zorro corría por la playa, los ojos le brillaban pensando cómo de contenta se pondría su compañera.

Ni siquiera se detuvo al encontrarse la ballena varada en la arena.

Ni siquiera vio al hombre y al niño cuando pasó por su lado.

Los humanos del grupo de la costa

Las expresiones de los humanos que se acercaban con rapidez hacia el hombre y el niño no hacían presagiar nada bueno.

Poco antes, la mujer Aba había salido del campamento en busca de Usu, la joven que había desaparecido a media tarde. A la chica le faltaba muy poco para parir y la mujer estaba preocupada por ella. Fue entonces cuando encontró la ballena varada en la orilla. Sin perder tiempo, regresó al campamento para informar de su sorprendente descubrimiento, y todos se apresuraron a recoger sus herramientas de piedra afiladas para dirigirse a la playa.

Ver que unos extraños habían llegado antes que ellos no les hizo ninguna gracia. El jefe Uru, el hombre que dirigía a los otros hombres en las cacerías, se plantó frente al extraño que estaba arrodillado, y al notar su actitud sumisa, clavó la lanza en la arena. Detrás de él, cuatro hombres se mantenían alerta, cada uno con una lanza preparada. Uru observó detenidamente al hombre agachado en la arena, notando su peculiar atuendo: una abundante vestimenta de pieles de conejo y una capucha de lince a medio curtir. A su lado, el niño portaba una piel de tejón en la cabeza, y también estaba cubierto de pieles de conejo. En contraste, los miembros del grupo llevaban cálidas pieles de ciervo, que habían

cazado el otoño anterior en el paso del desfiladero, y solo se abrigaban el torso, dejando las piernas libres para poder correr.

—Perdonad a este hombre y a su hijo. No queríamos robar vuestra comida. No sabíamos que era vuestra presa —dijo el hombre arrodillado con voz temblorosa, sin levantar la mirada de la arena.

Uru mantuvo su mirada fija en el desconocido durante un buen rato, en silencio, reflexionando. Había comprendido la mayor parte de lo que el hombre había dicho, a pesar de que le notaba un acento extraño, por lo que dedujo que aquel hombre debería de venir tierras lejanas.

—¿De dónde venís, hombre lince y niño tejón? ¿Por qué estáis cogiendo nuestra carne? ¡Y tú, el mayor, quítate las pieles! —ordenó Uru, con el tono más autoritario que fue capaz de hacer—. ¿Qué escondes bajo los conejos muertos? ¿Una lanza? ¿Una piedra afilada?

El hombre que estaba arrodillado en la arena encontró raro que el jefe de los cazadores se dirigiera a él como hombre lince y al niño como niño tejón. No eran esos sus nombres, pero si así lo deseaba el jefe, así se llamarían en adelante. Levantó la cabeza, se quitó la capucha y, lentamente, se despojó de las pieles que lo cubrían. El niño permaneció con la mirada baja, cubierto, esperando la reacción de aquellos extraños.

Involuntariamente, Uru retrocedió un paso, con el corazón acelerado, como si estuviera a punto de clavar la lanza en una presa que intentaba escapar. No entendía lo que veía. El hombre frente a él era extremadamente delgado y, sobre todo, diferente. Uru dio un par de pasos hacia adelante, recuperando la compostura, y se concentró en el extraño, que seguía con la cabeza agachada. La falta de musculatura en sus piernas y brazos, las costillas marcadas, el vientre hundido y la ausencia de grasa no eran lo que más lo desconcertaba. Lo que realmente le causaba inquietud era la incapacidad de determinar la edad de aquel hombre, que parecía a la vez viejo y joven. Su cabello, del color de la nieve, y sus cejas y barba, del mismo tono, le conferían un aire de ancianidad. No obstante, la piel del extraño era tan suave como la de un recién nacido, de un color que recordaba a las flores de las zarza. Cuando el extraño levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los de Uru, este sintió un escalofrío recorrer su cuerpo. Nunca había visto ojos tan peculiares; ni siquiera en sus propios hijos gemelos, que tenían miradas diferentes al resto del grupo. Los ojos del hombre eran del color del cielo en un día despejado. Uru se dio la vuelta y se encontró con las caras desconcertadas de hombres y mujeres que lo rodeaban. A ellos también les inquietaban esos ojos tan claros.

El hombre que permanecía arrodillado, al percibir la reacción del grupo, inclinó la cabeza y dejó que su mirada se perdiera en la arena.

Uru aún dudaba sobre si el hombre y el niño podían ser una amenaza para el grupo. Sabía que debía tomar una decisión. Todos los presentes, desde los más pequeños hasta los más ancianos, esperaban su veredicto para empezar a descuartizar la ballena que ya había dejado de respirar. Uru ordenó al hombre lince que levantara la mirada y abriera bien los ojos. Deseaba observar de nuevo aquellos ojos peculiares.

El hombre obedeció, sintiéndose humillado y vulnerable, anhelando recuperar su dignidad y volver a taparse con las pieles de conejo. El niño, con la mirada baja y mordiéndose el labio inferior, deseaba que esa situación se resolviera pronto porque temía que le pidieran a él también que se despojara de sus pieles.

—¿Qué te sucede en los ojos? ¿Ves o eres ciego? —preguntó Uru, acercándose a la cara del hombre y frunciendo el ceño en un intento de penetrar en la profundidad de sus ojos.

—Mis ojos están bien. Veo perfectamente —respondió el hombre, a pesar de que siempre había tenido problemas para ver a distancia, especialmente al caer la noche.

—Tienes ojos del color del cielo —dijo Uru, señalando hacia arriba para mayor claridad.

—Sí, lo sé, ojos de cielo —replicó el hombre, echando un vistazo al niño que permanecía callado a su lado.

—¿Estás seguro de qué ves? —Uru comenzó a mover la mano frente a la cara del hombre, recordando que de pequeño había visto a un anciano del grupo perder la visión cuando se le puso un velo blanco sobre los ojos.

—Sí, veo —insistió el hombre, arriesgándose a apartar la mano de Uru.

A Uru no le gustó que le apartaran la mano, frunció el ceño, pero no dijo nada. Se agachó, tomó la lanza clavada en la arena y comenzó a tocar la carne del desconocido con la punta.

—Parece que hace días que no comes. Estás muy delgado. No tienes carne ni grasa. ¿Qué te ha pasado en la piel? ¿Y en el cabello? —preguntó Uru, trazando con cuidado la forma del cuerpo del hombre, temiendo que se rompiera en cualquier instante.

La mujer Aba, que era quien se encargaba de organizar las tareas en los campamentos, observó al niño arrodillado en la arena. Se acercó a la ballena y cortó un trozo de carne, entregándoselo al niño. Este levantó la vista, se quitó la capucha y, al cruzar miradas con la mujer, ella dio un salto hacia atrás, dejando caer la carne en la arena. El niño era tan extraño como el hombre. A pesar de estar cubierto con pieles de conejo, Aba notó que el niño estaba muy delgado y que su expresión delataba que no había comido bien en mucho tiempo.

—Este es mi hijo. Venimos de muy lejos. Estábamos con un grupo. Uno que tiene el territorio hacia allá —con la mano señaló en la dirección de donde venían—. Ya no estamos con el grupo. Ahora estamos cansados. Ahora tenemos mucha hambre. Os pedimos compartir vuestro fuego. Os rogamos compartir vuestra comida. Solo durante unos pocos días. Hasta que estemos más fuertes. Entonces continuaremos nuestro viaje. Entonces no os molestaremos más.

Uru continuaba pensativo, sin decidir si el hombre y el niño podían representar alguna amenaza para el grupo.

—¿Y si son como aquel mirlo color nieve? El que tenía el nido cerca del desfiladero. ¿Te acuerdas Uru? Durante la cacería de caballos. La hembra era normal. Pero el macho era color nieve, como estos —comentó uno de los cazadores, refiriéndose a los dos extraños.

Uru permaneció en silencio, confundido. Otro recuerdo relampagueó en su mente: el rostro risueño de la mujer que más había amado, apareciendo y desapareciendo como un destello, dejándole un sabor amargo.

—O como aquel corzo muerto por Uyu. Seguro que tu, Uru, lo recuerdas. Aunque entonces eras todavía un crío. Uyu me entregó la piel. Era una piel muy hermosa. Era toda del color de la nieve. Todas las mujeres la querían, pero era mía —comentó una mujer muy vieja que se había abierto paso hasta situarse junto al jefe de los cazadores.

Y de nuevo ocurrió. Una punzada en la sien le trajo a Uru la imagen de una bella mujer rubia de ojos verdes. Solo un instante, un suspiro, pero lo suficientemente intenso como para obligarle a encerrar de nuevo ese doloroso recuerdo en lo más profundo de su ser.

—¿Uru, me escuchas? —preguntó la vieja Izi, percatándose de que algo le pasaba al líder.

—Sí, te escucho. Sucede con algunos animales. No sé el porqué. Pero pasa. Excepto el color, son normales —respondió Uru, más centrado ahora que había vuelto a bloquear aquel recuerdo punzante.

Era el momento de decidir. Uru observó las pieles del conejo que el hombre había dejado caer. Miró las pieles de ciervo que cubrían su propio cuerpo y se dijo que las suyas eran mejores. Luego, observó su brazo, más grueso y musculoso que los flacos muslos del extraño, y sonrió. Finalmente, fijó la mirada en los genitales del hombre y, al comparar, no pudo evitar reírse.

Uru había tomado una decisión: ni el hombre ni el niño representaban peligro alguno para su grupo.

Y aunque él no lo sabría hasta mucho más tarde, había errado en su decisión.

3. EL PÁJARO BLANCO

El grupo de la costa

La mujer Aba fue la primera que encaró la situación. ¡Ya se encargaría ella de engordar aquel pobre hombre y a su hijo! En ese momento había mucho trabajo por hacer; la ballena no iría sola al campamento.

–Mujeres, ¡venga, va! ¡Pongámonos a trabajar! Parece que los hombres se han quedado dormidos. Comencemos por este lado del animal. Vamos a cortar la carne en tiras. Tiras no demasiado grandes. Llevaremos las tiras al hombro, hasta el campamento –exclamó con firmeza la mujer que, aunque mantenía su fortaleza, ya contaba muchos inviernos a cuestas.

Al oírla, los hombres reaccionaron, no les gustaba que las mujeres tomaran la iniciativa. Dejaron las lanzas clavadas en la arena y se pusieron a retirar la carne del otro lado del animal.

Un hombre viejo y una chica muy joven se sentaron en la arena, listos para el arduo trabajo que les esperaba; había mucho que cortar y los cuchillos de piedra pronto se desgastarían. El anciano tomó las herramientas de sílex, miró la ballena varada y le dio un suave empujón a la chica, que estaba absorta observando a los dos recién llegados.

–Chica Unu, ve a buscar cantos rodados de este tamaño. De piedra buena no encontrarás por los alrededores. Busca piedras como esta –ordenó el viejo mostrando un trozo de cuarzo.

–Esta piedra se romperá enseguida. No podremos repararla cuando se quiebre. Sé dónde hay piedra de mejor calidad.

–¡Tardarás demasiado! Hay mucho que hacer. Las mujeres y los cazadores ya han comenzado. Si se quedan sin herramientas se enfadarán conmigo. Esta piedra nos servirá. ¡Vete ahora y apúrate!

El anciano empezó a desprender pequeños fragmentos de un nódulo de sílex. A pesar de estar concentrado en sus manos, levantó la vista un instante para observar cómo la muchacha partía corriendo. La chica Unu se estaba convirtiendo en una talladora de piedra tan hábil como él. Desde pequeña había mostrado un interés poco común entre las niñas del grupo por los instrumentos de piedra, y su paciencia, fuerza y habilidad para reconocer el potencial de la piedra lo sorprendían. Era una lástima que pronto tuviera que abandonar el grupo, pensó el viejo, mientras miraba como la chica se alejaba hacia las colinas cercanas.

El extraño y el niño permanecían sentados en la arena, indecisos. De repente, el niño se levantó y corrió hacia donde rompían las olas. El hombre no alcanzó a detenerlo y empezó a gritar que regresara. Al llegar al agua, el niño, con una mano remangándose las pieles de conejo que le cubrían las piernas, levantó con la otra un pequeño animal que arrastraba un ala por el agua. Regresó hacia su padre, sosteniendo al animal entre sus manos.

—¡Mira padre! Tiene el ala rota. No puede volar.

—¡Déjalo en la arena! —ordenó el hombre.

—Está herido. ¡Si lo dejo aquí, se morirá!

—¡Te he dicho que lo dejes en la arena!

—No quiero.

Los gritos del niño llamaron la atención de los cazadores. El jefe Uru hizo un gesto con la mano a un joven de ojos verdes para que se acercara a ver qué sucedía. El chico, dejando la afilada piedra clavada en la carne de la ballena, se aproximó al hombre, lo inspeccionó y no detectó nada raro en él, salvo el olor a miedo que emanaba. Luego se volvió hacia el niño y lo observó detenidamente. Pensó que, con buena alimentación, pronto aquel niño dejaría de serlo.

—¿Qué escondes? —preguntó el chico al niño.

—Es un pájaro. ¿Lo quieres ver? —dijo el niño abriendo las manos para mostrar la pequeña ave blanca.

El chico Utu notó que el niño hablaba con un tono diferente al de la gente que él conocía, aunque no era tan estridente como el de su padre. A pesar de la diferencia, entendió perfectamente lo que el niño decía. Cogió el pájaro y lo lanzó al aire. El ave cayó al suelo y empezó a correr penosamente, arrastrando su ala.

—Estos pájaros se fueron hace días. Siguiendo la costa —comentó el chico, recogiendo de nuevo la pequeña ave que yacía en la arena—. Este no pudo seguirles. Este tiene el ala rota. No cazamos a estos pájaros. Mejor come ballena.

—¡No quiero comerlo! —exclamó el niño, arrebatando el animal de las manos del chico.

—¿Ah, ¿no? ¿Y qué vas a hacer con él?

—Lo cuidaré y recuperará el ala.

—¿Entonces te lo comerás?

—No, será mi amigo.

—En el grupo hay niños. Juega con ellos, no con un pájaro —explicó el chico, pensando que aquel niño, además de tener un color muy extraño, no era demasiado listo.

—Los otros niños no quieren jugar conmigo. Siempre me lanzan piedras. Siempre se ríen de mi piel —dijo el niño en voz baja, sin apartar la mirada de la arena.

Utu observó al extraño niño detenidamente, se acercó a la capucha de tejón, la olfateó e hizo una mueca.

—Debe de ser por lo mal que hueles. Llevas un tejón muerto en la cabeza. Tira la piel del tejón al mar. Quítate las pieles que te cubren. Deja que el sol te caliente la piel. Entonces no olerás tan mal. Entonces los niños querrán jugar contigo. Entonces tendrás amigos.

Cuando el chico regresó donde los miembros del grupo se esforzaban en retirar la carne del cetáceo, primero fue a hablar con la mujer Aba para decirle

que alguien debía encargarse de cuidar a ese niño enfermo y sucio, que parecía muy necesitado de cariño.

La primera tarea urgente era proteger la carne de los carroñeros. Los cuervos ya estaban dando su característico grito de alarma. Las hienas no tardarían en aparecer y los hombres sabían que pronto serían numerosas. Los cuervos no les causaban miedo, pero sí las hienas. Pero todo iría bien si se mantenían unidos y armaban una defensa de fuego. El fuego siempre funcionaba, no sabían por qué, pero los animales lo temían. Lo primero que hicieron los hombres fue buscar ramas secas de pino que el río había arrastrado hasta la playa. También recolectaron algas secas, que ardían fácilmente. Mientras tanto, las mujeres continuaban tratando de cortar toda la carne que podían con sus afilados cuchillos de piedra. Había mucha carne y no tenían más remedio que meter los brazos hasta los huesos del animal muerto. Los niños más pequeños, con sus manos diminutas, recogían los trozos de piedra descartados por el anciano en la fabricación de cuchillos y simulaban que ellos también cortaban la carne de la ballena muerta, siempre observando de reojo a aquel niño extraño.

El chico Utu vigilaba al hombre lince mientras intentaba que los cuervos y otros animales no se acercaran demasiado a la carne. A pesar de que aún había algo de luz, encendieron las hogueras y tanto hombres como mujeres se apresuraron a arrancar la carne de la ballena lo más rápido que podían.

El hombre con la capucha de piel de lince observaba los numerosos cuervos que saltaban, intentando robar algún trozo de carne. El niño notó la fijación de su padre, metió el pájaro blanco en un pliegue de las pieles y se volvió hacia el hombre.

—¿Por qué no te levantas y matas uno? —preguntó el niño, señalando con la cabeza un par de cuervos que se peleaban por uno de los ojos del cetáceo—. ¡Quizás aquí las mujeres sean más cariñosas!

—No grites, que te oirán.

—¿No podrías ser valiente por una vez? Tú siempre tienes miedo. Yo no tengo miedo. Yo seré cazador.

El niño se puso en pie para alcanzar una piedra cercana, dándole la espalda a su padre e ignorando a los hombres y mujeres que se apresuraban a desmembrar el animal muerto.

—¡Hijo, siéntate y calla! Antes tuviste suerte. El chico te vio con el pájaro. Él tiene paciencia. Creo que el jefe de los cazadores no.

—No te entiendo. Antes querías matar a un cazador. Ahora le tienes miedo. Tú siempre tienes miedo de todo. ¿Cómo piensas impresionar a una mujer? ¿Quieres las plumas sí o no?

—¡Quiero que obedezcas! —gritó el hombre, atrayendo las miradas de todos los hombres y mujeres que estaban cortando la carne.

El niño se levantó de nuevo sin que su padre pudiera detenerlo. Se acercó a donde se acumulaban guijarros pulidos por el vaivén de las olas y tomó un par, grandes y redondos. Ignoró las advertencias de su padre y se acercó a los dos cuervos, que seguían peleando, ahora por el otro ojo de la ballena. La primera piedra falló, pero la segunda impactó de lleno en una de las aves, que cayó aturrida al suelo. Cuando el niño regresó junto a su padre, llevando el animal en la mano, el chico Utu lo esperaba, de pie y con una mueca en el rostro.

—Con este no podrás jugar. Este está muerto.

—Este lo quería muerto. Mi padre quiere las alas.

—¿Las alas? ¡No hay carne en las alas! ¿Para qué quiere tu padre las alas?

—Quiere las plumas de las alas. Quiere las plumas largas de las alas —especificó el niño, al ver la cara de desconcierto del chico.

Utu arrebató el cuervo muerto de la mano del niño para examinar qué tenían de especial aquellas plumas.

—¿Para qué quiere las plumas? —preguntó de nuevo el chico.

—Donde yo nací, las mujeres llevan plumas. No todas, solo algunas. Se las ponen entre los cabellos. Si fueran de buitre, sería mejor. También les gustan las

plumas de águila. Pero los buitres no han bajado. Las águilas tampoco han venido. Esto lo sé por mi padre. Él lo ha visto. Él me lo ha explicado.

El chico volvió la cabeza para mirar al hombre extraño, que tenía la mirada baja y se balanceaba hacia adelante y hacia atrás. Estaba confundido, no entendía nada de lo que el niño hacía ni por qué el hombre mostraba tanto miedo. Decidió ser un poco más paciente y continuar preguntando al niño.

—¿Quieres ponerte plumas en el cabello?

—¡Yo no! Mi padre quiere las plumas.

—¿Tu padre quiere ponerse plumas en el cabello?

—¡Él no! Las mujeres.

—¿Qué mujeres?

—¡No lo sé! Las mujeres. ¡No entiendes nada! —el niño se dio la vuelta, frustrado con aquel chico que parecía no entender nada de lo que él intentaba explicar.

El chico Utu permaneció un rato en pie en la arena, observando el cuervo muerto, los cabellos de las mujeres y al hombre extraño que no hacía más que balancearse y hacer gestos al niño.

—¿Él quiere dar las plumas a las mujeres? ¿A las mujeres del grupo? —preguntó el chico, dudando de si había comprendido lo que el niño quería decir, señalando a las mujeres que seguían cortando la carne del animal.

—¡Sí, a ellas!

—¿Para qué? —Utu no dejaba de mirar los cabellos de las mujeres, sin entender qué relación había entre estos y las plumas de un cuervo muerto.

—Para que se las pongan en el cabello. Para que estén contentas. Para que quieran copular con él. ¿Es que vosotros no lo hacéis? —respondió el niño, moviendo la pelvis con fervor para hacerse entender mejor.

El chico no respondió y se encaminó hacia el animal que se estaba descuartizando, no fuese a ser que el jefe Uru se enfadara con él y tuviera que ir a buscarlo. Cuando llegó, se situó al lado de la ballena donde las mujeres estaban trabajando. Se acercó a una mujer joven de amplia sonrisa que llevaba un bebé a cuestas.

—¿Te gustaría llevar plumas en el cabello? Son plumas de cuervo.

La mujer dejó la herramienta de piedra clavada en la carne del animal, se secó el sudor con el brazo y miró al chico directamente a los ojos.

—No estoy segura. Podría ser divertido. De pequeña, solía colgar helechos de mi cabello. Eso me hacía feliz...

—¿Y entonces te animarías a copular conmigo?

—¿Ahora? —la expresión de su rostro cambió al dirigir la mirada hacia la mujer Aba.

—Sí, ahora. Bueno, no exactamente ahora. Cuando te traiga las plumas.

—Pero tenemos que trabajar. Si dejo el cuchillo, Aba se enojará conmigo.

—Las hienas pronto estarán aquí. Me siento algo nervioso. Copular contigo me vendría bien. Será rápido. ¡Dime que sí! —suplicó el chico, mirando fijamente a los ojos de la mujer.

La joven volvió a observar a la mujer Aba, quien estaba sumida en sus tareas. Luego giró la cabeza y se encontró con la intensa mirada del chico. Cuando Utu la miraba así, ella no podía negarle nada; aquellos ojos verdes la tenían embelesada.

—Está bien. ¡Pero primero quiero las plumas!

El chico dejó el cuchillo de piedra hundido en la carne de la ballena y se dirigió hacia los dos humanos desconocidos que estaban en la arena. Al acercarse notó como el hombre volvía a desprender aquel olor que hacían los animales cuando se encontraban acorralados, justo cuando él estaba a punto de clavar la lanza. Aquel hombre tenía miedo, al contrario del niño, que parecía demasiado

arrogante para su corta edad. Sin decir palabra, arrancó el cuervo muerto de las manos del hombre, se dio la vuelta y, a mordiscos, despojó al ave de sus plumas. Lanzó el cadáver al suelo y corrió hacia la mujer con las plumas en la boca. Ella, sonriendo de oreja a oreja, tomó con cuidado a la criatura que llevaba a la espalda y se acercó a una anciana que dormitaba, entregándole el bebé en silencio. Luego regresó con el chico, que la esperaba con las plumas babeadas, se agachó y se abrió de piernas. Utu se apresuró, pues la mujer Aba comenzó a gritar que había mucho trabajo por hacer y que volvieran a coger los cuchillos. Cuando se escuchó el primer grito de una hiena, el chico dio por acabado lo que estaba haciendo, colocó las plumas en el cabello de la mujer y cogió nuevamente el cuchillo, ahora más relajado.

A medida que la noche transcurría, las carcajadas de las hienas empezaron a resonar entre los arbustos. Los hombres dejaron de cortar carne y se agruparon en un círculo alrededor de las hogueras, con las lanzas en mano. Las mujeres aumentaron el ritmo de trabajo. Al cabo de un rato, los ojos de las bestias empezaron a brillar en la oscuridad. La media luna iluminaba lo suficiente para que los hombres pudieran ver más allá de lo habitual. Dos hombres, como mínimo, eran necesarios para enfrentar a una hiena; tres eran lo ideal. Nadie se sentía cómodo con la situación. La noche no era el momento de los humanos. En la oscuridad, se sentían en desventaja ante los depredadores. Sin luz, no sabían dónde pisaban, y lo peor, no sabían dónde clavaban la lanza. La noche era para descansar y recuperar fuerzas, siempre con el resguardo de un buen fuego que ardiera durante la oscuridad. Sin embargo, esa noche la luna creciente iluminaba lo suficiente para que los hombres pudieran ver.

—No nos enfrentaremos a las hienas. Hay más ojos de hiena que de hombre. Agarrad ramas encendidas y movedlas delante vuestro. Tal vez les dé miedo. Tal vez no se acerquen. Hasta que las mujeres terminen —gritó el jefe del grupo, asegurándose de que los hombres y las mujeres lo oyeran.

Un largo y silencioso tiempo después, la carne del flanco derecho de la ballena yacía cortada en largas tiras. A pesar de sus esfuerzos, no lograron extraer el cerebro del cráneo. La lengua fue cortada en porciones más manejables. El hígado era demasiado pesado para llevarlo entero, así que separaron un trozo

que pudiera ser transportado por un solo hombre y el resto lo dividieron en porciones pequeñas que cada miembro del grupo ingirió antes de emprender el camino de regreso al campamento. Las mujeres llevaron una tira de carne sobre el hombro derecho, con una rama encendida en una mano y su respectiva criatura en la otra. Los hombres colocaron dos tiras de carne sobre el hombro izquierdo, sosteniendo las lanzas y las ramas encendidas con la mano derecha.

Habían dejado atrás casi la mitad del animal, con parte del hígado y el corazón entero, por lo que las hienas y otros depredadores estarían ocupados durante toda la noche.

El hombre extraño y su hijo los seguían a distancia.

Al llegar al campamento, encendieron una gran hoguera mientras depositaban la carne sobre las esteras de algas secas que usaban para dormir. Esa noche, descansarían sobre la arena, pues la comida era lo más importante. Con cuidado, alejaron el gran trozo de hígado del calor del fuego para que no se estropease. El jefe Uru fue cortando trozos de la víscera y distribuyéndolos entre los miembros del grupo. Ya habían comido hígado en la playa, deprisa y corriendo, pero ahora podrían saborearlo con calma. Nada era comparable con un trozo de hígado, aún caliente y sanguinolento, y nunca antes habían visto uno tan grande.

Todos comieron con avidez, y una vez satisfechos, llegó la hora de dormir junto al fuego, bien acurrucados, con los niños y ancianos en el centro y hombres y mujeres alrededor.

A la chica Unu le tocaba vigilar que el fuego no se apagara. Cuando fue a buscar una piedra para recostarse, se dio cuenta de que en la entrada del campamento estaba el hombre lince y el niño tejón, que dormía en brazos de su padre. El hombre le suplicó un trozo de hígado. Unu dudó un momento entre despertar al jefe del grupo o darle al hombre lo que pedía. Cuando el niño despertó y también pidió un trozo de hígado, ella decidió buscar un pedazo de la víscera de la ballena.

El hombre y el niño disfrutaron de un buen trozo de hígado. Momentos después, el niño se quedó dormido junto a su padre, apartados del fuego, solos,

entrelazados el uno con el otro, envueltos en pieles de conejo y con los estómagos satisfechos. Pero el hombre extraño no lograba dormir, angustiado por los días venideros, sin saber si el jefe de aquel grupo permitiría que ellos se quedaran.

Si les dejaban quedarse, él y su hijo sobrevivirían.

Si Uru decidía lo contrario, probablemente no resistirían lo que quedaba de invierno.

Por la mañana lo sabría. Y eso le mantenía despierto.

4. CANGREJOS, MEJILLONES Y ERIZOS DE MAR

El zorro

El macho se ocultaba entre las hierbas, paciente y sigiloso. No tenía prisa, sabía que tarde o temprano aquellos hombres y mujeres se dormirían, dejando a uno solo custodiando el fuego. Cuando los ruidos del campamento cesaron, el animal asomó la cabeza en su interior. Podía oler el aroma de la carne de ballena dispuesta sobre las esteras vegetales, al fondo. Sin embargo, para alcanzar su objetivo, tendría que pasar muy cerca de la joven que vigilaba el fuego, lo que le pareció arriesgado. Dudó un instante. Era un riesgo excesivo. Si la humana lo descubría, no tendría escapatoria y podría terminar atravesado por uno de esos palos afilados. Rodeó la estructura circular del campamento, inspeccionando el exterior, y se dio cuenta de que no había otra entrada y que los troncos eran demasiado altos para saltarlos. Decidió que lo mejor sería regresar a la playa.

Al llegar, se sintió inmediatamente desilusionado. Las hienas habían desgarrado el vientre de la ballena, esparciendo sus intestinos por la arena. Los lobos se enfrentaban a las hienas por un trozo de carne, mientras los cuervos aguardaban su turno. Para colmo, la presencia de varios felinos hacía la situación aún más complicada.

No, ese no era el momento adecuado para deambular por la playa, se dijo, y optó por seguir merodeando el campamento de los hombres. En el lugar donde el aroma de la carne se intensificaba, empezó a excavar. La arena era blanda y pronto logró hacer un túnel que le permitió pasar por debajo de los troncos. Cuando finalmente emergió, se sintió eufórico al ver la carne ante él. Salí corriendo en busca de la hembra. Era una oportunidad única para enseñar a las crías que los campamentos humanos podían ser un buen lugar para hallar alimento. Aunque sabía que esta no era una conducta habitual de su especie y que implicaba riesgos, comprendía que debía aprovechar la ocasión. Normalmente, él y la hembra cazaban y recolectaban frutos por separado, dejando a las crías solas en la madriguera. Más adelante, la hembra llevaría a las crías con ella para enseñarles a cazar ratas de agua, ratones e incluso conejos, o a buscar gusanos y larvas de escarabajos, utilizando solo el oído. Pero en ese momento y lugar, los adultos colaborarían para robar la comida que los humanos custodiaban en su campamento, y las crías aprenderían esa valiosa lección que podría serles útil en tiempos de escasez.

Cuando llegaron al campamento, los dos adultos y las tres crías se deslizaron uno a uno por el túnel que el macho había cavado. Tuvieron suerte, la chica que vigilaba el fuego estaba distraída. También había un hombre y un niño en la entrada del campamento. Los zorros se quedaron inmóviles al notar que, aunque la joven estaba de espaldas, el hombre los miraba de frente. Tras unos instantes de duda, el macho continuó avanzando, convencido de que todo iría bien si se mantenían en silencio, porque había observado que aquel hombre no veía bien de lejos. Comieron todo lo que les entró en los estómagos. Arrancaron trozos grandes de carne que se llevaron, bien agarrados entre los dientes, hacia la madriguera. Repetirían la hazaña una vez más, pero no una tercera, pues la chica se había reincorporado cerca del fuego. El macho sabía que ella tenía buena vista y un oído aún más agudo. Entonces, dieron media vuelta y regresaron a su refugio.

Aquel día había sido excepcional. Primero aquella cría humana tan tierna que les dio las fuerzas necesarias para realizar los viajes al campamento, y ahora esa carne tan grasienta. El macho, con sus patas delanteras, cavó un hoyo cerca de la madriguera y depositó los trozos de carne que él y los otros zorros habían traído, pero no habían podido comer. Cubrió todo con la tierra que había removido, empujando con el morro. Tanto él como la hembra, y presumiblemente también las crías, recordarían a la perfección el lugar donde la carne enterrada los aguardaba.

Antes de dormirse, el macho de zorro decidió que aquellos hombres y mujeres les proporcionaban carne con un mínimo riesgo y que, cuando se fueran, los seguirían. Sabía que habían tenido suerte al encontrarlos.

Los humanos del grupo de la costa

Al despuntar el alba, la gente se fue despertando. La chica Unu avivó el fuego y se unió a los hombres que se congregaban alrededor de las tiras de carne de ballena. Algún animal había entrado en el campamento y se había llevado una pequeña parte de la carne. Los hombres se pusieron de mal humor ya que no toleraban la presencia de bestias merodeando mientras ellos dormían.

Durante varios días, la caza y la pesca no fueron necesarias, y nadie se preocupó por recoger raíces, cangrejos o conchas. Ni siquiera los gansos y grullas que volaban hacia los humedales captaban su atención. El grupo se mantuvo en el campamento, alimentándose de aquella carne rica en grasa y calorías antes de que se echase a perder.

Fueron días de reposo y de juego, donde los lazos entre ellos se fortalecieron. El hombre extraño y el niño eran aceptados. Comían cuando los otros lo hacían, siempre y cuando alguna mujer les llevara un pedazo de carne. Dormían cuando los otros lo hacían, pero nunca se mezclaban con ellos, siempre un poco apartados, siempre un poco temerosos. Desde aquel instante, todos los miembros del grupo comenzaron a referirse al hombre como el “hombre lince” y al niño como el “niño tejón”.

Una noche, el hombre lince se acercó al fuego, atraído por la conversación entre la anciana Izi y la joven Usu. La intriga lo llevó a escuchar, pues había algo en la chica que le llamaba la atención: era la única del grupo que nunca sonreía.

—No pongas esa cara. Sabías que no podrías quedarte con él —le dijo la anciana.

—Lo sé —respondió la chica con resignación.

—Sabías que el niño no podía ser parte del grupo.

—¡No estaba mal hecho! Era pequeño, pero era normal.

—No podía ser normal. Tú lo sabes —replicó la vieja, visiblemente irritada.

—Era un niño y estaba bien hecho —defendió Usu.

—Mira los hombres de este grupo. Son fuertes, están sanos y son valientes. Gracias a ellos todos podemos vivir. Gracias a ellos los niños se harán mayores. Las mujeres no paren criaturas de sus hermanos. Las mujeres paren criaturas del jefe del grupo. Y las criaturas nacen fuertes.

El hombre lince no comprendía del todo lo que la anciana decía. ¿Qué quería decir con “hermanos”? Los días que había pasado en el campamento, escuchando a los miembros del grupo, le habían ayudado a captar su acento, que no era muy distinto al de otros grupos que había conocido, aunque aún le faltaban algunas palabras.

—¿Qué creías que pasaría? ¡Sabías que no te dejaríamos quedar el niño! Esto te pasa por inconsciente. Por ir siempre pegada a tu hermano gemelo. Que es otro inconsciente —volvió a decir la vieja, riñendo la chica.

El hombre lince empezaba a comprender.

—No sabía que podía quedarme preñada.

—Excusas. Las chicas lo saben. Tú siempre haces lo que quieres y luego...

En ese instante, el chico Utu se acercó, apartó con cuidado a la anciana Izi y tomó de la mano a su hermana Usu para llevarla al otro extremo de la hoguera. El hombre lince los observó con atención. Aquellos dos hermanos eran los únicos del grupo con cabellos claros. Lo que más le fascinaba eran sus ojos: nunca había visto ojos verdes, ni siquiera en su pueblo natal. Continuó observando a los jóvenes sentados juntos, en silencio, entrelazados de manos y, aunque eran muy parecidos, el chico era mucho más alto y fuerte que la chica. Según entendía, eran gemelos, pero Utu parecía varios años mayor que Usu. Le costaba creer que esa chica, que aún parecía una niña, hubiera dado a luz. También le sorprendía que ese chico alegre y enérgico, con brazos y piernas musculosos, fuera hermano de aquella chica regordeta, pequeña y temerosa.

Al poco rato, la atención del hombre lince se desvió hacia una mujer de grandes ojos oscuros y plumas de cuervo en el cabello que se acercó al chico Utu y le susurró algo al oído. Al ver la sonrisa del chico, la mujer tomó al bebé que llevaba en brazos y lo colocó en los brazos de Usu, llevándose al muchacho al otro lado del campamento. El hombre sintió pena por la chica de ojos verdes, que acariciaba con ternura al hijo ajeno, mientras su hermano gemelo disfrutaba de la compañía de la mujer de las plumas.

Tras un rato, se distrajo de los hermanos y buscó a su hijo. Lo encontró observando a un niño que jugaba con conchas y pensó que quizás sería bueno quedarse un tiempo prolongado con la gente del grupo. Su hijo estaba creciendo y ya no bastaba con su padre.

Cuando la carne de ballena se terminó, el grupo regresó a la playa, pero solo encontraron los huesos roídos del cetáceo. El hombre lince, que había acompañado al grupo, se acercó a las rocas para capturar alguno de los numerosos cangrejos rojos que se calentaban al sol. Se sorprendió al ver que las mujeres y los niños se adentraban en el agua mientras los hombres permanecían sentados en la arena.

—¿Y los cazadores? ¿Por qué no ayudan a recoger cangrejos? —preguntó el hombre a la vieja Izi, que estaba de pie a su lado con el agua hasta los tobillos.

—A los hombres no les gusta mojarse.

—Los niños machos están entrando en el agua.

—Cuando crezcan, ya no les gustará el agua.

—¿A las mujeres sí que les gusta?

—Sí, a las mujeres sí.

—No lo entiendo.

–¿Qué no entiendes?

–Por qué las mujeres entran al agua. Por qué los hombres no.

–Tú eres un hombre y estás en el agua –replicó la vieja, exasperando al hombre.

La vieja se estaba cansando de tanta palabrería. Lo que realmente deseaba era que alguna mujer viniera a buscarla y la acompañara hasta las rocas donde los cangrejos se calentaban al sol. Pero parecía que las mujeres se habían olvidado de ella y no vendrían en su ayuda. Con resignación, miró al hombre que permanecía de pie a su lado y sintió un escalofrío. Tal vez si continuaba la conversación con el extraño, él podría ayudarla con los cangrejos.

–No hace falta tener fuerza para atrapar cangrejos. Ni para recoger mejillones. Eso lo pueden hacer los ancianos. También los niños. Y las mujeres con sus pequeños auestas. No se requieren cazadores para conseguir cangrejos.

–¿Y entonces, los hombres no comen cangrejos? –insistió el hombre lince.

–No. O quizás sí. Depende.

–¿Depende de qué?

–De la generosidad de alguna mujer. Suele suceder cuando los cazadores no traen nada. Entonces, son las mujeres quienes les traen cangrejos. O les traen erizos de mar y mejillones. Pero primero se alimentan ellas.

–¿Y hoy? ¿Comerán cangrejos los cazadores?

–Hoy no. Los hombres tienen el estómago lleno. Lleno de carne de la ballena. Pueden aguantar unos días sin comer. Las mujeres embarazadas necesitan alimentarse a diario. Las que amamantan también. Tengo hambre. ¡Súbeme a tu espalda! ¡Déjame junto a las mujeres! –ordenó la anciana, despojándose de las pieles y arrojándolas a la arena.

El hombre lince se sintió algo ridículo cargando aquel cuerpo tan arrugado auestas y siendo el único hombre adulto que se había adentrado en el agua. Después de dejar a la anciana con las mujeres, salió del agua y se sentó en la arena, un poco alejado de los hombres. Tenía hambre, pero esperaba a que su hijo le trajera los cangrejos. Mientras tanto, observó la playa. Era similar al lugar donde él había crecido. Miró las pequeñas dunas de arena sostenidas por la vegetación, los carrizales y juncos de las marismas y pensó en su tierra natal. Ese mar se parecía mucho al suyo, salvo que en el horizonte aún había más mar.

Cuando se levantó viento de levante, los hombres se incorporaron y se sentaron en la parte más alta de una pequeña duna que estaba alejada del agua.

El hombre lince los siguió, sin entender por qué lo hacían. Al poco, las olas comenzaron a crecer y las mujeres y los niños se apresuraron a trepar más arriba de las rocas. El niño tejón no estuvo tan atento y terminó empapado de pies a cabeza. Salió del agua, recogió dos cangrejos que había lanzado a la arena, los aturdió con un golpe y se sentó junto a su padre, que ya lo esperaba impaciente. El hombre cogió el cangrejo de mayor tamaño, le arrancó las patas, agarró una piedra, partió el duro caparazón y, con la ayuda de los dedos, se llevó la carne a la boca. Después de devorar el segundo cangrejo, ordenó al niño que regresara al agua, pues aún tenía hambre, pero al ver que este continuaba sentado junto a los cazadores sin hacerle caso, él mismo se arremangó las pieles y se puso a atrapar cangrejos junto a las mujeres. Los cazadores hicieron caso omiso al hombre, pero el niño se sintió incómodo al ver que su padre era el único hombre entre tantas mujeres.

Entonces, al chico Utu le cogió un pronto y corrió hacia el agua.

–¡Eh Utu! ¿Te has vuelto un niño? Peor, ¡te has vuelto como el hombre lince! –exclamó, riendo, un joven cazador.

–Sí, sí, ríete. Pero yo me atiborro de cangrejos y mejillones. Mientras vosotros os estáis aburriendo –respondió el chico, que no parecía afectado por las burlas de los hombres.

–¿Por qué te has metido en el agua? –preguntó el hombre lince al chico Utu, cuando este pasó por su lado.

–Me gustan los mejillones –fue la única respuesta del chico, que comenzó a salpicar a las mujeres con una sonrisa traviesa.

–El invierno pasado aún jugaba con esos niños. Este es el primer invierno que caza. De hecho, todavía es un niño. Pero no le digas, porque se enfada –comentó la vieja al hombre lince, sin dejar de succionar el interior de un erizo de mar de camino a la arena, subida a la espalda de una de las chicas.

El niño tejón se quedó en silencio escuchando cómo los hombres se reían del chico y de su padre. De repente, notó que se le calentaban las mejillas y sintió vergüenza por la poca dignidad de su padre, que seguía arremangado junto a las mujeres intentando capturar cangrejos y erizos de mar.

–¡Eh, niño tejón, ven aquí! Tu padre y yo hemos encontrado erizos –gritó el chico Utu al niño, levantando un erizo con mucho cuidado.

El viejo Uyu, que estaba sentado junto a los hombres y cerca del niño, oyó como el crío, entre dientes, murmuraba que cuando fuera mayor, nadie se reiría de él, porque se convertiría en un fuerte cazador, porque él no tenía miedo. El viejo hizo como si no hubiera oído nada y continuó observando cómo las mujeres

y el hombre lince se alimentaban. Si se mostraba paciente, alguna mujer le llevaría algo de comer.

Cuando el viento se intensificó y las olas crecieron, las mujeres, los niños y los dos hombres abandonaron las rocas, sacudiéndose el agua del cuerpo, recogieron las pieles que habían dejado en la arena y se cubrieron nuevamente, agradeciendo la calidez de las pieles calentadas por el sol del final del invierno. Luego, se dirigieron al campamento lamiéndose los dedos y con los estómagos satisfechos. El hombre lince llevaba un buen puñado de mejillones envueltos en las pieles.

—Son para el niño —dijo el hombre a la mujer Aba cuando esta pasó a su lado.

—Estos son para el jefe Uru —respondió la mujer, mostrando a su vez un buen puñado de conchas negras que llevaba entre las dos manos—. A Uru no le gusta meterse en el agua. Pero los mejillones lo vuelven loco. Siempre es bueno tener al jefe contento. ¿Cierto?

—Sí, supongo que sí —el hombre sonrió tímidamente a la mujer. Comenzaba a sentirse a gusto en aquel grupo y, durante el trayecto al campamento, decidió que él y el niño se quedarían todo lo que quedaba de invierno con esa gente y, si podían, quizás un poco más.

Los días se alargaban y las noches se volvían menos frías. El viento helado que venía de más allá de las colinas fue reemplazado por un viento más cálido que provenía del otro lado del mar. Y si el invierno llegaba a su fin, las manadas de caballos y uros se concentrarían para abandonar las llanuras costeras e ir a pasar el verano en la gran llanura interior. Ese sería un buen momento para cazar, así que había que comenzar a pensar en partir hacia el paso del desfiladero siguiendo a los animales.

Sin embargo, aún podían disfrutar con algunos días más de aquel lugar privilegiado, donde las heladas nocturnas de invierno eran menos severas que las que se producían tierra adentro, donde ellos solían cazar el resto del año. Por la nieve no habían de sufrir puesto que los inviernos eran cada vez más secos y rara vez las nevadas llegaban hasta la costa; aguanieve a menudo, pero nieve de verdad muy poca. Cuando ocasionalmente caía, todos los miembros del grupo se reunían alrededor del fuego hasta que esta se derretía, porque, aunque las huellas de los animales en la nieve eran evidentes, a ellos les resultaba difícil caminar con las piernas hundidas hasta las rodillas.

El grupo había llegado a la playa con la llegada de los primeros fríos, hacía ya unas lunas. De primero, el grupo no tuvo un lugar permanente donde dormir, iban desplazándose de un lado a otro, sin rumbo fijo, siempre cerca de la orilla del

mar. Sin embargo, cuando los días comenzaron a menguar, decidieron establecer un lugar más estable; su campamento de invierno.

El campamento era una especie de mampara circular levantada con troncos de pino que los hombres habían talado con sus hachas de piedra y habían transportado hasta la playa. Era un arduo trabajo que les llevaba varios días, pero el resultado era muy sólido y resistía hasta que el grupo partía hacia las tierras del interior. Clavaban los troncos en la arena, en unos agujeros que previamente habían excavado con palos planos. Entre los troncos gruesos, colocaban troncos más delgados, apoyándolos en los verticales, creando una estructura que no requería ataduras. Una vez levantada, la rellenaban con ramas y finalmente la cubrían con algas, helechos y musgos que recolectaban de los bosques cercanos. Siempre dejaban una apertura por la que podían entrar y salir. Al fondo, extendían un lecho de algas y hierbas secas que actuaba de aislante. Este refugio los protegía del viento, aunque no de la lluvia; pero eso no era problema, ya que el invierno era una época seca en la que la lluvia escaseaba. Y si llegaba a llover, se cubrían con pieles y esperaban con entereza a que la lluvia cesara para, con el viento seco que soplaría a continuación, secarse. No obstante, la función primordial del campamento era protegerlos de las bestias. En su interior, con un gran fuego ardiendo toda la noche, ningún animal se atrevía a entrar y los miembros del grupo se sentían seguros.

Y nada había más importante que, de noche, sentirse seguro.

Pasar los meses de mayor frío cerca del mar les aseguraba sobrevivir a las heladas y tener suficiente alimento para subsistir hasta la primavera. Por supuesto, todos preferían las partes grasientas de un ciervo a los flacos muslos de un ganso o a la escasa carne de los mejillones, pero aquel invierno había sido magro en grandes presas; solo algunos corzos, unos pocos ciervos y escasos jabalíes. Por tanto, todos agradecían haber pasado el invierno en la costa.

El viejo Uyu no recordaba desde cuándo visitaban en invierno aquella estrecha llanura litoral. En su recuerdo, desde siempre. Y por lo que había oído explicar a su padre, quien a su vez lo había oído del suyo y así sucesivamente, cuando las heladas llegaban y la lluvia desaparecía, era crucial permanecer cerca del mar. Tanto el viejo Uyu como su hijo, el jefe Uru, eran conscientes de que esta era una de las razones por las que en su grupo siempre había habido niños y ancianos, y que se habían convirtiendo en uno de los grupos más numerosos y viables de toda aquella tierra.

Una mañana, el hombre lince decidió seguir a los cazadores hasta los humedales, manteniéndose a una distancia prudente pues los cazadores no permitían que participara en las cacerías. Se dirigieron hacia las lagunas, donde las grullas se congregaban antes de emprender su viaje hacia el norte. Todos

sabían que aquellas esbeltas y llamativas aves habían pasado el invierno en la costa y que pronto partirían hacia tierras que ellos desconocían, pero que intuían lejanas. Los cazadores sabían que, al siguiente invierno, cuando ellos regresaran a esos humedales, las grullas también estarían allí. Los últimos días de frío eran propicios para la caza de aves: muchos gansos, algún pato, grullas y cualquier otra ave de patas delgadas y cuello largo que se reuniera en grandes bandadas antes de abandonar aquellos humedales. La caza no era sencilla, pero el riesgo de sufrir fracturas a causa de un uro desbocado o ser aplastados por un caballo se veía considerablemente reducido.

Mientras los hombres se dedicaban a cazar gansos, el jefe Uru no apartó la vista del hombre lince. Era evidente que aquel extraño los seguiría a donde fueran, así que era prudente conocerlo mejor. Uru decidió que, cuando nadie estuviera mirando, se aproximaría al hombre para entablar conversación.

El hombre lince se puso muy nervioso cuando el jefe Uru se le acercó y le ordenó que sentara en el suelo. La situación no le agradaba en absoluto ya que él prefería pasar desapercibido y que nadie le prestara atención. Mientras pudiera descansar en el campamento y cazar conejos o recolectar mariscos en la playa, se daba por satisfecho. Y si, además, de vez en cuando le ofrecían un trozo de carne roja, mejor que mejor ¿Qué querría el jefe de él? ¿Acaso quería expulsarlo del campamento junto al niño?

Uru se sentó frente al hombre lince y lo miró fijamente, pero no dijo nada, estaba buscando las palabras adecuadas para expresar su intención. No era un hombre que tuviera mucha facilidad de palabra; prefería reflexionar y luego decir lo justo y necesario.

El hombre lince comenzó a sudar, incómodo ante aquella mirada penetrante, esos ojos ocultos tras cejas prominentes y esa mandíbula rígida. Le pareció que el jefe era un hombre fuerte, con un rostro feroz y que estaba muy enojado con él. El hombre se sintió mareado y, al ver que el sol se ocultaba tras las nubes, decidió quitarse la capucha.

Uru, aún en busca de las palabras precisas, al observar el rostro descubierto del hombre, hizo una mueca involuntaria. Continuó en silencio, estudiando con más atención las facciones del hombre, notando que este sudaba y desprendía un olor agrio. No pudo resistir la tentación de tocar aquel rostro que tanto le intrigaba. Extendió la mano hacia el hombre y se quedó sorprendido.

¿Qué estaba haciendo el hombre extraño?

5. UN HOMBRE MAL HECHO

Los humanos

El hombre lince estaba completamente aterrorizado. Nunca había sentido una mirada tan amenazante en un jefe de grupo. La impresión que le causaba Uru le hacía pensar que en cualquier momento el jefe de los cazadores podría lanzarse sobre él y morderlo. Cuando vio aquella mano gigante acercándose, su instinto lo llevó a retroceder, tratando de esquivar el golpe. Sin embargo, abrumado por el miedo, no se percató de las piedras que sobresalían detrás de él y perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Quedó tendido en la arena, inconsciente, con una herida en la nuca que sangraba profusamente.

Uru se sintió alarmado. Él no había hecho nada, el hombre lince se había lastimado solo. Era evidente que, con unos huesos tan débiles, era fácil que se rompiera. Uru no podía comprender cómo alguien así había sobrevivido tantos años, y aún más, cómo había logrado que el niño también viviera. Se preguntó si aquel extraño siempre había sido tan frágil. Miró a su alrededor, asegurándose de que no hubiera testigos, ya que se avergonzaba de la curiosidad que el extraño despertaba en él.

Con el hombre inconsciente en el suelo, Uru se dirigió a la playa, donde las mujeres estaban buscando alimento. Allí encontró a la chica Usu, que se aferraba a unas rocas con las piernas sumergidas en el agua fría, recogiendo mejillones. Dudó, y se permitió unos instantes para contemplar como la chica abría con una piedra los negros mejillones. Uru recordó que la anciana Izi prefería cocinarlos al fuego, pero que Usu no tenía paciencia para ello.

La chica Usu se sorprendió al ver a su padre gesticulando desde la orilla, con expresión de enfado, y entendió que quería que ella saliera del agua y se aproximara a él. La orden de Uru, el jefe de los cazadores, la dejó perpleja porque él raramente daba instrucciones a las mujeres. Al llegar a su lado, se dio cuenta de que la expresión de su padre no era de enojo, sino de inquietud. Algo no andaba bien.

Cuando llegaron al lugar donde yacía el hombre herido, Usu miró a su padre con desconcierto, esperando que le explicara qué debía hacer.

—¡Cúralo!

—¡Mira que eres bruto! ¿Qué le has hecho?

—No le he hecho nada. Se ha roto solo. No es mi culpa. Este hombre está mal hecho. ¡Cúralo!

—No se puede haber roto solo. Debes haberle hecho algo.

—¡Si ni siquiera lo he tocado! Solo quería hablar con él. ¡Cúralo! —insistió Uru, ya caminando de regreso al campamento.

Usu se quedó sola con el herido. Acercó su mano a la nuca del hombre y lo observó detenidamente, nunca lo había visto tan de cerca y menos sin su capucha. Sintió una punzada de angustia y retiró la mano empapada en sangre, mirándola con desasosiego.

De repente, el hombre gimió y abrió los ojos. A Usu se le encogió el corazón al ver su mirada. Aquellos no eran ojos normales; el color del cielo en un día despejado se mezclaba con un movimiento inquietante, como si temblaran.

La muchacha se sentó, cruzando las piernas y balanceándose, un gesto que solía hacer cuando se angustiaba. La sangre le recordó a su hijo muerto, y se vio de nuevo en aquel carrizo ruidoso, sola y asustada, con una criatura que le nacía en medio de bocanadas de sangre tan roja como la del hombre que tenía delante.

El hombre lince volvió a gemir, abrió los ojos y se sorprendió al encontrarse con la mirada perdida de una chica. La reconoció al instante. Al ver que ella no hablaba y continuaba balanceándose, la tocó suavemente en la pierna.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, y ella giró la cabeza, lo miró y se levantó. Si no hacía algo, ese hombre moriría desangrado. Corrió y volvió poco después con un manojo de algas. Se las metió en la boca, las masticó y, escupiendo el jugo, hizo una pasta que aplicó en la herida del hombre, que se había mareado nuevamente. La sangre dejó de fluir y el hombre se quedó dormido.

Cuando despertó, encontró algas en su nuca y a una chica con enormes ojos verdes brillantes mirándolo, llena de desconcierto. Él también estaba confundido, especialmente al percibir el delicioso aroma de un muslo de ganso crudo que ella estaba devorando.

—Gracias por ayudarme —dijo el hombre, extendiendo la mano hacia el trozo de carne que la chica le ofrecía.

Ella no respondió.

—¿Dónde está Uru? No me dejes a solas con él. Volverá a golpearme.

–Él no quiere hacerte daño. Dice que te has lastimado solo –respondió la chica, en voz baja, incomoda por hablar con aquel extraño.

El hombre lince se quedó en silencio, pensativo. Todavía todo le parecía confuso, pero recordaba claramente un enorme puño dirigiéndose hacia su cara. En ese instante, la chica extendió la mano para verificar si la herida aún sangraba, y él se echó hacia atrás.

–Estate quieto. Solo quiero ver si sigues sangrando.

–Lo siento. Ya no soy valiente como antes –se disculpó el hombre, intentando ocultar su vergüenza.

–¿Dónde está tu grupo? –preguntó la chica, ahora más tranquila al percibir que el hombre también tenía miedo.

–Lejos, muy lejos.

Él se retiró las algas ensangrentadas de la nuca al ver a la chica masticar otro puñado de algas.

Usu se acercó un poco más y siguió preguntando. Hablar con alguien que se asustaba tan fácilmente como ella le resultaba cómodo.

–Tú y el niño estáis muy delgados. ¿No coméis carne roja? ¿Por qué no cazas con los otros?

–No cazo animales de carne roja. Ahora me consideran un inútil. No me dejan cazar con ellos. Supongo que les doy asco. Pero siempre hay alguien que nos trae comida –comentó el hombre, mirando el muslo de ganso que devoraba y sonriendo a la chica–. Aun así, soy bueno atrapando conejos. Soy hábil buscando comida en la playa. A veces también cazo castores. ¿Y tú? ¿Por qué siempre estás triste? Nunca te he visto reír.

La pregunta sorprendió a la chica, que apartó la mirada y se sentó de espaldas a él, enfadada.

–No siempre estoy triste –respondió, al cabo de un ratol.

–Usu, te he visto llorar en muchas ocasiones. Cuando crees que nadie te ve. Pero este hombre no es tan inútil. Este hombre lo ve todo. ¿De qué tienes miedo?

–Tengo miedo... Tengo miedo de los desconocidos.

–Los únicos desconocidos somos el niño y yo. No es a nosotros a quienes temes. ¿De qué tienes miedo?

–Tengo miedo de abandonar el grupo. Eso sucederá cuando lleguemos al paso del desfiladero. Y cada vez falta menos. Pronto dejaremos el campamento de la playa –respondió la chica.

–¿Qué sucederá al llegar al paso del desfiladero?

–Uru dice que pronto habrá muchos caballos. Entonces irá a buscar otros grupos. Grupos vecinos que lo ayuden a cazar. Vendrán el grupo de la sima. Quizás otros más.

–¿Qué pasará cuando nos encontremos con esos grupos?

–Tendré que irme con uno de ellos.

–¿Por qué no quieres irte con un grupo? Todas las chicas lo hacen. Las de mi grupo lo hacían. También lo he visto en otros grupos. Todas están ansiosas por cambiar de grupo.

–No me gustan los cazadores de otros grupos. No me gustan las mujeres de otros grupos. No me gusta nadie de otros grupos. No quiero separarme de mi hermano. Solo de pensarlo, siento una punzada aquí –la chica se tocó el pecho–. Es como si el aire no quisiese entrar. Se me revuelve el estómago. Cuando pienso en ello tengo dolor de cabeza.

–Sé lo que sientes. Tienes miedo. A mí también me ocurre a menudo. ¿Por qué tienes que irte si no quieres? ¿No puedes quedarte en tu grupo? Permanecer hasta que encuentres otro. Un grupo que te guste.

–He dejado de ser una niña. Debo dejar el grupo. Y no hay tantas opciones a elegir. Últimamente, solo nos hemos topado con uno. Con el grupo de la sima. Su territorio se extiende hacia el sur. No me gusta nadie de ese grupo –respondió la chica, con firmeza.

–¿No hay otro grupo? ¿Quién ocupa el norte? –preguntó el hombre, aún intentando comprender los límites del territorio del grupo.

–Sí. Está el grupo de las tierras del oso. No nos encontramos con ellos. No, desde hace mucho tiempo. Yo no había nacido aún. Algo sucedió entre los líderes. Desde entonces, no nos cruzamos con ellos –aclaró la chica.

–¿Qué fue lo que pasó?

–No lo sé. El viejo Uyu era el jefe entonces. Pero eso no importa. Tampoco me agrada la gente de ese grupo.

–¡Pero acabas de decir que no los conoces! Quizás te caerían bien... –el hombre no pudo continuar, pues la chica estalló en un llanto violento.

–¡No entiendes lo que digo! No me gusta nadie de ningún otro grupo. Solo quiero quedarme aquí. Con la gente que me quiere. Con mi hermano Utu. Y con la anciana Izi –gritó entre sollozos, buscando consuelo.

–¿Se lo has comentado al jefe Uru? ¿Y a la mujer Aba?

–Uru no me dejará quedar. Si no me voy, no vendrá ninguna chica. El jefe Uru quiere que llegue una chica. Quiere una chica para preñarla pronto. Quiere una chica que dé criaturas al grupo. Yo soy hija suya y tengo que irme. El jefe Uru no me escuchará. Él no entiende lo que es sentir miedo.

El hombre lince se quedó en silencio un momento, observando a la chica, que volvía a mostrar una expresión dura y comenzaba a mecerse. Él sabía bien lo que era tener miedo. Sintió el impulso de ayudar a Usu, no solo por empatía, sino también por gratitud. Sabía cómo la chica podría convencer a su padre, pero dudaba. Nunca se había entrometido en los asuntos de los miembros de un grupo. Ahora estaba a punto de hacerlo y temía que eso pudiera traer consecuencias negativas para él o para el niño. Dedicó un buen rato a su indecisión, hasta que los llantos persistentes de la chica lo llevaron a actuar. Por una vez, él, el hombre lince, no dejaría que el miedo lo dominara. Lástima que no pudiera explicárselo al niño.

–Cuando estoy en un rincón, nadie me ve. Pero yo lo veo todo. El jefe del grupo es fuerte y temido. Pero he notado una debilidad en Uru. Cuando lloras, él no puede dormir.

–Uru no me ve llorar. Y si lo hiciera, no haría caso.

–Claro que te ve. Cuando tus ojos sonríen, él se relaja. Pero cuando lloran, se angustia.

– Madre los tenía del color de la hierba. Utu y yo también, y somos los únicos. Todos los demás los tienen color avellana. Tú, en cambio, tienes ojos como el cielo. ¿Por qué...?

–¿Dónde está ahora tu madre? –interrumpió el hombre, que no quería hablar de sus ojos.

–Murió cuando mi hermano y yo nacimos. Ella falleció cuando yo vine al mundo. Yo la maté. Izi dice que me parezco mucho a ella. Pero ella era alta y fuerte. Uru ya era el jefe del grupo. Izi dice que Uru la amaba profundamente. Cuando ella murió, Uru se volvió un loco.

–¡Esa es su debilidad! Uru añora a tu madre. Uru añora los ojos de tu madre.

–¿Los ojos de mi madre? No entiendo cómo eso puede ayudarme.

–Aprovecha que tienes los ojos de tu madre. Dile a Uru que aún no quieres irte. Hazlo mirándolo a los ojos. Deja que las lágrimas resbalen por tus mejillas. Abre bien esos ojos color hierba. Haz que Uru la recuerde. Persiste hasta que Uru ceda.

–Es el jefe, no cederá.

–Si insistes día tras día, Uru cederá. Se angustiará tanto que dejará que te quedes.

–No servirá de nada. El jefe del grupo me obligará a marcharme. Y yo me moriré.

El hombre lince comprendió que no podía hacer más. Ya había hecho suficiente y esperaba no arrepentirse. Ahora todo dependía de la chica. Al verla alejarse hacia el campamento, deseó que lograra convencer al jefe del grupo. Porque percibió que las últimas palabras que la chica habían pronunciado eran completamente sinceras.

PRIMAVERA

III. De camino al risco (por el actual río Llobregat hasta encontrar el río Anoia)

6. EL PALO QUE DIBUJA

Los humanos del grupo de la costa

Los días se alargaban y las heladas nocturnas desaparecían de las llanuras. El grupo se dirigía al risco, pero sin prisa, no fuese a ser que llegasen antes de que lo hicieran los caballos y, entonces, les resultara difícil encontrar con que mantenerse hasta que empezara la cacería.

El viejo Uyu llevaba un tiempo aletargado. Aún faltaba media luna para las esperadas cacerías en el paso del estrecho, donde él debería estar ocupado fabricando herramientas de corte. Así que, sin más tarea, el viejo se distraía observando al hombre y el niño extraños y las cosas absurdas que estos hacían. Cada día, el viejo Uyu veía al niño tejón marchar hacia el río, consciente de que el pequeño se avergonzaba de su padre y anhelaba la soledad.

Una mañana se sentó a su lado.

–Tú habías sido un gran cazador, ¿cierto? –preguntó el niño mientras un canto rodado rebotaba repetidamente en la superficie del agua.

–Sí –respondió Uyu, con orgullo, enderezando su espalda lo mejor que podía.

–Yo también quiero ser un gran cazador. No seré un inútil como mi padre. Seré cazador de caballos. Porque yo no tengo miedo.

–Tu padre no lo tiene fácil. Los hombres no quieren que cace con ellos. Temen que asuste a las presas.

–No es verdad. Ellos creen que no tiene fuerza. Ellos creen que no sirve para nada. Siempre lo envían con las mujeres. Siempre ha sido igual –dijo el niño que, con un palo en la mano, trazaba líneas en el fino lodo de la orilla del río.

–Tu padre no tiene la culpa. No tiene la culpa de haber nacido enfermo. Bastante ha hecho con mantenerte con vida. Y parece que cuida bien de ti. Tú tampoco eres culpable.

–¿Culpable? ¿De qué no soy culpable? –preguntó el niño, dejando el palo a un lado y mirando al viejo con curiosidad.

–No tienes la culpa de ser cómo eres –respondió el viejo, algo confundido por la pregunta del niño.

–¡Yo no soy como él! ¡Nunca lo seré! –gritó el niño, exaltado, y se dio la vuelta dirigiéndose hacia donde estaban las mujeres, los niños y su padre.

El viejo Uyu se quedó pensativo, observando el agua. ¿Era posible que ese niño pensara que era como los demás y no como su padre? No, por fuerza debería haberse dado cuenta. Otra cosa era que lo quisiera aceptar. Y estaba claro que los cazadores nunca lo querían a su lado durante las cacerías, al igual que no querían a su padre.

Cuando Uyu se levantó para reunirse con el grupo, notó el palo tirado en el suelo y se fijó en los dibujos que el niño había hecho en el lodo. Al principio le pareció que aquellas marcas eran extrañas y decidió acercarse más, cuidando de no borrar nada con sus pies. Se dio cuenta de que las líneas se entrelazaban de una manera que no se podía distinguir dónde empezaban y dónde acababan. Eran más complejas que las que utilizaban para comunicarse entre grupos, más intrincadas que la marca del grupo, que consistía en dos líneas sinuosas y paralelas. Se alejó para tener una mejor perspectiva. Entonces, de repente, la imagen se formó en su mente. ¡No podía ser! Se acercó de nuevo y se agachó. Ahora la imagen había desaparecido, y las líneas se habían convertido en un enredo de marcas. Se volvió a alejar y la figura volvió a aparecer.

Uru echó a correr, cojeando, en la dirección en la que el niño había se había ido. Al llegar, el niño tejón ya no estaba. Preguntó a los otros niños donde estaba el niño extraño y estos le señalaron un talud cercano. Allí lo encontró ayudando a su padre a tapar los agujeros de una conejera con piedras grandes. Lo agarró del brazo y, sin decir palabra, lo arrastró de nuevo hacia el río. El hombre lince también se levantó y los siguió, preocupado por lo que su hijo pudiera haber hecho al anciano y por lo que el viejo pudiera hacerle al niño. Cuando Uyu llegó al río, señaló con el dedo lo que había en el lodo.

–¿Qué has hecho ahora? –gritó el hombre lince a su hijo, estirándolo del brazo para liberarlo de la mano del viejo.

–No he hecho nada –protestó el niño, que no entendía nada.

–¿Cómo has hecho esto? –preguntó el viejo Uyu, que parecía ignorar las protestas del niño y la preocupación del padre.

–¿El qué? –preguntó el hombre lince–. ¿Qué ha hecho el niño?

–Esto –insistió Uyu volviendo a señalar el lodo–, este caballo.

–¿Qué caballo? Aquí no hay ningún caballo. Solo hay barro.

Uyu volvió a señalar el lodo con insistencia y empezó a recorrer las líneas con la punta de su dedo.

–¡Ah, la forma del caballo en el barro! Lo lleva haciendo desde que era pequeño. Cuando los niños no querían jugar con él. Cuando se quedaba solo y se aburría. Entonces cogía un palo. Con el palo hacía marcas en el barro. Yo no sé hacerlo. No conozco a nadie más que lo haga. Pero estos animales no sirven para comer. Más le valdría aprender a cazarlos con trampa... –el hombre lince no pudo continuar porque el viejo lo interrumpió bruscamente.

–¡Vuélvelo a hacer! ¡Quiero ver cómo lo haces!

El niño se agachó, cogió de nuevo el palo y empezó a trazar líneas en el lodo, dibujando otro caballo junto al primero.

–¿Quieres que haga un animal diferente? También sé hacer uros. Y ciervos. Y corzos...–dijo el niño, pero Uyu ya se había dado la vuelta y caminaba lentamente río arriba.

Esa noche, el viejo Uyu durmió mal. Algo lo mantenía inquieto. Se sentía confuso, pensamientos extraños le venían a la mente y se notaba agitado. Algo se había metido en su cabeza y él no lograba entender qué era.

Al día siguiente, los hombres querían aprovechar el buen tiempo para subir río arriba en busca de ramas rectas y flexibles de avellano, que convertirían en lanzas, enderezándolas con el calor del fuego. Las mujeres también irían a la avellaneda, no a recoger la carne blanca de la avellana ni las aromáticas setas escondidas entre las raíces de los árboles; ellas irían a recolectar helechos. El próximo otoño cosecharían avellanas y setas, pero ahora les interesaban más las grandes frondas de helecho aquilino que crecían en los márgenes húmedos de aquel bosque y que les servirían para hacer buenos lechos y pasar las noches sin que la humedad les calara los huesos.

El viejo Uyu tenía otros planes para aquella mañana. Esperó a que los hombres estuvieran ocupados cortando ramas y que las mujeres se dispersaran arrancando los helechos. Entonces, cogió al niño tejón por el brazo y lo llevó hacia el cauce del río, a un lugar donde hubiera lodo, lejos de miradas curiosas.

–¡Vuélvelo a hacer! –ordenó Uyu.

El niño cogió una rama del suelo y se puso a dibujar un círculo en el delicado lodo. Miró el viejo y trazó un círculo más: el ojo, unas rayas; los cuernos, una línea; la boca.

–Ves, no es difícil –dijo al anciano, que observaba fascinado el movimiento del palo.

–¡Dame el palo que hace salir los animales! Quiero probarlo.

–El palo no lo hace solo, necesita la mano. Es la mano la que guía el palo.

El viejo empezó a hacer marcas en el lodo, junto a las de las del niño, se quedó pensativo y las borró con el pie. Volvió a intentarlo, y otra vez las borró. Al cabo de un buen rato de intentarlo, se sentó en el barro, cansado y frustrado.

–No lo entiendo. Siempre hago las marcas que delimitan el territorio. Lo hago mejor que nadie en este grupo. Pero esto es diferente. Esta señal no es para marcar territorio. Esta señal es para dar vida.

–He hecho muchos animales en el barro. Ninguno se ha convertido en carne y hueso. Me parece que no lo entiendes. No es de verdad –dijo el niño, enfatizando la última frase, despacio y con paciencia, porque veía que el viejo no lo comprendía.

Y el viejo Uyu no lo entendía. Él había sido el más grande de los cazadores y había sido jefe durante muchos años. Conocía a la perfección el olor de los caballos, las huellas de los ciervos y los excrementos de los uros. Él había sido el más experimentado de los rastreadores y había matado cientos de animales. Aún tenía las manos fuertes para clavar la lanza. Y ahora era incapaz de ordenar a un palo que dibujara lo que tenía en la cabeza.

–Primero tienes que ver lo que quieres hacer. Intenta cerrar los ojos. Intenta ver el animal con los ojos cerrados. Entonces, con el palo, vas recorriendo la forma. Siguiendo lo que ves en tu cabeza –dijo el niño, que no sabía cómo explicar aquello que le surgía de forma tan natural.

–¿El hombre lince puede hacer caballos de barro? –preguntó el viejo, decidido a averiguar qué hacía posible que el niño lograra lo que él no podía.

–No. Ya te lo dijo ayer él mismo.

–¿Lo ha intentado alguna vez?

–Sí. Sus marcas no se parecen a ningún animal. Le salen peor que a ti. Si quieres, cada día puedo enseñarte un poco. También me salen muy bien los rinocerontes –el niño empezó a dibujar la silueta de un rinoceronte en el lodo.

Uyu quedó maravillado. ¡Cómo presumiría ante los jóvenes cazadores si lograba dibujar un rinoceronte! Entonces todos lo volverían a considerar un gran cazador y no un estorbo, que era lo que todos pensaban de él. Volvería a ser un cazador de rinocerontes, capaz de atraparlos con un palo.

Y con esa idea en la cabeza, aquel hombre viejo se volvió a ilusionar.

Cuando los hombres tuvieron suficientes palos largos de avellano, el grupo se puso en movimiento. El camino que les quedaba para alcanzar el risco no era difícil de encontrar; solo debían remontar el curso del río hasta encontrar otro menos caudaloso. Era cuestión de no equivocarse de curso, porque antes de encontrar el correcto, tendrían que cruzar otros que no debían seguir. Llevaban haciendo aquel trayecto miles de años. El viejo Uyu lo había aprendido de su padre y este a su vez del suyo. Y así durante generaciones.

Se desplazaban en grupo, procurando no separarse, siempre con algunos hombres en la periferia atentos por si alguna bestia los acechaba, y vigilando que ninguno quedara rezagado y solo. La comida no era un problema; en el grupo había suficientes cazadores capaces de atrapar gamos, ciervos o corzos. Y si la caza no les era propicia, siempre podían matar un lechón de jabalí. Además, aprovechaban los recursos que la tierra ofrecía: raíces, huevos, hierbas, frutos... A los niños les encantaba atrapar lombrices de tierra en los días de lluvia, cuando estas buscaban escapar de la tierra anegada.

Viajaban ligeros, sin cargas que les pudieran estorbar. Los hombres llevaban las lanzas en una mano, las herramientas de piedra metidas dentro de un repliegue de la piel, y la otra mano libre para cualquier eventualidad. Las mujeres llevaban a sus hijos pequeños a cuestas con una sola mano, dejando la otra libre. Las mujeres que no tenían que cargar con niños pequeños se encargaban de transportar las piedras para afilar, las herramientas para encender fuego y las pieles. Los niños, no solían llevar nada en las manos. Por lo general, todos llevaban una mano libre para ir recogiendo, sobre la marcha, lo que el terreno ofrecía a su paso.

Sin embargo, el hombre lince y su hijo eran distintos, no solo por su aspecto, sino también por la costumbre de recorrer el camino con las dos manos muy ocupadas. A diferencia de los demás, que llevaban el dorso cubierto de pieles y dejaban las piernas al descubierto, ellos dos iban completamente tapados con pieles de conejo, atadas entre sí por las patas, formando una especie de capa larga que les llegaba hasta los tobillos. Además de las pieles, cargaban herramientas de piedra, un par de lanzas y un montón de palos de la misma longitud y grosor, que transportaban encima de los hombros. Cada noche, mientras los hombres y mujeres se acurrucaban unos contra otros junto al fuego, el hombre lince y el niño levantaban una estructura con los palos y la recubrían

con las pieles que llevaban puestas, creando una especie de tienda donde pasaban toda la noche, no demasiado lejos de las llamas que protegía al grupo.

Así transcurrieron los días, y el viejo Uyu cada vez estaba más extraño. Murmuraba solo mientras caminaba, hablando de caballos y ciervos de barro. Se enfadaba a menudo con una de sus manos, diciendo que la culpa era del niño extraño. A ratos, se alejaba del grupo y regresaba con los pies embarrados. Todos sabían que el viejo había estado en la orilla del río, hurgando el barro con un palo. Todos eran conscientes de que aquel hombre tan anciano estaba perdiendo la razón.

Y solo había una cosa que conseguía levantar al viejo Uyu cada amanecer: la ilusión de aprender a hacer salir animales del barro. Algunos días, cuando hombres, mujeres y niños descansaban, él iba a buscar el niño tejón y juntos andaban hasta encontrar un charco, no lejos de la seguridad del grupo. El viejo pensaba que progresaba mucho con sus dibujos, mientras que el niño creía lo contrario, pero ante la perspectiva de que Uyu se enfadara, el niño le decía que lo hacía muy bien.

Una mañana el viejo Uyu decidió mostrar lo que había aprendido al resto de miembros del grupo. Empezó por su hijo Uru.

—¿Qué ves? —le preguntó el viejo.

El jefe Uru miró el suelo enfangado, donde el viejo señalaba con el dedo.

—Barro. ¿Qué tendría que ver?

—¿No ves ningún animal?

El jefe Uru se agachó buscando alguna lombriz o insecto que a simple vista no hubiera visto.

—No. ¿Tú qué ves?

—Eres más ciego que un topo —exclamó el viejo, apartando con el hombro a su corpulento hijo—. Llama a la chica Usu. Ella seguro que lo verá.

—¿Qué te pasa? Estás raro. La chica no verá nada en el barro. En el barro no hay nada —respondió Uru, mirando a su padre con desconfianza, ya que este temblaba ligeramente.

—¡Chica Usu, ven aquí! ¿Qué ves? —pidió el viejo, mientras la chica miraba asustada a los dos hombres.

—¿Qué quieres que vea?

—Quiero que veas lo que hay.

–Lo siento, pero no veo nada. Solo barro –se atrevió a decir la chica, buscando con la mirada a la mujer Aba, esperando que interviniera y ella pudiera marcharse.

–¡Ves! Ya te lo decía, no hay nada. No sé qué te imaginas. No hay nada en el barro –volvió a decir el jefe Uru, cada vez más convencido.

–¡Sí que lo hay! Pero vosotros no lo veis. Fijaos en las líneas. Las líneas que he hecho con el palo. Seguir las y veréis aparecer un animal.

–¿Por dónde empiezo? –la chica iba girando la cabeza intentando ver algo.

–¡Qué más da! Empieza por donde quieras –el viejo empezaba a desesperarse.

El hombre corpulento y la chica menuda anduvieron en círculo alrededor del dibujo. Aquellas líneas no les decían nada. No se parecían a nada. Hasta que el niño tejón intervino.

–Es que no lo has hecho bien. Ven, mira cómo se hace –el niño empezó a dibujar un rinoceronte en el barro, junto al dibujo que había hecho el viejo Uyu, y lentamente el animal fue apareciendo ante la atenta mirada de los dos hombres y de la chica.

–¡Ah, ahora sí que lo veo! Es el rinoceronte que mataste. Tú, Uyu, y tus hermanos. Cuando yo era pequeño –exclamó el jefe, satisfecho de haber finalmente distinguido lo que se suponía que debía ver.

–¿No ves nada en mi dibujo? –el viejo señalaba insistentemente el trozo de barro que había marcado.

–No. Espera, quizás sí. Veo una, una... ¡veo una mierda de caballo! –exclamó Uru, echándose a reír mientras daba un golpe en el hombro del viejo, que cayó al suelo.

–¡Vete a comer barro, trozo de hiena asquerosa! –gritó el viejo, intentando levantarse, con lágrimas deslizándose por su rostro arrugado.

–Yo sí que veo un... caballo –dijo la chica, poco convencida.

–No es un caballo, es un ciervo. ¿Es que no veis los cuernos? –preguntó Uyu, molesto, deshaciendo todo el dibujo con el pie y tirando el palo a gran distancia.

–¿Qué le pasa al viejo Uyu? –preguntó la chica Usu al niño, una vez el viejo estuvo lejos.

–Quiere volver a ser un cazador. No puede cazar con una lanza. Intenta cazar con un palo. Cazar metiendo un palo en el barro. Me parece que se está volviendo loco

7. UN HOMBRE NO CAZA NUNCA SOLO

Los humanos

Cuando el viejo Uyu pasó ante los niños, el sol ya se encontraba alto en el horizonte. Con firmeza, sostenía una lanza larga en su mano y una piedra afilada escondida entre las pieles que cubrían su pecho. Los niños empezaron a reír y a gritar, llamándolo viejo loco. Uno de ellos recogió una piedra del suelo y la lanzó hacia la espalda de Uyu, quien no se detuvo ni se volvió mientras seguía su camino. La madre del niño, enfadada, lo sujetó del brazo y le dio un fuerte manotazo. Todos sabían, y los niños también, que ese hombre merecía respeto, a pesar de que su mente estuviera algo nublada.

—No se lanzan piedras al viejo Uyu. ¡Él ha sido un gran cazador! ¿Me habéis oído? ¡Chiquillos estúpidos!

—¡Pero si está loco! Mirad, ya vuelve a hablar solo —exclamó el niño que había sido reprendido.

El viejo se apresuró a reunirse con la vieja Izi, quien lo esperaba. Se sentó en el suelo, visiblemente irritado y sin parar de mascullar.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan alterado? —preguntó Izi al notar su estado.

—¡Bisontes! —fue la única palabra que pronunció el viejo.

—¿Qué?

—Bisontes. ¿Cuántas primaveras hace que no vemos bisontes?

—No lo sé. No me acuerdo. Muchas.

—¡Pues han vuelto! Los cazadores han visto una manada de bisontes. Más allá de aquella colina. En la pradera cercana al río. ¿Te lo puedes creer? ¡Bisontes! —el hombre tenía los ojos brillantes y la mirada fija en un punto del horizonte.

—¿Por eso estás enfadado?

—Estoy molesto con mi hijo. Uru no ha querido que los acompañara. Los cazadores creen que no sirvo por nada. El jefe del grupo les ha hecho caso.

—Tu hijo no recuerda. Tú eres el único que ha sido capaz. Nadie más ha conseguido matar un rinoceronte. Tu hijo debería tener más memoria.

–Si no puedo hacer salir bisontes del barro... –el viejo se quedó en silencio, perdido en sus pensamientos.

Izi arrugó la nariz al escuchar que el viejo volvía a hacer referencia al barro. Desde que había estado hurgando con un palo el lodo del río junto al niño extraño, Uyu no había vuelto a ser el mismo. Algo había cambiado en su mente, algo que el niño había introducido dentro de la cabeza del viejo y que lo había llevado a perder la cordura. No siempre, a ratos.

–Los bisontes ya no pacen estas tierras. A estos animales les gusta el frío. El frío de verdad. Es muy extraño que estén aquí. Y más ahora que el frío decrece. Estos bisontes deben haberse perdido –dijo, finalmente el viejo, alejándose de la mujer mayor.

Cuando el viejo llegó hasta el punto más alto de una colina cercana, se sentó sobre un tronco y se dedicó a observar los animales, que estaban dispersos cerca del río. A los cazadores no los vio, pero supuso que estarían escondidos entre los árboles, en un lugar propicio para la cacería, aún lejos de donde los animales se movían. Uyu pensó que aún tendría tiempo de descender la colina y acercarse a la manada antes de que esta llegara a la posición de los hombres. Años de caza le habían enseñado a predecir exactamente el recorrido de los animales y el lugar donde los cazadores los emboscarían.

Encontró un buen lugar cerca del río, donde el viento no lo delatara y permaneció oculto de los animales. Una vez instalado, que quedó inmóvil, observando los bisontes a lo lejos. Sabía que un hombre solo no podría abatir ninguno de esos enormes y robustos animales, pero algo le decía que tuviera paciencia y observara.

Y tuvo razón. Al poco apareció un lobo solitario rondando el grupo de bisontes, moviéndose entre ellos con naturalidad. Al ver como el lobo inspeccionaba la manada, Uyu supo que serían los lobos quienes cazarían uno de esos animales, no los hombres del grupo.

El viejo continuó escondido, observando, esperando el momento en que el lobo solitario detectara una presa fácil y llamara al resto de su manada. La espera se le hizo larga, no tanto por el tiempo, sino por la inmovilidad; sin embargo, al final aparecieron cinco lobos entre los árboles y la persecución empezó. Entonces, observando las bestias correr, el viejo Uyu sintió que la sangre le hervía y, por un instante, se sintió parte de aquella manada.

Cuando una hembra de bisonte y su cría se separaron de su grupo, el viejo previó que la mayoría de los bisontes se alejaría mientras que esos dos animales se dirigirían hacia donde él estaba escondido. Notó que la sangre se le calentaba aún más y que los pelos de su espalda se erizaban. Y comprendió que nunca había dejado de ser un cazador, a pesar de los años que llevaba sobre sus

hombros. Apretó con fuerza la lanza y sospesó si tenía alguna posibilidad de enfrentarse a los lobos después de que estos derribaran a la cría de bisonte.

Era consciente de que no tenía ninguna posibilidad frente a los jóvenes y fuertes lobos.

Aun así, cogió la lanza con determinación y salió corriendo.

Los lobos

La manada había salido a cazar y lo hacía a plena luz del día, ya que durante esta época del año cazaba con la luz del sol. Era un grupo reducido; el macho y la hembra dominante, acompañados por tres crías del año ya crecidas que aún no se habían dispersado y un joven nacido el año anterior.

Los animales llevaban parte de la mañana de marcha y, finalmente habían localizado a sus presas. Si querían abatir a alguno de los bisontes que pacían confiados en los prados adyacentes al río, toda la manada tendría que colaborar, lo que requería un acuerdo silencioso, mediante miradas y movimientos corporales. Una vez decidida la estrategia, los carnívoros se alejaron, dejando que solo hembra dominante se acercara, muy lentamente, hacia los bisontes.

Ella ya había cazado esas bestias antes y sabía que solo podrían matar a una cría que no fuera mayor que un lobo. También era consciente de que, si conseguían su objetivo, tendría carne para varios días: carne grasienta y muy nutritiva, difícil de conseguir, porque los bisontes eran muy raros de ver.

La loba líder comenzó a inspeccionar el grupo de bisontes, despacio, sin prisa, sin nervios y sin revelar sus intenciones. Sabía que, dado que su tamaño era mucho menor que el de los bisontes y estaba sola, los herbívoros se mantenían tranquilos, y solo los machos se pondrían a la defensiva si la ella se atrevía a acercarse demasiado.

Cuando la loba descubrió que una de las crías tendía a separarse de su madre, comenzó a aullar, y pronto se unieron cuatro lobos jóvenes y el macho adulto.

Entonces, los bisontes se pusieron nerviosos. Las hembras colocaron a los pequeños en el centro del grupo, mientras que los machos formaron una línea defensiva.

Los lobos se dieron cuenta de que no podían llegar hasta las crías y que solo podían hacer correr a la manada, rompiendo así la barrera defensiva de los machos. Sabían que podían correr largas distancias sin cansarse, pero que los bisontes también eran capaces de hacerlo, y más en esa época del año, cuando los pesados herbívoros se movían ágiles al no encontrar la nieve del invierno.

Cuando los lobos se lanzaron al ataque, los bisontes comenzaron a correr, asustados y angustiados, y la madre y su cría se separaron del grupo que corría descontroladamente. Una vez logrado su primer objetivo, los lobos se centraron en cansar a los dos animales e intentar separar a la cría de la hembra adulta. Pero la cría sabía que su única oportunidad de sobrevivir era permanecer muy cerca de su madre, y que, aunque los lobos la atraparan y mordieran, no tendrían tiempo para matarla porque su madre embestiría.

Y la cría resistía, lo que provocaba que la persecución se alargara en exceso. Fue entonces cuando la hembra líder de los lobos dio la orden de dirigir a las dos presas hacia el río. Al llegar al río, la hembra de bisonte cruzó sin problemas, pero la cría dudó y, al quedar rezagada y separada de su madre, se volvió vulnerable.

Los lobos aprovecharon esa vulnerabilidad para atacar a la cría, mordiendo su piel, intentando que esta cayera al suelo y empezase a desangrarse. Pero no tuvieron tiempo suficiente para acabar con su presa ya que la hembra de bisonte se había dado la vuelta y cargaba con decisión contra ellos. Ante la embestida, los lobos se vieron obligados a retroceder, observando con ansiedad, esperando que su ataque hubiera causado suficiente daño a la cría para que no pudiera seguir a su madre. Si la hembra bisonte optaba por huir hacia la seguridad de su manada, abandonando a su cría, los lobos tendrían la oportunidad de culminar su cacería y saciar su hambre.

La cría no se levantó a pesar de que su madre la lamía insistentemente.

La hembra la tuvo que abandonar.

De la nada apareció un humano con un palo afilado, gritando y gesticulando, con ojos enloquecidos. Él también quería la cría de bisonte.

La loba alfa, dándose cuenta de que la situación había tomado un giro inesperado, detuvo su ataque para evaluar al nuevo rival. A primera vista, el humano parecía debilitado por el paso del tiempo, pero había en él una extraña fortaleza alimentada por su locura.

El macho dominante no tuvo tanta paciencia. Desde hacía días, una agresividad inusual había comenzado a apoderarse de él. Al notar la fragilidad de su oponente, se sintió seguro de su victoria. Con un salto poderoso, se lanzó

hacia el humano, decidido a defender lo que tanto esfuerzo le había costado conseguir.

Los humanos

La anciana Izi se levantó, cojeando, y trató de dar alcance al viejo Uyu, pero ya no pudo verlo. Se maldijo a sí misma por ser tan vieja. Años atrás al levantarse, podía moverse rápidamente; ahora, necesitaba un buen rato para que sus articulaciones adoloridas se acostumbraran al movimiento.

Empezó a descender hacia donde Uyu le había indicado que se encontraban los bisontes. Caminaba con lentitud, cuidando de no tropezar, mientras gritaba el nombre del viejo, rogando que regresara. Sus piernas no respondían como ella deseaba y avanzaba con dificultad. Sin embargo, su voz era fuerte y estaba segura de que el viejo la escucharía. Además, sabía que cuando lo encontrara, él la regañaría, diciéndole que no se preocupara por él, y ella se daría un golpe en el pecho en señal de disculpas, sintiéndose aliviada porque el hombre volvería a la seguridad del grupo, junto a ella.

Al ver moverse a alguien entre los árboles, su corazón se aceleró y comenzó a gritar con más fuerza.

–¡Cállate de una vez, vieja tonta! ¿No ves que asustas a los bisontes? –gritó un cazador joven que estaba camuflado entre los helechos.

–Ha vuelto a marcharse, solo. No lo encuentro por ninguna parte –respondió Izi, angustiada, al cazador.

–¿Quién se ha marchado? –preguntó el hombre, sacándose los helechos del cabello y de las pieles.

–El viejo Uyu. Estaba muy enfadado con el jefe Uru. Se fue corriendo hacia el río. O tal vez subió a la colina. No lo sé. Quería cazar bisontes.

–Este viejo cada vez está más loco. Se ha empeñado en cazar un bisonte. El jefe Uru no le ha permitido venir. Ahora ya no hay nada que hacer. Ya volverá. Volverá porque no puede cazar nada solo.

–Pero puede hacerse daño. Es viejo y está solo. Es una presa fácil para cualquier depredador –señaló la vieja, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Los hombres se agruparon. Algo había asustado a los bisontes, que ahora corrían enloquecidos lejos de donde ellos esperaban. Los cazadores supusieron que los gritos de la anciana habían espantado a los animales, y se pusieron de mal humor. Llevaban escondidos entre los árboles desde el amanecer, con los músculos entumecidos y la espalda encorvada. Todo había sido en vano. Algunos se relamían solo de pensar en las lenguas, los cerebros y los hígados de los bisontes que esperaban cazar. ¡Y esa anciana lo había arruinado todo!

El jefe Uru observó a los hombres y notó su desánimo. Miró a la anciana y vio su desesperación. Miró al horizonte y no vio rastro de bisontes. Era evidente que sus presas se les habían escapado. Quizás aún podrían localizar al viejo, siempre que algún depredador no lo hubiera encontrado antes.

—Podemos regresar al lugar de dónde salió Uyu. Intentaremos seguir su rastro. Olvidémonos de los bisontes. Aba se enfadará porque no traemos carne. Se enfadará porque no traemos pieles. Le diré que es culpa tuya —dijo Uru, dirigiéndose a la vieja Izi. Y es que el jefe del grupo temía más a los enfados de la mujer Aba que los de cualquiera de los cazadores.

Uru ordenó que los hombres permanecieran con las mujeres y los niños, y solo el más joven lo acompañara en la búsqueda del viejo. El chico Utu cogió a la vieja y la subió a su espalda para avanzar rápidamente.

El viejo había dejado un rastro claro, y no les costó seguirlo. Al acercarse al río, comenzaron a percibir el olor de los lobos y se pusieron a la defensiva, con las lanzas preparadas. La vieja volvió a llorar y a maldecir sus maltrechas articulaciones.

Al llegar a la orilla del río se encontraron con un gran macho de lobo atravesado por la lanza del viejo y una cría de bisonte muerta por los lobos. Los dos hombres y la vieja miraron la escena incrédulos. El lobo tenía espuma en la boca y el viejo Uyu estaba sentado en el suelo, temblando y con un profundo mordisco en el brazo.

Uyu miró a la vieja y sonrió. Volvía a ser un cazador.

La cría de bisonte no era muy pesada, pero los hombres eran solo dos y tenían que cargar también con la anciana y el viejo herido. Uru y el chico arrancaron la piel del bisonte, tomaron parte de la carne y el hígado, dejando el resto donde estaba.

El viejo Uyu insistió en que él mismo retiraría la piel del lobo muerto, a pesar de que cada vez perdía más sangre por la herida en el brazo. Antes de partir hacia el campamento, los tres hombres y la anciana Izi comieron la lengua, los ojos, los riñones y el corazón de la jugosa cría de bisonte. No pudieron acceder al cerebro, ya que no tenían las herramientas adecuadas para romper el cráneo.

El jefe Uru envolvió el nutritivo hígado con las pieles que llevaba puestas, lo entregó al chico y se colocó las cuatro patas del animal repartidas entre los dos hombros, agarrando la piel del bisonte con la boca. El chico Utu, que llevaba a la anciana Izi colgada de un lado y el hígado sujeto con una de las manos, intentó cargar con la cabeza del animal sobre sus hombros, pero se cansó y la dejó a medio camino del campamento. La carne del lobo no la tocaron.

Los hombres regresaron a la protección del bosque. El viejo Uyu se colgó la piel ensangrentada del lobo a los hombros para que, cuando entrara en el campamento, todas las mujeres y los niños vieran que nunca había dejado de ser un gran cazador. Pero la herida en su brazo seguía abierta y la hemorragia era cada vez más abundante, de modo que a medio camino el viejo Uyu se desmayó. El chico Utu se ató el viejo a la espalda con enredaderas, se colocó a Izi a un lado, agarrándola con una de las manos, y con la otra sujetaba el hígado. La piel de lobo tuvo que sujetarla con la boca. Así llegaron al campamento en el bosque.

La mujer Aba examinó la herida del viejo y envió a un par de cazadores en busca de savia de abedul. Si la situación hubiera sido diferente, habría enviado a las dos chicas del grupo, pero si los lobos continuaban merodeando, no era prudente que las chicas se cruzaran con ellos, a pesar de que también sabían manejar la lanza.

—El viejo dice que fue el lobo. Que el lobo se le echó encima. Los lobos nunca nos atacan. El lobo muerto tenía espuma en la boca —dijo el jefe Uru a la mujer Aba—. La savia de abedul no te servirá.

—Si es así, no podré curarlo —respondió la mujer, mirando al viejo con preocupación.

—Se morirá pronto. Ya sea por el mordisco o por la locura —dijo Uru, observando también con inquietud a su padre.

El hígado era lo primero que se echaba a perder, así que el chico Utu se dispuso a repartirlo entre las mujeres, los hombres y los niños. También le dio un trozo al hombre lince y al niño tejón, porque se sentía generoso y feliz. Él no comería, ya que estaba satisfecho, al igual que los dos viejos y el jefe. Uru se sentó un poco apartado del lugar donde se repartía el preciado alimento y se dedicó a observar la piel del lobo muerto. Tenía planeado que el grupo se quedara en el pinar unos días más, tratando de cazar bisontes nuevamente. Pero le preocupaba que los lobos estuvieran tan cerca del campamento, y aún más si se habían vuelto tan audaces y agresivos como para atacar a un humano. Si un lobo tenía el mal, los otros también podían tenerlo. Esperó a que los dos cazadores regresaran con la savia de abedul que la mujer Aba había enviado a buscar, y luego anunció que volverían a salir.

–¡Preparaos, salimos a cazar lobos!

Los dos hombres que acaban de llegar se llenaron la boca con grandes trozos de hígado que ellos mismos cortaron y, masticando rápidamente, se apresuraron a cumplir las órdenes del jefe. Entonces, con las dos lanzas en una mano y lamiéndose los dedos de la otra, le anunciaron a Uru que estaban preparados para salir a cazar. Solo el viejo Uyu permaneció en el campamento, sujetándose con una mano el emplasto de abedul y repitiendo que aquella piel era mejor que el caballo marcado en el barro.

El jefe Uru quería a todos los lobos muertos. Primero, los hombres se distribuyeron el territorio, buscando rastros de los animales. Al reunirse en el lugar previamente acordado, compartieron sus hallazgos. Habían localizado la manada y trazaron un plan de acción. Entonces, fueron a buscar al niño de más edad del grupo y a las dos chicas que no tenían hijos y tampoco estaban embarazadas. La chica Unu, la chica Usu y el niño tuvieron que dar un extenso rodeo para situarse detrás los lobos. Una vez estuvieron colocados, empezaron a avanzar hacia los cazadores, golpeando rítmicamente dos piedras con las manos. La estrategia consistía en guiar a los lobos hacia un área donde les resultara complicado moverse y donde se sintieran acorralados. Allí, los hombres esperaban, armados con un par de lanzas cada uno, listos para actuar. Todos eran conscientes de que debían abatir a los animales antes de que oscureciera. Los lobos eran animales diurnos como ellos, pero a diferencia de los hombres, los lobos podían moverse con agilidad tanto de noche como de día, gracias a su visión nocturna.

En esto aventajaban a los hombres.

Todo salió como habían planteado. Lograron acorralar sin dificultad a los lobos, y cinco de ellos cayeron. Solo uno logró escapar. Satisfechos, los hombres despellejaron a las bestias caídas y dejaron los restos a las hienas. Al regresar al campamento, la mujer Aba se molestó con ellos por permitir que un lobo escapara, pero los hombres se defendieron diciendo que el lobo se había esfumado entre los árboles, sin dejar rastro alguno.

Aun así, ¿qué daño podría hacer un lobo solitario?

8. LA MARCA DEL TERRITORIO

Los lobos

La hembra que había logrado escapar de la matanza de los humanos vagaba sin rumbo, desorientada y desconsolada. ¿Qué haría ella a partir de ese momento? Sola tenía muy pocas probabilidades de sobrevivir, ya que sería incapaz de matar ninguna presa voluminosa y tendría que conformarse con alimentarse de carroña, siempre temiendo que otros carroñeros se le adelantaran. También temía que las hienas pudieran seguir su rastro, supieran que ella estaba sola y decidieran atacarla.

Conforme pasaban los días ella se sentía más y más abatida. Cada noche añoraba el calor de los cuerpos de los miembros de la manada.

Fueron pasando los días y las noches, y su sensación de vulnerabilidad crecía. Por las noches, se acurrucaba en pequeños huecos entre los troncos de los pinos caídos, mientras que durante el día buscaba topillos y otros roedores, criaturas fáciles de cazar que, aunque escasas en sustento, le permitían mantenerse con vida. Cualquier ruido extraño la hacía saltar, poniéndose en guardia. Su cuerpo mostraba señales de agotamiento y sus reservas de grasa iban desapareciendo.

Las últimas noches que pasó sola fueron las peores. El frío, un frío persistente que la obligaba a encorvarse, la tenía acobardada. Ella había conocido inviernos muy gélidos, pero aquel frío era desconocido porque le penetraba hasta las mismísimas entrañas sin posibilidad de alivio, y estuvo a punto de acabar con ella.

Pasó una media luna, pero finalmente, logró captar el rastro olfativo que un joven macho había dejado en un tocón. Al olfatear el aroma de otros dos machos, comprendió que se trataba de un reducido grupo de tres jóvenes en busca de un nuevo territorio, separados de su manada natal.

La débil loba recuperó la esperanza. Ahora vislumbraba la posibilidad de reintegrarse a una manada de lobos e incluso, tal vez, volver a ser la hembra dominante. Tres machos jóvenes necesitaban una hembra y un territorio, y ella era justo lo que buscaban. Su antiguo dominio permanecía deshabitado, y si se apresuraba a encontrarlos, aún podrían marcar su territorio antes de que alguna manada rival se instalara.

Haría que aquellos machos la encontrasen. El olor de las secreciones de los machos había hecho que ella entrara en celo, a pesar de que estaba muy desnutrida, lo que la llevó a dejar marcas olfativas en todos los lugares que suponía que frecuentaban los tres jóvenes.

A los pocos días, oyó cómo los machos se peleaban. Esperó paciente, y una mañana lluviosa apareció un macho joven con una oreja desgarrada. La loba se acercó y le lamió el hocico y la herida de la oreja. Había encontrado a su compañero.

Durante varios días, la pareja se entregó a las cópulas, entre lametones y juegos. Los otros dos machos, se conformaron con observar desde la distancia, con evidente envidia, pero resignados. Habían luchado por aquella hembra y habían perdido.

La loba, astuta y experimentada, rápidamente reorganizó al grupo de jóvenes inexpertos para formar una manada efectiva. Ahora había una pareja dominante compuesta por una hembra adulta y cauta, y un macho joven y fuerte. Los otros dos machos sabían bien cuál era su lugar en la jerarquía. No podían perder más tiempo; era urgente regresar al antiguo territorio de la hembra para marcar los límites y aprender a cazar en equipo presas de mayor tamaño, como caballos y ciervos, o cualquier animal que se cruzara en su camino, siempre que no fueran humanos.

La manada tenía un futuro.

Los humanos

El río que iban siguiendo por la orilla derecha marcaba la frontera entre el territorio del grupo de la costa y el de sus vecinos. Aunque los límites eran evidentes, era necesario actualizar las señales. Aquella orilla pertenecía al grupo de la costa, que había pasado por allí en su camino hacia el risco; un grupo fuerte y poderoso. Las marcas debían transmitir ese mensaje.

El jefe Uru, acompañado de los dos cazadores más experimentados, se sentó frente a una imponente roca que sobresalía entre la vegetación, justo en la orilla que delimitaba ambos territorios. El resto del grupo se dispersó en busca de un lugar a la sombra, conscientes de que la espera sería larga. Uru envió a dos cazadores a buscar la tierra roja mientras reflexionaba sobre el mensaje que dejarían. Cuando los dos hombres regresaron con un buen puñado de terrones de un intenso color rojizo, se acomodaron junto a Uru, que continuaba cavilando.

De repente, apareció el anciano Uyu, empujando a uno de los cazadores para sentarse junto a su hijo Uru, quien frunció el ceño al verlo.

–Pon que somos el grupo de la costa. Pon que somos mucha gente en el grupo. No te dejes los ancianos y los niños –indicó el viejo Uyu, señalando a la gran roca frente a ellos.

–Sé lo que debo hacer. Regresa con las mujeres –respondió Uru.

El jefe de los cazadores tomó un puñado de terrones, los humedeció con su orina y comenzó a deshacerlos, moldeándolos con sus manos hasta formar una pasta de un intenso color rojizo. Luego, untó sus dedos en la mezcla y la extendió por la palma de la otra mano. Cuando tuvo la mano bien teñida, miró a su padre Uyu, quien asintió, y presionó su palma contra la roca. Tras unos instantes, retiró la mano, dejando una marca redonda y rojiza en la superficie. Repitió la operación junto a la primera, creando dos más arriba, un poco separadas y más pequeñas que las iniciales. Al ver esto, el anciano sonrió. Uru continuó, dejando una hilera de cuatro marcas más abajo de las más grandes, y luego cinco más pequeñas en la fila inferior, utilizando la yema de su dedo índice en lugar de la palma. En la parte superior de la roca, hizo una marca inusual: dos líneas onduladas que a los niños les recordaban el rastro de una serpiente marcadas en la arena de la playa.

–Listo. Ahora todo está claro. Podemos irnos –exclamó Uru, satisfecho con la visibilidad de las marcas.

–¿Hacia el risco? –preguntó uno de los cazadores que había ido por los terrones rojos.

–Sí. Pero sin prisas. Todavía faltan días. Para que los caballos pasen por el paso. Tenemos tiempo de avisar a otro grupo. Avisar al grupo de la sima. Si tengo razón, necesitaremos ayuda. También me gustaría avisar a otro grupo.

–¿A qué otro grupo quieres avisar? –preguntó el viejo, que ya intuía la respuesta.

–Al grupo de las tierras del oso...

Uru no pudo concluir su frase, pues el viejo Uyu empezó a gritar, plantándose desafiante ante su hijo.

–¡Nunca! Mientras yo viva nunca. Ninguno de ellos pisará el refugio.

–Cuidado con lo que dices, viejo. Hace mucho que no eres el jefe.

La advertencia de Uru consiguió que el viejo aflojara su rígida postura y se apartara un poco de su hijo, que era mucho más corpulento.

–Quizás te equivoques. Tal vez no se congreguen tantos caballos. Los de la sima son buenos cazadores. Con los cazadores de este grupo será suficiente – comentó el viejo Uyu, aún agitado por recuerdos lejanos de celos y traiciones.

Uru reconoció, para sí mismo, que cada primavera la migración de los caballos se volvía más escasa y llegaba más tarde. Recordaba su niñez, cuando varios grupos se congregaban en el barranco y todos los miembros de distintos grupos colaboraban en la matanza y en el descuartizamiento de los caballos. Uru también recordaba las noches alrededor de las hogueras, las historias susurradas entre las mujeres y jóvenes, y a su padre Uyu enseñando a otros jefes a trabajar bien la piedra.

Eso había quedado atrás, pero algo dentro de él le decía que esa primavera sería diferente, como las de antaño. Uru se puso al frente del grupo y comenzó a caminar hacia el risco.

Cuando el grupo reanudó su marcha, el hombre lince y el niño, que normalmente iban al final, se detuvieron a contemplar las marcas. Eran distintas a las que hacía su grupo natal y también a las de los grupos del sur. El hombre lince no había escuchado la conversación entre el jefe y el anciano, así que no comprendía qué significaban las marcas en la roca. Aún así, sabía que cada punto representaba a un miembro del grupo, y que los dos más grandes eran Uru y Aba. Probablemente los de menor tamaño representaban a los ancianos. Los de la fila inferior podían ser cazadores o mujeres adultas; no estaba seguro. Los puntos más pequeños, a los niños. Las dos marcas separadas del resto podían indicar que dos chicas deseaban cambiar de grupo, o quizás representaban a ellos dos. No lo sabía. Las líneas onduladas eran un misterio; nunca las había visto antes de encontrarse con el grupo de la costa, y su significado le era desconocido. No preguntó. Quien debía entender el mensaje, lo haría.

Cuando el hombre se dio media vuelta para continuar, se encontró con la mirada del viejo Uyu.

–Quiero hablar con el niño. ¡Apártate!

–Yo me quedo. Estás loco y asustas al niño. Dime a mí lo que quieres de él.

–No le haré daño. Solo quiero hablar con él... de lobos.

–¿De lobos de verdad? ¿De los que se hacen en el barro? –preguntó el niño, asomándose por detrás de su padre.

–De los que solo tú sabes hacer –respondió el anciano, haciendo un gesto para que el hombre se alejase.

—Me iré detrás de aquel árbol. Si este viejo te hace algo, grita. Iré enseguida —dijo el hombre lince, marchándose a regañadientes.

—¡Haz salir un lobo de la piedra! —ordenó el viejo Uyu, mientras le entregaba al niño un puñado de tierra roja.

—¿Un lobo? ¿En esta roca? No sé hacer lobos de las piedras. Hago lobos en el barro. ¿Hago un lobo en el barro?

—El barro se va con la lluvia. En la piedra es mejor —respondió el anciano, arrastrando un dedo manchado de tierra roja por la superficie de un gran bloque de cuarzo.

—Nunca he hecho animales en las rocas. Puedo intentar marcarlo con un palo afilado. Pero no con esta tierra. ¿Te encuentras bien? —preguntó el niño, al notar que el anciano babeaba más de lo habitual.

—Hazlo, joven y fuerte. Haz un macho dominante. Un macho admirado por los demás lobos. Hazlo mostrando los dientes. Sí, eso es, enseñando los dientes —continuó el viejo, pareciendo no escuchar lo que el niño decía, mientras se limpiaba la saliva que se le escapaba.

El niño tomó el cuchillo afilado que siempre llevaba el anciano, lo hundió en la roca y comenzó a marcarla con esfuerzo. Sin embargo, tras unos instantes, se dio cuenta de que aquello jamás se parecería a un lobo y abandonó la tarea.

—¿Por qué te detienes? El lobo aún no está en la piedra —le reprochó el anciano.

—No me sale. En el barro es diferente. En la piedra no puedo hacerlo —respondió el niño, frustrado.

—¡Inténtalo de nuevo! —ordenó el anciano con firmeza.

El niño se alejó unos pasos de la roca para observarla desde otra perspectiva. Le devolvió el cuchillo al anciano y recogió una rama del suelo. Con la punta de la rama, comenzó a dibujar sobre la piedra, dejando que la imagen de un lobo surgiera en su mente. Dejó el palo a un lado y, nuevamente tomando el cuchillo del anciano, empezó a marcar, aunque con mucha suavidad, lo que el viejo había solicitado. Retrocedió otra vez, frunció el ceño y comenzó a presionar el cuchillo con más determinación.

—Muy bien, niño, muy bien. Justo lo que yo quería —exclamó el anciano, viendo su reflejo en aquel grabado—. ¡Es el lobo que cazó al bisonte! Ya puedes ir con tu padre. No le digas a nadie lo que has hecho.

Cuando el niño se encontró con el hombre lince, este le preguntó qué deseaba el anciano de él. El niño contestó que quería que dibujara un lobo, pero que le había quedado tan mal que nadie entendería qué había marcado en la roca. El hombre no hizo ningún comentario y comenzó a caminar rápido para alcanzar al grupo, ya que no conocía el camino y no quería perderse.

Los humanos

El grupo se desplazaba a su ritmo, con lentitud, aprovechando todos los recursos que aquella breve y repentina primavera les ofrecía.

Había jornadas en las que la anciana Izi lograba seguir el ritmo del grupo, aunque se detenía a menudo para descansar sus doloridas rodillas. En otras ocasiones, era necesario que una de las jóvenes la cargara a cuestras.

El viejo Uyu, aunque parecía caminar con mayor ligereza, a veces se distraía con cualquier charco, lo que dificultaba su paso. En los días en que se sentía tembloroso y fatigado, el grupo se detenía, ya que Uyu se oponía a ser transportado por los más jóvenes.

Mientras el grupo descansaba, a la espera de que el viejo Uyu recuperara las fuerzas, delicadas flores de todos colores atraían la atención de los niños, que las arrancaban y jugaban con ellas. Los adultos, sin embargo, les recriminaban, recordándoles que no se debía jugar con la comida. Cada integrante del grupo tenía su flor favorita, y al hallarla, se mostraban reacios a compartirla, al igual que sucedía con las setas. La mujer Aba se sentía especialmente atraída por las lilas violetas, mientras que las demás mujeres preferían las hojas amargas y las coloridas flores amarillas de los dientes de león. La manzanilla silvestre era la debilidad de la anciana Izi; con la edad, le costaba digerir la carne, así que masticar el botón central de esas flores le aliviaba el ardor de estómago. Uru tenía una debilidad; los cardos, y a pesar de que se pinchaba con las espinosas plantas, disfrutaba como un niño al comer las pencas jóvenes y las flores, compitiendo con un sinfín de pequeños pájaros que llegaban de tierras cálidas. Los demás cazadores arrasaban con todo lo que encontraban a su paso, siempre que fuera tierno y comestible: hojas de trébol, llantén, ajos, ortigas, fresas, o cualquier planta o flor que se cruzara en su camino. No olvidaban escarbar en el suelo con un palo puntiagudo para desenterrar raíces de zanahorias silvestres o gencianas. Y, por supuesto, los vastos prados llenos de artemisas, como el ajeno y otras hierbas, ofrecían tallos, hojas y flores comestibles en primavera, algunas de las cuales ayudaban a combatir el cansancio.

Pero no solo los humanos se beneficiaban de aquel espléndido recurso. Un sinfín de mariposas, escarabajos, chinches, abejas y otros insectos revoloteaban

entre las flores, deleitándose con su néctar. Y, por supuesto, los humanos no desaprovechaban la oportunidad de degustar a los insectos, siempre que no tuvieran aguijones venenosos o un sabor amargo.

La explosión de vida primaveral y la abundancia de recursos alimentarios proporcionaban al grupo grandes deleites, pero, en cuanto a sabores, nada podía igualar la intensidad del sabor de las fresas silvestres. Durante el camino, cada uno de los miembros del grupo buscaban con ahínco los preciados frutos. En especial las buscaban en los rincones sombríos del bosque ribereño, donde crecían lozanas las escasas hojas de las freseras. Requerían de gran esfuerzo para recolectar un puñado de aquellos pequeños frutos carnosos y encarnados, lo que les permitía saborearlos lentamente, disfrutando de cada bocado.

Al viejo Uyu siempre había tenido una profunda afición por las fresas, y cada año esperaba ansioso el momento de saborearlas. Sin embargo, esa mañana su mente divagaba en otros asuntos, atormentada por pensamientos de lobos surgiendo de las piedras y rinocerontes hundiéndose en el barro. Tan ensimismado estaba que no prestó atención a sus pasos y terminó en el suelo, golpeándose fuertemente el brazo. Lanzó un grito y se quedó tendido, soportando el dolor de la herida que se había reabierto y volvía a sangrar.

Uyu todavía recordaba cuando lideraba el grupo de hombres más fuertes que nunca había conocido aquella tierra. Eran buenos tiempos, de cacerías y de abundancia, cuando su grupo era numeroso. En su juventud, había sido un hombre alto y robusto, capaz de atravesar con su lanza la dura piel de un rinoceronte, una hazaña reservada para muy pocos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que vio uno? Ya no lo recordaba. Ahora, solo era un viejo encorvado por el tiempo, con muslos y brazos tan delgados como las patas de un cuervo, y una piel arrugada como la de un sapo. Su rostro orgulloso de antaño, su cabello que solía llegarle a la cintura, su espesa barba, todo se había desvanecido.

Había transcurrido demasiadas primaveras desde su nacimiento, y se sentía débil y fatigado. Demasiadas primaveras para un hombre, pensó. Últimamente, notaba que tenía la mente confundida por culpa de los animales de barro del niño tejón.

La vieja todavía tenía aún más años que él. Recordaba claramente, a pesar de ser solo un niño en aquel entonces, el día en que una chica risueña llegó al grupo para quedarse. También rememoraba la primera vez que estuvo con ella, unos años después, cuando ella ya había traído al mundo a un pequeño que acababa de destetar. Ese día, recibió una paliza de su padre, el jefe del grupo. Él, joven y lleno de ímpetu, sabía que las chicas recién llegadas, aquellas que amamantaban a sus hijos, las que habían abortado o que habían perdido a sus pequeños, solo podían copular con el jefe para garantizar que sus descendientes

heredaran su fortaleza y agresividad. Aun así, desafió a su padre. Pasó media luna recuperándose de los golpes y moretones que su progenitor le había infligido. Aún restaban algunos inviernos antes de que pudiera derrotar a su padre y proclamarse líder del grupo. Después, aquella mujer risueña le dio varios hijos, ahora todos perdidos.

Uyu recordaba bien cómo era la vieja Izi de joven: una chica de largos cabellos castaños, fuerte y de carácter decidido, siempre con una sonrisa en la boca. ¿Dónde había ido a parar aquella chica risueña? Con la mirada, buscó a Izi y la encontró arrodillada a unos pasos de él, devorando unas fresas aún verdes y tratando de ocultarse para no compartirlas. El viejo observó a Izi y vio una figura encorvada, con gran parte de su cabello perdido, una cara enjuta, mandíbulas rígidas y ojos hundidos. ¡Cuánto añoraba a aquella chica llena de alegría!

¿Acaso a él también le había pasado lo mismo? Se palmeó la cara con los dedos y notó que sus ojos también estaban hundidos. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que rio? ¿Cómo podría hacerlo si nadie lo respetaba como cazador? Era cierto que su hijo Uru le consultaba algunas decisiones, que la joven Unu lo consideraba un gran maestro de la piedra y que la anciana Izi lo cuidaba, pero ninguno lo veía como un cazador. Ni siquiera ahora que había matado un lobo por su cuenta. Ahora, todos le reprochaban haber perdido la razón. ¡Cómo añoraba los tiempos en que era el jefe de los cazadores!

Uyu se acercó Izi y la apartó bruscamente. Cuando esta protestó, le enseñó los pocos dientes que le quedaban y la acalló. Más tranquilo porque aún era capaz de imponer respeto a alguien, comenzó a comer los verdes frutos.

Una vez que arrasaron todas las fresas del sotobosque, Uru ordenó retomar el camino hacia el río y continuar rumbo al risco, a pesar de que el viejo Uyu se sentía muy débil, tanto física como mentalmente. Sus piernas, aunque aún soportaban su peso, no le permitían largas caminatas. Y Uyu se negaba a dejarse llevar por alguno de los jóvenes. También había perdido movilidad en un brazo y su cuerpo ardía de fiebre, temblando sin parar. Su exceso de saliva y la dificultad para tragar alertaron al grupo de que sufría el mismo mal que el lobo que él había matado. Ya lo habían visto antes.

La mujer Aba había dejado de buscar plantas que pudieran enfriar el cuerpo del anciano, pues sabía que este no llegaría al refugio. La vieja Izi insistía en que el viejo solo necesitaba unos días de reposo, negando lo que era evidente para todos. El jefe Uru dudaba en continuar la marcha y dejar a su padre solo y vivo en aquel sotobosque. Aún tenían unos días de margen antes de que los caballos se reunieran en el paso del desfiladero, y decidió esperar a que el viejo muriera para poder seguir su camino. Si Uyu no fallecía en pocos días, tendrían que dejarlo atrás.

Al hombre lince poco le importaba si se quedaban o partían, o lo que pudiera sucederle al viejo loco. Lo que realmente le preocupaba era que Uyu repetía constantemente que toda la culpa era del niño tejón.

–Deja el niño tranquilo. Él no tiene la culpa de tu locura. Estás enfermo. Te estás volviendo loco. No te queda mucho tiempo –replicó el hombre lince, con desdén, en una tarde en que el grupo aguardaba acontecimientos.

–Él me ha metido la locura aquí dentro –gritaba Uyu, golpeándose la cabeza–. Veo constantemente animales. No puedo dar órdenes a la mano. La mano no quiere grabar en el barro. Esto me desespera y no puedo dormir. Toda la culpa es del niño tejón.

–Él no ha hecho nada a tu cabeza. La culpa es del lobo que te mordió –respondió el hombre, poniéndose nervioso.

El viejo tenía los ojos llorosos, la mandíbula tensa y se golpeaba el pecho con el brazo que aún le respondía. No comprendía lo que le sucedía; su corazón latía con fuerza y sentía un impulso salvaje de morder al niño y arrebatarse la mano que dibujaba. Uyu se encontraba desorientado y agresivo y no podía hacer nada para evitarlo.

–Es cierto. Querías cazar un bisonte, solo. Un cazador jamás debe ir solo. Hasta los niños lo saben. Yo soy un niño y yo lo sé. Pronto seré cazador, porque no tengo miedo. Nunca iré solo –le echó en cara el niño, acercándose con cautela al viejo, deseando calmarlo.

–Me distraje por tu culpa. ¡Por tu culpa y tus bisontes de barro! –gritó Uyu, escupiendo espuma por la boca y completamente alterado, con la mirada perdida.

–¡Te equivocaste! Y un lobo te atacó –insistió el niño, cogiendo con ternura la mano del anciano.

Al sentir la mano del niño sobre la suya, Uyu se levantó de un salto y se lanzó contra el niño tejón, gruñendo, abriendo y cerrando la boca en un intento desesperado de morder la mano que podía hacer lo que él no podía. El niño, sorprendido, no tuvo tiempo de reaccionar y quedó tendido bajo el viejo, quien, con la boca abierta y los pocos dientes que le quedaban, intentaba alcanzar las manos del niño.

El viejo Uyu no llegó a morder al niño porque un gran trozo de cuarzo le abrió una brecha en la frente. Uyu cayó aturdido al suelo, tratando de tapar con la mano que aún le respondía el corte por donde brotaba la sangre. El niño se levantó de un salto, buscando a su padre, que permanecía de pie junto a los

nódulos de cuarzo, y lo vio recoger la piedra más grande y golpear de nuevo la cabeza de Uyu, quien cayó muerto al instante. El hombre lince siguió golpeando el cuerpo inerte del viejo hasta que el fuerte brazo del jefe Uru se lo impidió.

–Basta, ya está muerto –dijo el Uru, mirando el cuerpo ensangrentado en el suelo, pensando que no sería necesario dejar atrás a aquel hombre cuando todo el grupo emprendiera el camino hacia el risco.

–¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loco? –el niño estaba fuera de sí, completamente confundido por lo que su padre acababa de hacer.

El hombre lince, nervioso, gritaba, mirando a su hijo y a los cazadores, quienes habían cogido sus lanzas, esperando las órdenes del jefe, que permanecía en silencio, con la mirada baja.

–Si no intervenía, el viejo te mordía. A él lo mordió un lobo. Con la mordedura contrajo el mal. El mal lo estaba consumiendo. No quería que el viejo te mordiera. No quería que tú también murieras.

–Lo has vuelto a hacer. ¿Y ahora qué? ¿Tendremos que huir otra vez? ¡Tú sí que estás loco! No te acerques a mi nunca más.

Por primera vez, el hombre lince dio un puñetazo a su hijo.

Cuando vio alejarse al niño, mordiéndose el labio para no llorar, supo que comenzaba a perderlo.

Nadie protestó, todos guardaron silencio, mirando el cadáver del viejo en el suelo y preguntándose por qué su jefe había permitido que el extraño matara a uno de los suyos. Pero nadie se atrevió a preguntar; confiaban ciegamente en la fuerza de Uru, en su experiencia y en su buen juicio. Solo la anciana Izi se balanceaba junto al cuerpo sin vida, mirando desconcertada al líder del grupo.

La mujer Aba se acercó a Uru para preguntarle qué harían con el cuerpo.

–¿Lo quieres aprovechar? –le preguntó, señalando el cadáver.

–No. El viejo estaba muy seco. Estaba loco. También tenía el mal de los lobos.

–¿Lo dejarás a merced de las hienas?

–Tampoco. Era mi padre. No siempre estuvimos de acuerdo. Pero era un buen hombre. Fue jefe del grupo durante mucho tiempo. Las hienas no probarán su carne.

–Entonces lo cubriremos con piedras –dijo la mujer, dándose la vuelta y ordenando a dos hombres que empezaran a cavar un hoyo junto al cadáver.

Fue entonces cuando la anciana Izi reaccionó, estallando en un llanto desgarrador y golpeando el costado de Uru, gritando que no había hecho nada para ayudar al viejo. Uru la ignoró por un tiempo, hasta que se cansó y, con un movimiento brusco, la levantó del suelo y la colocó junto a la mujer Aba, exigiendo a esta última que callara a la anciana si no quería que Izi también acabara en el hoyo.

A Aba le costó que la vieja se calmara y dejara de chillar. Al ver que los dos hombres encargados de hacer el agujero estaban parados, observando cómo ella reñía a la vieja, les gritó que se apuraran, que Uyu debía estar cubierto de piedras antes de que llegara la noche. El resto del grupo fue a ayudar a los niños a buscar cantos rodados en el cauce del río, pues no querían ser objeto de los gritos de la mujer Aba también.

Cuando comenzó a oscurecer, todo estuvo listo: el agujero y las piedras. Empujaron el cadáver del hombre dentro del hoyo y lo cubrieron con los cantos de río para evitar que las hienas o cualquier otro carroñero pudieran devorar su carne.

El hombre lince cogió al niño y lo llevó lejos, al menos hasta que el viejo estuviera enterrado, el jefe Uru se durmiera y aquella anciana chillona se agotara y se callara.

La anciana Izi sintió que las piernas le flaqueaban al colocar el canto que tenía en la mano sobre el cuerpo inerte de Uyu. Ella echaría de menos al viejo más que el resto del grupo, porque nadie había pasado tantas primaveras con él como ella. Miró de reojo a la mujer Aba, preguntándose si la dejaría llorar en paz, y comenzó a sollozar. Se sintió mareada y se sentó en el suelo, mirando con desaprobación al jefe del grupo, pero no le reprochó nada, pues también lo vio apesadumbrado.

Cada muerte era una gran pérdida para el grupo, ya que disminuía sus posibilidades de supervivencia. Si moría un cazador, eran dos brazos y piernas menos para aportar comida. Si fallecía una mujer, era un vientre menos para aportar hijos al grupo. Si moría un niño, se perdía un adulto para cazar o una mujer para parir. Si se moría un anciano, se perdía la experiencia acumulada a lo largo de muchos años. En el caso de Uyu, se marchaba un maestro de la piedra, ya que nadie como él sabía extraer las mejores herramientas de corte. Durante el tiempo que Uyu enseñó a los jóvenes, solo la chica Unu había aprendido lo suficiente para considerarse digna de ser su aprendiz. Pero Unu pronto dejaría el grupo y el arte del viejo también se iría con ella.

Todos, incluso los niños, sintieron un profundo vacío mientras colocaban con cuidado los cantos rodados sobre el cuerpo sin vida de aquel hombre que, a pesar de su reciente locura, había sido un cazador eficaz, un jefe justo y un maestro en el arte de la piedra.

10. UNA DEBILIDAD

Los humanos

Al amanecer del día siguiente, el grupo continuó su camino por la orilla derecha del río.

Después de unos días de remontar el río, se adentraron en un desfiladero y vieron la pared de roca donde se encontraba el abrigo que ocuparían durante los largos días de cacería. En esos días, acumularían la grasa necesaria para sobrevivir a la estación más árida y calurosa del año, con la esperanza de alcanzar las próximas lluvias con vida. Cada primavera, al acercarse al abrigo, tanto hombres como mujeres experimentaban un nerviosismo palpable; su supervivencia dependía de esa entrada en la roca, siempre temerosos de que un temblor de tierra hubiera derrumbado el techo o de que un deslizamiento hubiera arrastrado el suelo pendiente abajo. O, incluso, de que alguien más hubiera llegado antes que ellos.

Todos, menos el jefe Uru, se quedaron boquiabiertos al contemplar la inmensa manada de caballos que pastaba en la pradera, más allá de la parte más angosta del desfiladero. Hacía años que no se encontraban con un grupo tan numeroso. Eso significaba que las lluvias pronto cesarían y que los días cálidos y secos llegarían antes de lo habitual. Debían aprovechar ese tiempo, porque una vez que se acabara, pasarían muchas lunas hasta que las lluvias regresaran, y aún más hasta que la hierba reverdeciera y pudieran cazar nuevamente abundantes animales de carne roja.

El jefe Uru se sentó sobre un tronco, ponderando qué hacer con tal cantidad de presas a su disposición. Tras un rato de reflexión, se levantó y se dirigió a dos de los hombres, cazadores diestros y expertos rastreadores. Poco después, los hombres se pusieron en marcha hacia el suroeste, en busca del grupo de la sima. Cuantos más cazadores hubiera, más caballos podrían cazar. Lograrían abundante carne y numerosas pieles, y engordarían sus cuerpos. Los del grupo de la sima eran amigos y juntos cazarían muchos caballos, como habían hecho en otras ocasiones. Siempre había sido un buen acuerdo para ellos.

El tiempo transcurría, pero los hombres que habían partido en busca del grupo vecino no regresaban. El grupo de la costa decidió establecerse en el risco y comenzó a preparar el refugio para pasar, al menos, una luna entera. Sin

embargo, algo había cambiado. La joven Usu se iba apagando poco a poco, día tras día, cada vez más apática y mustia, pasando gran parte del tiempo tumbada en un rincón del abrigo.

Al principio, todos se irritaron con la chica, que solo dormía y no se preocupaba por el fuego ni por buscar alimento. La acusaban de holgazana, de ser egoísta. Pero tras unos días, la anciana Izi llegó a comprender que el estado de la joven era más grave.

—No es como un dolor de estómago. No es como un dolor de muelas. Es diferente —le comentó Izi a la mujer Aba, que había ido a ver qué sucedía con Usu, que no se unía a las demás en la búsqueda de raíces cerca del río.

—¿Qué le pasa? ¿Le duele la cabeza? ¿Se ha roto un hueso? ¿Se ha cortado? ¿Tiene tos? ¿Pierde sangre? ¿Qué? —preguntó la mujer, mientras la vieja negaba con las manos.

—No lo sé. No es nada que nosotras hayamos curado antes.

—¿Tiene sueño y ya está? —volvió a preguntar la mujer, irritada.

—Duerme porque no quiere estar despierta.

—¡Ah, mira que bien! ¿Y ahora qué hacemos? ¿La dejamos así? ¿Dejamos que duerma hasta que se harta? La chica Unu no duerme todo el día. La chica Unu busca comida. La chica Unu...

—Ella nunca ha sido como Unu. La chica Usu siempre ha sido diferente. Me equivoqué. Esta niña no debió vivir —se le escapó a la mujer anciana.

—Ya no es una niña. Recuerda que hace poco parió una criatura. Ya hace tiempo que no es una niña.

—Su cuerpo ya no es de niña. Pero se comporta como si todavía lo fuera. Da igual si ha parido o no. Mató a su recién nacido. Eso la entristeció mucho. La muerte del viejo la ha afectado. Pronto llegará otro grupo. Pronto tendrá que unirse a ellos. Pronto estará mucho peor —explicó Izi, mirando de reojo a la chica dormida. —Tiene miedo de dejar el grupo.

—Todas hemos dejado nuestro grupo de nacimiento. Y bien que seguimos vivas.

—Ella es diferente, ya te lo he dicho.

—Sí, ya lo has dicho. ¿Qué podemos hacer para que se levante?

—Se levantará cuando tenga ganas de hacerlo.

Aba, frustrada, dio un puntapié en la espalda de Usu y salió del abrigo maldiciendo a la chica perezosa y a la anciana con la que no se podía dialogar. Saldría en busca de algún remedio que le devolviera el apetito a Usu, a ver si lograba que se pusiera de pie y se uniera a las otras mujeres en la búsqueda de alimento.

Una vez que Aba se marchó, Usu se incorporó y se tocó la espalda, justo donde la mujer le había dado el puntapié.

—¿Te duele? Acércate, veré si tienes algo roto —dijo Izi, acercándose a la joven para inspeccionarle la espalda.

—Izi, ¿qué quisiste decir? ¿Por qué no debí vivir? —la chica había escuchado perfectamente lo que la anciana le había comentado a Aba y quería saber más.

—Nada, estate quieta. Te lo miraré. No tienes nada roto.

—Te he oído bien.

Un silencio incomodo se apoderó del rincón del abrigo. La anciana se sentó junto a la joven, acariciándole suavemente la espalda, y permaneció callada un buen rato. Usu aguardaba.

—Hace mucho tiempo, yo era joven. Era la mujer que mandaba a las demás. Tu madre se puso de parto. Al principio todo iba bien. Tu hermano nació pronto. Era un bebé sano y fuerte. En su vientre había otra criatura. Tu madre no lo sabía. Yo tampoco. Durante la noche, despertó a todos, gritando. Volvía a estar de parto. La criatura venía en mala posición. Pasó toda la noche gritando. Pasó toda la noche sangrando.

—Por eso murió, ya lo sé. Pero eso no explica el porqué... —la joven guardó silencio, esperando que Izi fuera más clara.

La anciana suspiró y se dispuso a explicar a Usu la razón por la cual el jefe Uru estaba tan molesto con ella desde el día de su nacimiento. Tendría que ser cuidadosa.

—Una mujer da a luz sin ayuda. Tú lo sabes bien. Pero a veces necesita que otra mujer tire. Que tire la cabeza del bebé hacia afuera. Pero tu cabeza era pequeña. Temí tirar. Temí aplastarte la cabeza. Uru ya era el jefe del grupo. Uru me ordenó que lo hiciera. Él no quería una criatura de cabeza pequeña. Él no quería una criatura mal hecha. Tu madre era fuerte y fértil. Tenía que permanecer en el grupo. Uru me ordenó que tirada de ti.

—Y no lo hiciste —respondió la chica, dándole la espalda a la anciana.

—No. Yo era la que mandaba a las mujeres. Era demasiado orgullosa para escuchar. Para escuchar las sabias palabras de un cazador.

—Si lo hubieras hecho, yo habría nacido muerta.

—Sí. Pero una mujer joven y fuerte habría sobrevivido. Tu madre habría continuado en el grupo. Habría tenido más hijos. Hijos fuertes y sanos para el grupo. El grupo necesita niños fuertes y sanos.

—El grupo perdió a una mujer fuerte. Ganó a una niña pequeña y enferma. No me sorprende que Uru me odie.

—Te equivocas, tu padre no te odia. Uru te quiere y está enojado contigo. Todo al mismo tiempo. Se culpa por no haberse impuesto a Izi. Ahora, con esto de que no quieres irte...

—¡No puedo irme con esa gente! —la chica se volvió, enfrentando desafiante a la anciana, que tuvo que callar.

Cuando Usu se calmó, Izi continuó.

—Si Uru cede, será en detrimento del grupo. Volverá a ocurrir lo mismo. Por eso el gran cazador está enojado. Te quiere y está molesto contigo. También está enojado consigo mismo. Está enfadado por no ser más fuerte.

La joven se tumbó de nuevo en el suelo y se cubrió la cabeza con una piel de lobo.

—Solo he traído problemas al grupo. Siempre he sido una carga. Todo estaría mejor si yo muriera.

Izi no supo que decir y permaneció en silencio, mirando detenidamente el fuego. Al notar que el jefe Uru se acercaba, se levantó y se marchó.

—Olvidate de quedarte en el grupo. Te irás como todas las chicas. Como la chica Unu. ¡Te irás esta primavera! —ordenó Uru con voz firme a su hija.

—No quiero vivir con unos desconocidos —susurró la chica, mirando fijamente a su padre.

El jefe Uru alzó la mano, con la intención de dar un golpe a su hija, como si eso pudiera colocar sus pensamientos en orden y hacerla entender. Sin embargo, su puño descendió. En lugar de golpearla, comenzó a secar las lágrimas que resbalaban por su rostro. La joven lo observaba, sus ojos abiertos al máximo, sollozando como una niña pequeña.

El hombre lince tenía razón, reflexionó la chica, y en su pecho floreció un pequeño destello de esperanza.

Un anochecer, los dos cazadores que habían partido en busca del grupo vecino regresaron al refugio, pero no traían buenas nuevas. No hallaron rastro alguno de quienes habitaban las tierras al otro lado del río, en la tierra de la sima. Buscaron en los valles donde solían pasar las primaveras y llegaron hasta la costa, en caso de que algún contratiempo hubiera retrasado su rumbo hacia el interior. No encontraron nada; hacía muchas lunas que el grupo no renovaba sus marcas territoriales.

Mientras Uru meditaba sobre qué hacer, la chica Usu comenzó a sentirse mejor y su apetito despertó.

Cuando Uru tomó la decisión de buscar a la gente de las tierras del oso para cazar juntos a los caballos, la angustia volvió a invadir a Usu, quien se tumbó de nuevo en el suelo, alegando que el hambre la había abandonado.

La mujer Aba, que rara vez opinaba sobre cacerías porque confiaba plenamente en el juicio del jefe, recordaba el último encuentro, ocurrido muchos años atrás, entre el líder de aquel grupo y el anciano Uyu, cuando él aún lideraba. Uru la tranquilizó.

—El viejo Uyu ya no está. El jefe de las tierras del oso tampoco. Es probable que esté muerto. Ese jefe tenía varios hijos machos. Volveré a enviar a mis hermanos. Ellos les dirán que Uyu ha muerto. Les explicarán que hay muchos caballos. Les comentarán que hay dos chicas. Chicas que irán, gustosas, a vivir con ellos. Creo que vendrán.

Aba intentó expresar su opinión sobre la chica Usu, pero al ver la seriedad y el desafío en el rostro de Uru, optó por callar.

Después de reponerse y alimentarse, los dos hombres reanudaron su camino, esta vez hacia el noreste, hacia las tierras del oso.

No fue hasta pasados algunos días que regresaron, esta vez más contentos y con mejores noticias. Habían encontrado a la gente de las tierras del oso cazando en las llanuras interiores, no demasiado lejos de los límites de ambos territorios.

—¿Vendrá el grupo de las tierras del oso? —preguntó Uru a uno de los hombres.

—Sí. Vendrá el grupo de las tierras del oso. Pero no esperes muchos cazadores. Han perdido gente en los últimos inviernos.

Uru se quedó pensativo. Era cierto que los últimos inviernos habían sido largos, fríos y secos. Muchos pinos habían caído, dejando claros donde era imposible emboscar a las presas. También habían muerto muchos animales por el frío o la desnutrición, y las hienas y lobos habían proliferado. Volvió a recordar

su infancia, cuando diferentes grupos se reunían en el paso del desfiladero para cazar las extensas manadas de caballos que migraban al interior en invierno.

—¿Todavía tienen el mismo jefe? —preguntó, dejando atrás aquellos recuerdos que últimamente acudían a su cabeza.

—No, el viejo jefe ya no está. Ahora manda su hijo mediano. Creemos que se llama Eke.

—¡Vaya! Eke era un niño fuerte, impulsivo y estúpido. Ahora es el jefe de su grupo. Tendremos que tener paciencia con él. ¿Cuántos cazadores habéis visto?

—Solo hemos visto a los hermanos. Eke, el hermano mayor, y el hermano pequeño. Creemos que no hay más cazadores.

—Esperaba reunir más hombres. Hay muchos caballos afuera. Pero el viejo jefe tenía hijos fuertes. Más brazos significan más lanzas. Y a ellos también les beneficiará. ¿Había alguna chica nacida en el grupo?

—No hemos visto a ninguna chica. No hemos preguntado. ¿Por qué lo quieres saber? —preguntó el hombre, que ya conocía la respuesta.

—Quiero una chica nueva en el grupo. La chica Unu ya puede parir. Si Eke la quiere, se irá con ellos. Unu partirá a las tierras del oso. Quiero que una chica se quede con nosotros. Una chica de las tierras del oso.

—La chica Usu también debe irse. Hable con Eke sobre dos chicas. Que una tiene ojos de color de hierba. Que otra es muy buena talladora de piedra —explicó el hombre, mirando de reojo a su compañero, consciente de la debilidad del jefe Uru por la chica holgazana.

—Mm... sí, ella también... —concluyó Uru, dando por finalizada la conversación y dirigiéndose a la chica Unu, que estaba ansiosa por saber a qué grupo iría.

El niño tejón y el hombre lince escuchaban la conversación de Uru con el cazador y arrugaron la nariz al comprender que pronto tendrían que enfrentarse a desconocidos.

El niño se volvió al escuchar un grito de alegría de una de las chicas.

—¿Qué le pasa a la chica Unu? —preguntó.

—Está contenta porque podrá cambiar de grupo.

El niño se giró de nuevo al oír que otra chica se echaba a llorar.

—¿Qué le pasa a la chica Usu?

—No quiere dejar el grupo.

El niño observó a las dos chicas durante un rato largo. No lograba entender por qué una estaba tan contenta mientras que la otra lloraba. Decidió que esos asuntos eran demasiado complicados para él.

Ahora, su preocupación era cómo enfrentarse a unos desconocidos que, seguramente, lo rechazarían de inmediato. Estaba cansado de esconderse, de mostrarse dócil y de ser sumiso. Estaba harto. Esta vez se plantaría frente a cualquiera que lo maltratara o humillara. Lo tenía claro.

Lo que el niño tejón había olvidado era que, en realidad, seguía siendo solo un niño.

IV. Refugio del risco (el actual Abrigo Romani, Capellades)

11. EL GRUPO DE LAS TIERRAS DEL OSO

Los humanos del grupo de la costa

El chico Utu se notaba excitado, con el pulso acelerado, la musculatura tensa y las pupilas dilatadas. Cuando el sudor comenzó a deslizarse por su frente, se recordó a sí mismo la necesidad de permanecer inmóvil y de no dejarse llevar por la impaciencia. Era el más novato entre los cazadores y aún le costaba controlar su impulsividad.

A medida que los ciervos se acercaban, su nerviosismo crecía. El denso pinar ocultaba al líder Uru y a los otros cazadores, pero Utu sabía que estaban allí, al acecho, igual que él. Habían estado observando durante días a un pequeño grupo de ciervos: una hembra mayor, dos jóvenes y un macho que apenas había cumplido un año, con sus cuernos aún cubiertos de terciopelo. En los prados abiertos, los ciervos se movían rápidamente, y los hombres no tenían oportunidad alguna, ya que un ciervo podía correr más rápido que un humano. Pero en el bosque, la situación cambiaba; el ciervo no percibía al humano hasta que se encontraba casi a su lado, gracias al olor a barro y musgo que camuflaba el aroma humano. Así, el ciervo se alejaba del cazador que lo había asustado, pero los árboles y troncos le dificultaban la fuga, permitiendo que los otros cazadores llegaran a tiempo para acorralarlo. Cuando el animal se sentía atrapado, su instinto de supervivencia lo hacía dudar, y el cazador más cercano se lanzaba sobre él con la lanza lista, esperando que los demás llegaran para ayudar a abatirlo. Juntos, repetidamente, atravesaban la presa con sus lanzas hasta que caía al suelo. Eso, claro, si todo salía como lo habían planeado. La mayoría de las veces, el ciervo detectaba el peligro y lograba escapar hacia un lugar seguro. Sin embargo, en ocasiones la suerte sonreía, y un animal cazado aseguraba carne, piel y cuernos para el grupo.

Cuando la cierva vieja escuchó el grito de alerta de una chocha perdiz, se detuvo y vio cómo un humano surgía de la nada, corriendo hacia ella con gritos y gestos frenéticos. Asustada, empezó a huir, solo para encontrarse de frente con otro humano. En un instante, la cierva yacía en el suelo, muerta, con las lanzas de dos cazadores clavadas en su cuerpo. Las otras dos hembras se

dispersaron en direcciones opuestas, mientras el gran macho se dirigía hacia donde se encontraba el chico Utu. Al verlo venir, Utu se preparó, pero en el último instante, el ciervo se detuvo y, con su cornamenta, golpeó el costado del joven, impidiendo que pudiera clavar su lanza. Fue el jefe Uru quien, corriendo con furia, logró hendir su lanza en el lomo del animal. La lanza se clavó tan hondo que el hombre no pudo sacarla de para volverla a clavar, y para sorpresa de ambos humanos, el ciervo no se desplomó, sino que se dio la vuelta y emprendió la huida. Pasó junto a los dos cazadores que intentaban liberar sus lanzas del vientre de la cierva muerta, incapaces de hacer nada al verlo pasar. El chico Utu corrió tras el ciervo, y, al verlo salir del pinar y atravesar un pequeño claro, se detuvo en el límite del bosque, aguardando. Poco después, los tres hombres llegaron, pero el ciervo ya no estaba en su campo de visión. Los cuatro se agacharon para recuperar la respiración lo más rápido posible puesto que todavía quedaba seguir aquel animal herido para terminar con él. No estaban dispuestos a dejar escapar tanta carne, piel y cuerno.

Los humanos del grupo de las tierras del oso

Un hombre y una mujer, cubiertos de barro, se mantenían inmóviles, observando desde un pequeño claro en el pinar hacia el otro lado. No podían creer la fortuna que tenían. Desde media tarde intentaban acercarse a una pequeña manada de ciervos que pastaba entre el bosque y los prados. El viento soplaba a sus espaldas, lo que les daba una desventaja en su ataque. Además, eran solo dos, lo que hacía que las posibilidades de éxito fueran casi inexistentes. No podían rodear a los ciervos sin ser detectados, pues los animales sabían de su presencia y se alejaban cada vez más. Cuando los ciervos se adentraron en el bosque, el hombre y la mujer se levantaron para regresar con el resto de su grupo. Fue en ese momento cuando, de repente, escucharon el grito de alarma de una chocha perdiz. Al mirar en esa dirección, vieron a un gran macho de ciervo salir del bosque, atravesar el claro y correr hacia ellos, con una lanza clavada en el lomo. Cuando el animal se encontraba a unos pocos pasos de ellos, se desplomó, quedando inmóvil sobre la pinaza. El hombre y la mujer se miraron, sorprendidos de que nadie estuviera tras el animal. Sonrieron mutuamente y corrieron hacia él, con sus lanzas preparadas. Pero no tuvieron tiempo de clavar ninguna, porque alguien se les había adelantado.

El leopardo

El hambre había hecho que la hembra se volviera imprudente. Sabía que estaba demasiado cerca de aquellos dos humanos. Aunque no la habían visto ni olfateado, ella sí los percibía, a pesar de que se cubrieran la cara con barro. Pero no tenía interés en ellos; sabía que llevaban palos terminados en piedras afiladas que se hundían en la carne. Las posibilidades de salir victoriosa en un enfrentamiento con humanos eran escasas, incluso con el factor sorpresa a su favor. No podía arriesgarse con probabilidades tan bajas, especialmente porque tenía dos cachorros que dependían completamente de lo que ella pudiera cazar. Lo que realmente le interesaba era uno de esos ciervos, especialmente la hembra vieja que presentaba signos de debilidad, la cual se desviaba ligeramente a un lado mientras caminaba.

Sin embargo, el viento cambió de dirección, y su situación ya no era favorable; los ciervos la habían detectado y se alejaban de donde ella aguardaba, adentrándose en el bosque del otro lado del claro. El félido descendió del árbol para regresar con sus cachorros antes de que los humanos la descubrieran.

La hembra de leopardo tampoco entendió lo que sucedía cuando vio venir al macho de ciervo, de manera incomprensible, hacia donde ella se encontraba. Un leopardo nunca hubiera osado enfrentarse a un ciervo macho, aunque fuera joven e inexperto, ya que los cuernos de este podían fácilmente hierla. Pero aquel animal estaba malherido, y ella podía ver claramente el palo de los humanos que sobresalía de su lomo. Rápidamente hizo los cálculos necesarios: la distancia que la separaba del ciervo, la velocidad con que este se acercaba, las fuerzas que le quedaban a la presa, sus propias fuerzas, la trayectoria y la dirección del viento. Lo único que olvidó fue la presencia cercana de los humanos.

Cuando la hembra de leopardo llegó al ciervo, este ya se había desplomado, quedando completamente indefenso. Con un fuerte mordisco en el cuello, comenzó a ahogarlo, esperando que la carótida cediera y la sangre comenzara a brotar. La presa era suya, y la defendería ante quien fuera, por ella y por las dos crías que necesitaban su leche.

Los humanos. Mezcla de los dos grupos

Un ciervo muerto en el suelo del pinar.

Una hembra adulta de leopardo aferrada a su presa, rugiendo y enseñando los dientes.

A pocos pasos, un hombre y una mujer, armados con lanzas, contemplaban la escena, indecisos y tensos.

Más allá, cuatro hombres exhaustos observaban con curiosidad, sorprendidos tanto por el leopardo como por los dos humanos.

Todos anhelaban lo que consideraban suyo.

El aire se volvió denso en aquel rincón del bosque, como si el tiempo se detuviera, mientras cada uno evaluaba su posición y ponderaba si contaba con alguna ventaja. Finalmente, el leopardo, mostrando su descontento, se alejó sin mirar atrás, rugiendo un par de veces antes de perderse entre la maleza. Los cuatro hombres se acercaron al ciervo caído; la carne les pertenecía. El hombre y la mujer eran conscientes de su desventaja: aunque el ciervo había sido cazado por el félido, la lanza que aún se hundía en su lomo era del hombre que ahora la recuperaba.

El jefe Uru observó a los dos humanos que permanecían de pie a poca distancia del ciervo muerto, los vio indecisos y reconoció las marcas pintadas en sus muslos: un círculo dentro de otro, trazadas con tierra roja; pertenecían al grupo de las tierras del oso. Uru había estado aguardando su llegada, así que se alegró de verlos, pero lo que le interesaba en ese momento era descubrir cuál de los tres hermanos era el que había salido a cazar. Tras un silencio tenso, se decidió por el mayor, suponiendo que el líder del grupo de las tierras del oso se había quedado con las mujeres y los niños en el campamento.

—Te saludo Eye de las tierras del oso. No sabíamos que estuvierais tan cerca del abrigo. ¿Está lejos vuestra gente? —preguntó Uru, observando con fastidio que la punta de su lanza se había quebrado al penetrar la carne del herbívoro.

—Te saludo, jefe Uru. Mi gente está a una tarde de camino. Las mujeres y los niños están cansados. Quieren descansar antes de presentarse en el abrigo. Pensábamos llegar mañana al amanecer —respondió el hombre, bajado la lanza en señal de sumisión.

La mujer que acompañaba al hombre de las tierras del oso dejó la lanza en el suelo y, con las dos manos, recogió su largo cabello negro, enroscándolo en lo alto de su cabeza, consciente de que los tres hombres la miraban.

—Deseábamos ofreceros carne fresca de ciervo. Pero veo que os habéis adelantado. Soy la mujer Axa.

—Te saludo, mujer Axa —dijo el jefe Uru, algo confundido por el gesto de la mujer.

–Vuestros cazadores nos encontraron hace una luna. Entonces nos encontrábamos al sur de nuestro territorio. Hemos llegado siguiendo el río. Hemos venido por el margen que nos pertenece. Nos hemos retrasado porque hemos estado discutiendo. Discutiendo sobre si acercarnos o no al abrigo. Vimos la marca en la gran roca. Algunos sintieron miedo. Algunos vieron un lobo. Lo vieron en la roca. El jefe Eke no vio ningún lobo. El jefe Eke no vio ningún peligro. Yo también vi al lobo. Pero Eke...

–La marca del lobo no es nuestra –interrumpió Uru, con rotundidad.

–La marca parecía un lobo que quisiera atacar. Estaba junto a las marcas de vuestro grupo. Entendimos que conserváis niños y viejos. Entendimos que sois muchos cazadores. Se nota que os ha ido bien. En cambio, nosotros... –empezó a decir la mujer Axa, mirando directamente al cazador que iba con ella y haciendo una mueca–. Y respecto al lobo. ¿Dices que no es vuestra marca?

–No es nuestra. Creo saber quién la hizo. No os preocupéis, no significa nada. Ya os lo explicaré en el abrigo –aclaró Uru, pensando que tendría que hablar muy seriamente con el niño tejón para que este no fuera dejando sus dibujos por todas partes, asustando y confundiendo a la gente.

–Hola, mujer Axa de cabellos alas de cuervo. Veo que tú también cazas. ¿No tienes criaturas a las que cuidar? –preguntó uno de los cazadores del grupo de la costa, observando intensamente a la mujer que tan coquetamente se había arreglado los cabellos.

–Tenía una niña pequeña. Ya no tengo la niña –respondió la mujer, con la mirada baja–. Y sí, ahora cazo. Soy buena con la lanza. Tan buena como él –dijo la mujer, señalando al cazador que la acompañaba.

–¡Tan buenos cazadores no debéis ser! El ciervo lo hemos matado nosotros, no vosotros –replicó el hombre del grupo de la costa dirigiéndose en tono desafiante al cazador que acompañaba a la mujer.

–Yo soy Utu y también soy cazador –dijo el chico, tropezando con las palabras, y sintiendo que lo que acababa de decir era una obviedad. Sin embargo, la intervención rápida de Utu logró aliviar la creciente tensión entre los dos grupos.

–Ya me imagino –dijo Axa, mientras se tocaba el cabello y miraba al chico de reojo.

–Cómo puedes ver, ya no soy un niño –dijo Utu, inflando el pecho, mostrando genitales y enseñando su mejor sonrisa, pero pronto se desinfló al darse cuenta de que lo que había dicho era otra obviedad.

—No, no lo eres, ya lo veo —respondió Axa, dándose la vuelta y siguiendo a su compañero rumbo al nordeste.

Cuando el hombre y la mujer de las tierras del oso se perdieron de vista, el chico Utu continuaba embelesado, mirando en la dirección en la que se había ido la mujer.

—¡Qué guapa que es esta mujer!

—¡Vamos, sigue adelante! Aún tenemos mucho trabajo por hacer —ordenó el jefe Uru, sacando un cuchillo y empezando a abrir el animal.

—Chico Utu no te hagas ilusiones. A esta mujer no la podrás tocar —comentó uno de los cazadores, dándole un leve empujón al chico.

—¿A no? ¿Por qué?

—Pertenece a otro grupo y está fértil. ¿No te has fijado? Utu, aún te queda mucho por aprender. ¿Por qué crees que la mujer estaba cazando? Ya no tiene a su niña. Esta mujer pronto volverá a estar preñada. Y será del jefe de su grupo. Hasta que eso ocurra, nadie podrá tocarla. Tú no podrás tocarla —explicó el cazador con tono paternal.

—Que la mujer tenga que cazar.... No es buena señal —observó otro cazador adulto, mirando a Uru y al que había hablado, quienes asistieron con la mano.

—¿Por qué no es una buena señal? —preguntó de nuevo el chico.

—¿Qué cazan nuestras mujeres? No, nuestras mujeres no cazan. Las mujeres de nuestro grupo tienen criaturas pequeñas. Ellas deben sostener a los pequeños mientras maman. Las mujeres de nuestro grupo están preñadas. No pueden correr con el vientre hinchado. Nuestras mujeres no cazan. A menos que sea estrictamente necesario.

—La mujer Axa caza. Caza porque a su grupo le faltan cazadores —con esas palabras el jefe Uru dio por concluida la conversación. Había trabajo por hacer, la luz se desvanecía y, si no se apresuraban, las hienas acabarían por encontrarlos.

El chico Utu permaneció en silencio. De repente, recordó que su hermana tendría que marcharse con la gente de las tierras del oso y sintió una punzada en el pecho izquierdo. Se lo frotó con el puño y se dispuso a retirar la vejiga del ciervo, cuidando de no derramar su contenido sobre la carne que iba a separar. Al regresar al abrigo del desfiladero, los hombres cargaban con dos ciervos muertos y estaban exhaustos. Uno de ellos llevaba sobre los hombros el cuerpo de la hembra, mientras que el macho, más voluminoso y pesado, era transportado entre el jefe Uru y otro cazador, caminando al unísono para repartir el peso. El chico Utu llevaba la cabeza del macho, con la cornamenta intacta.

Normalmente solo hubieran llevado las patas y las cabezas hasta el abrigo rocoso, pero dado que al día siguiente llegarían los de las tierras del oso, decidieron cargar con los animales enteros para aprovechar toda la carne posible. A pesar del agotamiento, el esfuerzo había merecido la pena; solo había que observar las sonrisas radiantes de las mujeres y los niños. Esa noche, ellos no comerían, ya que se habían saciado lo suficiente con los hígados, riñones, estómagos y corazones de los dos animales mientras los descuartizaban.

Aquella noche el chico Utu soñó que la mujer de cabellos negros cazaba a su lado y juntos lograban abatir un gran oso de las cavernas. Sin embargo, cuando la bestia del sueño se lanzó sobre él, un sobresalto lo despertó, sintiendo una punzada de ardor en el pecho. Decidió incorporarse y buscar consuelo en su hermana, pero al buscarla con el pie, no la encontró. Recordó entonces que, últimamente, la chica prefería acurrucarse al lado de su padre, Uru. Así que se levantó y se dirigió al lugar donde dormía el jefe, encontrando a su hermana Usu encogida junto al cuerpo del hombre, sollozando. Uru estaba despierto, y parecía agobiado. Utu deseaba poder abrazar a su hermana y ofrecerle consuelo; estaba seguro de que él podría hacerlo mejor que su padre, pero no se atrevió. Se volvió a dormir intentando soñar de nuevo con la mujer de cabellos oscuros.

Al amanecer, el grupo se preparaba para recibir a los habitantes de las tierras del oso. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que se vieron, que solo los ancianos recordaban aquellos encuentros. La joven Unu, que recientemente había dejado atrás su infancia, se sentía especialmente nerviosa, ya que había llegado el momento de dejar el grupo y dar hijos a un nuevo jefe. Por su parte, la chica Usu permanecía en silencio y no se separaba de su padre. La expresión del jefe era de tensión y preocupación. Nunca se podía prever cómo se desarrollaría un encuentro entre dos grupos después de tanto tiempo sin verse, y mucho menos si los antiguos jefes habían estado enfrentados, y aún más si una de las chicas no quería dejar el grupo. Todo ello sin contar que la chica que no quería irse tenía los ojos del mismo color que la hierba de principios de primavera.

—Me dijiste que no me obligarías de irme. Lo dijiste anoche. ¿Ya no lo recuerdas? Me dijiste que no lloras más. Me dijiste que podría quedarme aquí — la voz de Usu se quebraba mientras las lágrimas caían por su cara.

El jefe Uru, necesitaba ganar tiempo para acabar de decidir que hacer con aquella hija suya tan obstinada.

–No recuerdo haber dicho nada ayer noche. Anoche dormí... El grupo del oso está aquí. Lo manda Eke, un hombre joven y fuerte. Sabe que tú y Unu iréis con él. Esta noche querrá que estés a su lado. ¡Y deja de llorar!

–¡Si me obligas a dejar el grupo, me moriré! –gritó la chica, entre llantos cada vez más intensos.

–No te morirás. Ninguna chica ha muerto por cambiar de grupo. La chica Unu está emocionada por irse.

–Yo no soy como Unu. No soy como las chicas de este grupo.

–Claro que eres como ellas. Bien que te quedaste preñada como ellas. Bien que pariste como ellas. El jefe Eke es fuerte. Con él tendrás unos hijos fuertes. No niños mal hechos. Como el que pariste en la playa –gritó Uru, enfadado con la chica, enfadado con el hermano gemelo de esta por haberla preñado y enfadado consigo mismo.

Y es que todos en el grupo sabían que el chico Utu copulaba a escondidas con su hermana gemela. Era un secreto a voces, y todos sabían que este era un tema que preocupaba mucho al jefe Uru. La única salida era que la chica dejara el grupo lo antes posible. Pero todos en el grupo sabían que el jefe Uru no tendría fuerzas necesarias para obligar a la chica a irse.

–No parí ningún niño mal hecho. Tú no estabas en la playa. ¡Tú no viste como era el niño!

La chica Usu y el jefe Uru se sumieron en un silencio, tratando de hallar una solución a la encrucijada.

–Uru, dile que me necesitas en el grupo. Eke es más joven que tú. Pero tú tienes más hombres que él. No se te atreverá a enfrentarse a ti.

–Sí lo hará. No sé si los hombres lucharán por mí. Piensan que debería obligarte a irte. Creen que me estoy volviendo blando para mandar. Alguno de ellos podría aprovechar la situación. Para quitarme el mando de los cazadores. Hemos invitado al grupo del oso a cazar. No lo hemos invitado a enfrentarnos.

La chica estalló nuevamente en un llanto violento, convencida de que odiaba a todos los del grupo de la cueva del oso, a pesar de no haber tenido la oportunidad de conocerlos.

–No me sentaré a su lado esta noche. ¡Me da asco el jefe Eke! ¡Ojalá se lo coman las hienas! ¡A todos!

–¡Tú y Unu os sentareis a su lado! –gritó Uru, sintiendo cómo su autoridad empezaba a desvanecerse.

La chica se acercó todo lo que pudo a su padre, abrió mucho los ojos, puso morros de niña pequeña y comenzó a sollozar.

–Sí me siento al lado de Eke... Si me siento tendré que irme con él. Si me voy con él, me moriré.

–Si no obedeces... Todo el grupo estará en peligro. ¿Es esto lo que quieres?

La chica Usu miró a su padre y percibió una lágrima asomando en sus ojos.

La pregunta quedó sin respuesta.

No se iría. Ella lo tenía decidido.

Y sabía cómo desafiar la autoridad del jefe del grupo.

12. EL CONFLICTO

Los humanos del grupo de la costa

Fue en ese instante cuando el grupo de las tierras del oso apareció tras un recodo del río. En el abrigo, todos permanecieron en silencio, observando. El grupo que avanzaba por la orilla del río era reducido, y los miembros del grupo de la costa se percataron de que aquella gente era insuficiente para conformar un grupo efectivo. Todos reconocieron de inmediato al joven que marchaba al frente; su forma de moverse indicaba claramente que era el líder, quien dirigía a los cazadores. Asimismo, identificaron a los dos hombres que caminaban un poco más atrás, que eran los hermanos del jefe; uno de ellos mayor y el otro aún muy joven. Los que llegaban por el río llevaban marcas en la piel, círculos de color rojo que eran distintivos de su grupo, el de las tierras del oso.

Los miembros del abrigo se apresuraron a pintarse las dos líneas ondulantes paralelas que caracterizaban al grupo de la costa. Se pintaron las mejillas, las palmas de las manos y todas las partes del cuerpo donde el vello no impidiera que las marcas fueran visibles. También pintaron a los niños más pequeños, ya que pertenecían al grupo, al igual que los adultos.

Y se sentaron a esperar su llegada.

La chica Usu, menuda como era, quedaba oculta detrás la ancha espalda de su padre. Usu sintió que tenía frío, a pesar de que el sol empezaba a calentar la piedra y comenzó a encontrarse mal, ya que las punzadas en su estómago habían regresado. Tuvo el tiempo justo para girar la cabeza y evitar vomitar sobre las piernas de Uru. Escupió los restos de vómito y se mantuvo erguida donde estaba, con sus preciosos ojos verdes llenos de lágrimas.

El grupo que estaba a punto de entrar en el abrigo rocoso era verdaderamente reducido. Una mujer joven marchaba tras el jefe, con un niño de pocos meses colgado en su espalda y otro mayor tomado de la mano. La mujer que dirigía a las mujeres de ese grupo caminaba junto al joven jefe, quizás un poco más retrasada; era mayor y probablemente era la madre de los tres cazadores, de una chica muy joven de rostro sonriente y de una niña de edad similar al niño tejón. Solo había otra mujer adulta, de cabello largo y negro, muy delgada y sin ningún niño. Todos parecían carecer de grasa y mostraban signos de fatiga.

La chica Unu buscó con la mirada a la joven del grupo que llegaba, la que se quedaría en el grupo de la costa. Observaba cómo la otra chica caminaba con

orgullo, guiando de la mano a una niña más pequeña que ella, y también se sintió orgullosa. Luego, dirigió su mirada hacia el hombre que marchaba al frente del grupo, el jefe Eke, quien le pareció fuerte y decidido, y se dijo a sí misma que sus hijos tendrían la firmeza y la actitud de aquel hombre.

El hombre lince observó el lugar que la mujer Aba le había reservado a él y al niño, arrugando la nariz. Esa mañana, Aba había reorganizado todo el espacio para dejar un área del abrigo libre para la gente que estaba a punto de llegar. A él y al niño los había enviado a un rincón húmedo y poco cálido, una zona marginal, apartada del hogar principal. Además, unos cuantos goteos de agua caían del techo, y se acumulaban en pequeñas cavidades que acababan drenando al exterior del abrigo, hacia el río. El hombre pensó que primero encendería un buen fuego para asegurarse de que el calor fuera suficiente y no pasaran frío durante la noche. Unos desconocidos estaban a punto de hacer su entrada y el hombre lince no quería que su tienda de pieles de conejo fuera objeto de burlas por parte de los recién llegados; por lo tanto, si podía, evitaría montar la tienda esa primera noche. Buscó dentro del abrigo y vio que toda la leña estaba en manos de las mujeres, así que se dirigió al bosque de pinos más cercano en busca de ramas secas. En realidad, no le importaba no estar presente cuando el otro grupo hiciera su aparición.

La gente de las tierras del oso llegó justo cuando el hombre lince acababa de salir a buscar leña. Los dos jefes se dieron la bienvenida.

—Te saludo, Uru. Te saludo, jefe del grupo de la costa. Te traigo unos presentes. Te los entrego para procurar una buena acogida. Hubiéramos querido traer comida. Ya sabes que ayer tarde os adelantasteis —dijo el joven jefe Eke.

—Sé bienvenido, Eke. Jefe del grupo de las tierras del oso. Este año hay muchos caballos en el desfiladero. Puedes quedarte aquí el tiempo que necesites. Acepto los presentes.

Eke le entregó a Uru una piel de corzo que contenía numerosos dientes y garras de oso de las cavernas. Uru sonrió; nada le hacía más ilusión que tener un trozo de una de las bestias más feroces que se podían encontrar en esas tierras. Con aquellos dientes y garras pensaba hacerse un colgante que se ataría a la cintura.

—Gracias, aquí los osos son escasos. Entrad, hemos encendido un buen fuego. Tenemos carne fresca de ciervo para comer.

—Hemos visto los caballos dirigiéndose al desfiladero. Tenemos muchas ganas de organizar una cacería conjunta. Nos beneficiará a todos. ¿Y las chicas que desean cambiar de grupo? ¿Dónde están?

—Esta chica es Unu. Es fuerte y muy diestra con la piedra.

–Te saludo, chica Unu.

–Te saludo, jefe Eke. Estoy contenta de conocerte –dijo la muchacha, con timidez.

–No veo a la otra chica. La de ojos color hierba tierna –dijo Eke, ignorando el saludo de la joven, mientras continuaba buscando a la chica menuda.

La mujer Aba dio un empujón a la chica Usu para que saliera de detrás de los anchos hombros de su padre. La chica temblaba y mantenía la mirada fija en el suelo. Aba le agarró con fuerza la cara y se la levantó, para que Eke pudiera ver los ojos de la joven. Entonces, la mujer Aba empezó a explicar las virtudes de la chica Unu, pero el jefe Eke no las escuchó, cautivado como estaba por los ojos de Usu.

–Sí que tiene unos ojos preciosos, me gusta. Parece muy pequeña. ¿Estás segura que puede quedarse preñada?

La mujer Aba miró de reojo al jefe de su grupo, eludiendo el tema del niño mal formado.

–¡Por supuesto! Ya ha parido, hace unas lunas, sin ninguna complicación.

A Eke, que podía ser arrogante pero no era estúpido, pues nadie llegaba a ser jefe de un grupo siendo estúpido, aquello no le cuadraba. Creía haber entendido que la chica había nacido en el grupo. Si ya había parido, ¿quién la había preñado? Solo los jefes podían preñar a las chicas. Los jefes no preñaban a sus hijas porque todo el mundo sabía que los niños nacían mal hechos y, por ende, debían deshacerse de ellos. Quizás había ocurrido esto, o la criatura había muerto de causas naturales, porque no veía a ningún niño de meses con ella. Decidió posponer el tema; lo importante era que la chica era muy hermosa y parecía fértil.

El jefe Uru estaba nervioso; no le agradaba aquella situación, pero necesitaba más tiempo para decidir qué hacer con su hija obstinada. Antes de sentarse junto al fuego, empujó a la chica Unu hacia Eke, mientras intentaba que la chica Usu no se escondiera nuevamente tras su espalda. La mujer Aba miró de reojo al jefe Uru y, reprochándole con la mirada que no fuera más severo con su hija, invitó al grupo recién llegado a disfrutar de la carne del ciervo.

–Hablaremos más tarde de estos asuntos. Entrad y haced vuestra la mitad del abrigo. El ciervo os está esperando. ¿Preferís que lo pasemos por el fuego? Si así lo deseáis, lo haremos de inmediato. Tenemos varios fuegos encendidos.

–Pasada por el fuego se mastica mejor. ¿Por qué tienes a la chica Usu escondida? –preguntó Eke a Uru, sentándose cerca de un fuego donde acababan de colocar a asar el costillar del ciervo.

–Hoy Usu no se encuentra bien. Tiene el estómago revuelto. Todo lo que come lo vomita. Por eso no quiere que la veas. Pero la chica Unu está sana y fuerte. Es una excelente talladora de piedra.

–¡Así que sabes cortar la piedra! Es bueno tener alguien que domine la técnica. Mañana veremos lo que sabes hacer –dijo Eke dirigiéndose a la chica Unu, pero mirando de reojo a la chica escondida tras el voluminoso cuerpo de Uru.

Uru y Aba hicieron una sonrisa forzada y se dispusieron a comer, aunque el hambre se los había quitado hacía rato.

El hombre lince entró en el abrigo llevando un fajo de leña y se percató de que tendría que pasar junto al gran fuego donde se encontraban los miembros de las tierras del oso, con el jefe Uru y la mujer Aba. El hombre avanzó en silencio, simulando no notar que todos habían cesado de comer para observarlo. El joven jefe Eke frunció el ceño y continuó comiendo, arrancando una costilla del costillar. Una vez que terminó de masticar la carne y roer la costilla, arrojó el hueso a la parte más húmeda del abrigo, un rincón que rara vez era utilizado y donde normalmente se acumulaban las cenizas de los hogares. Solo tras lanzar el hueso se dio cuenta de que, acurrucados en un rincón, se encontraban el hombre que había visto pasar y un niño. Cuando terminó de comer la segunda costilla, buscó un lugar donde arrojarla sin que afectara a nadie, y observó que el niño en el rincón húmedo estaba royendo el hueso que él había desechado anteriormente. Le lanzó la costilla al niño, sonrió y se dispuso a dormir, con el estómago satisfecho.

El hombre lince salió nuevamente a buscar más leña para avivar el fuego; la humedad de aquel rincón le estaba calando hasta los huesos y necesitaba más calor para evitar tener que montar la tienda. También deseaba cazar algún animal pequeño para que su hijo no tuviera que roer los huesos que los demás desechaban, como si el niño fuera un zorro maloliente.

Tardó un tiempo en regresar al abrigo con un fajo de leña en una mano y cuatro ratas de agua en la otra. El hombre lince ofreció las ratas a su hijo, indicándole que podía comerlas todas, ya que él no tenía hambre. Se sentó y alimentó el fuego con las ramas recién traídas, avivándolo en un intento de ahuyentar el frío. Sin embargo, no había forma de deshacerse del hambre. Se prometió a sí mismo que al día siguiente tendría mejor suerte y lograría cazar algún conejo o un urogallo de bosque.

La gente de la tierra del oso se sentía cohibidas por la presencia de aquellos dos humanos tan extraños. Era imposible no fijarse en aquellas figuras cubiertas de pies a cabeza con pieles de conejo. A pesar de la curiosidad, nadie se atrevió a acercarse, salvo una niña que fue a sentarse frente al niño tejón. Retiró la capucha del niño, lo miró detenidamente y comenzó a hacerle preguntas.

–¿Estás enfermo? ¿No tienes calor con el tejón? ¿Quién es este hombre? ¿Y tu madre? ¿Por qué no respondes? ¿Qué tienes escondido bajo las pieles? ¿Quieres venir a jugar conmigo? ¿Quieres...

–¿Siempre haces tantas preguntas? –la interrumpió el niño, volviendo a colocar la piel de tejón sobre su la cabeza.

–Sí. Mi nombre es Ebe. Soy una niña que pronto será una chica. Pero aún no. Tú también pronto serás un chico. De momento eres un niño, como yo. ¿Quieres jugar conmigo? ¿Cómo te llamas?

–Aquí todos me llaman niño tejón. No tengo miedo y pronto seré un cazador.

A la niña le pareció extraño que el niño afirmara no tener miedo. ¿Por qué debería temer aquel niño? Quizás se debía a que su cabello era de un color muy claro, casi como la nieve. Eso lo descubriría más tarde. Ahora quería salir a jugar.

–Casi no hay niños en mi grupo. Solo hay un, que es un poco tonto. No quiere jugar conmigo. Hay otro niño muy pequeño. Todavía no habla y no sabe jugar. También está mi hermana mayor. Ella tampoco juega conmigo. Se cree importante ahora que cambiará de grupo. ¿Tú quieres jugar conmigo? –volvió a preguntar la niña.

–¿Puedo? –preguntó el niño a su padre.

–Supongo que sí. Tarde o temprano tendrán que vernos. Pero no os alejéis demasiado. Los cazadores han visto un leopardo cerca –dijo el hombre lince, pensando que aquella niña era peculiar, pero era la única que había querido jugar con su hijo.

Los dos niños salieron al exterior del abrigo, donde el sol ya comenzaba a calentar la piedra. El niño se ajustó la capucha de tejón para que no le diera el sol en la cara y enseñó a la niña lo que llevaba escondido entre las pieles de conejo. La niña se entusiasmó, cogió el pájaro blanco con cuidado y empezó a susurrarle palabras dulces. El niño sonrió. Quizás habría encontrado a alguien que lo aceptara tal como era y que pudiera darle la ternura que le faltaba.

Al darse cuenta de que el niño tejón había salido a la luz, los recién llegados advirtieron que aquel niño era diferente, y no solo por las pieles que lo cubrían. Comenzaron a murmurar entre ellos y a hacer preguntas a los habitantes del abrigo. Uru y Aba respondieron lo mejor que pudieron, pensando que mientras Eke estuviera entretenido indagando sobre el hombre y el niño extraños, no pensaría en la chica Usu. El jefe Uru continuaba preocupado, ya que no veía cómo ayudar a la chica y, al mismo tiempo, evitar una confrontación entre grupos. Si no se le ocurría algo pronto, consultaría a la anciana Izi, pues siempre tenía una solución para todo.

La mujer más anciana del grupo había vivido numerosas situaciones difíciles, tanto en su juventud como en su vejez. Recordaba todo, a pesar de la cantidad de años que había vivido. Uru no deseaba hablar con la mujer Aba, porque sabía perfectamente lo que ella le diría, así que optó por buscar consejo en la anciana.

–Primero tendrás que enfrentarte al joven Eke. Dile que la chica no irá con él. No irá porque tú no lo desees. Que todos los cazadores te respaldarán. Entonces no tendrás problemas. El jefe Eke tendrá que aceptar la situación. ¿No has visto cuántos cazadores lo apoyan? –explicó Izi.

–¿Qué hacemos con la chica? ¡Eke es muy violento! Puede perder el control. Se le puede calentar la entrepierna. Puede tomar a Usu por la fuerza.

–Sí, tienes razón. Debemos mantener a Usu alejada de su vista. Lo mejor será ocultarla. Esconderla hasta que el grupo de Eke parta. Puede quedarse en la cueva pequeña. La que hay más allá del abrigo. Probablemente Usu ya se haya escondido allí.

–Tendrá que estar sola durante media luna. Media luna es mucho tiempo. Podría ser incluso más. Somos pocos cazadores y hay muchos caballos. No es seguro que la chica esté sola.

–Usu no estará sola. Yo podría quedarme con ella. La chica Usu cuidará de la vieja Izi –dijo la mujer mayor, sonriendo.

–¿Por qué quieres ir a la cueva pequeña? –preguntó Uru, intrigado.

–No aguanto a los niños llorando a media noche. Ni la palabrería de sus madres. Y me duele el desprecio de los cazadores.

–¿Quién vigilará el fuego? Eres incapaz de hacer nada por ti misma –dijo el hombre, más concentrado en evitar una confrontación con el otro grupo que en cuidar las palabras que utilizaba con aquella mujer que solo intentaba ayudarlo.

–¡Ves! Esto es exactamente de lo que me quejo. Nadie me respeta. Ni siquiera tú. Parece que ya no te acuerdas. Te di mi leche cuando acababas de nacer. Cuando tu madre murió. Fui la mujer que mandó. Lo hice durante mucho tiempo. Parece que no te acuerdas. Di hijos al viejo Uyu. Antes di hijos al padre de Uyu. Parece que no te acuerdas.

–Claro que lo recuerdo. Bien, si esto es lo que desees. ¿Cómo os las arreglaréis por las noches?

–La chica vigilará el fuego mientras yo duermo. Ella que duerma de día. Que alguien del grupo nos traiga comida.

–Será duro para la chica. ¿De verdad crees que querrá hacerlo?

—Ella hará lo que sea necesario para quedarse. Hablaré con la chica Usu. Tú asegúrate de que los cazadores te apoyen. A la mujer Aba no le expliques nada —dijo Izi, satisfecha por haber encontrado una solución al problema y por la perspectiva de pasar tranquila y bien cuidada los días de ajetreo que se avecinaban.

En el abrigo, todos estaban inquietos pensando en el encuentro de la noche junto a un gran fuego común. Se mezclarían entre ellos, se explicarían cómo les había ido durante el tiempo que habían estado separados, comerían abundante carne, presumirían de las mejores herramientas de piedra, debatirían sobre la caza y el curtido de pieles, copularían con gente nueva, harían hablar las piedras y, muy entrada la noche, se dormirían en un lecho común, fortaleciendo así los lazos de amistad. Esto era la expectativa general.

Al caer el sol, en la entrada del abrigo se había acumulado una considerable cantidad de troncos delgados de sabina. Era responsabilidad del miembro de mayor edad encender la hoguera, y nadie había vivido más que la vieja Izi. Esta, al igual que todos los adultos presentes, se había frotado el cuerpo con artemisa y aguardó a que se hiciera el silencio. Luego tomó en su mano derecha una piedra pesada y en la izquierda un nódulo sin trabajar de sílex. Con cada golpe de piedra que daba la anciana, los presentes golpeaban el suelo con la mano, en un silencio absoluto. Tras un tiempo, cuando el ritmo se intensificó, una chispa impactó en una seca y porosa seta. Todos estallaron en gritos de alegría; ya tenían un fuego que los uniría nuevamente.

Axa, la mujer de cabello negro del grupo de las tierras del oso, se sentó junto a la mujer Aba. Ambas habían nacido en el mismo grupo, lejos de las tierras donde ahora se encontraban, pero Aba se había marchado con el grupo de la costa mucho antes de que Axa viniera al mundo. Axa, intrigada por la pequeña niña que Aba sostenía contra su pecho, la observó detenidamente, cuestionándose cómo podía ser que la mujer tuviera una criatura tan pequeña.

—¿Es tuya? —preguntó Axa.

—Sí, nació hace unas cuantas lunas. Los tres cazadores también son mis hijos. ¿Y tú? ¿Dónde se encuentran tus hijos? ¿Has perdido alguno?

La mujer Axa respiró hondo, pues tenía mucho que expresar. Comenzó a relatar, sin apartar la vista de la pequeña criatura.

—Tenía una niña de pecho, la perdí. Eso ocurrió hace ya varias lunas. El viejo jefe había muerto. Eke se hizo cargo del grupo. Con su madre, la mujer Ipi. Pasamos las lunas menos frías relativamente bien. Sin embargo, cuando los días comenzaron a acortarse... Eke se negó a ir a cazar ciervos. No quiso dirigirse a

la cueva del oso. Como había hecho siempre el viejo jefe. Afirmó que era una madriguera de hienas. Eligió otro lugar. Eligió un mal lugar. Allí no se concentraron los ciervos. Los cazadores solo pudieron matar unos pocos. Ninguno de nosotros obtuvo suficiente grasa. Con el frío, perdí la leche. La niña murió. Otra mujer tenía un niño que mamaba. La mujer enfermó y murió. Yo había perdido toda la leche. No había ninguna mujer que pudiera amamantar. El niño también murió.

—Lamento mucho oír eso. A mí también se me han muerto criaturas. Sé lo difícil que es. ¿Te gustaría sostenerla? —preguntó Aba, separando a su hija del pezón y ofreciéndola a la mujer Axa, quien abrió los brazos para recibirla.

—Este parece un buen grupo. Uru parece saber lo que hace. En cambio, Eke... Hace poco perdí otra niña. Le faltaba pocas lunas para nacer. Pero ya estaba muy formada. Caminamos durante días siguiendo una manada de caballos. La niña no aguantó. La niña quiso salir antes de tiempo. Eke no quiso detener el avance del grupo. Tenía miedo de perder el rastro de los animales. Si hubiera descansado un día entero... Yo también tendría una niña. Como tu niña, entre los brazos. ¡Y ya ves! Ahora ayudo a los hombres a cazar.

—Pronto volverás a quedar preñada —comentó la mujer Aba.

—Y volveré a perder a la criatura. Eke no es un buen jefe... —la mujer Axa bajó el tono de voz, mirando hacia el jefe de su grupo, quien se encontraba enfurruñado, sentado entre la chica Unu y la mujer Ipi.

—¿Y la mujer que manda en el grupo? ¿No hizo nada?

—La mujer Ipi es la madre de Eke. Ipi hace lo que el jefe manda. Me parece que le tiene miedo. No es que sea una mala mujer... Le falta carácter para imponerse a su hijo.

En ese momento Eke no pudo contenerse más, se puso de pie y, con un gesto de la mano, mandó callar a todos los presentes.

—¡Tú Uru! ¿Dónde está la chica de ojos color hierba? No la veo a mi lado.

—La chica Usu no vendrá esta noche. Antes te he dicho que está enferma —respondió Uru, levantándose también, junto a sus dos hermanos.

—Enferma o no, la quiero aquí—exigió el joven jefe, empujando con el pecho al hombre que tenía delante, a Uru.

Los dos hermanos de Uru se colocaron detrás de él y, con la mirada, ordenaron a los dos cazadores más jóvenes para que también se levantaran.

—¡No!

Eke mostró los dientes y emitió un grito amenazador. Era más joven, más alto y más fuerte que el hombre que tenía frente a él, pero este contaba con el respaldo de cuatro hombres, mientras que él solo tenía a dos, que apenas se habían incorporado. Apretó fuertemente los puños y, empujando a uno de sus hermanos, salió del abrigo en dirección al río. Allí liberó su rabia y frustración dando patadas a los árboles. Los rugidos cercanos de un gran félido lo hicieron regresar rápidamente a la protección del abrigo y del fuego. Esa noche no había nada más que pudiera hacer. Pero no pensaba olvidar lo que acababa de suceder. Deseaba a la chica de ojos verdes, aunque eso significara enfrentarse a Uru y a todos sus cazadores.

Si Eke hubiera podido pensar con claridad y tranquilidad, habría comprendido que no era lo que más le convenía.

13. EL ENFRENTAMIENTO

Los humanos

A pesar de la tensa situación creada entre los jefes, los dos grupos terminaron por entenderse. Su supervivencia dependía de ese entendimiento, porque había que matar muchos caballos para engordar con sus entrañas y su carne, además de preparar pieles que se les servirían hasta que pudieran volver a cazar esos animales. En los días que se avecinaban y en los campamentos itinerante, con las pieles, podrían protegerse de la humedad del suelo. Más tarde se las colocarían de tal manera que el pelaje del animal tocara su piel, mientras la parte curtida quedara expuesta, brindándoles resguardo contra el frío y la lluvia.

Cazar caballos no era tarea fácil, y mucho menos si quería abatir muchos animales. El grupo había crecido; ahora contaban con tres cazadores adicionales y una mujer, Axa, que también se unía a las cacerías. Las mujeres Aba y otra más, junto con la joven Unu, así como la chica del grupo de la tierra del oso, también colaboraban en algunos aspectos de la matanza.

Luego venía la agotadora tarea de destripar, despellejar y desmembrar. Hombres y mujeres podían pasar gran parte del día trabajando incansablemente. Las vísceras y las partes más grasas eran consumidas al instante, justo después de abrir los animales. Las porciones más carnosas se llevaban al abrigo, donde se almacenaban con sumo cuidado, con la intención de que el alimento durara los días necesarios para curtir las pieles y reparar las herramientas dañadas.

Cuando la carne se acababa o se echaba a perder, planeaban otra cacería.

Además, tenían que abastecerse de nuevas herramientas. Si se les agotaban los nódulos de sílex que habían recolectado, debían enviar a un par de hombres a seguir el cauce del río en busca de piedras útiles para fabricar puntas de lanza, cuchillos y raspadores de pieles.

El abrigo donde se refugiaban era un lugar estratégico, elevado sobre un risco, lo que dificultaba el acceso a las bestias. Cada vez que cazaban caballos, un numeroso grupo de carnívoros se congregaba en la parte baja del cortado, devorando lo que los hombres dejaban atrás.

Un anochecer, junto al fuego, la mujer Axa notó que el chico Utu la miraba y babeaba.

—¡Otra vez! ¿No se da cuenta que no estoy interesada en él? —exclamó en voz alta mientras se ataba los cabellos con una rama de pino.

Entonces, Axa recordó que pronto tendrían que abandonar aquel sitio y que el joven jefe Eke llevaría al grupo a un lugar con pocos recursos, donde volverían a pasar hambre, y lo que avivó su resentimiento hacia él. La mujer se dio la vuelta, dejando atrás la mirada ansiosa del joven, y evocó el invierno que pasaron en un abrigo mal orientado, donde la caza era escasa, y ella, junto a otras mujeres, perdió la leche. Recordaba con particular claridad el día en que dio a luz prematuramente y aquel hombre se negó a detener la marcha para que ella pudiera descansar y retrasar el parto. Aborrecía a Eke y añoraba la sabiduría del anterior líder, ahora fallecido, quien siempre anteponía el bienestar del grupo a su propio orgullo. La mujer, en su interior, reconocía que cada vez que Eke la montaba, sentía el impulso de aplastarle el cráneo con una piedra. Era consciente de que pronto quedaría nuevamente preñada y temía que ese hijo tampoco lograra sobrevivir. Por el momento, contaba con suficientes reservas de grasa para enfrentar la época más dura del año, aunque Eke los condujera hacia un territorio carente de recursos. Sin embargo, cuando llegara el invierno, la grasa acumulada habría desaparecido durante el verano, y si en otoño no regresaban a la cueva del oso para cazar ciervos, no tendría con qué alimentar a su hijo al nacer.

Aquella primavera habían tenido suerte que el grupo de la costa los hubiera ido a buscar para cazar caballos con ellos. El próximo otoño dependería de si Eke quisiera regresar a la cueva del oso o no.

Y ella sabía que no lo haría. Tenía que hacer algo.

Un anochecer la mujer Axa devolvió la mirada al chico Utu y, tras reflexionar, decidió que el chico no estaba tan mal y que aquellos ojos claros tenían un encanto particular. Quizás se arriesgaría, aunque todo podría salir mal. Primero debía hablar con Eye, que era el hermano mayor del jefe Eke. La mujer sabía que este estaba enojado con su hermano por haberle quitado la dirección del grupo, y que un hombre rabioso y celoso era fácil de manipular. También sabía que podría hacer lo que ella quisiese, y cuando quisiese, con el chico de ojos vedes.

Pero se equivocó.

A pesar de que Utu la miraba babeando, no actuaba. Ella sabía que el chico la deseaba, pero su comportamiento la desconcertaba. Dado que el joven jefe Eke estaba enfadado, a menudo liberaba su tensión con ella y cada vez que la montaba ella buscaba la mirada de Utu, pero al encontrarla, no veía odio ni celos,

sino que este parecía disfrutar viendo como ella sufría bajo las embestidas del corpulento y frustrado hombre.

Utu entendía que Eke tenía el derecho de querer que ningún otro hombre copulara con las mujeres fértiles de su grupo y que él no podía hacer más que observar. Axa solo podía concebir un hijo del miembro más fuerte, para que el niño heredara la corpulencia, agresividad y coraje de su padre, contribuyendo así a la supervivencia del grupo. Y si era una niña, que tuviera la constitución física y la firmeza de carácter para parir y criar con éxito. Utu sabía todo esto, pero no podía evitar observar cómo Eke entraba repetidamente en la mujer, deseando que ella quedara embarazada antes de que el grupo se marchara. Entonces sí que se echaría encima de la mujer y hundiría su nariz en sus cabellos negros y, si ella lo permitía, copularía con ella tantas veces como pudiera. Mientras tanto, Utu sonrió sinceramente a Axa, extrañado de que ella no le devolviera la sonrisa.

–¿Qué le pasa al chico Utu? ¡No hace más que sonreír y babear! –preguntó el niño tejón a su padre.

–Que se le ha calentado la entrepierna. La culpa la tiene la mujer Axa. Siempre provocándole. Siempre tocándose el cabello –respondió el hombre, sin simpatía ninguna hacia la mujer.

–Pero el Axa no puede copular con Utu. Su jefe no lo permitirá. No hasta que quede preñada de él. ¿No lo sabe ella?

–¡Y tanto que lo sabe! Esta mujer pretende conseguir algo. La he visto hablar a escondidas con Eye. Con el hermano mayor del jefe. Estoy seguro de que está tramando algo.

–¿Utu no lo ve?

–Utu tiene la cabeza nublada. Es muy joven. Axa sabe cómo hacerlo babear. Esperamos que el chico se contenga. Esperamos que solo se dedique a babear.

El niño observó a su padre y vio en su mirada una expresión que nunca había visto. El hombre lince también babeaba al ver como Eke se desahogaba sobre aquella mujer de cabellos negros.

El niño se levantó para buscar a la niña Ebe y jugar un rato con ella. Le propuso que jugaran a ser mayores. Quería saber por qué su padre y Utu babeaban tanto. La niña aceptó encantada dado que le gustaba jugar a ser una mujer que hacía babear a los hombres.

Los días pasaban y Utu cada vez comía menos. Era su primer otoño como cazador y estaba muy ocupado, tanto en la cacería como en la preparación de

herramientas. Y por las noches, estaba aún más entretenido observando a Axa y sus cabellos ondulantes. Cada vez que intentaba tocar el cabello de alguna de las dos mujeres que a veces lo buscaban, fantaseaba con acariciar los largos y espesos cabellos negros de Axa. Y cada vez que recordaba a la mujer recogiendo su cabello en lo alto, sentía un estremecimiento. Entonces se le pasaba el apetito.

Una noche, Utu volvió a soñar con Axa. En su sueño, ambos corrían por el bosque, cazando lobos. Pero de repente, el sueño tomó un giro inesperado: ambos se convirtieron en las presas, acorralados en un rincón oscuro mientras los lobos se abalanzaban sobre ellos. Al final del sueño, un lobo le apretaba la garganta, mientras Axa, con una sonrisa en el rostro, se recogía el cabello detrás del cuello. Al despertar, el chico se notó empapado en sudor y sintió una extraña opresión en la garganta. Al buscar a su hermana, recordó que estaba en la pequeña cueva con la anciana Izi. Entonces, localizó a Axa, quien estaba despierta, cuidando que el fuego del grupo no se extinguiera. Utu vio que ella lo observaba y, con cautela para no despertar a los demás, se acercó. Tenía un nudo en la garganta, una mezcla de sensaciones que no sabía si provenían de su sueño o de aquellos cabellos encendidos por las llamas.

—¿Puedo sentarme a tu lado? —preguntó tímidamente el muchacho.

La mujer Axa asintió con la mano.

—Tienes el cabello muy suave... Más suave que las demás mujeres... —murmuró, con la mirada fija en la nuca de la mujer.

—¿Cómo lo sabes? ¿Acaso lo has tocado?

—No, pero... me gustaría mucho hacerlo.

Axa cogió la mano del chico y la condujo hasta su nuca. Él abrió la mano y se dejó llevar, apretando con fuerza aquellos cabellos exuberantes. De repente, el nudo en su garganta se hizo más fuerte, incapaz de tragar la saliva, y comenzó a babear de nuevo.

Utu se levantó rápidamente y salió de la cueva; necesitaba el aire fresco para aclarar su mente. Se dirigió a la pequeña cueva donde su hermana vigilaba el fuego y se sentó a su lado, en silencio, perdido en sus pensamientos mientras observaba las llamas.

—Me siento mal. ¿Puedo quedarme contigo esta noche?

—Ya sabes que sí —respondió Usu, feliz de tener compañía.

La noche avanzó y los dos hermanos permanecieron juntos, en silencio, con las manos entrelazadas. No era necesario hablar; la sola presencia de uno de ellos reconfortaba al otro. Al amanecer, Utu rompió el silencio.

—¿No te aburres aquí sola, con la anciana Izi?

—Estoy tranquila. Aquí no tengo miedo. ¡Tú no sabes lo que es tener miedo!

Los ojos de Utu empezaron a arder; no sabía si era por el humo que su hermana levantaba al avivar el fuego, o por un sentimiento que brotaba de lo más profundo de su ser.

—Sí sé lo que es. Creo que ahora tengo miedo. Miedo de lo que me está pasando —confesó el chico.

—Lo que te pasa es que estás confundido. Confundido por la mujer Axa. He escuchado cómo la miras. La chica Unu me lo ha contado. Cuando viene a traernos comida. Unu dice que todos ven cómo babeas.

—¿Qué puedo hacer? Nunca antes había sentido algo así.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera conmigo? —la mirada de Usu se fijó intensamente en los ojos de su hermano.

Al ver los ojos llorosos de su hermana, Utu recordó momentos pasados juntos y se sintió excitado de nuevo. La atrajo hacia él, y ella no se opuso; se dejó llevar con tranquilidad. Era agradable que su hermano volviera a entrar en su interior, aunque su mente estuviera en otra mujer.

—Contigo es diferente. Por ti me enfrentaría a una manada de hienas. Hienas hambrientas, de noche y sin lanza —susurró Utu al bajar de encima de ella, después de liberar la tensión—. Pero Axa me hace perder la razón. No puedo comer. No puedo tragar. ¡Cerca de ella, babeo como un jabalí!

Utu se quedó un breve momento en silencio, con los ojos cerrados y el rostro angustiado. Cuando los abrió, una calma volvió a su expresión.

—No quiero volver a verla. Me quedaré aquí con vosotras dos.

—No digas tonterías, Utu. Regresarás al abrigo. Eres un cazador del grupo de la costa. Un gran cazador con fuertes brazos. Ten paciencia. No puedes tocar a la mujer Axa. Aunque te provoque. Si lo haces, Eke querrá matarte. Uru tendrá que defenderte. Pondrás a todo el grupo en peligro.

—Eke también está enfadado contigo. Uru también tuvo que defenderte. Tú también pusiste en peligro al grupo.

—¡Vuelve al abrigo y déjame tranquila! —exclamó la muchacha, dando un puntapié a su hermano.

—No te enfades. No quería decir eso. Mi cabeza está confusa. No soy tan imprudente como todos creen. No tocaré a Axa. Aunque ella me lo pida.

La conversación con su hermana ayudó a Utu a calmarse, pero no a deshacer el nudo en su garganta. Usu se acomodó junto a la anciana Izi, quien seguía dormida, ajena a la visita de Utu. Pronto despertaría y ella podría descansar. Era necesario que el chico regresara al abrigo antes de que todos se levantaran, así que, al ver que él no se movía, le ordenó que se fuera.

Cuando Utu entró en el abrigo, aún era de noche y todos dormían. Axa seguía al lado del fuego, que comenzaba a apagarse. El chico respiró hondo; ahora se sentía más tranquilo y decidió dormir, un poco alejado de ella.

Axa vio llegar a Utu y se sintió decepcionada al ver que se acomodaba junto a los niños que dormían. Las cosas no iban como ella deseaba. Si él no se le echaba encima, nada cambiaría y ella volvería a pasar hambre durante muchas lunas. Sabía que pronto podría quedar embarazada y quería conservar al niño que naciera.

Tenía que hacer algo para que aquel chico copulara con ella.

Entonces notó que el hombre lince la miraba, y cerró los ojos; aquel hombre le resultaba repugnante. Tras un rato, volvió a abrir los ojos y cruzó su mirada con la del extraño. Le hizo una señal para que se acercara.

El hombre lince se asustó al ver que la mujer le hacía señas. Su corazón se aceleró. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que una mujer le hizo señales? Se le había olvidado. Sintió que sus genitales se excitaban, pero se dijo que no se levantaría, que aquella mujer no era de fiar. Intentó dormir, pero no pudo; su corazón latía con tal fuerza que tuvo miedo de que estallara en su pecho. Miró a su alrededor y vio que todos dormían. Se aseguró de que tanto los dos jefes como Utu estuvieran dormidos y se levantó. Hablar con aquella mujer no le haría daño; quizás, de esa manera, podría averiguar qué estaba tramando, pensó mientras se sentaba junto al fuego, intentando disimular su ansiedad.

Axa no pronunció palabra; se recogió el pelo con una mano y lo restregó contra la cara del hombre, sin darle tiempo a reaccionar. Luego, lo cogió del brazo, lo hizo ponerse de pie y lo miró fijamente a los ojos hasta que sintió que la resistencia de él se desvanecía. Entonces lo condujo afuera del abrigo. El hombre la siguió obedientemente, con la mente nublada por el aroma que emanaba del cuerpo de la mujer. El sol comenzaba a asomarse detrás de las colinas, y el cielo estaba encendido. Con una mano, el hombre sujetó con fuerza el cabello de la mujer, mientras que con la otra acariciaba su espalda. El cabello de Axa se había teñido del mismo color que el cielo al amanecer, lo que lo excitó aún más. La mujer sintió cómo el corazón del hombre latía con fuerza y cómo su piel desprendía un nuevo aroma. Se dio la vuelta, se agachó, basculó la pelvis y

se ofreció a él. El hombre entró en ella sin preguntar, pues hacía demasiado tiempo que ninguna mujer se le había ofrecido de esa forma, y no estaba en condiciones de pensar.

Cuando Axa regresó al interior del refugio, Eke la estaba esperando, despierto.

—¿De dónde vienes?

—He bajado al río a buscar leña. El fuego se estaba apagando.

Axa comenzó a soplar para reavivar las brasas. Tenía la cara roja y estaba sudada. Se volvió de espaldas a Eke para que no notara su respiración acelerada.

—Eh, Uru, ¿dónde está tu hijo Utu? —gritó Eke, dirigiéndose a líder del grupo que les daba cobijo, y de paso despertando a todos.

—¡No sé donde está! Búscalo si tanto te interesa —respondió Uru, aún adormilado y visiblemente molesto.

Eke vio al chico dormido entre los niños y se calmó. Ni siquiera pensó en comprobar donde estaba el hombre lince.

Lo que sucedió aquella noche se repitió en varias noches posteriores, y cuando la mujer estuvo segura que podía hacer con el hombre extraño todo lo que ella quisiese, decidió que ya era hora de actuar. Sin embargo, había un aspecto que la inquietaba. Cada vez que Eke, o el hombre lince, la penetraban, ella pensaba en los ojos verdes del joven Utu. Era como si aquellos ojos entraran en su mente, y ella no supiera cómo expulsarlos de su interior.

La noche en que Utu se encargó de vigilar el fuego, todo sucedió mucho más rápido de lo que la mujer había anticipado. La mayoría de los hombres y mujeres estaban en sus rincones favoritos. El frío había desaparecido y no habían colocado los paneles de piel que los aislaban del viento, ni encendido las pequeñas hogueras donde dormían. Solo había un gran fuego en la parte más externa del refugio, y esa noche le tocaba al joven Utu asegurarse de que no se apagara ni de que ningún animal se atreviera a entrar.

Cuando el fuego estuvo bien avivado, el chico giró la cabeza y vio a Axa tumbada junto al joven jefe. La observó en silencio y pensó que se había quedado dormida. Miró a Eke, que yacía desnudo como el resto, y notó que sus extremidades eran más robustas que las suyas. Había sido inteligente al no

desafiar a ese hombre, pues de enfrentarse a esa bestia, no saldría bien parado. Se levantó y salió en busca de leña de un montón que había afuera del refugio.

Pero Axa no dormía. Al ver salir al chico, se levantó sigilosamente y buscó al hombre lince, quien efectivamente dormía. Al encontrarse, él se mostró complacido de que la mujer quisiera estar con él de nuevo. Se dejó llevar, como siempre hacía cuando ella lo buscaba. Sin embargo, esa noche ella no lo llevó afuera, sino que se abrió de piernas allí mismo. El hombre sintió un deseo tan intenso que ni consideró el peligro de lo que ella le ofrecía.

De repente, Utu entró al refugio y se encontró con la mujer de sus sueños bajo el hombre lince, quien entraba y salía rítmicamente de su cuerpo. Al ver al hombre derramar baba sobre los oscuros cabellos de Axa, el muchacho dejó caer la leña al suelo, apartó violentamente al hombre y, tomando a Axa por las nalgas, tiró de su cabello y penetró en ella, hundiendo su rostro en aquellos largos cabellos que ahora le pertenecían.

El estruendo de la leña al caer despertó parcialmente a Eke. El grito de Axa cuando Utu la penetró lo despertó del todo.

El chico aún no había terminado cuando sintió una mano que lo empujaba y lo lanzaba violentamente contra una de las paredes del refugio. Axa se apartó y, a gatas, se refugió en un rincón alejado, donde también se había resguardado el hombre lince. Utu gritó al caer sobre un montón de huesos, despertando a todos los presentes en el refugio.

Eke estaba furioso, gruñendo, golpeándose el pecho y amenazando con los puños y los dientes.

Cuando el joven Utu intentó levantarse, sintió un dolor agudo en su lado derecho y, al tocarse, se dio cuenta de que tenía un par de costillas rotas. A pesar del dolor, se puso de pie justo a tiempo para ver a Eke tomar una lanza del fondo del refugio y correr hacia él. Utu esquivó el primer ataque, consciente de que no tendría la misma suerte en los siguientes embates.

Al volver a cargar, Eke se encontró con cuatro hombres frente al chico herido. El jefe Uru y tres cazadores más apoyaban a Utu, aunque no habían tenido tiempo de coger las lanzas, pero estaban listos para pelear. Uru sonreía, pues hacía tiempo que deseaban hacerle bajar los humos al joven arrogante. Las mujeres agarraron a los niños y se retiraron hacia el rincón más alejado de los hombres. El joven Eke hizo un gesto a sus dos hermanos para que tomaran las lanzas. El hermano menor intentó levantarse para cumplir la orden, pero su hermano mayor lo detuvo por los hombros, impidiendo que se incorporara.

El hombre lince desvió su mirada del grupo de hombres y vio a Axa sonriendo. También notó la expresión incrédula de Eke al darse cuenta de que uno de sus

hermanos lo había traicionado. El hombre lince deseó que el joven dejara caer la lanza y se mostrara sumiso, pero en el fondo sabía que para él ya no había vuelta atrás. Abrazó con fuerza al niño, cerró los ojos, y en su mente resonaron los gritos de los suyos, atravesados por lanzas en tierras lejanas.

Al abrir los ojos, un hombre yacía en el suelo, muerto, con la columna fracturada.

Todos los hombres del grupo de la costa estaban fuera de sí, eufóricos por su victoria, gritando y gesticulando violentamente, con el corazón latiendo frenéticamente y las pupilas dilatadas. El abrigo se llenó de un olor denso y agrio, a sudor y secreciones, lo que agitó aún más a los hombres. Las mujeres del grupo de la costa también gritaban, eufóricas, aunque se mantenían a distancia, temerosas de que los hombres, en su estado de agitación, pudieran herir a alguno de los niños. Las mujeres del grupo de las tierras del oso permanecían en silencio, aterrorizadas. El hombre lince lanzó una mirada de desprecio hacia Axa y le advirtió al niño que nunca confiara en ella, que era peor que una hiena. Axa observaba la escena desde lejos, satisfecha, no solo por la copula del muchacho, sino porque ella había logrado su objetivo. Eye, el hermano mayor del jefe fallecido, también observaba pasivamente, sin intervenir, sabiendo que a partir de ese momento él sería el nuevo líder de las tierras del oso, un líder que cuidaría mejor de su gente y que no dejaría morir a los niños de hambre. El resto de la gente de las tierras del oso continuaba asustado y con una actitud sumisa.

Una vez que los hombres se calmaron, la mujer Aba salió del rincón donde se había refugiado y preguntó al jefe Uru, como había hecho cuando el anciano Uyu falleció, qué deseaba hacer con el cuerpo.

–¿Quieres cubrirlo con piedras? –le preguntó la mujer.

–A este no. No le tengo respeto. No le tengo aprecio. Eke era un malnacido. Ni su propia gente lo respetaba.

–¿Empezamos a descuartizarlo? Eke estaba delgado, pero tenía buenos músculos.

–Tampoco. Hemos comido mucha carne de caballo. Estamos saciados. ¡Que Eke se lo coman las hienas!

Los cazadores dejaron el cuerpo alejado del refugio, en un lugar donde las hienas pudieran encontrarlo.

La gente del grupo de las tierras del oso no hizo nada para impedirlo. Tenían un nuevo jefe y debían adaptarse a la nueva situación.

14. QUE SE LO COMAN LAS HIENAS

Los leopardos

El joven cachorro de leopardo mostraba una curiosidad e impulsividad superiores a las de su hermana, y se sentía inquieto al observar la conducta de su madre. La hembra adulta permanecía oculta tras unas hierbas altas, vigilando a unos hombres que se acercaban por el río, lejos del lugar donde ella esperaba. Cuando los hombres estuvieron a una distancia cercana, la hembra levantó la cabeza para olfatear el aire, reconociendo de inmediato el olor a sangre y comprendiendo que uno de ellos estaba muerto. En ese instante, la hembra de leopardo tensó su cuerpo, recordando el día en que tuvo que abandonar un magnífico ciervo, dejándolo a merced de los hombres que la amenazaban con lanzas. Con un suave rugido, la hembra indicó a los cachorros que debían permanecer inmóviles, pues la situación no era propicia. Los tres félidos observaron con atención cómo los hombres cruzaban el río, dejaban un cadáver sobre unas rocas y regresaban por donde habían venido. A pesar de la distancia, el aire les traía el olor agrio que desprendían los hombres cuando se hallaban excitados. Ante tal olor, la hembra solía retirarse; sin embargo, en esta ocasión, eran los hombres quienes se alejaban, dejando carne aún fresca a su alcance. La hembra tenía la intención de esperar a que los hombres desaparecieran de su vista, pero el joven cachorro no mostró la misma paciencia.

En el instante en que los hombres terminaron de cruzar el río, él saltó a tierra. Las glándulas salivales del joven comenzaron a segregar abundante saliva, y la digestión se inició antes de que pudiera hincar el primer diente. El joven leopardo tenía hambre porque hacía días que no comía, no por falta de presas en la zona, sino porque su madre había decidido que era el momento de que él y su hermana aprendieran a cazar por sí mismos. Así, la hembra adulta no cazaba y se limitaba a observar los progresos de sus cachorros ya crecidos. Pero a estos aún les quedaba mucho por aprender y la mayoría de las veces fallaban en sus ataques, lo que permitía a la presa emprender la huida y hacía imposible que la hembra adulta pudiera atraparla, al haber perdido la ventaja del factor sorpresa.

El joven macho se acercó al cadáver humano y, con sus colmillos, desgarró el vientre del hombre, arrastrando el cuerpo a través de los arbustos para que el contenido de los intestinos se vertiera. Comenzó a devorar la carne del muslo, y su madre y hermana no tardaron en unirse a él.

El cachorro hembra se irritó al descubrir que su hermano no le había dejado nada de la carne de los muslos, pues lo que quedaba no era tan sabroso.

De repente, la hembra adulta se giró y mostró los dientes. Los dos cachorros levantaron la cabeza y miraron en la dirección donde su madre rugía, aunque no detectaron ningún peligro. Poco después, vieron emerger del bosque un pequeño grupo de zorros. No representaban una amenaza, pero los zorros tendrían que esperar a que ellos terminaran. La hembra emitió otro rugido, esta vez más grave y prolongado, dirigido a sus dos cachorros, quienes comprendieron rápidamente que debían apresurarse. Si los zorros habían encontrado el cadáver, pronto lo harían otros depredadores, y si aparecían las hienas, tendrían que abandonar la presa.

Los tres animales comenzaron a tragar grandes trozos de carne sin masticarlos, y pronto sus estómagos estuvieron llenos. Los tres se sentían fatigados, con las barrigas pesadas y, conscientes de que pronto les sobrevendría el sueño, decidieron buscar un lugar seguro donde dormita.

El cachorro macho no estaba de acuerdo con su madre en cuanto a dejar lo que quedaba de carne y huesos al alcance de los malolientes zorros. Emitió un potente rugido hacia ella para expresar su desacuerdo. Ella se dio la vuelta, lo miró, pero ignoró lo que su hijo había manifestado.

Aún así, el joven leopardo estaba decidido a proteger lo que quedaba del humano.

Los zorros

El viento transportaba el aroma de la sangre de un humano fallecido, lo cual avivó en ellos un profundo apetito. No es que los zorros se encontraran desnutridos ni en una situación similar, ya que, al permanecer cerca de los seres humanos, nunca habían padecido hambre. Sin embargo, el intenso olor de la sangre caliente resultaba imposible de ignorar. Los animales observaban con inquietud cómo un cachorro de leopardo arrastraba el cadáver por la hierba en dirección a los árboles, conscientes de que, si lograba trepar a un pino, ellos no podrían probar nada de aquella carne. Solo habían tenido una experiencia previa con carne humana, cuando eran muy pequeños y se hallaban en su madriguera, pero la exquisitez de aquel manjar era un recuerdo que perduraba en sus memorias. A medida que el cachorro de leopardo se alejaba, la frustración de los zorros aumentaba. Finalmente, quedaron a su disposición los intestinos que el

cachorro de leopardo había extraído del cuerpo del hombre, y los zorros comenzaron a devorarlos con celeridad.

Esto intensificó aún más su deseo de obtener aquella carne.

Los leopardos

La madre y el cachorro hembra comenzaban a adormecerse, cada una reposando sobre una rama. El sol de la mañana, en aquel día despejado, empezaba a calentar, y con el estómago saciado, no había necesidad de hacer más que digerir y dormir plácidamente, aunque ambas hembras lo hacían con dificultad debido a la inquietud del joven macho, que no cesaba de moverse.

El joven se había empeñado en elevar el cuerpo sin vida del humano hasta lo alto de una robusta rama de pino, con el fin de evitar que zorros o cualquier otro depredador le arrebatara su presa. Sin embargo, la tarea no resultaba sencilla. Primero intentó escalar mediante un salto audaz, aferrándose al tronco con sus afiladas garras mientras sostenía el cuerpo de la presa por el cuello. No obstante, con tal volumen entre sus patas delanteras, le resultaba complicado mantenerse firme en el árbol. Luego, trató de trepar sin el cuerpo, se giró e intentó estirarlo hacia arriba, pero tampoco tuvo éxito. Regresó al suelo y repitió el intento un par de veces más, sosteniendo el cadáver desde diferentes posiciones. Cuando estaba a punto de lograrlo, la inoportuna ruptura de las vértebras cervicales del cadáver provocó que el tronco cayera nuevamente al suelo. Con la cabeza del hombre entre sus dientes, el félido observó, impotente, cómo el cuerpo caía a merced de los zorros. Escupió el pelo y la cabeza rodó por la hierba. En ese momento, su enfado se intensificó. Podía percibir el suave ronroneo de su madre, que dormitaba en una rama superior, y entendía lo que ella le comunicaba. Sin embargo, no se rendiría. Era un macho de leopardo, el depredador más ágil de aquellas tierras, y estaba decidido a elevar su presa al árbol, sin importar el coste. La madre continuaba ronroneando, y el joven emitió un rugido potente que resonó a lo largo del desfiladero.

La hembra observó a su hijo con severidad, dejándole claro que no había sido prudente emitir aquel poderoso rugido, ya que había alertado a todos los animales cercanos sobre la presencia de un joven macho de leopardo enfadado y frustrado, incapaz de elevar su presa a un árbol. También le insinuó que no tardarían en aparecer hienas, lobos o cualquier otro animal más grande que él, y en ese caso, tendría que abandonar aquella carne donde se encontraba. La hembra joven volvió a bostezar; deseaba dormir, pero no podría hacerlo mientras

su obstinado hermano no dejara aquel trozo de carne en el suelo y buscara refugio en la seguridad del árbol.

Los zorros

Los zorros no se acobardaron al escuchar el potente rugido. El leopardo se encontraba furioso, lo que indicaba que aún no había logrado asegurar su presa. Tal vez aún tendrían la oportunidad de probar un trozo de aquel humano. Los animales continuaron siguiendo el rastro dejado en la hierba, pero extremaron la cautela. Era probable que otros depredadores de mayor tamaño también hubiesen percibido el rugido del leopardo.

El macho adulto de zorro reunió valor y se atrevió a recoger la cabeza del humano que había rodado hasta el pie del árbol. Ante él se erguía un formidable leopardo que lo desafiaba. El zorro evaluó la distancia que los separaba y supuso que el félido no abandonaría la parte del cadáver que contenía más alimento. Tras alejarse unos pasos, la hembra y los jóvenes se acercaron, estirando la cabeza del humano en direcciones opuestas. No era la carne que los jóvenes deseaban probar; se trataba únicamente de un fragmento de hueso y pelo, por lo que decidieron abandonarlo y se sentaron a una distancia prudente del leopardo, presionándolo y aguardando que este se pusiera aún más nervioso y abandonara su presa antes de que las hienas hicieran su aparición.

El leopardo

El joven leopardo estaba desesperado. No quería reconocer ante las dos hembras que ellas tenían razón. No quería que aquellos insignificantes zorros le robaran su presa. No quería quedarse más tiempo donde estaba. Quería subir al árbol y ponerse a dormir porque estaba agotado.

Los zorros

Cuando el joven leopardo ascendió al árbol, los zorros lograron acceder a la escasa carne que permanecía adherida a los huesos del cadáver humano. Debían apresurarse, no fuera que el leopardo macho intentara recuperar la presa y ellos se vieran obligados a esperar nuevamente.

Los humanos

Los días subsiguientes transcurrieron con serenidad, ya que el orden había sido restablecido en cada uno de los dos grupos. La circunstancia de que uno de los grupos fuera más reducido y, por ende, más vulnerable, facilitó la instauración de un equilibrio rápido: uno de los grupos asumía el papel dominante mientras que el otro se mostraba sumiso. El nuevo líder, Eye, no expresó objeciones respecto a que el joven Utu copulara con la mujer Axa tantas veces como ambos desearan. Tenía un acuerdo con ella y tenía la intención de cumplirlo.

Quien realmente se encontraba molesto era el jefe Uru. Con el paso del tiempo, logró reflexionar sobre los acontecimientos con mayor objetividad, y su insatisfacción respecto al desenlace era evidente. El joven Eke, por muy arrogante que fuera, no merecía el destino que había encontrado. Su enfado hacia sus dos hijos gemelos crecía, responsabilizándolos de la situación. En primer lugar, había sido la joven Usu quien lo convenció de permitirle permanecer en su grupo de origen, lo que había enfadado a Eke. Posteriormente, el joven Utu había copulado con la única mujer del grupo forastero con la que él no podía, lo que enfureció aún más a Eke. Y él, como jefe del grupo y hombre experimentado, había permitido que sucediera. Finalmente, se vio obligado a proteger a su hijo, lo que le llevó a matar a un destacado cazador.

—Estos hermanos siempre me han causado problemas. Son unos egoístas que solo piensan en ellos. Ninguno de los dos piensa en el grupo —se quejó Uru a un cazador joven que se había sentado a su lado.

—Te estas haciendo viejo y te has ablandado. Uru, deberías dejar que mandara alguien más joven. Un buen jefe no lo hubiera permitido. Ambos hermanos desafiaron al jefe Eke. Tú debiste reconocer que era peligroso.

Uru se quedó pensativo, se levantó y, con la cabeza muy alta, declaró que aún no había llegado el momento adecuado.

A medida que transcurrían los días, el sol se iba situando más alto en el cielo de aquellos primeros días de verano. Ya contaban con numerosas pieles preparadas para los meses venideros. Habían comido bien y dos dedos de grasa rodeaban las cinturas, caderas y glúteos de hombres, mujeres y niños. Disponían de hachas, cuchillos, raspadores y puntas de lanza en abundancia, así como de diversas herramientas y objetos de madera. La migración de los caballos, desde las llanuras costeras hacia las tierras boscosas del interior, había concluido.

Estaban listos para abandonar el refugio.

Los zorros

Cuando los zorros vieron que una parte de los humanos partían en dirección al río, y que no tenían intención de regresar, tuvieron que decidir qué hacían ellos. ¿Se quedaban con los humanos que continuaban dentro del abrigo? ¿Seguían a los que bajaban hacia el río?

El macho adulto estuvo sopesando la situación un buen rato y finalmente decidió quedarse con el grupo que era mandado por el hombre que él conocía desde hacía más tiempo. Se quedaban en el abrigo.

Uno de los dos machos jóvenes no estuvo de acuerdo y dejó el grupo familiar siguiendo al grupo que se alejaba hacia el río. No volvería a ver a sus padres ni hermanos.

Pero, es que tenía tantas ganas de tener un territorio propio...

Los humanos

El nuevo jefe de las tierras del oso, Eye, convocó a su grupo, incluyendo a la joven Unu. Era el momento de partir. Había decidido que aún era posible cazar ciervos en la cueva del oso. Conocía bien los hábitos de las ciervas, que se separarían de la manada para parir, dejando a sus crías ocultas en la hierba hasta que tuvieran la fuerza suficiente para seguir a sus madres. Ese sería el momento propicio para cazar a las crías vulnerables, o a las madres o a lo que se cruzara en su camino. La cueva del oso no estaba tan lejos; a unos pocos días de travesía, avanzando al ritmo de un niño y de una mujer preñada.

La mujer Axa se sentía satisfecha; aquel hombre había cumplido con lo acordado. Por fin contaban con un jefe que sabía lo que hacía.

Con la decisión tomada, Eye se propuso llegar a la cueva lo más pronto posible. Hacía muchas lunas que no visitaban ese lugar y no sabía cómo lo hallarían. Lo más probable era que ahora estuviera ocupado por hienas.

–Quizás no sea un lugar tan bueno... Eye dice que la cueva puede estar ocupada. Ocupada por hienas y osos –advirtió con reparo la chica Unu a la mujer Axa, acostumbrada como estaba la chica más joven a la seguridad del abrigo del risco, lejos del peligro de aquellas bestias feroces.

–Es un buen lugar –dijo el Axa a la joven que ahora formaba parte de su grupo.

–¿No podríamos quedarnos todos aquí? El abrigo es amplio. Ambos grupos cabemos bien –insistió Unu, algo asustada ante la posibilidad de encontrarse con osos y hienas.

Fue Ipi, la mujer al mando del grupo de las tierras del oso, quien intervino en la conversación entre Axa y Unu.

–No podemos quedarnos aquí. Hasta ahora ha habido caza en abundancia. Pero el paso migratorio ha finalizado. Las lluvias tardarán muchas lunas en regresar. Los caballos tardarán muchas lunas en dejarse ver. Si permanecemos aquí con tanta gente... Pronto habremos abatido todos los animales de los alrededores. ¿Y qué comeremos entonces?

El reducido grupo de las tierras del oso continuó su camino hacia el río. Sus integrantes llevaban numerosas pieles de caballo colgadas de sus espaldas, lanzas, varias herramientas de piedra y algunos trozos de carne de caballo en las manos. Todos parecían satisfechos y bien alimentados. Si lograban cazar unos ciervos antes de que llegara la época más escasa del año, todos llegarían en buenas condiciones a las lluvias de otoño. Entonces, la hierba reverdecería y todo sería más sencillo.

El niño tejón se unió al grupo en marcha. Llevaba consigo todas sus pertenencias y estaba bastante cargado. Además de las pieles de conejo que llevaba puestas, de su espalda sobresalían unos palos enrollados en otras pieles, también de conejo. Su padre, al verlo tan cargado, le dijo que descargara, que ellos dos se quedarían donde estaban.

–Me voy con ellos. Me voy a la cueva del oso –afirmó el niño con determinación.

–¿Qué?

–¡Que no quiero quedarme contigo! ¡No quiero ser cómo tú! Si me quedo contigo, nunca seré cazador. Ellos me enseñarán a cazar.

–¡Tú te quedas aquí, conmigo ¡Todavía eres un niño! Harás lo que yo te diga.

–Te vi. Te montaste encima de la mujer Axa. Tú deberías haber muerto. No el jefe Eke. Eres un inútil y un desgraciado. Tú provocaste la muerte de Eke.

El hombre lince se quedó atónito y golpeó con el puño el pecho del niño, quien cayó de espaldas, esparciendo los palos y las pieles por el suelo. El hombre observó como su hijo lo desafiaba y, por primera vez lo vio diferente; notó que el niño había crecido, era más alto, más fuerte y más decidido. Pero el hombre no podía permitir que se alejara de su lado, ya que el niño era lo único que le daba motivos para seguir luchando por sobrevivir.

El chico Utu se acercó al hombre y le habló con sinceridad.

–No te conviene enfrentarte a tu hijo. Está creciendo y pronto será un chico. Contigo no tiene ninguna oportunidad. Deja que se quede con Eye unas cuantas lunas. Tal vez el jefe Eye le permita cazar. Aprenderá de él, de su hermano y de mí. Nos volveremos a encontrar para cazarlos caballos. Entonces tu hijo se habrá convertido en cazador.

–¿Tú también te vas? –el hombre lince miró al chico Utu, extrañado.

–Sí. El jefe Uru está enfadado conmigo. Enfurecido por lo que hice con Axa. Está molesto porque él tuvo que ayudarme. Tiene otros cazadores y no me necesita.

–Supongo que también deseas marcharte por Axa. ¿Me equivoco?

–No te equivocas. Quiero estar con ella cada noche.

–¿Y tu hermana? ¿Te la llevas?

–He intentado que venga conmigo. Pero Usu no quiere, tiene demasiado miedo.

–Te arrepentirás de dejar a Usu. Te arrepentirás de irte con Axa. Tu hermana no puede quedarse sola.

–Tú cuida de mi hermana. Yo cuidaré de tu hijo. No podemos hacer otra cosa –dijo el chico, observando como el grupo descendía por el risco.

–¿Tú cuidarás de mi hijo? ¡Si solo tienes ojos para esa hiena! ¿Y si te incordia, qué? –el hombre estaba desesperado porque comprendía que tendría que permitir que el niño se fuera, aunque eso le rompiera el corazón.

–Me parece que no puedes elegir –el chico señaló al niño, que ya llevaba los palos sobre los hombros y se había unido al grupo que marchaba hacia las tierras del oso.

Utu miró al hombre lince y le pareció que este había envejecido de repente. Se acercó a su hermana, que estaba llorando, para despedirse de ella.

–Te echaré mucho de menos, Usu.

–¡No me dejes Utu! ¿Por qué no te quedas conmigo?

–No puedo quedarme. Uru no me quiere a su lado. Ya no soy importante para este grupo. Uru está enfadado conmigo. También está enfadado contigo. Vente con nosotros –rogó el chico a su hermana gemela.

–No puedo venir. Nadie de las tierras del oso me quiere. Son unos desconocidos. No me gustan. No me gusta Eye ni la mujer Axa. Quiero quedarme aquí. No quiero que te vayas. Quédate conmigo.

–Si no puedo cazar, no me puedo quedar –con el dorso de la mano, el chico secó las lágrimas que caían por la mejilla de su hermana–. Me será difícil estar lejos de ti, Usu. Te echaré mucho de menos.

Ambos hermanos se frotaron la frente y se lamieron las palmas de las manos. Si todo salía bien, se volverían a ver cuando los caballos regresaran por el paso del desfiladero, la próxima primavera.

Cuando el chico Utu se marchó, la chica Usu sintió una profunda tristeza.

Cuando el chico Utu se unió al grupo, la mujer Axa experimentó una enorme alegría.

El chico Utu se sentía a la vez feliz y triste. Sin embargo, al caminar tras la mujer, pronto quedó hipnotizado por el vaivén constante de sus cabellos. Cuando Axa se giró y le sonrió, el chico sintió un dolor en el pecho y comprendió que no estaba actuando correctamente al dejar a su hermana Usu en aquel risco. Pero los cabellos se movían de manera sinuosa en un vaivén interminable. Y la figura de Usu se desvaneció de la mente del chico. En su interior, solo había espacio para Axa y su cabello negro.

Al ver partir a su hermano gemelo tras aquella mujer, algo dentro de la mente de la chica Usu se rompió, de manera irreversible. Ella comprendió que era el inicio de su final.

Aun así, permitió que su hermano se marchara.

VERANO

V. Cueva del oso (actual cueva de Las Teixoneres)

15. MATAR HIENAS

Las hienas

El joven macho de hiena se encontraba desconcertado, sin saber cómo atraer la atención de la hembra dominante. Ni siquiera el pequeño corzo que había cazado exclusivamente para ella logró que esta le dedicara una mirada.

Él era un joven escuálido que había tenido que abandonar su clan natal, siguiendo el mismo destino que todos los machos de su año, en busca de un nuevo grupo donde establecerse. Había crecido en una cueva cercana al mar, a gran distancia del lugar en el que ahora se hallaba. Los primeros días de soledad fueron extremadamente difíciles, y estuvo al borde de la muerte tras ser casi atravesado por la lanza de un humano que se cubría con pieles de conejo, cuando confundió al hijo del humano con un tejón.

Después de vagar en solitario durante muchos días, encontró un grupo de hienas, compuesto por numerosas hembras y pocos machos. La líder del grupo era una muy corpulenta y agresiva, y él se sintió atraído hacia ella desde el primer instante. No obstante, era necesario que fuera aceptado por la manada, lo que equivalía a ser aceptado por la líder. Tras numerosas súplicas y no pocos mordiscos, la hembra que liberaba el clan permitió su integración, aunque esto implicara que pasara a ser el último miembro de la estricta jerarquía. No obstante, estaba prohibido acercarse a las hembras de mayor rango, y mucho menos a la líder, aquella hembra que tanto deseaba, robusta, bien alimentada, con un pelaje brillante y un carácter fuerte.

Durante el día, el macho se sentía relegado al ostracismo; sin embargo, la noche traía consigo un cambio. El joven macho de hiena anhelaba la llegada de la oscuridad, ya que entonces formaba parte del grupo y participaba activamente en la caza colectiva.

Aquella noche comenzó prometedora. Un viejo uro se había separado de su pequeña manada. La hembra líder ordenó a todos los miembros que se prepararan para la cacería, que consistiría en correr para cansar al animal. Las jóvenes hembras y algunos machos fueron los primeros en iniciar la persecución,

hostigando al viejo bóvido, que se mostró nervioso y enfrentó a los que lo acosaban. Cuando el uro emprendió la huida, las hienas iniciaron la persecución, hasta que empezaron a sentirse fatigadas. La hembra dominante entonces ordenó un cambio, y otros miembros del grupo reemplazaron a aquellos que llevaban tiempo persiguiendo la presa. Era el momento del joven macho para demostrar su valía ante su anhelada líder. Fue el primero en morder el muslo del animal, y continuó atacándolo hasta que este cayó al suelo, a pesar de recibir un par de fuertes coces en las costillas. Posteriormente, los otros miembros del grupo lo apartaron de manera brusca, mordiendo y desgarrando la piel del vientre del animal para extraer sus vísceras.

Cuando la hembra dominante llegó, todos los miembros se hicieron a un lado. Ella, junto con algunas hembras de alto rango, sería la primera en alimentarse. El joven macho se sintió eufórico, y el olor a sangre despertó su apetito, a pesar de que sabía que no podría acceder a la presa abatida hasta que los miembros de mayor jerarquía hubieran saciado su hambre y solo quedara la carcasa. Entonces, podría apoderarse de los huesos que le fueran accesibles y llevarlos a la cueva donde tenían su refugio. Allí, con paciencia, los partiría para acceder al nutritivo tuétano.

Después de observar durante un tiempo cómo las demás hienas se saciaban, el joven macho se atrevió a intentar algo que jamás había hecho. ¿Acaso no había sido él el primero en morder la presa? ¿No merecía una recompensa? Se acercó tímidamente a la hembra dominante, que tenía la cabeza hundida en el vientre del animal muerto, pero poco pudo hacer, ya que ella se giró y, con un mordisco en el hocico, le recordó cuál era su lugar en el clan.

Triste, frustrado y avergonzado, dio media vuelta y se dirigió hacia el umbral del bosque, donde se tumbó a esperar.

Las osas

La osa se levantó de mal humor. El constante alboroto le impedía comer con tranquilidad. ¡Aquellas ruidosas bestias estaban cazando nuevamente! ¿Acaso las hienas nunca se saciaban? Era realmente desafortunado que las hienas hubiesen elegido la cueva adyacente a los prados donde ella se alimentaba para parir a sus crías. La osa no podía evitar sentir desprecio por esos animales.

Tenía hambre, una gran hambre. Tanto a ella como a su hermana les colgaba la piel del abdomen, de los muslos y de la papada. Hacía poco que habían despertado de su letargo invernal, sintiéndose agotadas y desprovistas de reservas. Desde el momento en que salieron de la cueva, no habían cesado de comer. Era imperativo alimentarse para acumular suficiente carne y grasa que les permitiera afrontar el otoño con las fuerzas necesarias. Entonces sí podrían engordar considerablemente. Si todo salía como ella creía, pasarían otro invierno agradable en la misma cueva de la que habían salido recientemente.

Consumir hierba fresca, flores, huevos de aves que anidaban en el suelo, gusanos, todo lo que pudieran encontrar...

Las dos hermanas tenían poco más de un año y habían sido abandonadas por su madre cuando el frío comenzó a apoderarse de los días y cayeron los primeros copos de nieve. Ellas decidieron hibernar juntas e instintivamente, supieron cómo prepararse. Inspeccionaron varias cuevas, pero algo les indicaba que no eran adecuadas. Cuando hallaron aquella cueva profunda y silenciosa, situada cerca de los árboles que ofrecían nutritivas bellotas, dejaron de buscar.

El invierno fue largo, pero lograron sobrevivir y despertaron.

Aquella tarde, las dos hermanas decidieron regresar al prado donde, el día anterior, se habían alimentado de brotes tiernos. Cuando los últimos rayos de sol acariciaron las hierbas, el viento cambió de dirección y las dos osas se pusieron sobre sus patas traseras para olfatear el aire húmedo que les llegaba de lejos. El viento trajo consigo el olor de la sangre, de entrañas reventadas y de pelo babeado. Las osas comprendieron que las hienas habían tenido éxito en su cacería y ahora se estaban alimentando de carne fresca.

Una de las hermanas dio la espalda al viento y comenzó a andar en busca de tranquilidad, alejándose de las hienas. La otra, sin embargo, sintió su hambre despertarse. La carne no era su preferencia; si podía, optaba por las bayas, las bellotas o cualquier otro fruto graso del otoño. Sin embargo, aún faltaba tiempo para que los frutos maduraran, y la carne le ayudaría a llegar a esta estación en condiciones. Una vez que resolvió cómo proceder, comenzó a correr. Al llegar a la fuente de aquel dulce olor, la osa se detuvo antes de abandonar la protección del bosque. Pudo ver al uro muerto y a las hienas a su alrededor.

Sin embargo, antes de que la osa pudiera reaccionar, una masa peluda y maloliente apareció detrás de un arbusto, mostrando los dientes. ¿Qué hacía allí una hiena solitaria? La osa se asustó, se irguió sobre sus patas traseras, abrió la boca y rugió con fuerza, mientras que con sus afiladas garras arañaba la pata de aquella hiena, que parecía tan sorprendida como ella. No logró saltarle encima, y la hiena tuvo el tiempo justo para girarse y morderla antes de escapar cojeando.

La osa notó que algo se le había clavado en el morro y, con la pata, intentó sacárselo, pero solo logró incrustarlo más en su carne. Por el momento, sin embargo, no le dolía.

Con renovado valor, la osa pensó que, si había sido tan fácil asustar a una hiena, podría intentar enfrentarse a un grupo entero y salió de entre los árboles en dirección a la fuente del olor que había despertado su hambre.

Las hienas eran numerosas.

La osa se irguió sobre sus patas traseras y avanzó con el rugido más potente que pudo emitir. Sin embargo, la osa tuvo que replegarse, pero no se dio por vencida. Durante toda la noche permaneció aguardando la retirada de las hienas, con la esperanza de poder acceder a la carne fresca. Pero no lo logró.

Cuando, al amanecer, vio acercarse a los humanos corriendo, decidió esperar, oculta entre los árboles, para observar cómo se desarrollaría el enfrentamiento entre estos y las feroces hienas.

Los humanos

Un grito sobresaltó al niño tejón, quien, arrastrándose, emergió de entre las pieles que constituían su refugio. Había empezado a clarear y el niño no entendía porque la tarde anterior el grupo no habían continuado su marcha hasta alcanzar la cueva, donde podrían haber pasado la noche resguardados. Según indicaba el jefe de esas tierras, la cueva se encontraba muy cerca. En lugar de ello, Eye había optado por pernoctar en el interior del bosque, cerca del lugar donde los gritos de las hienas resonaban. Al apartar las pieles, el niño observó que el jefe Eye y el joven Utu estaban entablando una conversación.

—Hienas. Han estado peleándose entre ellas toda la noche. Disputándose el cadáver de un uro. No muy lejos de aquí —explicó Eye al chico Utu.

—¿Has escuchado, niño tejón? ¡Hienas! —exclamó Utu al niño, inquieto por la proximidad de los depredadores.

—Lo sé. Las he oído toda la noche —dijo el niño, que se sentía solo sin su padre y estaba de mal humor.

—¿Estáis preparados? —preguntó el jefe Eye al chico y al niño.

–¿Preparados para qué? Dime que no pretende ir a cazar hienas –exclamó el niño, con el rostro descompuesto al mirar a Utu.

–No niño, no. ¿Cómo quieres que vayamos a cazar hienas? –preguntó el chico, también alarmado mientras dirigía su mirada hacia Eye.

–¿Qué os sucede? ¿Acaso vuestro grupo no caza hienas? ¡Oh, claro, es cierto! El grupo de la costa solo caza caballos. El grupo de la costa solo caza ciervos. El grupo de la costa solo coge cangrejos. Pues... – en este instante, Eye hizo una pausa que pareció interminable para el chico y el niño–. ¡Bienvenidos a la tierra de las hienas! ¡Bienvenidos a la tierra de los grandes osos!

–El grupo de la costa no caza hienas. Pero sí protege sus presas de ellas. El grupo de la costa es más sabio. Sabe que las hienas son animales peligrosos. Que la carne de hiena no es sabrosa.

–No he mencionado nada sobre consumir su carne. No tengo intención de probar su carne repugnante –respondió Eye, visiblemente molesto por el comentario de Utu.

–Entonces, ¿para qué ir a matar hienas? – preguntó nuevamente el niño, interrumpiendo la conversación entre los adultos.

El jefe Eye era consciente de que habían pasado varios años sin visitar la cueva del oso. A su hermano Eke no le agradaba aquel lugar. A él sí. El inconveniente era que, en ausencia del grupo humano, las hienas, que también se sentían atraídas por esa cueva, la habrían ocupado para parir a sus crías.

–Quiero que las hienas abandonen la cueva. Deberemos matar a la hembra más robusta. Matar a la más agresiva. Quizás matar alguna hembra más. Quizás matar las crías también. Sin líder, las otras hembras se pondrán nerviosas. Entonces se enfrentarán entre sí. En este momento deben de estar peleándose. Decidiendo quien come primero. No nos percibirán y caeremos sobre ellas. Si nos apresuramos, aún podremos probar el uro.

–He conocido muchos grupos. Nunca he visto a ninguno que cazara hienas. ¡Me parece que no son un grupo listo! –comentó el niño al chico Utu, refiriéndose al grupo de Eye.

–Quizás no somos el grupo más inteligente. Pero sí que somos el más valiente. Aquí todos cazamos hienas, incluidas mujeres y niños.

El rostro de Utu se volvió más pálido que el del niño tejón. Cuando el jefe Eye volvió a entrar dentro del precario refugio, el chico miró al niño y notó que este temblaba ligeramente y, para asegurarse de que había escuchado bien, le preguntó.

–¿Ha dicho que las mujeres cazan hienas? ¿Y que los niños también?

–Me parece que sí. ¿Utu, te dan miedo las hienas?

–¿Miedo? ¡No, para nada! ¿Tú tienes miedo? –preguntó el chico, secándose el sudor con la mano mientras observaba al niño, que temblaba como una hoja.

–Yo no tengo miedo. Solo deseo ser cazador.

–Eye te convertirá en un buen cazador. Hoy es el día que empiezas –aseguró el chico al niño, intentando mostrar que a él no le inquietaba en lo más mínimo.

–Será la primera vez. La primera que acompañe a los cazadores. Hubiera preferido empezar con corzos o ciervos. No es bueno empezar con una hiena. ¿A cuál ha dicho que debemos matar?

–A la más robusta. A la más agresiva. Creo que eso es lo que ha dicho.

El joven Utu se sentía muy tenso; era su primer año como cazador y ahora tendría que enfrentarse a un grupo de enormes y agresivas hienas. Comenzaba a pensar que tal vez no había sido una buena decisión abandonar a su numeroso y sensato grupo para seguir a aquella mujer de cabellos oscuros hacia un grupo reducido e imprudente. Sin embargo, ya no podía echarse atrás sin parecer un cobarde ante los ojos de aquella maravillosa mujer

Eye y su hermano salieron del refugio con las lanzas preparadas.

–¡Vamos! Vamos a matar hienas.

El jefe Eye reunió a todos los miembros del grupo. Necesitaba la cueva porque, en el instante en que comenzaran a cazar ciervos, llegarían los carroñeros y todos los carnívoros de la zona para intentar robarles las presas. Ellos requerían un lugar seguro para procesar la carne y resguardarse durante la noche. Si querían recuperar la cueva, debían ahuyentar a las hienas. Para ello, era imperativo trabajar en equipo, incluyendo a hombres, mujeres y niños. Eran un grupo reducido de solo tres cazadores, por lo que la colaboración de todos era esencial, aunque esto implicara arriesgar a niños y mujeres que tenían hijos pequeños o estaban embarazadas

–Debemos aprovechar que las hienas están dispersas. Las más fuertes se están alimentando del uro. Unas pocas se han quedado en la cueva. Estas están cuidando a las crías. Nosotros también deberemos separarnos –explicó el jefe, rodeado de los miembros de su grupo, quienes lo escuchaba con atención.

Al joven Utu, no terminaba de convencerle la idea de ir a matar hienas.

–¿Estás seguro de que quieres que nos separemos? ¡Somos tan pocos en el grupo!

–No tenemos otra alternativa. O matamos hienas o buscamos otra cueva.

La mujer Axa se sintió obligada a intervenir en la conversación de los cazadores. Deseaba que Eye cumpliera con lo acordado en el refugio del desfiladero, y la indecisión del chico la estaba poniendo nerviosa.

–No quiero buscar otra cueva. Quiero cazar ciervos en la cueva del oso. Eso fue lo que hablamos en el abrigo –recordó la mujer a su jefe.

El joven Utu se sintió un tanto avergonzado ante aquella mujer que mostraba más coraje que él. A pesar de la incomodidad del momento, se percató de lo que Axa había insinuado.

–Axa, ¿de qué hablasteis en el abrigo?

–No te preocupes. El jefe Eye sabe lo que hace

Las hienas

Los cachorros se hallaban en la parte más recóndita de la cueva. La mayoría de los adultos del grupo había salido en busca de alimento, quedando únicamente dos hembras que se encontraban dormitando en la entrada.

En los momentos en que todo el clan se encontraba reunido en el interior de la cueva, las crías se mezclaban con los animales adultos, intentando imitarlos cuando estos rompían los huesos de sus presas para acceder a la nutritiva médula. A pesar de que los cachorros no podían lograrlo debido a la falta de fuerza en sus mandíbulas, se esforzaban por intentarlo. Cuando la hembra dominante y las hembras más robustas se encontraban satisfechas, y el sol calentaba la piedra de la entrada de la cueva, tanto adultos como crías se extendían al sol para calentar sus cuerpos. Era entonces cuando tenía lugar el juego predilecto de los cachorros, el cual consistía en incordiar al último macho incorporado al grupo, quien se veía obligado a permanecer inmóvil bajo la atenta vigilancia de las madres de las crías, que se aseguraban de que estas no sufrieran ningún daño. Una de los cachorros, una hembra que ya mostraba aptitudes, era la primera en estirar las orejas del macho, la primera en saltar sobre él, la primera en clavarle las uñas y la única en decidir cuándo era el momento de detenerse. Durante las expediciones de caza o la búsqueda de carroña, las crías permanecían en el fondo de la cueva. A pesar de que un par de hembras de rango inferior estaban presentes para cuidarlas, ellas no se sentían seguras hasta que sus madres regresaban, ya fuera con comida o sin ella.

La cueva era amplia y se encontraba repleta de restos de huesos desmenuzados de los animales que los adultos habían cazado o sustraído a otros depredadores, los cuales habían sido transportados hasta allí. También había piedras que los humanos, por razones que ellas desconocían, acumulaban en puntos específicos de la entrada. Tanto las crías como los adultos aborrecían el hedor de los humanos; de su sudor, de sus excrementos, de los fuegos que encendían... No obstante, la cueva era un lugar adecuado para la cría, bien situada, con abundante caza y fácil de defender.

Solo era necesario que los humanos no la hubieran ocupado en primer lugar. Afortunadamente para ellas, hacía muchas primaveras que estos habían perdido interés por aquella cavidad.

Los humanos

Eye, su hermano menor, la mujer Axa y el niño tejón se dirigieron al lugar donde las hienas habían abatido un uro. Al chico Utu, a la chica Unu y a la niña Ebe se les envió en dirección a la cueva, guiados por la mujer Ipi y otra mujer que tenía niños pequeños. Su misión era eliminar a los cachorros de hiena que encontraran en el interior de la cueva.

Cuando el grupo de humanos, liderado por el jefe Eye, llegó al claro, las hienas estaban tan absortas en su actividad que no advirtieron su aproximación. Los animales más robustos tenían la cabeza hundida en el vientre del uro, mientras que los de menor tamaño, y por ende menos agresivos, aguardaban a un costado.

El niño tejón no había imaginado que las hienas podían ser tan grandes hasta que se encontró frente a ellas. Recordó que no hacía mucho tiempo, una hiena había estado a punto de saltar sobre él. Sin embargo, las hienas que tenía ante sí eran considerablemente más voluminosas que la que su padre había ahuyentado con una lanza. El niño observó que las bestias estaban enfadadas, con el pelaje de la espalda erizado. Se sintió abrumado, sus piernas comenzaron a temblar y se refugió detrás de la mujer Axa, intentando que ella no percibiera su temor.

Fue en ese momento que el jefe Eye ordenó a cada uno que se posicionara lo más cerca posible del compañero al lado, sin dejar espacios, y que avanzaran simultáneamente. El hombre pretendía que, a los ojos de las hienas, parecieran un único atacante, con múltiples brazos y lanzas. Su objetivo era hacer creer a

las hienas que eran un solo hombre, mucho más robusto y poderoso de lo que realmente eran como individuos.

Y lo logró.

Los gritos y los movimientos frenéticos de los brazos de los humanos asustaron a las hienas, que retrocedieron unos pasos, dejando sola a la hembra dominante. Eye ordenó a la mujer y al niño que continuaran haciendo ruido y mantuvieran a raya a las hienas que se habían separado, mientras él y su hermano atacaban con sus lanzas el cuello y la garganta de la bestia que les mostraba los dientes. Una vez que la matriarca fue abatida, las demás hienas huyeron nerviosamente hacia la seguridad del bosque. Los hombres habían conseguido su objetivo. Ahora disponían del tiempo justo para recoger algunos trozos de carne del cadáver del uro y despojar a la hiena muerta de su piel antes de que el clan de hienas pudiera reagruparse.

Si las hienas contraatacaban, los humanos se exponían a la muerte.

Fue un gran oso el que apareció y obligó a los humanos a huir, dejando la carne del uro en el suelo.

La mujer Axa logró llevarse la piel de la hiena, con la esperanza de utilizarla para abrigar a su criatura, cuando esta naciera. A pesar de que una voz interior le susurraba que, en esta ocasión, tampoco lograría sostener a su criatura entre sus brazos.

Los humanos

Mientras tanto, en la entrada de la cueva, el joven Utu y la joven Unu mantenían una acalorada discusión sobre la forma más eficaz de eliminar a las crías de las hienas. Agobiada por la falta de consenso entre los dos jóvenes, la mujer Ipi se vio obligada a intervenir.

—¡Es evidente que no pertenecéis a este grupo! Aquí todos saben cómo hacer salir una hiena. Dejad de discutir y encended fuego. El fuego lo soluciona todo — exclamó la mujer mayor, sentándose a la sombra.

Ipi hizo un gesto con la mano hacia la mujer que sostenía a las criaturas pequeñas, invitándola a que se sentara a su lado. Era evidente que, con los dos chicos provenientes de la costa, la tarea de eliminar a las crías de hiena se prolongaría más de lo esperado.

Con el humo, lograron que las dos hienas adultas que vigilaban la madriguera salieran al exterior, asfixiadas. El jefe Eye había dejado claro que debían enfocarse en las crías, por lo que permitieron que los dos animales adultos huyeran hacia el río.

La cueva era poco profunda y los jóvenes no tuvieron dificultad para localizar la media docena de cachorros que se ocultaban en su interior. Los fueron eliminando uno a uno, atravesándolos con la lanza mientras estos mostraban los dientes, acurrucándose unos contra otros en un intento desesperado de encontrar protección. Una vez que sacaron todos los cadáveres al exterior para que las dos mujeres recuperaran las pieles, se percataron de que al fondo de la cueva había una cavidad que parecía conducir a un estrecho pasillo. Era posible que algún cachorro más se ocultara allí, pero ninguno de los chicos se atrevió a entrar. El joven Utu ordenó a la niña Ebe que se introdujera en el agujero y verificara si quedaba alguna hiena con vida.

La niña no se sentía cómoda ante la idea de meterse en una madriguera oscura y estrecha, donde podría encontrarse cara a cara con una hiena. Frunció el ceño y miró hacia donde estaba su madre, quien desvió la mirada. Antes de entrar en el agujero, la niña sacó un pájaro blanco que llevaba bajo la piel que le cubría el pecho.

–Dentro de la madriguera podría perder el pájaro. Si lo pierdo, no lo encontraré. Utu, coge el pájaro. No dejes que se enfríe –pidió la niña, extendiendo la mano para que el chico le cogiera el pequeño limícola blanco.

–Dáselo a otro. No lo quiero –respondió el joven, ocultando las manos tras su espalda.

–¡Coge el pájaro! Si no lo coges, no entraré –afirmó la niña, colocando el pájaro frente al rostro del chico.

–Te he dicho que no lo quiero. Puede salir una hiena del agujero. Necesito tener las dos manos libres.

–Entonces no entraré.

–Si no entras el jefe Eye se enfadará. Puede haber una cría dentro. Si hay una, debes matarla.

–Pues máatala tú. Yo soy una niña. Las niñas no matan hienas.

–Yo no paso por el agujero.

–Tú agarra el pájaro. Y entraré en el agujero.

Ambos permanecieron en silencio, mirándose fijamente. En circunstancias normales, los niños no desafiaban a los cazadores, pero aquella niña era diferente, y todos lo sabían. En el fondo, la niña no deseaba tener que matar a ninguna cría y el joven no anhelaba convertirse en la niñera de un pájaro blanco.

–¡Ya cojo yo el pájaro! Y tú, niña, entra de una vez. Comprueba que no quede ningún animal vivo –intervino la chica Unu, harta de la tensión creada entre el chico y la niña.

–Que no coja frío. Cierra las manos, pero no aprietes. Si aprietas, lo aplastarás –insistió la niña, despidiéndose con besos de su amigo de plumas blancas.

–¡Sí, pesada! ¿Quieres entrar ya? Quiero terminar con esto. Terminar antes de que sea demasiado tarde.

Y es que ninguno de los allí presentes podía estar seguros de que la otra mitad del grupo hubiese tenido éxito. Si habían fracasado y la matriarca de aquel grupo de hienas seguía viva, en cualquier momento los animales podían atacarlos.

Y entonces los muertos serían ellos.

Dentro de aquel agujero había una cría aterrorizada que se aferraba con uñas y dientes a un oscuro recodo al final del pasillo. Cuando la niña la olió, salió a informar al joven que sí había una hiena. Cuando él le ordenó que volviera a entrar y sacara a la cría hacia donde ellos esperaban, la niña protestó con fuerza,

pero finalmente accedió. Tras un buen rato, Ebe salió, retrocediendo y tirando de la pata del animal, que luchaba con todas sus fuerzas por no retroceder. La niña tenía varias mordeduras en las manos y rasguños en las rodillas y brazos, pero no se quejó. El cachorro de hiena fue abatido en el mismo instante en que su espalda salió del agujero. La niña recuperó el pájaro y se dirigió al río para lavarse las heridas de las manos, desobedeciendo al joven Utu, quien no quería que nadie anduviera solo. La mujer Ipi hizo callar al joven; ella sabía que las mordeduras de hiena debían lavarse con prontitud para evitar infecciones.

Al regresar la niña, Utu, los dos jóvenes, las mujeres y los dos niños pequeños se sentaron a la entrada de la cueva, con las armas preparadas en previsión de un posible ataque de hienas.

Cuando Eye entró en la cueva llevando la piel de la hiena muerta sobre los hombros, todos respiraron aliviados.

La cueva volvía a ser suya.

Lo primero que hizo el joven Utu fue acercarse a acariciar el rostro de su amada, que estaba malhumorada porque el jefe Eye le había quitado la piel de la hiena. Sin embargo, había trabajo por hacer, y no podían perder tiempo. Era necesario limpiar la cueva de los excrementos de aquellos malolientes animales, así como agrupar los restos de huesos que las hienas habían transportado desde el lugar de las cacerías.

Cuando la cueva estuvo en condiciones, encendieron un buen fuego en la entrada para que fuera visible desde lejos, en caso de que las hienas decidieran regresar. Una vez que el niño tejón se acomodó, se dedicó a observar detenidamente aquella cueva. No era tan grande como el abrigo del risco, pero era aceptable. Un hombre podía mantenerse erguido sin tocar el techo, había un espacio por donde entraba la luz, pero no la lluvia ni el viento, y con unas cuantas hogueras, el aire del interior se caldearía rápidamente. Pero lo mejor de la cueva era el amplio vestíbulo bien iluminado. El niño también notó que tenía otra gran ventaja: estaba orientada hacia el sur, y el sol de la mañana penetraría por la entrada calentando la piedra, a diferencia del abrigo del desfiladero, que miraba hacia el norte.

En cuanto el sol se ocultó tras las colinas, la oscuridad llegó de repente. Aquella sería una noche sin luna, y las noches oscuras eran las que más temían los humanos. Ellos no podían ver, mientras que las bestias sí. En el interior de la cueva, el aire se volvió denso y todos comenzaron a sentir los efluvios del miedo. Todo el grupo se arrinconó en el fondo de la cueva, lo suficientemente adentro para sentirse seguros, pero no demasiado lejos del fuego protector de la entrada. El jefe Eye se encargaría de vigilar que el fuego no se apagara.

Sus vidas dependían de aquel fuego

Aquella primera noche en la cueva del oso, nadie consiguió dormir. En el exterior los gritos de las hienas resonaban sin cesar. Los humanos eran conscientes de que los animales estaban furiosos porque habían matado a sus crías. Aunque nadie lo dijo en voz alta, todos temían que, aprovechando la oscuridad de la noche, las bestias regresaran a la cueva para acabar con las crías de los hombres. En el silencio de la noche, los gritos de los animales se amplificaban y se transformaban en terribles clamores de venganza. Los dos niños pequeños comenzaron a llorar, aferrándose con fuerza a su madre, quien también sollozaba. El niño tejón no podía quitarse de la mente la imagen de aquella hembra imponente, con el pelaje erizado y la garganta abierta. Nadie podía apartar la mirada de la entrada de la cueva, donde las llamas oscilantes proyectaban escalofriantes sombras en las paredes. En el exterior, el viento soplaba con una intensidad cada vez mayor, y los silbidos que producía al atravesar las rendijas de las piedras se transformaban en los lamentos de las víctimas de las hienas.

De manera inesperada, una ráfaga extinguió el fuego, provocando gritos de miedo entre los presentes. Eye se apresuró a avivar las brasas aún humeantes y a añadir más combustible. El fuego tardó algunos instantes en reavivarse, y cuando volvió a iluminar las paredes, la sombra de un imponente animal se proyectó en la entrada.

La bestia había entrado en la cueva.

Tanto hombres como mujeres quedaron enmudecidos, mientras que los niños estallaron en gritos. El fuego se extinguió nuevamente. Cuando Eye logró reavivarlo por segunda vez, la criatura ya no estaba; había huido. Aquella primera noche en la cueva del oso fue verdaderamente aterradora para todos, incluido el líder del grupo.

Las hienas

Dos hembras competían por el liderazgo del clan. Ambas eran descendientes de la hembra dominante que había sido abatida por los humanos. Cada una contaba con algunas hembras de rango inferior a su lado. Así comenzó la guerra interna en el clan de las hienas. Los pocos machos, más pequeños y menos agresivos, se mantenían al margen, aguardando el desenlace del enfrentamiento para rendir obediencia a la vencedora.

El joven macho, dolorido por la mordedura de la hembra fallecida, por la cox del uro, por los arañazos de la osa y por la pérdida de un colmillo, se sentía

miserable por haberse retirado ante la llegada de los humanos y no haber apoyado a su amada. Sin embargo, ya era demasiado tarde para cambiar la situación, así que se tumbó a una distancia prudente del combate. Era consciente de que la líder del grupo había muerto y que posiblemente alguna otra hembra sucumbiría si ninguna de las dos competidoras cedía. Desde su posición alejada, observó cómo las fuerzas de ambos bandos de hienas se equilibraban: un grupo se aproximaba al otro mostrando los dientes y gruñendo, los animales se lanzaban unos sobre otros, se mordían, uno de los bandos retrocedía y el ciclo se repetía.

Todas las hienas sabían que los humanos se hallaban ocultos en la cueva, pero esto ya no les importaba, pues no tenían cachorros a los que proteger. Lo que las dos hembras de mayor tamaño deseaban era ganar la pelea, convertirse en la nueva líder del grupo y aparearse con los machos para reproducirse lo antes posible, lejos de aquella cueva.

Así transcurrió toda la noche, con ambas facciones en lucha, mientras el aire se colmaba de gritos, gruñidos y lamentos.

Al amanecer, el clan contaba con una nueva líder, que se mostraba eufórica a pesar de haber perdido una oreja y tener múltiples mordeduras en los muslos. La desafortunada hembra perdedora fue obligada a abandonar el territorio. Las hembras que la habían apoyado podrían quedarse si demostraban sumisión y obediencia hacia la nueva líder, aceptando, además, descender en la jerarquía.

El joven macho se sentía profundamente estresado e inseguro. Al observar a la hembra que había obtenido el derecho a liderar el clan, no pudo evitar sentir desdén: era repulsiva, de mal carácter y despedía un hedor desagradable. Su vida se tornaría aún más complicada si permanecía en aquel grupo, ya que, con la nueva líder, la asquerosa y pestilente nueva líder, ni siquiera se le pasaría por la mente intentar aparearse.

Cuando la hembra derrotada se alejó, seguida solo por una joven que se negaba a someterse, el joven macho decidió seguirlas. Así, el pequeño grupo se alejó en dirección a las tierras llanas del interior, mientras el macho aún cojeaba.

Los humanos

Cuando las primeras luces del amanecer comenzaron a filtrarse entre los árboles, los tres hombres salieron de la cueva para asegurarse de que no quedara ninguna hiena en las cercanías. No estaban completamente seguros de

lo que habían presenciado durante la noche, antes de que el fuego se apagase por segunda vez. Una vez se sintieron más tranquilos, decidieron acercarse a los restos del uro que las hienas habían cazado el día anterior y que ellos habían tenido que abandonar precipitadamente al ser asustados por la osa. Todos sentían hambre, y no lejos de donde se encontraban había abundante carne aún en buen estado, gracias al frío de la noche que la había conservado. Todo dependía de si las hienas habían regresado en busca de su presa o si se habían alejado en busca de un nuevo refugio.

Cuando llegaron al lugar de la cacería, las hienas no estaban y tampoco había rastro de la osa. Los tres hombres y el niño tejón comenzaron a cortar trozos de carne del uro, sin percatarse de la sombra que se movía entre los árboles, al otro lado de un claro. Lo que los hombres ignoraban era que la osa había pasado toda la noche alimentándose de lo que las hienas habían dejado y que, al escuchar la llegada de los hombres en la madrugada, se había ocultado nuevamente tras los árboles.

El niño fue el primero en darse cuenta de que una inmensa bestia se les acercaba. Se dio la vuelta y cogió con fuerza su lanza, gritando a los hombres que vinieran en su ayuda. Sin embargo, inexplicablemente, el animal no se abalanzó sobre el niño, sino que se puso de nuevo sobre cuatro patas y permaneció quieto, como aguardando. La presencia de la osa inquietó a los hombres; no parecía que el animal quisiera atacar, pero tampoco se retiraba. Tenían claro que no renunciarían a lo que quedaba del cadáver, pero tampoco deseaban enfrentarse a un enorme oso de las cavernas; ya habían tenido suficiente con las hienas. La osa continuaba inmóvil, y el niño la observó con atención; su abdomen estaba hinchado, lo que indicaba que había estado alimentándose y que su agresividad sería baja. El niño cortó un par de costillas del uro y las lanzó con fuerza hacia donde la osa permanecía sentada. Esta se asustó al ver volar hacia ella esos objetos que bien podrían ser lanzas, rugió un par de veces y volvió a erguirse. Los hombres comenzaron a gritarle al niño, histéricos, exclamando que estaba loco y que debía huir. Pero la osa se calmó, olfateó las costillas, las agarró con la boca y se dirigió hacia los árboles para comer tranquila, lejos de aquellos hombres tan ruidosos.

—¿Te has vuelto loco? ¿Acaso deseas que nos mate a todos? —exclamó Eye, intentando golpear la cara del niño con el puño cuando este se acercó a su lado.

—¡Mira! La osa se ha marchado —gritó Utu, interponiéndose entre el puño y el niño.

—Sí, pero puede regresar —gritó Eye, manteniendo el puño en alto.

—Le lanzar é otro trozo de carne. Creo que la osa no tiene hambre. Pasó la noche alimentándose. Ahora está satisfecha. Si está satisfecha, no luchará por

la carne. Debemos mantenerla entretenida hasta que nos vayamos —replicó el niño, resguardándose detrás de la espalda de Utu, ya que le temía más a aquel hombre furioso que a la apacible osa.

—¡Este niño solo trae problemas! Más te vale vigilarlo de cerca —ordenó el jefe Eye al chico Utu.

Y la osa regresó. Se sentó donde lo había hecho anteriormente y, con un potente rugido, anunció su presencia. El niño tejón había preparado un gran trozo de carne que había extraído del muslo del uro muerto y se lo lanzó a la osa. El animal avanzó unos pasos, tomó la carne con los dientes y desapareció nuevamente entre los árboles. Eye y su hermano observaban la escena con desconfianza, nerviosos y sudorosos. Utu tenía la lanza en la mano, por si debía intervenir, a pesar de que nunca antes había enfrentado a un oso de las cavernas.

Cuando tuvieron suficiente carne lista, el jefe Eye dio la orden de regresar a la cueva, no fuera a ser que las mujeres tuvieran problemas con las hienas. Los tres hombres transportaban las dos patas traseras y el cráneo del uro, mientras que el niño llevaba las lanzas. De las patas obtendrían mucha carne y, de los huesos largos, podrían hacer lascas afiladas y rascadores una vez extraído el tuétano. Quizás, incluso, las mujeres pondrían parte de los huesos en agua, al fuego, en recipientes hechos con estómagos curtidos de ciervo, para preparar un caldo sustancioso. El hermano menor de Eye era experto en cortar donde era necesario para abrir las articulaciones y separar los huesos. En los extremos de los huesos largos y en las articulaciones hallaban la mayor cantidad de médula, por lo que eran muy valiosos; solo a él se le permitiría romper estas partes del animal, sabiendo que compartiría su contenido con el grupo. Del cráneo podrían aprovechar el cerebro, la carne de las mejillas, la lengua y los ojos. Los cuernos también tenían su utilidad. La piel tuvo que abandonar, pues estaba dañada por los dientes de las hienas y de la osa.

En el camino hacia la cueva, el niño tejón se sintió insignificante cuando el muchacho Utu pasó a su lado, con la cabeza del uro apoyada sobre su propia cabeza. Ante la magnitud de aquella testa, su piel de tejón parecía muy poco.

Al llegar a la cueva, descargaron y Utu dejó caer la cabeza del buey muerto a los pies de Axa. La mujer, cerrando los ojos, inhaló con concentración al muchacho; su cuerpo, empapado en sudor por el esfuerzo, desprendía un olor agrio que, al mezclarse con el dulce aroma de la sangre del animal, le nubló los sentidos. Axa notó que se mareaba, abrió los ojos y se aferró al chico para no caer. Utu le sonreía, tenía el cabello rubio teñido del rojo de la sangre y, a la mujer, le pareció que los ojos del joven eran más verdes que nunca. Fue entonces cuando notó un vacío en el bajo vientre y, a pesar de no haber experimentado nunca esa sensación, supo lo que debía hacer.

La mujer Axa arrancó un trozo de lengua del uro muerto, lo devoró con avidez y tomó la mano del chico para llevarlo a un lugar apartado donde no interfirieran con el grupo que golpeaba con piedras el cráneo del uro para acceder al cerebro. El chico protestó, ya que, si se iban en ese momento, al regresar no quedaría ni ojos, ni lengua, ni cerebro, y le había costado mucho esfuerzo arrastrar la pesada cabeza hasta la cueva. Pero la mujer parecía decidida y el chico se dejó llevar, esperando que esta no lo tuviera demasiado tiempo sobre ella.

–Si tardo, me guardas un trozo de cerebro –pidió el chico al niño tejón cuando pasó junto a él, arrastrado por una mujer decidida a quedar preñada.

La mujer no se quejó cuando el chico descargó su contenido tan pronto como este se subió encima de ella, porque sabía que había conseguido lo que pretendía.

Pero el joven Utu sí que se enfadó cuando vio que no le habían dejado nada de cerebro del buey. Hizo una mueca a Axa y se sentó junto al niño. Este miró a la mujer y también hizo una mueca, luego sacó de debajo las pieles un buen trozo de la víscera blanca y se la ofreció a Utu.

–¿Chico Utu, me enseñarás a ser cazador? –preguntó el niño.

La pregunta quedó sin respuesta, pero el niño se percató de que el chico, mientras se lamía los dedos, lo miraba y sonreía.

La osa

Los humanos se habían marchado y poco quedaba del uro fallecido. Ella se sentía satisfecha, con energías y animada. Sin embargo, el animal era consciente de que un colmillo de hiena estaba incrustado en la carne de su hocico, lo cual había provocado una inflamación que le causaba molestias, aunque no le impedía masticar con normalidad.

Tenía la certeza de que disponía de tiempo suficiente para engordar, durante todo el verano y el otoño. Sabía que no volvería a ver a su hermana, a menos que esta decidiera hibernar en la misma cueva donde lo había hecho el invierno anterior, tal como ella planeaba hacer.

Si todo transcurría favorablemente para ambas osas, se reencontrarían cuando los primeros copos de nieve cubrieran la tierra de blanco, en la cueva, para dormir el sueño del invierno.

Los humanos

El viento cálido y seco llegó antes de lo previsto. Los ciervos se retiraron cuando la hierba comenzó a amarillear. El grupo, liderado por el jefe Eye, abandonó la cueva siguiendo a los animales, en busca de los lugares donde estos acudían a beber agua o a lamer las sales de las rocas. Sin embargo, los ciervos estaban muy dispersos y los cazadores, en numerosas ocasiones, no lograban obtener suficiente carne para sustentar al grupo. Por ello, mujeres y niños se esforzaban por encontrar cualquier alimento que les hiciera olvidar el hambre, aunque fuera solo por un breve periodo. Así, gusanos, caracoles, insectos, ratas, lagartos, tortugas y otros pequeños seres se convirtieron en la dieta habitual. La grasa de las caderas y de los vientres de hombres y mujeres del grupo comenzó a disminuir, tal como era de esperar en esta época del año, tan escasa en recursos. Todo dependía de si las lluvias de otoño llegaban en el momento adecuado y si los ciervos volvían a concentrarse en los alrededores de la cueva del oso, a berrear en busca de hembras.

Durante el verano, el muchacho Utu y el niño tejón mantuvieron una buena relación. Al niño le agradaba estar en constante movimiento, sin un campamento fijo ni un rumbo establecido. Se sentía más aceptado en el grupo de la cueva del oso que en el de la costa. Al no encontrarse presente el hombre lince, nadie proyectaba sobre él el desprecio por la ineptitud del hombre. Además, la niña Ebe lo quería de verdad. La única situación que no se desenvolvía como el niño deseaba eran las reservas del jefe Eye para permitirle acompañar a los cazadores. El niño solo podía seguirlos cuando estos buscaban entre los restos de los animales que otros depredadores habían abatido. No obstante, el jefe Eye se mostraba reacio a permitir que el niño participara en la estrategia de acercar los animales hacía los cazadores, y mucho menos en la acción de clavar la lanza. El niño solo probaba la carne de los pocos ciervos, corzos o jabalíes que los hombres lograban cazar, cuando la niña Ebe o el chico Utu se la ofrecían a escondidas del jefe.

La mujer Axa se encontraba embarazada y no buscaba con tanta frecuencia la compañía de Utu, quien, en ocasiones, se encontraba sin nada que hacer. Era en esos momentos que el joven recordaba que el niño tejón le había pedido ayuda para convertirse en cazador.

Pero debían hacerlo a espaldas del jefe Eye.

VI. En algún punto al oeste de la comarca de Òdena

17. UN ENCUENTRO INESPERADO

Los humanos del grupo de la costa

En el desfiladero, el paso migratorio de los caballos había finalizado y la carne que los humanos habían almacenado en el refugio había sido consumida o se había echado a perder. Todos los miembros del grupo eran conscientes de que el territorio no les proporcionaría suficiente alimento para los meses que estaban por llegar, por lo que era necesario que su jefe tomara una decisión sobre un nuevo rumbo.

El jefe Uru condujo al grupo hacia la parte más septentrional de su territorio, donde esperaba poder sobrevivir la estación menos fecunda del año, aquella en la que todo se marchitaba y el aire se tornaba seco y cálido.

Una vez que llegaron al límite superior de su territorio, pasaron varias lunas desplazándose continuamente de un lugar a otro. Al no contar con mujeres preñadas, podían moverse con agilidad; los niños pequeños y la anciana Izi no ralentizaban la marcha, ya que eran transportados en las espaldas de sus madres o de alguna joven del grupo. El jefe Uru se sentía satisfecho con la joven proveniente de las tierras del oso, quien se había adaptado bien y había sido aceptada por las demás mujeres; además, ya estaba embarazada, aunque de muy pocas lunas.

Si el jefe Uru hubiera tenido la opción de cambiar algo, habría preferido que quien se hubiera marchado a las tierras del oso fuese el hombre lince en lugar de su hijo Utu. Aún estaba resentido con el joven, pero lo extrañaba, pues su hijo era de carácter alegre y se había convertido en un hábil cazador.

Cuando la hierba empezó a amarillear y los charcos de agua se secaron, a los hombres del grupo les resultó difícil encontrar presas de carne roja. Los cazadores salían cada amanecer y casi cada atardecer regresaban con las manos vacías. Entonces, las mujeres compartían con ellos lo que habían

recolectado y consumido durante el día. Los hombres agradecían contar con algo que apaciguara su hambre, aunque solo fueran saltamontes, larvas de escarabajos o alguna de las numerosas lagartijas, serpientes y tortugas que se calentaban al sol.

Todos eran conscientes de cómo, poco a poco, se iba agotando la grasa que habían acumulado en los días de finales de primavera en los que habían cazado caballos en el risco, con la ayuda de la gente de la cueva del oso.

El final del verano estaba siendo especialmente cálido y escaso en lluvias; la vegetación se secó, los insectos desaparecieron, y con ellos, parte de su sustento. Las tierras de la parte norte del territorio del grupo no ofrecían más recursos. El jefe Uru decidió que era necesario volver a cambiar de rumbo y dirigirse hacia lugares algo alejados de los que normalmente frecuentaban en verano. Allí esperaba encontrar alimentos suficientes para mantener al grupo hasta que los ciervos comenzaran a berrear, permitiéndoles regresar al risco para cazarlos.

El cambio de dirección debía acercarlos al yacimiento de sílex, al cual el grupo ya acudía con regularidad, aunque nunca en esa época del año. Uru tenía la intención de que el grupo hiciera provisiones de piedra de buena calidad, lo que les permitiría, cuando los ciervos entraran en celo y se agruparan, contar con suficientes raspadores, buriles, puntas, astillas y todo tipo de herramientas para cazar, desmembrar y raspar la piel.

En el ámbito de tallado de piedra, nadie había más diestro que el viejo Uyu. Sin embargo, él ya no formaba parte del grupo y, en esos momentos, no disponían de nadie que fuera un maestro de la piedra. Si bien era cierto que cualquier, incluso los más jóvenes, eran capaces de elaborar una herramienta que les sirviera para raspar pieles, separar carne de hueso o ensamblar una lanza, el viejo Uyu era capaz de crear verdaderas excelencias. Cuando el viejo Uyu contemplaba un nódulo de sílex, un canto rodado de cuarzo, un trozo de roca calcárea o cualquiera otra roca que encontrara en el camino, sabía ver las herramientas que de ellas haría surgir. Y nunca se equivocaba. Eran las herramientas que más duraban y más fino cortaban. En su juventud, Uyu, durante todos los años que fue líder del grupo, antes de que su hijo Uru demostrara ser más fuerte que él, ya era un sabio en el arte del tallado y enseñó a todos los que ahora formaban parte del grupo. La joven Unu también poseía esta habilidad para el tallado de piedra. Había pasado muchas tardes observando a Uyu trabajar y muchas noches intentando reproducir lo que había visto hacer a aquel hombre durante el día. Sin embargo, la joven Unu tampoco se encontraba entre los miembros del grupo; se había marchado a las tierras del oso y ahora estaría enseñando lo que había aprendido a aquel otro grupo. El

joven Utu tampoco estaba en el grupo, pero nunca había logrado convertirse en un buen tallador; podía manejar herramientas básicas, pero nada comparado con la destreza de la joven Unu. A la mujer Aba, a la joven Usu y al resto de las mujeres no les gustaba tallar piedras, y si podían evitarlo, lo hacían. A la anciana Izi sí le agradaba, pero su avanzada edad le impedía tallar nada, ya que sus manos, deformadas por la artrosis, no le permitían asir las piedras con firmeza.

Uru era consciente que, si el viejo Uyu o la chica Unu aún formasen parte del grupo, habrían creado excelentes herramientas a partir de los abundantes trozos de cuarzo cercanos al risco. Pero el viejo no estaba, ni tampoco la joven Unu. Y nadie en el grupo era capaz de extraer buenas herramientas del cuarzo; por lo tanto, tendrían que dirigirse a las vetas de piedra de mejor calidad, aunque estuvieran alejadas de donde ellos ahora se encontraban.

Una vez tomada la decisión, Uru vio otra ventaja en el desplazamiento hacia el afloramiento de sílex. Era conocido por todos que las tierras donde surgía la buena piedra no pertenecían a nadie en particular, o más bien, eran territorio de varios grupos, ya que allí se superponían sus territorios. Cualquiera de estos grupos podía permanecer en el yacimiento el tiempo que considerara necesario y recoger los nódulos que deseara. Había tantos nódulos de buena piedra que a nadie se le ocurría que pudieran agotarse. Allí se habían encontrado maestros del tallado de diversos grupos para intercambiar técnicas, allí las mujeres habían acordado en qué grupo vivirían sus hijas, y allí los hombres habían compartido las mejores formas de cazar animales.

Uru tenía la esperanza que, si el grupo permanecía el tiempo suficiente en el yacimiento de sílex, algún otro grupo pasara por el lugar. Y quizás desearían que la chica Usu se uniese a ellos. A pesar de que el chico Utu ya no formaba parte del grupo, la chica no podía permanecer por más tiempo en el grupo de la costa, ya que no podía quedarse preñada de nadie que no llevara su sangre. Era necesario que la joven se marchara a otro grupo, y tanto él como todos lo sabían. Uru también era consciente de que había cometido un error el día que se enfrentó al jefe Eke para defender que la joven no se trasladara al territorio de la tierra del oso. Además, la joven Usu se había vuelto apática y las mujeres se quejaban de que no las ayudaba en la búsqueda de alimento, en encender las hogueras, ni en ninguna otra tarea.

Mientras tanto, al hombre lince no le importaba en absoluto hacía dónde se encaminará el grupo; su única preocupación era la posibilidad de reencontrarse con su hijo en la próxima primavera. En el fondo de su corazón, anhelaba que el joven Utu se cansara de la mujer Axa y que él y el niño regresaran al desfiladero para cazar el ciervo en otoño. Por el momento, se conformaba con seguir con vida.

Cuando el grupo llegó a los territorios ricos en piedra sílex, el jefe Uru notificó que debían permanecer en ese lugar, al menos, durante un ciclo lunar. Utilizaron el margen de un torrente seco y profundo para establecer su campamento; en realidad, solo requerían una pared que resguardara el fuego del viento, ya que la lluvia no constituía un problema, dado que en verano el agua escaseaba.

Había mucho de trabajo por realizar. Todos los miembros del grupo se dedicaron a la búsqueda de piedras de buena calidad, aquellas que, al ser talladas, producían puntas que no se rompían con facilidad y cuchillos que mantenían su filo a pesar de entrar en contacto con el hueso. Todos conocían la piedra, aunque su apariencia exterior no revelaba en absoluto cómo era una vez partida.

Cuando lograron reunir un buen número de nódulos, todos los adultos del grupo, incluidas las mujeres a quien no apetecía aquel trabajo, comenzaron a golpear las piedras, mientras los niños y los más jóvenes continuaban buscando. Los retoques finales se realizarían en otoño en el abrigo del risco, que no se encontraba lejos del afloramiento, a medida que las herramientas fueran necesarias.

Fue el propio jefe Uru quien advirtió que alguien, y no hacía mucho tiempo, había estado golpeando piedras en ese mismo lugar. Quienquiera que fuese, se había marchado rápidamente, dejando nódulos a medio trabajar y astillas aprovechables esparcidas por el suelo. Quienquiera que fuera, los había oído llegar y había optado por esconderse o alejarse.

—Vosotros iréis a rastrear. Encontrad a quienes han huido —ordenó Uru a un par de cazadores—. Buscad en los sitios donde hay buena piedra. También en el pinar. No pueden estar lejos. Han dejado las herramientas a medio hacer.

—¿Quiénes son? ¿Pertenecen a algún grupo vecino? —preguntó la chica proveniente del grupo de las tierras del oso.

—No lo sabré hasta que los vea. No es normal que hayan marchado tan deprisa —respondió Uru, haciendo un gesto con la mano al niño mayor del grupo para que se acercara.

—Tú irás a buscar tierra roja. Cuando regreses, nos pintaremos las marcas de grupo.

Los dos rastreadores regresaron asegurando que habían encontrado huellas, pero que no lograron ver a quien las había dejado.

—¿Son muchos o son pocos? —preguntó Uru.

–Por las huellas, parecen pocos. Uno es un hombre adulto. Pesa poco, quizás sea un viejo. El otro tiene que ser un niño.

El jefe Uru se quedó pensando. Le molestaba no encontrar ningún grupo con el cual poder intercambiar la chica Usu. Sin embargo, lo que le verdaderamente le preocupaba era que los desconocidos, fueran quién fueran, no se dejaran ver, permaneciendo ocultos entre la vegetación, al acecho. “¿Al acecho de qué?”, se preguntó.

Tal era la inquietud del jefe del grupo, que todos los cazadores cesaron de golpear piedra y se concentraron en encontrar a aquellos que se ocultaban entre la vegetación, mientras las mujeres continuaron con la labor que habían venido a realizar en aquel lugar.

Les costó, pero al día siguiente los encontraron. O quizás los otros decidieron mostrarse. El jefe Uru no lo tenía claro, pero optó por ser cauteloso.

–Os saludamos –dijo un hombre mayor, mostrando las palmas de sus manos vacías.

Uru notó enseguida que las palabras que salían de la boca de aquel hombre tenían un sonido diferente, pero comprendió el saludo. También observó las palmas de las manos del hombre, pintadas con líneas negras que se entrelazaban. En contraste, la niña llevaba una espiral en cada mejilla. Además, se dio cuenta que ambos llevaban lanzas, las cuales habían dejado en el suelo, a poca distancia de donde se encontraban. Era un hombre y una niña que estaban de pie frente a él y parecían inquietos.

–Formamos parte del grupo del barranco. Los demás están a unos días de camino. Nosotros nos hemos avanzado. Seguimos un rastro –explicó el hombre mayor, observando atentamente la reacción de Uru.

A Uru le inquietaba no saber dónde se encontraba el resto del grupo, cuántos eran y cuáles eran sus intenciones. Por lo tanto, fue muy directo en su pregunta.

–¿Qué estáis haciendo aquí?

–Seguimos un rastro –repitió el hombre mientras la niña permanecía en silencio.

–¿De dónde venís?

–Del territorio del barranco. De aquella dirección –el hombre extendió el brazo, señalando hacia el noroeste.

–La niña lleva marcas diferentes a las tuyas. ¿De qué grupo es la niña?

–En los barrancos nos movíamos varios grupos. Era un territorio rico en barrancos.

–¿Por qué estáis tan lejos de vuestro territorio?

–Perdimos el territorio. Pasó hace unas cuantas lunas.

A Uru no le agradó escuchar que un grupo había perdido su territorio. Cuando esto sucedía, todo debía reorganizarse nuevamente y todos los grupos acababan sufriendo las consecuencias. Entonces aparecían grupos vulnerables, desesperados por encontrar un territorio vacío. Si no lo hallaban, eran propensos a enfrentarse con otro grupo que defendía a muerte su territorio. Si el grupo del barranco había perdido su territorio, tarde o temprano el grupo de la costa sufriría las repercusiones.

Uru continuó con su interrogatorio.

–¿Cómo lo perdisteis?

–Nos lo arrebató el grupo de las montañas.

–¿No luchasteis?

–Sí, durante días. Pero ellos eran más numerosos. Sus armas eran mejores. En otras ocasiones ya lo habían intentado. Siempre los rechazamos. Esta vez eran más numerosos. No pudimos con ellos. El jefe decidió abandonar el territorio. Para conservar la vida de los vivos y...

–¿Cómo habéis llegado hasta aquí? –interrumpió Uru, cada vez más preocupado.

–Descendimos hacia las tierras bajas. Hace días que llegamos. Durante la lucha perdimos muchas puntas de lanza. Alguien del grupo conocía este yacimiento. No hemos visto vuestras señales.

–¿Dónde están acampada vuestra gente? –interrumpió la mujer Aba, quien también comprendía lo que significaba que a aquella gente les hubieran arrebatado su territorio.

–Detrás de aquellas colinas. La niña encontró un rastro importante. Yo la acompaño. El grupo espera. Todos tienen hambre. Hemos perdido toda la grasa de la primavera. No nos ha ido bien. Por aquí toda la hierba está seca. No hemos cazado ningún animal de carne roja –el hombre era plenamente consciente de su precaria situación y guardó un largo silencio.

El jefe Uru aprovechó la quietud del momento para observar detenidamente a los dos humanos que tenía ante sí. El hombre era ya mayor, pero aun así podía manejar con fuerza una lanza. Uru pensó que aquel hombre, con un poco más

de musculatura, sería un adversario peligroso. La niña, que era casi una chica, también era muy delgada, con los huesos muy visibles. La niña había permanecido en silencio durante toda la conversación, escondida tras el hombre, pero Uru ya se había fijado en que tenía el rostro cubierto de pecas y el cabello del color de las hojas de espino en otoño. Cuando la niña levantó la mirada, a Uru le pareció que le sonreía tímidamente, aunque él mantuvo su semblante serio. Aún no había decidido el grado de amenaza que aquellos extraños representaban para su grupo. No era como cuando encontró al hombre lince y al niño tejón en la playa.

Entonces no tardó en tomar una decisión. Ahora le costaba más.

El hombre venido de los barrancos retomó la explicación, a sabiendas de que el jefe de aquel grupo estaba evaluando la situación.

–Estamos cansados y tenemos hambre. Nos gustaría compartir vuestro fuego. Nos gustaría compartir vuestra comida. Unos pocos días hasta que recuperemos las fuerzas. Aquí hay piedra de buena calidad. Necesitamos rehacer las puntas de las lanzas. Entonces nos iremos y continuaremos nuestro camino.

Uru se dio la vuelta y vio al hombre lince de pie, detrás de los cazadores, con las mujeres y los niños, cubierto con sus pieles y su capucha puesta. En ese instante recordó que el hombre lince también le había mencionado, la noche que lo encontró en la playa, que solo se quedarían en el grupo unos pocos días. ¡Y todavía se encontraba entre ellos!

–Estamos siguiendo las huellas de un animal grande. Yo solo no lo podré abatir. Todos juntos podríamos lograrlo. Habrá carne para todos. Para vosotros. Para la gente de nuestro grupo –continuó explicando el hombre mayor.

–Es una época difícil para encontrar presas. Nosotros también llevamos días sin cazar nada importante. Pensaré si nos conviene una cacería conjunta. Por ahora, sois bienvenidos. Acompañadnos esta noche al fuego. Tenemos algunos conejos, aves y tortugas. Estaremos encantados de compartir con vosotros.

Más tiempo.

Uru necesitaba más tiempo para decidir qué hacer con los dos desconocidos que, hasta el momento, se mostraban amistosos. Él estaba seguro de que el hombre y la niña se percatarían de que ellos aún conservaban parte de la grasa y contaban con numerosas pieles de caballo para dormir. Con la llegada del otoño, los ciervos se volverían a agrupar cerca del desfiladero y el grupo de la costa podría obtener carne, grasa y pieles para protegerse del frío. Su supervivencia durante el invierno dependía de esto. Sin embargo, si los extraños sospechaban que el grupo de la costa poseía una cueva o refugio desde el cual

cazar la manada de ciervos en otoño y los caballos en primavera, lo querían para ellos.

Uru decidió que necesitaba obtener más información sobre el grupo del barranco, pues no quería verse obligado a enfrentarse a ellos para proteger el territorio del risco. Era necesario proceder con cautela. Lo que estaba claro era que el hombre y la niña debían saber lo menos posible. Antes de que los forasteros compartieran el fuego y la comida con ellos, Uru reunió a todos los miembros de su grupo y les dejó claro lo que nadie debía mencionar: nada acerca del desfiladero, del refugio, de la concentración de ciervos o de caballos. Uru se aseguró de que todos comprendieran perfectamente, incluido el hombre lince.

Llegó la noche y todos los miembros del grupo de la costa estaban a la expectativa de lo que tenían que explicar aquella gente tan seca que parecía venir de lejos y que habían sido atacados por otro grupo. ¿Todos? No todos, el jefe Uru continuaba indeciso, el hombre lince aborrecía tener que enfrentarse a desconocidos y la chica Usu temía que la obligaran a unirse al grupo del barranco.

Los dos extraños acudieron al fuego mansos y colaboradores. Y cuando aparecieron los conejos, las perdices y alguna que otra tortuga sobre las llamas, supieron disimular el hambre y la desesperación que sentían.

Una vez que los estómagos quedaron satisfechos, todos se relajaron y un Uru más tranquilo decidió aprovechar la ocasión para indagar sobre las intenciones de aquellos forasteros. Fue el hombre llegado de lejos quien tomó la palabra primero.

–Agradecemos vuestra comida. Agradecemos vuestro fuego. Queremos colaborar y ayudar. Mañana podemos cazar juntos. La niña puede volver a encontrar el rastro. Se os ve bien. Parecéis buenos cazadores.

–Quizás sí. No estoy seguro. Ya veremos mañana. ¿De qué animal estáis siguiendo el rastro?

La conversación se interrumpió abruptamente cuando el hombre lince tropezó con un montón de piedras apiladas a la espera de ser talladas. Él solo pretendía acercarse al fuego la rata de agua que había atrapado aquella mañana, pero preocupado por pasar desapercibido, no vio el montón de piedras y perdió el equilibrio. Ante esto, hombres, mujeres y niños fijaron la mirada en él. Los miembros del grupo de la costa rápidamente regresaron a sus actividades, restando importancia a lo sucedido. El hombre y la niña continuaron con la mirada fija en el hombre lince.

–¿Qué le pasa que va tan tapado? ¡Sí no hace frío! –quiso saber el hombre.

–Es el hombre lince. Ha venido de muy lejos. Él es... diferente –respondió la joven que había nacido en las tierras del oso y que, al haberse incorporado recientemente al grupo de la costa, aún no se había acostumbrado a la presencia del hombre.

La niña pecosa se atrevió a hablar por primera vez, con determinación, mirando directamente al jefe Uru.

–Los que nos atacaron también. ¡Ellos también venían de muy lejos! Del otro lado de las altas montañas. De las montañas que permanecen siempre heladas.

Cuando la mujer Aba oyó que los foráneos habían sido atacados por gente que venía de muy lejos, se levantó y se dirigió hacia el hombre lince, que aún intentaba acercar la rata al fuego y solo deseaba que lo dejaran tranquilo. Sin dirigirle la palabra, la mujer estiró la capucha de lince para que los recién llegados pudieran ver el color de piel del hombre extraño a la luz de la hoguera.

–¿Los que os atacaron eran como él? –preguntó la mujer

–¡Ay no! ¿Qué le sucede en la cara? ¿Todo él es así? –preguntó la niña forastera, arrugando la nariz y enseñando los dientes.

–¿Estás segura? Mira con atención –exclamó la mujer Aba, intentando que el hombre lince no se volviera a poner la capucha, cosa que él intentaba con todas sus fuerzas.

–¡Y tanto! La piel de este hombre parece... –la niña no encontraba la palabra para describir el color rosa pálido–. Los que nos atacaron eran como nosotros. Eran como vosotros. Quizás más claros de piel. Pero no como este hombre.

La niña se acercó sin temor al hombre lince y a la mujer Aba, quienes agarraban la capucha, cada uno, por un lado, estirándola con fuerza. Observó detenidamente la cara del hombre descolorido.

–Este hombre, ¿todo él es así?

La mujer Aba, que había conseguido arrancar la piel de lince de las manos del hombre, no hizo más pregunta y se quedó en silencio al ver la mirada de reproche del jefe de su grupo, Uru, que empezaba a estar harto de tanta palabrería entre la mujer y la niña.

Transcurrieron unos instantes de incómodo silencio, tras los cuales Uru formuló una pregunta que llevaba rato rondando por la cabeza.

–¿De qué animal estáis siguiendo el rastro?

–Seguimos el rastro de un rinoceronte.

18. LA NIÑA NUNCA SE EQUIVOCA

Los humanos del grupo de la costa

–¡Esta no es tierra de rinocerontes! Hace mucho que no se ven por aquí. Os habéis equivocado –afirmó Uru, dirigiendo la mirada hacia sus hombres, quienes asintieron con gestos de aprobación.

–La niña nunca se equivoca. Es la mejor rastreadora del grupo. Seguimos a dos rinocerontes machos. Llevan días disputándose el territorio. Uno es más fuerte que el otro. Uno es más débil que el otro. Por eso lo seguimos. Cuando el débil caiga, lo mataré.

–¿Los habéis visto bien?

–No, pero la niña nunca se equivoca.

–¿Nunca?

–Nunca. ¿Alguna vez habéis cazado a un rinoceronte?

–Hace mucho tiempo –respondió el jefe Uru, omitiendo que fue el viejo Uyu quién cazó uno de esos animales y no él.

–Pues, ya sabéis que son difíciles de matar. Son muy agresivos. Tienen la piel muy dura. No sirve emboscar. Matar un rinoceronte es peligroso. Matar más de un rinoceronte todavía más. Pero vosotros sois muchos cazadores. También contáis con algunas chicas que pueden ayudar. Yo estoy delgado, pero mantengo el brazo fuerte. La niña los encontrará.

–Dices que un animal está débil. Dices que cuando caiga lo matarás. ¿Por qué nos necesitas? –preguntó Uru, que no lograba entender la razón de aquella oferta.

–No puedo esperar a que el débil caiga. Eso podría tardar días. La gente de mi grupo tiene hambre. Quiero matarlo mañana y llevarles la carne. Será mucha carne para llevar. Nosotros dos no podremos cargar tanto peso.

–¿Quieres que os acompañemos? ¿Hasta el campamento de vuestro grupo? ¿Quieres que carguemos con la carne? ¿Por qué tendríamos que hacerlo?

–Solo la niña puede seguir el rastro. También podemos marcharnos mañana al amanecer. Entonces vosotros no conseguiréis carne roja de rinoceronte. Nosotros sí. Tardaremos más, pero lo lograremos. Tú decides.

La mujer Aba se acercó al jefe Uru y le susurró al oído que, si no conseguía carne de rinoceronte al día siguiente, las mujeres se enfadarían con él.

–De acuerdo. Mañana la niña rastreará a los rinocerontes. Irá acompañada por uno de mis cazadores –dijo Uru, ante la atenta mirada de la mujer Aba.

–¿Entonces, nos ayudaréis? ¿A llevar la carne hasta el campamento? – insistió el hombre, con voz clara y fuerte para que todos los allí reunidos oyeran tanto su pregunta como la respuesta del jefe Uru.

–Sí

Esa noche, al hombre responsable de las decisiones en el grupo de la costa le resultó difícil conciliar el sueño. Le preocupaba la posibilidad de tener que cazar un animal que nunca había perseguido y depender de un extraño para definir la estrategia. No era el hecho de tener que transportar la carne de medio animal hasta el campamento del grupo del barranco lo que le inquietaba. Él sería uno de los que participarían, ya que deseaba observar con sus propios ojos a aquellos que habían perdido su territorio. Lo que verdaderamente lo mantenía desvelado era la incertidumbre sobre cómo evitar que ese grupo lo siguiera hasta el desfiladero. Al amanecer, Uru se durmió confiado en que el día siguiente, si prestaba atención, encontraría respuestas a sus inquietudes. Poco después de que Uru lograra descansar, la niña de rostro pecoso partió con uno de los cazadores del grupo de la costa para seguir el rastro de los dos rinocerontes. Se preveía que no regresarían hasta la tarde, por lo que el hombre del barranco se dedicó a reemplazar las puntas de las lanzas por otras elaboradas con piedra de excelente calidad. El hombre resultó ser un hábil tallador de piedra y pasó toda la mañana instruyendo a los cazadores del grupo de la costa.

Avanzada la tarde, las puntas de lanza estuvieron preparadas y ensambladas en sus respectivos mangos, de modo que cada hombre y mujer capaz de clavar con fuerza una lanza, contara con un par. Una vez finalizado el trabajo, y sin más que hacer que esperar el regreso del joven cazador y la niña, todos se tumbaron al sol. El hombre recién llegado vio una oportunidad y se acercó al hombre lince, aprovechando que este estaba solo en un rincón, trabajando en una punta de lanza.

–¿Lo cazaste tú? –preguntó el forastero.

El hombre lince se sorprendió de que el forastero quisiera hablar con él, y no entendió la pregunta.

–¿Cazar? ¿A quién?

El hombre del barranco pensó que hombre extraño, además de descolorido, debería ser lento de entendimiento, por lo que repitió la pregunta con claridad.

–Al lince... que llevas... sobre la cabeza.

El hombre lince se quitó la capucha y la miró fijamente. Al hacerlo, recordó el día en que él y el niño tuvieron que huir.

–Echo de menos al niño.

–¿A qué niño echas de menos?

–A mi hijo.

–¿Dónde está tu hijo? ¿Está muerto?

–Está vivo. Se ha marchado. Con la gente de la tierra del oso.

–¿Quién es esa gente?

–Poseen el territorio a pocos días de camino. Hace algunas lunas nos encontramos. El niño se fue con ellos.

–¿Os encontráis a menudo con otros grupos?

–No. Solo con el de la cueva del oso.

–¿Está lejos de aquí el lugar donde os reunís? ¿Qué animales cazasteis juntos? ¿Ciervos? ¿Caballos?

–Estoy cansado y no quiero hablar más.

De repente, el hombre lince sintió un profundo agotamiento debido a una creciente nostalgia. Mentalmente revisó lo que había expresado y se sintió más tranquilo al notar que no había mencionado ni el desfiladero, ni el refugio ni los caballos, ni los ciervos.

El hombre venido del barranco continuó insistiendo, lanzando miradas furtivas a las pieles de caballo sobre las que habían dormido la noche anterior.

–¿Vais de camino a ese lugar?

El hombre lince no respondió. Afortunadamente para él, que se sentía acorralado por las incisivas preguntas del hombre y los penetrantes recuerdos del niño, la niña de cara pecosa regresó gritando que había encontrado a los dos rinocerontes.

–Los animales siguen vivos. Uno está herido. ¡Vamos a cazar al herido! – exclamó la niña, que sedienta pedía al hombre de su grupo que le trajera agua. El jefe Uru tuvo que dejar de lado su orgullo y preguntarle a una niña como proceder.

–¿Vamos ahora o esperamos hasta mañana al amanecer?

La niña pelirroja tardó en responder; primero bebió y luego se echó agua por encima para refrescarse del esfuerzo. El jefe Uru no le infundía temor. Ningún hombre la intimidaba cuando se trataba de discutir sobre animales, sus rastros y la mejor manera de cazarlos.

–Han entrado a dormir en el pinar. Ahora el interior del pinar está oscuro. Durante la noche los animales dormirán. Es mejor que vayamos mañana al amanecer.

El jefe Uru se dirigió a conversar con el joven cazador que había acompañado a la niña durante el día. Deseaba saber si aquella niña era la única que podría haber localizado a los animales, tal como afirmaba el hombre del barranco.

–No he visto nada igual. Ella detecta olores que yo no percibo. Reconoce rastros que a mi se me escapan. Escucha sonidos que yo no oigo. Los rinocerontes están lejos. En la otra ladera de la colina. Yo solo no habría encontrado ningún rastro. Tú tampoco lo habrías hecho. Cuando rastrea, la niña se convierte en zorro.

Uru observó a la niña mientras esta bebía agua de un estómago vacío de ciervo. La niña era decidida y valiente, eso no se podía negar. Cuando la niña se volvió y le sonrió, con el cuerpo sudoroso y el rostro pecoso y enrojecido por el esfuerzo, el corazón de Uru se aceleró, su estómago se encogió y un nudo se instaló en su garganta.

–Como un zorro no. Como una pantera –logró decir Uru, más para si mismo que para el joven con quien conversaba.

El hombre proveniente de lejos se acercó a la niña y le susurró algo al oído. La niña protestó con un gesto y se dirigió hacia el hombre lince. Tenía que averiguar más sobre la cacería de caballos y el grupo de la tierra del oso.

–Él –dijo la niña señalando al hombre de su grupo– dice que tienes un hijo. ¿Cómo se llama tu hijo?

–Aquí todos lo llaman niño tejón.

–Vaya, todavía es un niño. Yo pronto seré una chica.

–Él también, pronto. Utu le enseñará a ser un chico. Quizás el jefe Eye le permita cazar. Mi hijo pronto será un joven cazador.

–¿Quién es Eye? ¿Quién es Utu?

–Eye es el jefe. El jefe de las tierras del oso. El chico Utu pertenece a este grupo. Se marchó con la mujer Axa. La mujer Axa es una hiena. Utu se arrepentirá de haberse ido con ella.

El hombre del barranco hizo gestos a la niña para que se acercara. La conversación no avanzaba como él deseaba y necesitaba redirigir la situación. Le indicó a la niña qué preguntas debía formular. La niña volvió a protestar, pero se sentó junto al hombre lince.

–¿El grupo del oso tiene muchos cazadores? –volvió a preguntar la niña, mirando de reojo como el hombre mayor asistía con las manos.

–Pocos. Solo son el jefe y su hermano. Ahora también mi hijo. Y también el chico Utu. ¿No estás cansada? Deberías dormir.

–¿Cuándo volveréis a encontraros con los del oso?

–Haces demasiadas preguntas.

–¿Cuándo regresará tu hijo? –la niña reformuló la pregunta para que no fuese tan evidente lo que quería averiguar.

–Él no quiere regresar. Pero si Utu se cansa de Axa, volverá. Ambos regresaran cuando los ciervos berreen. Para ayudar a los cazadores.

–¿Los del grupo del oso también regresarán?

–No, lo sé. Creo que no. Creo que solo se encuentran para cazar caballos. No para cazar ciervos.

–¿Está lejos el sitio donde cazáis los caballos? ¿Es el mismo donde cazáis los ciervos?

–Sí. No. Déjame tranquilo y vete a dormir.

Cuando el hombre lince vio a la niña hablar con el hombre mayor, pensó que él no había revelado nada. Si aquella niña había descubierto algo, había sido sin que él lo dijera. De repente, su corazón se aceleró y comenzó a sudar al darse cuenta de que efectivamente había mencionado a los ciervos. Y también a los caballos.

Cuando la luz del día llegó, una fila de hombres, mujeres y niños, todo el grupo de la costa, se dirigió hacia el pinar de la otra ladera de una colina lejana, siguiendo a una niña que mostraba signos de sueño. Cuando el sol alcanzó lo más alto del horizonte, supieron que lo que había relatado aquella niña era cierto. Todos pudieron escuchar el crujido de dos cuernos chocando entre sí y unos resoplidos lejanos. No podían ser los machos de ciervo, era demasiado temprano

para que hubiera comenzado la berrea y hasta ese momento no habían avistado ninguno de esos animales. Asimismo, el sonido que les llegaba no era de astas entrelazadas. Agarraron con fuerza sus robustas lanzas y corrieron hacia el origen de aquel estruendo.

Los lobos

Desde hacía varios días, los lobos habían estado siguiendo el rastro de los rinocerontes y, una vez que los localizaron, no les perdieron de vista en ningún momento. Aquellos dos rinocerontes, entre combate y combate, se desplazaban hacia el norte, y ahora la manada se encontraba al límite de su territorio, en la parte norte. Si no los atacaban pronto, aquellas presas cruzarían hacia el territorio de un grupo de lobos vecino y entonces ellos, solo cuatro individuos, no tendrían ninguna oportunidad de éxito.

Desde la cima de la colina, la experimentada líder de la manada llevaba un tiempo observando los movimientos de los dos animales. Aunque vigilaba con atención, no se decidía a atacar, ya que los rinocerontes se mantenían en un área abierta, lo que ponía a los lobos en desventaja. De vez en cuando, se veía obligada a mostrar los dientes a sus impacientes compañeros para que permanecieran tumbados y quietos hasta que ella decidiera su próximo movimiento. Cuando el macho dominante se acercó para acariciarle el hocico, ella le hizo entender que no tendrían que esperar mucho más, dado que había notado que uno de los rinocerontes era más corpulento y fuerte que el otro, y que las fuerzas del más débil comenzaban a flaquear. El lobo macho, aunque líder del grupo, pero más joven que la hembra, comprendió su señal.

Cuando el rinoceronte herido emprendió la huida, perseguido al trote por el vencedor del combate, la loba dio la señal de ataque; debían cazar al animal que se retiraba, herido, agotado y asustado. No les costó gran esfuerzo derribar a la enorme bestia, pues esta se dejó caer al primer mordisco. En su enfrentamiento con el otro macho de rinoceronte, el más débil había perdido un ojo, parte de su cuerno mayor y presentaba una profunda herida en la dura piel del costado derecho, por donde empezaba a perder parte de sus intestinos. Cuando los cuatro lobos se lanzaron sobre su víctima, el rinoceronte macho, vencedor del combate, se dio por satisfecho y se retiró a inspeccionar el territorio recién conquistado.

Los lobos tuvieron el tiempo justo de devorar las entrañas, todavía palpitantes, de aquella bestia porque las hienas hicieron acto de presencia. La loba no

lograba comprender cómo las hienas habían conseguido olfatear la presa y llegar tan rápido al lugar de la matanza. No fue sino hasta un tiempo después que se percató de que las hienas debían haber estado siguiéndolos a ellos, los lobos. A pesar de que el número de hienas no superaba al de los lobos, la loba, a regañadientes, dio la orden de retirada; las hienas eran de mayor tamaño, más fuertes y mejor organizadas. Si la manada de lobos hubiese estado compuesta por individuos experimentados, podrían haber intentado defender lo que consideraban suyo; sin embargo, con animales inexpertos e impulsivos, no había nada que hacer.

De todos modos, habían podido saciar sus estómagos, al menos por un tiempo.

Las hienas

Durante varios días, habían estado siguiendo a los lobos, conscientes de que, tarde o temprano, estos tomarían la decisión de cazar a uno de los dos rinocerontes. Las hienas, por su parte, debían tener paciencia. Una vez que los lobos lograran abatir a uno de los rinocerontes, ellas tendrían la ventaja, a pesar de ser solo tres; eran más robustas, su mordedura era más poderosa y los lobos las temían.

Por lo tanto, no les resultó difícil que la hembra dominante de la manada de lobos se retirara y les dejara el rinoceronte muerto. El joven macho de hiena comenzó a salivar mucho antes de que los lobos se alejaran. Sin embargo, no estaba al mando del pequeño grupo; debía estar atento a las órdenes de su líder, la hembra que ocupaba la cúspide de la jerarquía. Al verla enfrentarse a la loba, la percibió más corpulenta, audaz y valiente de lo que jamás la había visto. Babeando, arqueó su espalda, erizó su pelaje y mostró claramente los colmillos que aún poseía, dispuesto a apoyar a aquella hembra que comenzaba a despertar su interés.

Lo que ni él ni las dos hembras de hiena esperaban era que, una vez que los lobos se retiraran, otro depredador quisiera disputar aquella presa. Si los humanos deseaban el rinoceronte, las hienas tendrían que enfrentarse a ellos. Nunca se debía subestimar a los humanos. Sin embargo, con una buena estrategia, ellas, siendo más robustas y feroces, contaban con la ventaja de estar ya sobre el animal muerto.

Lo que las hienas no tuvieron en cuenta fue que, entre los humanos, había una criatura de pelo rojizo, tan feroz como ellas mismas.

VI. En algún punto de la Cataluña interior

19. UNA DECISIÓN DIFÍCIL

Los humanos del grupo de la costa

Los hombres comenzaron a correr, armados con lanzas. Las mujeres y los niños también los siguieron, ansiosos por observar las imponentes bestias de dos cuernos. Sin embargo, las mujeres y los niños debían esperar. Los cazadores los detuvieron antes de llegar a la cima de la colina. Era preciso obrar con cautela; antes de descender, era necesario rodear un extenso prado para aprovechar el viento a su favor. Si los hombres lograban tener éxito, las mujeres y los niños tendrían la oportunidad de ver el rinoceronte en el momento en que les tocara descuartizarlo.

A medio rodear el prado, los cazadores escucharon que uno de los animales era perseguido por el otro y se apresuraron a interceptar al que huía. Antes de poder ver al rinoceronte, se dieron cuenta de que los lobos se les habían adelantado y que serían ellos quienes capturarían aquella presa. El jefe Uru y la niña pecosa coincidieron en que debían continuar avanzando. La niña sabía que los lobos no eran numerosos y que los hombres podrían arrebatársela la presa, siempre que las hienas no llegaran antes.

Uru sabía que los lobos estaban concentrados en derribar a la bestia, y dio la orden de dispersarse para rodearlos. Con gestos de su mano, indicó a cada uno de sus hombres la dirección que debían tomar. No pudo señalar nada a los foráneos, pues ya habían desaparecido entre los árboles.

Uru fue el primero en llegar al lugar de la matanza, pero allí no había ningún lobo; en su lugar, encontró a una niña pelirroja subida encima de un inmenso rinoceronte, empuñando dos lanzas, gritando como una loca y enfrentándose a unas hienas indecisas. ¿Cómo había logrado aquella niña, ella sola, ahuyentar a los lobos? ¿Acaso no se daba cuenta de que las hienas estaban a punto de atacar? ¿No temía a las hienas? ¿Era verdaderamente valiente o simplemente insensata? La impresión que le causó aquella niña, casi una chica, desarmó por completo a Uru. Un grito de ella le hizo reaccionar.

—¡Uru, muévete y ven a ayudarme!

Uru tardó unos segundos en obedecer, pues nunca antes nadie, ni uno de sus hombres, ni la mujer Aba, le había dado una orden como aquella. Nunca. Nadie.

—Tienes una hiena detrás. Date la vuelta. Déjame a mi las que están al frente —gritó finalmente Uru, situándose junto a la niña, espalda con espalda—. ¡Aguanta! Los hombres no tardarán en llegar.

El primero en acudir fue un hombre del grupo del barranco, y a Uru le pareció que aquel hombre no se impresionaba en absoluto al ver a la niña sobre el rinoceronte. Se colocó junto a ella, pues era quien más hienas tenía acosándola, y Uru era lo suficientemente fuerte como para enfrentarse solo a las demás. A Uru, el tiempo que sus cazadores tardaron en llegar se le hizo eterno. Cuando finalmente aparecieron, el jefe les reprochó el retraso, a lo que ellos se justificaron alegando que encender teas de pino requería tiempo. Con el fuego, los humanos lograron hacer que las hienas se retiraran y pudieron proceder a la tarea de procesar la carne.

Las hienas

Al macho de hiena, encontrarse con la niña, le cogió por sorpresa. Aquella cría crecida de humano era mucho más ágil que cualquiera de las hienas, ya que había saltado sobre la bestia muerta en un abrir y cerrar de ojos. Observó, sin saber qué hacer, a su líder, y percibió que ella estaba tan sorprendida como él. La vio dudar unos instantes, lo suficiente para que la humana tomara ventaja.

El macho observó a la criatura que pretendía arrebatárles la presa y la notó que era escuálida, seca, débil, y no entendía por qué la líder de su manada no daba la orden de atacar. Fue entonces que, al darse la vuelta por orden de la hembra, vio venir un hombre que también saltó sobre la presa. Aquel humano era tan fuerte como un humano podía ser y también llevaba palos afilados.

La situación se había complicado, pero la hiena hembra aún valoraba sus opciones; por el momento, se acercarían, presionando, con el pelo erizado y mostrando los colmillos, para poner nerviosos a los dos humanos y hacer que se separaran. Entonces ellas atacarían al más débil de los dos, la niña. La llegada de un tercer humano detuvo su avance. La presencia del fuego provocó su retirada, ya que, y esto era lo único en lo que los humanos las aventajaban, ellos dominaban el fuego.

Las hienas se retiraban, pero no se marchaban del todo, ya que sabían bien que los humanos nunca llevaban enteras a su campamento las presas de tamaño considerable. Como máximo, se llevaban las patas y la cabeza.

El macho de hiena se tumbó en el suelo, cerca de las dos hembras, inmóvil, escondido, observando como actuaban los humanos. Mientras ellos descuartizaban, a él le pareció que únicamente se llevarían la carne y dejarían toda la osamenta para ellas.

Solo había que esperar.

Los humanos

Desde el momento en que Uru vio a la niña pecosa saltar sobre el rinoceronte muerto y enfrentarse a las hienas con un coraje que nunca había presenciado en ninguno de sus hombres, supo que deseaba contar con una joven con esas habilidades en su grupo. Y que le sería muy grato hacerle hijos con el cabello tan rojo como la sangre de aquella bestia de dos cuernos.

Conforme avanzaba la mañana, Uru se iba dando cuenta de que le convenía cumplir con lo que los forasteros le habían pedido y dirigirse al campamento del grupo del barranco. Había varias cosas que deseaba averiguar. En primer lugar, quería saber cuántos hombres había en aquel grupo. Era muy importante conocer la naturaleza del líder, si era agresivo e impulsivo o, por el contrario, prudente y sereno. También era crucial determinar hacia dónde se dirigían y cuál era el grado de desesperación que experimentaban. Además, si el jefe de aquel grupo le manifestaba gratitud por traerles la carne del rinoceronte, tal vez aceptaría que la niña casi chica se uniera a él y al grupo de la costa. Ese hombre podía quedarse con su hija de ojos verdes, Usu, quien había demostrado ser fértil y parir sin complicaciones. No había necesidad de mencionar que la chica se había vuelto perezosa.

Sí, la bestia.

Uru regresó al presente, consciente de que había mucho que descuartizar y de que no podía estar seguro de si las hienas y los lobos se habían marchado o continuaban al acecho. Envío a un joven a buscar a las mujeres y los niños, así como las piedras más afiladas y resistentes que hubieran podido elaborar aquellos días. La piel de aquel animal era considerablemente más dura que la de los ciervos, y si las herramientas no eran de buena calidad, se romperían al intentar clavarlas. Mientras esperaba, Uru se dedicó a observar aquel inmenso

animal; en pie, seguramente superaría la altura del cazador más alto, incluso la del hombre lince. Observó el cráneo del rinoceronte y frunció el ceño al darse cuenta de que el cuerno más grande de la bestia se había roto en el combate con el otro macho. Aquellos animales eran muy raros de ver; de hecho, él solo había visto uno una vez, cuando era pequeño y el jefe de su grupo, un Uyu en plena forma, hundió la lanza en el pecho de un rinoceronte y lo abatió. Desde aquel día no habían avistado ninguno más, ni en los territorios donde pasaban los veranos, ni cerca de la costa, ni en el risco. Y aquel cuerno le habría sido útil para muchas cosas, para muchas cosas...

Los gritos de los niños al ver a la bestia abatida en el suelo lograron que Uru volviera a concentrarse en la tarea que tenía por delante. Todos debían trabajar, debían hacerlo con rapidez y él tenía que dirigirlos. Pero antes de que pudiera emitir la primera orden, la mujer Aba ya había organizado una cadena operativa: el hombre recién llegado se había puesto a afilar unos cuchillos de sílex; las mujeres, los jóvenes cazadores y los niños mayores habían comenzado a abrir la dura piel del animal, mientras los cazadores más veteranos vigilaban por si las hienas o los lobos intentaban recuperar la presa

El hombre lince no sabía dónde colocarse ya que deseaba ayudar porque quería probar el hígado y la carne del animal abatido. Observó, aún indeciso, que todos colaboraban en la tarea, a excepción de la joven Usu que se hacia la remolona. Los gritos del recién llegado, solicitándole ayuda para afilar los cuchillos de piedra, lo hicieron reaccionar. Aunque su destreza con la piedra no era comparable a la del anciano Uyu o la de la joven Unu, se defendía bastante bien. Satisfecho de ser útil, se sentó junto al hombre del barranco, tomó una piedra con el filo dañado y comenzó a retocarla.

Uno de los cazadores dio un toque en el brazo del jefe Uru, señalando al hombre lince que trabajaba la piedra. Uru arrugó la nariz y dirigió su mirada hacia la mujer Aba. Si a ella le parecía adecuado, a él también, ya que respetaba su juicio en lo que concierne a la organización del despiece del animal. Mientras tanto, él aprovechó unos momentos de descanso. Cuando los que cortaban llegaran a las patas, seguramente lo buscarían, pues era el más hábil en detectar tendones y ligamentos. Si no se cortaban en los puntos correctos, no habría forma de separar las extremidades del cuerpo. Uru aprovechó esos breves instantes de reposo para observar a la niña casi chica, que, cuchillo en mano, tenía los brazos y la cara tan rojos como su pelo. Suspiró y se dispuso a vigilar que ninguna bestia perturbara el trabajo de tantos.

La noche se acercaba y gran parte de la carne aún permanecía en el animal que yacía en el suelo del bosque. Era necesario establecer un campamento improvisado y trabajar hasta finalizar la tarea. La luz lunar les favorecía, dado

que era luna llena, permitiéndoles ver dónde clavaban el cuchillo de piedra sin necesidad de antorchas encendidas, las cuales estaban dispuestas en un perímetro alrededor del rinoceronte muerto, con el niño mayor del grupo encargado de alimentarlas para que no se extinguieran.

Solo cuando el trabajo concluyó y gruesas tiras de carne y grasa reposaban sobre pieles de caballo, hombres, mujeres y niños pudieron degustar el hígado grasiento del animal. Una vez agotado, devoraron el resto de las vísceras antes de que se echaran a perder. Uru intentó romper el cráneo del rinoceronte a hachazos, pero fue completamente incapaz, por lo que tuvieron que dejar el nutritivo cerebro a merced de las hienas, suponiendo que estas lograrán romper los duros huesos del cráneo con sus poderosas mandíbulas.

Los lobos

Después de haber abatido a uno de los machos de rinoceronte, del cual solo pudieron probar una parte de los intestinos, los lobos debieron decidir si esperaban ocultos o se lanzaban a por el otro animal. La hembra dominante olfateó a las hienas, que habían optado por esperar a que los humanos se marcharan para devorar lo que quedara. Ella no deseaba enfrentarse nuevamente a esos animales, las hienas. Decidió asediar al rinoceronte que había salido victorioso del combate. Sin embargo, este animal aún conservaba fuerzas, a pesar de su cansancio tras la lucha. En un par de ocasiones, los lobos intentaron acercarse, pero el rinoceronte se les enfrentó con éxito, obligándolos a retroceder. Finalmente, aceptaron que una pequeña manada de lobos no podía hacer frente a un poderoso rinoceronte de dos cuernos.

No les quedó más opción que esperar a que los humanos primero, y las hienas después, se marcharan para poder devorar lo que quedara, que seguramente sería muy poco.

Los humanos

Al amanecer, con las fuerzas renovadas gracias al consumo de las entrañas del rinoceronte y con la creciente luz de un nuevo día, separaron la carne en dos grupos. La mitad del tocino y de la grasa debía ir al campamento de la gente del barranco, mientras que la otra mitad se destinaría al campamento del yacimiento de sílex.

Uru, el niño mayor del grupo de la costa, la joven venida de las tierras del oso y la chica Usu cargarían con toda la carne que pudieran y seguirían al hombre, que también iba muy cargado, y a la niña pecosa, hasta encontrar a la gente que se había quedado sin territorio y que estaban muriendo de hambre. La niña guiaría al grupo y se encargaría de llevar las lanzas y hachas de piedra de los demás. La niña había mencionado que, a paso de hombre cargado, tardarían un día y una mañana, por lo que esperaba llegar al campamento la tarde del día siguiente.

El resto del grupo de la costa, guiados por la mujer Aba, llevaría la otra mitad de las pesadas tiras de carne y grasa hasta el campamento que habían abandonado el día anterior. Uru temía que las hienas o los lobos siguieran el rastro del olor de la carne e intentaran atacar al grupo, ya fuera en el camino o una vez descargaran la carne en el campamento. También podría ocurrir que los animales permanecieran un par de días cerca del cadáver, alimentándose o peleando entre ellos, dejando a los miembros del grupo tranquilos.

—No os entretengáis por nada. Ni para comer ni para dormir. Los cazadores vendrán con vosotros. Ellos pueden cargar mucho peso. Ellos defenderán la carne. Dejad hacer al hombre lince. Que cargue con lo que pueda. Deja que coma carne de rinoceronte. Ha ayudado con las herramientas. Así llegaréis al campamento con luz del día. Id por el interior del bosque. Ya sabes que el sol malogra la carne. Ya sabes que el sol derrite la grasa.

—El viento ha cambiado y proviene del norte. La carne y la grasa resistirán. En el campamento prepararemos la carne. Os esperaremos. ¿Quieres llevarte a la chica Usu? ¿Estás seguro de ello? —preguntó la mujer Aba al jefe Uru.

—Sí.

—¿Quieres que se quede con ellos?

—Sí.

—¿Quieres que venga la chica del pelo rojo?

—...sí.

—No es buena idea.

—¿El qué?

–Dejar a Usu con la gente del barranco.

–¿No querías que la chica se marchara? Siempre dices que se ha vuelto holgazana. Que no ayuda a ninguna de las mujeres.

–Quiero que se vaya. Pero no con el grupo del barranco. Podría indicarles cómo llegar al desfiladero. Podría explicarles que es un buen lugar. Para cazar ciervos durante la berrea. Para cazar caballos durante el paso.

–Ella nunca lo haría.

–Podrían obligarla a golpes. No es una buena idea.

Uru se quedó reflexionando. Lo que la mujer decía tenía sentido. Pensó por un buen rato, valorando lo que su hija aportaba al grupo, y no encontró nada. Era cierto que la chica se quedaba fácilmente preñada y podía parir sola sin complicaciones, como había demostrado el invierno anterior. Pero, ¿de quién se quedaría preñada si permanecía en el grupo de la costa? Él, como jefe, era su padre y todos sabían que cuando una mujer se quedaba preñada de un padre, hermano o hijo, la criatura que nacía no era normal. Y de niños malformados no deseaba en el grupo. Ya era bastante complicado que un niño fuerte soportara el proceso del destete sin perder la vida, como para tener que dedicar esfuerzos a mantener a un niño deforme que jamás sería cazador.

Sí, la chica Usu debía irse.

Pero tal vez lo que decía la mujer Aba era sensato. Según lo que había explicado el hombre forastero, la gente del grupo del barranco estaba desesperada por encontrar un nuevo territorio y, si no lo hallaban pronto, el grupo desaparecería porque todos morirían, ya fuera de hambre, depredados por algún carnívoro o víctimas de alguna enfermedad que los iría consumiendo poco a poco. Uru sabía bien que los animales desesperados y acorralados eran capaces de cualquier cosa. Los humanos no eran diferentes. Lo que más temía Uru era que esa gente lograra encontrar el camino hacia el desfiladero y que quisieran los ciervos y los caballos para sí.

Sí, no era buena idea que la chica Usu se quedara con la gente del barranco.

Sin embargo, por otro lado, se encontraba la joven pecosa.

Uru no lograba sacarla de su mente; subida como una pantera sobre un rinoceronte muerto, sonriéndole tímidamente y exigiéndole que se moviera y la ayudara. Él deseaba contar con esa chica en su grupo; quería sus habilidades como rastreadora, anhelaba que el valor de la joven se contagiara entre sus cazadores, y ansiaba tener aquel cuerpo pequeño bajo el suyo.

Sí, quería a la chica pecosa en su grupo.

–¡No puedes tenerlo todo! –exclamó la mujer Aba, quien, después de tantos años al lado de Uru sabía interpretar a la perfección sus expresiones corporales y faciales.

–A veces me das miedo –replicó Uru, dándose la vuelta para que ella no pudiese discernir sus pensamientos.

–La niña de pelo rojo te traerá problemas. Nos los traerá a todos.

–¡Calla mujer! Estás celosa.

–Problemas. A todos.

Los humanos del grupo de la costa

La tarde en que Uru llegó al campamento de la gente del barranco, todos estaban aguardando su llegada. La niña se había avanzado y, al llegar él, hombres, mujeres y niños se estaban pintando las marcas del grupo en la piel desnuda de pelo.

Uru jamás había presenciado algo semejante. Lo que observaba era pura miseria, miseria por todas partes. Los rostros demacrados de los hombres, los pechos de las mujeres secos como colgajos, los vientres hinchados de los niños; todo lo que Uru tenía ante sí evidenciaba la desesperación de aquella gente. La visión de unos niños masticando fémures desprovistos de carne, que Uru reconoció como huesos humanos, le reveló las extremas condiciones de supervivencia a las que habían llegado, y se sintió aliviado de llevar consigo tanta carne de rinoceronte.

Al observar con mayor atención, Uru identificó la marca en la piel de la niña pecosa, la de forma de remolino, que también llevaban la mujer líder del grupo y algunos otros jóvenes. La marca del hombre, un palo derecho atravesado por palos más cortos, la vio en el hombre que parecía liderar a los cazadores, quien llevaba una piel de félido. También notó un par de marcas distintas en otros hombres, mujeres y niños. Uru estimó que aquel grupo del barranco era la unión de varios grupos, probablemente provenientes de territorios próximos.

—Este es el jefe Uru. Es el jefe del grupo de la costa. Hemos cazado juntos el rinoceronte. Nosotros dos no podíamos transportar toda la carne. Lo acompañan las chicas y el niño. Ellos nos han ayudado. A llevar la carne —dijo el hombre mayor al hombre de piel de félido.

—Te saludo Uru. Soy el jefe del grupo del barranco. Te estamos muy agradecidos. Cómo ves, necesitamos la carne —respondió un hombre encorvado, delgado y cansado, con una piel que le cubría los hombros.

A Uru le intrigó aquella piel desde el primer momento en que la vio.

—Te saludo, jefe del grupo del barranco. ¿De qué animal es la piel? No tiene manchas.

—De león —respondió el jefe.

–¿De león? Quieres decir de leo...pardo?

–No. De león –el hombre acercó a Uru una de las patas de la piel para que pudiera observar la disposición de los dedos y la almohadilla central.

–Nunca he visto una huella de ese animal. Por aquí no hay leones. Debéis de venir de lejos.

–La piel proviene de más allá. De las grandes montañas nevadas. De la vertiente opuesta a nuestro territorio. La llevaba uno de los que nos atacaron. No aquellos que nos atacaron recientemente. Sino los que nos atacaron antes. Cuando yo era niño. Entonces logramos vencerlos. Esta vez, no hemos podido. Mi hermano debe habértelo explicado.

Uru asistió con las manos, esperando más explicaciones.

–Buscamos un territorio vacío. Todos los que hemos encontrado estaban ocupados. O eran pobres en recursos. Con la carne de rinoceronte recuperaremos las fuerzas. Continuaremos nuestro camino. Hacia allá –dijo el hombre, señalando hacia el poniente–. Espera un momento, ahora necesito restablecer el orden.

En ese momento, Uru se dio cuenta de que hombres, mujeres y niños se estaban peleando por obtener un trozo de la carne cruda que habían descargado sobre unas esteras vegetales. Un niño lloraba sin que ninguna mujer fuera a consolarlo, unas jóvenes se tiraban del cabello, dos mujeres se mordían entre sí, y uno de los hombres había ido a buscar un hacha de piedra. Los hermanos del jefe observaban la escena, aguardando una orden de este.

Un grito del hombre, acompañado de algunos puntapiés, hizo que la multitud se retirara de la carne. El hombre de la piel de león hizo un gesto a sus tres hermanos para que tomaran las lanzas e impidieran el acceso a las tiras de carne y grasa. También envió una señal a la mujer que lideraba el grupo para que encendieran varios fuegos.

–Llevamos mucho tiempo sin comer carne roja. Nuestros estómagos están encogidos. Si comemos ahora, vomitaremos todo. Primero pasaremos la carne por el fuego. La digeriremos mejor. Hay carne suficiente para todos. Esperaremos – y tras decir esto, el jefe tomó una lanza y se colocó junto a sus hermanos.

Uru observó a las dos jóvenes y al niño de su grupo y notó que estaban atemorizados. A pesar de su edad, nunca se había enfrentado una situación similar. La desesperación por el hambre transformaba a las personas, volviéndolas impredecibles, eso lo sabía bien Uru, al igual que sabía que aquello podía acabar afectando al grupo de la costa. Uru volvió a fijar la mirada en el hombre de la piel de león y se dio cuenta de que este no era impulsivo; al

contrario, era prudente y sensato. Sin embargo, también percibió que era capaz de cualquier cosa para asegurar la supervivencia de su gente.

Uru y los tres miembros de su grupo se sentaron a esperar que los demás comieran y se calmaran. Ellos no tenían hambre, ya que no hacía mucho que se habían saciado con el hígado y los órganos internos del rinoceronte antes de partir.

La niña pecosa tampoco sentía hambre y se sentó junto a Uru.

Uru, al ver que el jefe del grupo del barranco estaba ocupado, se levantó, cogió a la niña del brazo y la llevó a un lugar apartado donde Usu no pudiera oírlos. La niña se dejó llevar.

–Eres muy buena cazadora y... –aquí Uru hizo una pausa para observar a la niña, que lo miraba fijamente– ...y eres muy valiente. El grupo de la costa cuidaría bien de ti. Somos un grupo fuerte. Los niños no mueren al destetar. Somos un grupo con niños y viejos. Somos un buen grupo.

Uru iba a añadir que poseían un extenso territorio con abundantes recursos, pero se contuvo. No era prudente alardear de territorio cuando los demás estaban desesperados por encontrar uno.

–Sí. Ya lo veo. Veo la grasa que aún conserváis. Veo las pieles de caballo. Te veo a ti –dijo la niña, mirando con admiración al hombre.

Un silencio incómodo se estableció mientras hombre y niña esperaban.

–¿Te gustaría quedarte con nosotros? –preguntó finalmente Uru.

La niña sonrió, y su rostro se sonrojó, adquiriendo el mismo color que su cabello. Con voz titubeante y mirando hacia donde los miembros de su grupo devoraban ansiosamente la carne del rinoceronte, la niña asintió.

–Sí que me gustaría. El grupo del barranco no tiene territorio. El grupo de la costa sí. Pero no sé si el jefe querrá. No sé si la mujer que manda querrá. Tienes que hablar con ellos. Espera a que hayan saciado su hambre.

Uru hizo caso a la niña y esperó a que el hombre hubiera llenado su estómago. Cuando vio que este se disponía a tumbarse para dormir, Uru se levantó. Debían emprender el camino de regreso al campamento lo más pronto posible, así que fue directo a lo que le interesaba.

–Quiero a la chica de pelo rojo. La quiero en mi grupo. Ella desea venir. He hablado con ella.

–No es una chica, es una niña. Demasiado joven para decidir por sí misma. Demasiado joven para que la dejes preñada.

Uru se tensó, las venas de su cuello se inflaron y comenzó a apretar los puños. No le agradó la respuesta del otro. El jefe del grupo del barranco se percató de la creciente tensión y decidió actuar con mayor delicadeza, pues no convenía que Uru se sintiera ofendido. Al menos, no en ese momento.

–Voy a hablar con la niña. Espera.

El hombre se llevó a la niña donde Uru no pudiera oírlos. Más que hablar con ella, a Uru le pareció que la estaba regañando y que la niña hacía morros.

–La niña se ha equivocado. No se irá del grupo.

Uru se sintió decepcionado ya que había hecho a la idea de tener aquella casi chica en su grupo y ahora se resistía a partir sin ella. Uru buscó con la mirada a la chica Usu y la encontró rodeada de chicos jóvenes del grupo del barranco. La mujer Aba le había dejado bien claro que no podía dejar a Usu con la gente de aquel grupo, pues podía guiarlos hasta el risco.

Él también lo sabía. Sin embargo...

Sin embargo, el deseo por la feroz chica de cara pecosa y cabello cobrizo pudo más que la cautela que la situación exigía. Uru se convenció de que, a pesar de que la chica Usu mencionara el paso del desfiladero y los caballos, los demás jamás encontrarían el camino. Lo primordial era asegurarse de que nadie los estuviera siguiendo en el momento en que él y el resto del grupo emprendieran el regreso hacia el risco.

–¿Ves como los hombres miran a la muchacha? ¿Te has fijado en los ojos de Usu? Ojos del color de la hierba tierna. Ninguna mujer de tu grupo tiene esos ojos –afirmó Uru, seguro de su jugada.

–Ya me he dado cuenta. Ojos del color de la hierba tierna... –respondió el hombre, dirigiendo su mirada hacia la joven y suspirando.

–Usu es de baja estatura, pero fuerte. Ya ha parido sin ninguna complicación. Puede quedarse preñada de inmediato. ¿Te interesa la chica de ojos color hierba? ¿La quieres en tu grupo?

–¿Dices que ya ha parido? – el hombre intentaba encontrar una explicación a que la joven, hija del jefe de la costa, hubiera tenido un hijo dentro del mismo grupo. Finalmente, optó por preguntar a su hermano, quien había convivido más tiempo con la chica.

Uru siguió con la mirada al hombre que llevaba la piel del león sobre los hombros y lo vio intercambiando impresiones con el hombre mayor que había acompañado la niña de rostro pecoso a rastrear el rinoceronte. El jefe del grupo del barranco regresó poco después, con un semblante serio.

–Mi hermano dice que Usu es perezosa. Que las mujeres no la quieren. Que no las ayuda –el hombre se giró para mirar a la chica, desde la distancia–. Tiene unos ojos preciosos. Lástima. Pero no la quiero.

En ese instante, la chica Usu interrumpió a los dos hombres, enfadada y con los ojos llorosos.

–¡Eres un malnacido! –gritó la joven a su padre.

–¡Cállate! –ordenó Uru, cogiendo del brazo a la chica y llevándola a un lugar apartado para que nadie escuchara como la joven le gritaba.

La chica Usu estaba fuera de sí y estalló en un llanto desconsolado.

–¿Tan poco te importa tu hija? ¿Quieres que me muera de hambre? ¿Acaso no los ves? ¡Son unos muertos de hambre asquerosos! Me dijiste que no tendría que irme.

–Y no te fuiste con el grupo de Eye.

–Quieres que me quede en este grupo. Te he oído bien.

–¿También has oído que no te quieren? Te pasas el día tumbada. Sin hacer nada de provecho. Solo sirves para darme dolor de cabeza. Eres un estorbo para el grupo –gritó Utu cansado de los problemas que aquella chica le generaba a él y al resto del grupo.

–No pienso dirigirte la palabra nunca más. ¿Me has escuchado bien? Eres peor que una hiena –replicó la joven con furia.

–Mejor, no hables más con nadie.

El jefe Uru se encontraba de muy mal humor y, con un grito, ordenó a la chica proveniente de las tierras del oso y al niño mayor de su grupo que se prepararan para partir.

El camino de regreso al campamento fue incómodo y silencioso. La joven Usu estaba decidida a cumplir la orden de Uru; no hablaría con nadie, nunca más. La otra chica y el niño no se atrevían a abrir la boca, conscientes de la tensa situación entre padre e hija.

Al cabo de dos días, se reunieron con el resto del grupo de la costa en el yacimiento de sílex, sin más incidentes. La carne de rinoceronte había resistido bien las adversidades del viaje. Durante días se dedicaron a preparar herramientas de buen corte y puntas resistentes de lanza. No les faltaba comida y no tuvieron que preocuparse por salir a buscar alimento, por lo que se

concentraron en lo que los había llevado hasta el afloramiento de la piedra buena.

La carne de rinoceronte se agotó justo cuando llegaron las lluvias. El verano llegaba a su fin y el grupo abandonó las tierras ricas en sílex para dirigirse hacia el risco.

La joven Usu dejó de hablar, incluso con la anciana Izi. Su apatía y desgano aumentaban, se mostraba cada vez más ociosa. Solo se movía para caminar, de manera desganada, siguiendo el paso del grupo, sin recoger alimento en el camino. De hecho, dejó de comer, pues un nudo se había formado en su garganta, impidiendo que tragara nada sólido. Izi fue la primera en darse cuenta de que la joven volvía a encontrarse mal, tan mal o peor que en el barranco la primavera anterior. La anciana no sabía qué podía hacer para ayudar a la chica a recuperarse. Quizás si su hermano gemelo estuviera con ella, la joven reviviría. Tal vez el muchacho Utu se cansaría pronto de la mujer Axa y regresaría al desfiladero en otoño, para cazar ciervos.

Si eso sucedía, la joven Usu se recuperaría. Si no...

Uru logró sobreponerse a la decepción que todo esto le generaba, concentrándose en el camino de regreso. Se detuvo en varias ocasiones, retrocediendo parte del trayecto para asegurarse de que nadie los seguía. Decidió tomar un camino más largo, dando un gran rodeo, para ascender a un cerro desde donde pudiera vigilar si alguien los estaba siguiendo.

Nadie los siguió. Uru estaba seguro de ello. Sin embargo, algo en su interior comenzó a inquietarlo. No era solo la añoranza que sentía por la joven de rostro pecoso, sino algo más que no le permitía estar tranquilo. Por ello, envió al mejor rastreador del grupo a deshacer parte del camino. Si no ocurría ningún imprevisto, se volverían a encontrar en el risco en unos pocos días. A otro cazador lo envió directamente al desfiladero para comprobar que ninguna bestia, y mucho menos ningún extraño, hubiera llegado antes que ellos. Cada final de verano actuaba de la misma manera. Cada final de verano encontraba el abrigo tal y como lo había dejado la primavera anterior: vacío.

Los lobos

Las lluvias de otoño se aproximaban. La época más árida del año se desvanecía y los lobos sabían que, pronto, la hierba volvería a cubrir los prados.

Ahora que las lluvias estaban cerca, era momento de regresar al centro del territorio, donde los ciervos se congregaban para aparearse. Ellos, los lobos, preferían cazar a las indefensas crías recién nacidas o incluso a las hembras gestantes, en lugar de a los vigorosos machos con sus peligrosas cornamentas. Pero faltaban muchas lunas para que llegara la primavera y, hasta que no llegaran, debían alimentarse. Por ello, se dirigieron hacia el paso del desfiladero, donde sabían que los machos de ciervo no tardarían en comenzar a berrear.

La presencia de los humanos en el mismo camino no les inquietó, ya que no representaba un problema para ellos, siempre y cuando se mantuvieran a distancia.

Las hienas

Después de alimentarse de los restos del rinoceronte que los humanos habían dejado atrás, las hienas permanecieron en las cercanías, decidiendo sobre su próximo rumbo. Los humanos se habían marchado, seguidos por los lobos. Curiosamente, tras algunos días, los humanos regresaron, aunque no eran los mismos; los que aparecieron posteriormente eran más numerosos que aquellos que les habían quitado el rinoceronte muerto. Al verlos partir, la hembra dominante del grupo de hienas decidió seguirles.

Ante ese nuevo grupo de humanos, las hienas se mantuvieron ocultas, aguardando que estos cazaran algún animal de gran tamaño y pudieran aprovecharse de la osamenta. Sin embargo, aquellos humanos no parecían tener interés en la caza; estaban secos, desprendían un olor desagradable y parecían más centrados en rastrear a otros humanos que en capturar presas de carne roja. A pesar de ello, la hembra líder de las hienas decidió continuar siguiendo al grupo humano.

Durante los días de viaje, el macho observó que el olor de las dos hembras había cambiado, tornándose más intenso y pegajoso. El macho lo venía notando a lo largo del trayecto, y en varias ocasiones se acercó a la hembra dominante, pero siempre la halló poco receptiva, optando por retirarse con prudencia sin intentar nada más. No obstante, los efluvios que emanaban de la piel de las hembras, especialmente de la líder, lo volvían loco. Su hambre había desaparecido y se sentía constantemente excitado. Al ser el único macho en el pequeño grupo, tenía asegurado el acceso a las hembras, siempre y cuando ellas lo permitieran. Solo quedaba esperar el momento propicio, que sería

cuando ellas decidieran. Por el momento, solo podía seguirlas dócilmente y mostrarse manso y afectuoso.

Los humanos

La noche que llegaron al desfiladero, el cazador que Uru había enviado adelante los estaba aguardando. Había encendido una hoguera para dar la bienvenida tanto a los mayores como a los pequeños y hacerles entender que no había peligro, que todo estaba en orden.

–Nada. No he visto ninguna bestia. Tampoco a ningún humano.

–¿Estás seguro? –preguntó el jefe Uru para asegurarse.

–Seguro. Los únicos rastros que he encontrado son nuestros. Los que dejamos al cazar los caballos. Son rastros de hace varias lunas.

El jefe Uru continuaba preocupado porque no sabía nada del cazador que había dejado atrás, el cual había quedado vigilando que la gente del grupo del barranco no los siguiera.

–Mañana intentaremos cazar algún animal. Tú acompañarás a las mujeres y los niños. Cuando salgan a buscar gusanos y caracoles. Y mantente alerta. Que la chica de la tierra del oso te ayude.

–¿Quieres decir que es necesaria tanta precaución?

–Algo me dice que así es. Lo noto en las tripas ¡Ve con las mujeres! –ordenó Uru, sintiendo nuevamente aquel vacío repentino en su vientre que tanto lo desconcertaba.

Cuando llegó el cazador que había quedado atrás, asegurando que nadie los había seguido, Uru, en lugar de sentirse aliviado, volvió a experimentar una angustia en sus entrañas.

–Nada. No he encontrado ninguna señal. Ningún rastro de humano. Solo he detectado a los lobos. Una manada os ha seguido hasta el risco.

–Los lobos no me preocupan. ¿Has notado algo extraño?

–Restos devorados de un zorro. No fueron los lobos. No supe quién se lo había comido.

–¿Estás seguro?

El hombre era hábil rastreador y hizo valer su destreza de cazador ante el jefe del grupo.

–Solo encontrarían el desfiladero si nos hubiesen seguido. Si alguien nos hubiera seguido, lo habría visto. No nos han seguido. Ni a vosotros ni a mí. Nadie vendrá nadie a quitarnos el refugio.

Lo que el cazador decía tenía sentido, aunque Uru no podía deshacerse de un mal presagio.

Los zorros

Los zorros habían llegado a los pies de la pared rocosa, siguiendo a los humanos. Al percatarse de que estos pretendían permanecer uno de los abrigos una temporada, los zorros retrocedieron hasta un área repleta de madrigueras de topillos, no lejos de donde los humanos se habían instalado. Cuando se encontraron con un humano solo, escondido entre la vegetación, se asustaron ya que los humanos nunca andaban solos. Ante esta situación inusual y ante una posible amenaza que ello pudiera representar, los zorros optaron por huir en direcciones opuestas y en reencontrarse más tarde.

Sin embargo, el joven zorro de aquella familia olvidó el principio de la prudencia y sucumbió a la curiosidad. Regresó hacia donde el humano se ocultaba. El tufo que este emanaba le era conocido, o eso creía. Se acercó lentamente por detrás, y cuando el humano notó su presencia y se volvió, él se agachó. Había olfateado bien, era uno de los humanos que había visto en el grupo que seguía y que se había instalado en el risco. Lo que el zorro no comprendía era por que se había quedado rezagado y solo. El zorro permaneció inmóvil, observando las acciones del humano. Este era un macho que parecía esperar algo. Al notar que no tenía intención de cazar ni portaba comida, el zorro se retiró con la misma cautela con la que había llegado. El cazador volvió a girarse y esta vez tampoco lo vio.

Satisfecha su curiosidad, el animal se dirigió a reunirse con el resto de su familia que se había dispersado por los alrededores, para explicarles que se habían asustado por nada, que era solo uno de los humanos que tantas veces les habían gritado, pero nunca perseguido.

Antes de reunirse con los suyos, alguien lo encontró.

No lo vio aparecer, no lo olfateó, ni escuchó su acercamiento. ¿Cómo era posible que no lo hubiera detectado? Ahora que lo tenía cerca, el olor del cuerpo

de aquel humano le indicó que no pertenecía a su grupo conocido. ¿Qué hacía allí otro humano? ¿Sabía el humano que había encontrado anteriormente que, no lejos de su posición, había otro humano acechándolo? Aquel humano que acababa de hallar parecía más hábil que el primero, ya que se movía con agilidad y sigilo, sin provocar el menor ruido en el sotobosque. Como un zorro.

El animal comenzó a retirarse, decidido a alejarse de aquellos humanos que estaban emboscados pero que no parecían tener intención de cazar; sin embargo, una punta de piedra afilada atravesó su cuello.

Aquel segundo humano, además de ser sigiloso, era rápido, incluso más que el joven zorro.

Luchando por respirar, el animal percibió que el humano que lo había cazado era una cría hembra crecida, con el pelaje del mismo color que la sangre que lo estaba ahogando.

OTOÑO VII. Cueva del oso (la actual cueva de las Teixoneres y cueva del Toll, Moia)

21. EL AMIGO ALADO

Los humanos del grupo de las tierras del oso

Habían pasado un buen verano, a pesar de que este fue enjuto y escaso en caza. Las lluvias habían llegado puntualmente, y de la tierra árida emergían brotes tiernos mientras los ciervos se preparaban para la época de celo. La mujer Axa se aseguró de que el jefe Eye se dirigiera a la cueva del oso para la berrea del ciervo. Axa era consciente de su avanzado estado de gestación y, cuando la mujer Ipi le insinuó que esperaba gemelos, se apresuró a recordarle a Eye su acuerdo. Axa deseaba asegurarse de que, al momento del nacimiento de las dos criaturas, pudiera conservar suficiente grasa para producir la leche necesaria.

Así fue como el grupo pasó parte de aquel otoño en la cueva del oso. Tanto el joven Utu como el niño tejón se sentían a gusto dentro de aquella pequeña cavidad a pesar de ser conscientes de que se encontraba en territorio de hienas y osos. No obstante, la cueva estaba bien protegida por el fuego que ardía en la entrada, el cual mantenía alejadas a las bestias. El niño tejón se mostraba contento de contar con alguien con quien jugar, conversar y abrazar durante las noches. Ebe, además de ser su amiga, cumplía el papel de la madre que el niño nunca tuvo.

Aquellos fueron días dedicados a la caza del ciervo. Desde el interior de la cueva, podían escuchar los machos berrear a lo largo de toda la noche, y a veces también durante la mañana. Todos sabían que los animales estaban más concentrados en impresionar a otros machos para ganarse el derecho de aparearse con las hembras, que en lo que los humanos pudieran estar haciendo. La cueva ofrecía un lugar privilegiado para organizar las cacerías, desde donde podían salir cada madrugada y regresar al atardecer con un ciervo que se hubiera mostrado demasiado confiado. Con la carne de los ciervos, lograrían acumular grasa en sus vientres y caderas para afrontar los días secos y fríos que estaban por llegar.

La berrea del ciervo concluyó mientras las lluvias aún eran presentes y el viento frío y seco del norte aún no había anunciado la llegada del invierno. Los animales se dispersaron, lo que llevó al jefe Eye a cambiar de estrategia. El

grupo permanecía en la cueva durante períodos cortos y solo ocasionalmente. Muchos días los pasaban en constante movimiento, recorriendo robledales y pinares, aprovechando todos los recursos que el entorno les ofrecía, tales como setas, raíces, frutos, larvas de insectos o cualquier pequeño mamífero que lograran atrapar. De vez en cuando, el grupo se desplazaba a la cueva para intentar cazar algún ciervo que permaneciera solitario en las cercanías.

Un día, se adentraron en el robledal para saciarse con la carne amarga de las bellotas. Eye se sentía satisfecho y empezaba a confiar en su posición como líder de los cazadores. Habían llegado al robledal en el momento oportuno, justo antes de la caída de las hojas, que es cuando las bellotas que yacían en el suelo del bosque alcanzaban su madurez. La humedad de aquel lugar era tal que, de haber llegado media luna más tarde, se habrían encontrado con los frutos germinados, aprovechando que el frío aún no se había presentado.

El niño tejón entró por primera vez en un robledal una mañana soleada en la que el viento soplaba con determinación. Allí, protegidos del frío, crecían altos árboles de corteza agrietada, con copas anchas y densas, troncos gruesos y cubiertos de musgos y líquenes. Lo que más llamó la atención del niño fueron los matices de las hojas. Había visto robles en otras ocasiones y sabía que las hojas eran verdes cuando hacía calor y que cambiaban de color cuando el viento variaba de dirección y venía del norte, terminando secas en el suelo del bosque con la llegada del frío, para renacer con la llegada de la primavera. Sin embargo, nunca había presenciado un bosque entero de estos árboles y se sintió sorprendido por las diversas tonalidades de las hojas: algunas permanecían verdes, otras habían virado a un amarillo brillante, otras a un amarillo apagado y unas pocas se habían tornado anaranjadas. Donde mirara, una espesa y colorida cubierta vegetal impedía que los rayos del sol alcanzaran el suelo, pero al mismo tiempo iluminaba las hojas por encima, causando que el niño se sintiera conmovido, aunque no sabía por qué.

Bajo las hojas se encontraba un escaso estrato herbáceo donde reposaban montones de bellotas, esperando que alguien las recogiera o que la humedad las hiciera germinar. En el centro del robledal había un claro donde se erguía, imponente, un roble centenario. Su magnitud sorprendió al chico Utu, a la chica Unu y al niño tejón, quienes nunca habían visto un árbol tan alto, con tantas ramas y con un tronco tan retorcido. Bajo las ramas de aquel roble, el grupo construyó una estructura para protegerse del viento y allí durmieron, amparados por las ramas de aquel árbol tan antiguo, durante varias noches.

No eran los únicos que disfrutaban de las bellotas. También acudían los jabalíes, la osa, así como roedores y arrendajos. Cuando los jabalíes se acercaban a visitar el viejo roble, lo hacían en gran número para devorar las bellotas. En esos momentos, los humanos intentaban clavar la lanza en alguno de los lechones, aunque no siempre lo conseguían. Cuando era la osa la que se

presentaba, ellos mantenían una distancia prudente, esperando que el animal se hartara y se marchara para poder recuperar el espacio.

La osa

Desde hacía días, la osa estaba irritada.

Se acercaba el tiempo de invernar y ella ya se encontraba cerca de la cueva donde había pasado el último invierno, junto a su hermana. Durante el verano había comido bien: brotes tiernos, raíces, endrinas, moras y frambuesas, así como invertebrados y alguna carroña que había logrado encontrar antes de que las hienas se la quitaran. En otoño, había acumulado grasa en abundancia, gracias a los frutos, bayas y, sobre todo, a las nutritivas bellotas. Sin embargo, por las bellotas tuvo que competir con los humanos, cuyo olor le resultaba aún más repugnante que el de las hienas. No obstante, había comprobado que estos eran fáciles de asustar; solo necesitaba anunciar su llegada con suficiente antelación para dar tiempo a los humanos a retirarse.

La mañana en que la osa olfateó el viento del norte, supo que no pasaría mucho tiempo antes de que cayera la nieve. Era hora de prepararse para dormir, aunque ella continuaba preocupada por la infección en su morro. Desde su encuentro con aquella hiena solitaria, poco tiempo después de haber despertado de la hibernación, un afilado colmillo de hiena se había incrustado en la carne de su nariz, penetrando profundamente. Durante los días cálidos y secos del verano, el morro no le había causado dolor, pero ahora, al llegar el otoño, sentía molestias y la herida había comenzado a supurar pus. Tenía reservas suficientes, pero no se atrevía a entrar en la cueva en esas condiciones.

Cuando unos días más tarde apareció su hermana, la osa se decidió. Una tras otra, las dos osas avanzaron por el largo pasillo hasta la húmeda sala interior. Allí se tumbaron, espalda contra espalda, dándose consuelo mutuamente y diciéndose que se volverían a ver en primavera.

Para dormir, lo que necesitaban era tranquilidad y enfriar su cuerpo.

Los humanos

Una mañana, mientras el grupo visitaba el robledal, el jefe Eye se enfadó con el niño tejón, quien toleraba siempre y cuando no se acercara demasiado.

–Estoy harto de oírte decir que serás cazador –gritó Eye.

–Soy valiente y no te tengo miedo. Pronto seré un chico cazador –replicó el niño, levantado la voz.

–No eres todavía un chico. No serás nunca cazador. Tienes muslos de cuervo. Tenso la piel y el pelo de un viejo. No podrás emboscar a ningún animal sin asustarlo. Tienes un pequeño gusano entre las piernas. Ninguna mujer querrá que te subas encima.

Eye sacó pecho, exhibiendo sus genitales, muslos y brazos y dejando claro que aquel niño jamás acompañaría a los cazadores.

Al niño tejón le dolió el comentario del jefe e hizo una mueca de desagrado. Se sentía avergonzado de que todos hubieran escuchado lo que había expresado Eye. No tenía ninguna simpatía por el jefe de aquel grupo y se prometió a sí mismo que comería en abundancia para desarrollar unos brazos tan fuertes como los de aquel hombre, con la firme convicción de que, al crecer, él ocuparía el puesto de jefe, desbancando a aquel estúpido presumido.

El niño sabía que podía llegar a ser tan fuerte como Eye. Sabía que podía ser incluso más listo. Solo requería paciencia y tiempo. En el presente, lo más prudente era guardar silencio y obedecer.

A la niña Ebe también le supo mal lo que su hermano mayor había dicho acerca del niño. Abrió una mano y observó al pájaro que sostenía con fuerza. Con un susurro, le prometió al pájaro que no se separaría nunca de aquel niño, a quien comenzaba a considerar un chico.

El joven Utu, al percatarse de la ternura con la que la niña miraba al niño, esbozó una sonrisa. Aquella pareja le recordaba a él y a su hermana en su infancia. Observó al jefe Eye y sintió rabia al ver que continuaba riéndose, andando como un urogallo ante las mujeres. Decidió que dedicaría más tiempo a instruir al niño sobre lo que debía hacer para convertirse en la persona que anhelaba ser, asegurándose de que aquel jefe presumido no volviera a burlarse de él.

El zorro

El zorro era joven y aún mantenía su espíritu travieso. Había crecido lejos de aquella cueva, pero desde que la encontró, dejó de buscarla. Era una cueva amplia, no muy ancha, pero sí alargada, con una galería espaciosa al fondo. Él se conformaba con la entrada, donde había excavado una pequeña madriguera para refugiarse durante las horas de sueño.

Sabía que, al fondo de la cueva, dos osas habían comenzado su hibernación. Había observado cómo preparaban su lecho, y ahora estaban inmóviles; las osas dormían, y si ellas permanecían en ese estado, no había peligro para él, pues no tenía intención de molestarlas. Pasaría todo el invierno en aquella madriguera, y cuando regresara la primavera, se marcharía antes de que los dos animales despertaran. La presencia de los humanos cerca de su madriguera le inquietaba ligeramente, pero estos parecían más interesados en los ciervos que en los zorros y no parecían molestarles que ella merodeara entre los huesos que arrojaban al exterior y que se acumulaban a pocos pasos de la entrada.

Otro factor que influyó en la decisión del zorro de establecerse en aquel lugar era el torrente que se encontraba no lejos de su madriguera. En sus aguas podría cazar ratas de agua, y si estas escaseaban, podría dirigirse rápidamente al bosque de pinos para atrapar ratones, o al robledal para cazar topillos, o incluso acercarse al lejano prado en busca de algún conejo.

Aquella mañana, el zorro se sentía particularmente juguetón y, en lugar de devorar al topillo que había cazado, comenzó a jugar con él. Sin embargo, en un descuido, el pequeño roedor logró escapar, dejándolo sin alimento. Decepcionado, se acercó a la cueva de los humanos por el margen inferior y comenzó a remover los huesos que habían sido desechados la noche anterior.

El grito agudo de un humano hizo que levantara la cabeza, logrando esquivar justo a tiempo un objeto que fue arrojado desde el interior de la cueva. Se apresuró a investigar lo que le habían lanzado, con la esperanza de que se tratara de uno de los huesos de ciervo que tanto apreciaban los humanos.

Y efectivamente, era alimento, pero no un hueso de animal; era una pequeña ave blanca, aturdida por la caída. Con una pata, movió al pájaro y comprobó que aún respiraba. Con otro golpe de pata, el ave comenzó a rodar por el margen, cuesta abajo, moviendo sus alas y patas de manera poco coordinada. El zorro se animó y empezó a jugar con aquel pequeño animal, hasta que una piedra impactó en su espalda. Al volverse, vio a un humano en la entrada de la cueva, gritando y agitando los brazos para espantarlo.

El zorro se asustó y su instinto le indicó que debía huir rápidamente hacia la seguridad de su madriguera. Tuvo tiempo justo de agarrar la pequeña ave con la boca y llevársela antes de que una lluvia de piedras comenzara a caer sobre él.

Lamentablemente, dentro de la madriguera, el pájaro se le escapó, yendo a refugiarse en la sala del fondo. El zorro, descontento, decidió olvidar su presa, ya que el riesgo de encontrarse con una osa despierta no justificaba la escasa carne de aquella pequeña ave.

Los humanos

—¡Eres un malnacido Eye! —gritó la niña Ebe al ver a su hermano mayor arrojar a su querido pajarito blanco fuera de la cueva.

—¡Estoy harto de tus tonterías! ¡Estoy cansado de este pájaro! Tú no te lo comes. El zorro se lo comerá —Eye regresó hacia el fuego y se tumbó junto a él.

La niña Ebe corrió hacia la entrada de la cueva con la intención de descender por el borde en busca de su amigo, cuando vio al zorro golpeando al ave con su pata. Se agachó, tomó unos nódulos de buen cuarzo que los hombres deseaban trabajar esa mañana y los lanzó con furia y buena puntería.

El niño tejón corrió a ayudar a la niña, gritando y lanzando piedras para asustar al animal y así poder recuperar lo que Eye había arrojado.

Ninguno de los dos niños esperaba que el zorro cogiera el pájaro con su boca y se escapara corriendo.

A pesar de la sorpresa inicial, los ambos salieron corriendo detrás del animal y no les resultó difícil seguir el rastro de pequeñas plumas blancas que el zorro dejaba a su paso. Pronto se dieron cuenta de que el rastro entraba en la cueva, donde todos sabían que dos osas habían comenzado a dormir hacía poco.

Los dos niños se quedaron de pie, perplejos, ante la entrada de la cueva, sin saber cómo proceder.

—No podemos entrar. Lo sabes, ¿verdad? —preguntó la niña, mirando fijamente el fondo de aquel largo y estrecho pasillo.

—El pájaro está dentro. El pájaro está vivo. Lo sé. Yo entraré —respondió el niño con voz firme mientras comenzaba a avanzar.

—¡Quédate donde estás! —ordenó la niña, sintiendo como sus piernas se aflojaban—. No podemos entrar allí. Si lo hacemos, las osas se despertarán. Si las osas despiertan, nos comerán. Olvídate del pájaro. Regresemos con el grupo.

—Tú has visto el rastro. El zorro ha entrado con el pájaro.

–Ya debe estar muerto. El zorro se lo ha comido. Regresemos a la cueva – dijo la niña, y esta vez su tono parecía más una súplica que una orden

Sin embargo, el niño no la escuchaba. Estaba decidido a encontrar al pájaro, aunque se hubiese convertido en un amasijo de carne y plumas. Él, el niño tejón, no tenía miedo, no era como el hombre lince y hallaría al pájaro, incluso si debía ir hasta el fondo de aquella maldita cueva. Y demostraría a la niña Ebe que pronto sería un cazador de animales de carne roja y no un inútil que solo podía cazar conejos.

El niño avanzó lentamente hacia el interior de la cueva. Una vez dentro, se detuvo para acostumbrar sus ojos a la oscuridad. Notó que la temperatura había aumentado, se quitó la capucha, que allí no le era necesaria, y la guardó entre las pieles de conejo.

La niña lo atrapó a medio camino de la sala donde dormían las dos osas. Enfurecida, le cogió la mano y lo estiró con fuerza hacia el exterior. El niño se resistió.

–¡Dime que nunca seré como el hombre lince! –gritó el niño, liberándose de la mano de la niña y golpeándola en la espalda.

Ambos niños se insultaron y se golpearon durante un tiempo hasta que se cansaron y finalmente se sentaron en el suelo del pasillo de la cueva, donde casi no llegaba la luz.

–El chico Utu me está enseñando. Me fijo y estoy aprendiendo mucho. Estoy fortaleciendo mis piernas y brazos. Tengo más fuerza y he crecido. Soy valiente.

–Te creo, pero ya hemos ido demasiado lejos. Yo salgo, tú haz lo que quieras. Eres menos listo que un sapo. Eres más tonto que un erizo –masculló la niña, enfadada y asustada, mientras comenzaba a regresar hacia la salida de la cueva, sin darse cuenta de que también pasaba de largo la madriguera del zorro.

El niño no la siguió; continuó avanzando por el estrecho pasillo de la cueva, decidido a demostrarle a la niña, y a sí mismo, que era valiente.

La niña permaneció en la entrada, escuchando. Indecisa sobre si debía ir a avisar a algún adulto, gritar para que el niño saliera de una vez o entrar a buscarlo.

Finalmente, la niña no tuvo más remedio que adentrarse en aquella cueva donde dormían dos enormes osas de las cavernas para sacar al niño que, a pesar de que ella había dejado muy claro que no podía entrar, lo hizo.

Las osas

La osa no lograba encontrar el lugar. Por más que buscaba, no hallaba el sitio donde crecían aquellos sabrosos frutos de dulce sabor. Se dio la vuelta y regresó sobre sus pasos. Reflexionó. A pesar de sus esfuerzos, no conseguía encontrar el camino hacia aquel sotobosque repleto de alimento. Quizás se encontraba un poco más abajo, siguiendo el río. Pero no, tampoco estaba allí. Era como si este se hubiera esfumado. Su angustia aumentaba. Tenía hambre. Miró su abdomen y vio que se encontraba muy delgada. Demasiado delgada. Levantó la vista y observó cómo comenzaba a nevar. Volvió a mirar su abdomen y supo que no sobreviviría al invierno, no con esa barriga tan magra. Si al menos pudiera hallar aquel lugar lleno de frutos, pensó, podría saciar su estómago antes de entrar en la cueva. Sin embargo, por más que buscaba, no encontraba nada y tampoco veía a su hermana por ninguna parte. Ahora tampoco recordaba dónde estaba la cueva. Creía haber seguido el río aguas abajo, por lo que tendría que remontarlo. Lo intentó, pero la cueva no estaba.

Tenía el estómago vacío.

No encontraba los frutos.

No hallaba la cueva.

Comenzaba a nevar.

Se moriría.

Alguien se acercaba.

La joven osa se despertó de repente. Su corazón latía con fuerza y su mandíbula le dolía de la tensión acumulada. Aún sentía la angustia de saberse perdida, de saber que ya no había tiempo. Se incorporó para olfatear el aire que le llegaba del exterior. Necesitaba recuperar una respiración pausada antes de volver a dormir. Sabía que no era bueno despertarse una vez comenzada la hibernación, pero también sabía que si se volvían a dormir enseguida sería como si no se hubieran despertado. Lo que ocurría era que le daba miedo volver a la misma pesadilla. Así que se permitió estar despierta un rato para apartar aquel angustioso recuerdo de su mente.

Su hermana dormía a su lado y la osa la olfateó; olía mal. Volvió a olfatear, a oscuras, con más atención. El hedor provenía del morro de su hermana dormida, de una fea herida causada por una mordedura de hiena. La osa dormida respiraba con rapidez y su corazón también latía con fuerza.

La osa que estaba despierta comprendió que la osa que dormía no se levantaría cuando llegara la primavera.

En esos momentos, lo que ella necesitaba era ralentizar la respiración y disminuir el metabolismo para evitar quemar más reservas de grasa.

Fue entonces, despierta, cuando olfateó que realmente alguien se acercaba y que aquel otro hedor no provenía de su hermana herida.

Se puso en guardia. Fuese lo que fuese, ella estaría preparada.

22. EL SUEÑO DEL OSO

Los humanos del grupo de las tierras del oso

La mujer Axa había seguido las huellas de los dos niños y ahora se dirigía hacia la cueva. Al llegar a su entrada, titubeó. No podía creer que las huellas condujeran hacia el interior. Resultaba evidente que los dos niños habían entrado en la cueva; uno había salido solo para regresar después. Decidió dar media vuelta y fue a buscar al joven Utu.

–No es posible. No has interpretado correctamente las huellas. Nadie podría ser tan imprudente. Ni siquiera esos dos niños –le respondió el chico.

–Entonces ven y compruébalo por ti mismo –replicó la mujer–. Han entrado en busca del pájaro.

Cuando se encontraron frente a la entrada, el chico se llevó las manos a la cabeza y tuvo que admitir que la mujer tenía razón.

–¿Debemos ir a buscar al jefe Eye? –preguntó el chico, que realmente no sabía qué hacer.

–¡Vamos!

El jefe Eye tampoco comprendía cómo era posible que aquellos dos niños hubieran entrado en la cueva. Escuchó con atención y percibió sonidos amortiguados que provenían del interior, pero no logró identificarlos.

–Estoy cansado de esta niña. Harto del pájaro que siempre lleva consigo. Estoy cansado del niño extraño. No tengo intención de buscar a nadie. Por mí, que las osas se los coman –exclamó el jefe Eye, malhumorado, mientras daba media vuelta y se topaba con el resto del grupo, que lo había seguido.

–¡Solo son unos niños! Yo iré a buscarlos –gritó la mujer Axa, enfadada con el líder del grupo.

Eye la detuvo. Era necesario tener cautela. Si no entraba en la cueva y alguna de las osas mataba a la mujer, se habría evidenciado que él era más sabio al haber tomado una decisión que lo mantenía vivo. Sin embargo, si la mujer entraba sola y regresaba con los dos niños, él quedaría como un cobarde ante su gente. No podía permitir que una mujer embarazada demostrara más valor que un jefe.

El jefe Eye no tuvo que reflexionar mucho más, ya que el chico Utu lo apartó y se dirigió al vestíbulo de la cueva. Quería demostrar a la mujer Axa que, a

pesar de su juventud, era valiente. De cualquier forma, había prometido al hombre lince que cuidaría del niño, y no era conveniente que este terminara en el estómago de una osa medio dormida.

Eye, a pesar de ser mucho más prudente, no tuvo más remedio que seguir al chico y colocarse al frente.

La mujer permaneció en el exterior observando cómo aquellos dos hombres se adentraban en la oscuridad. El resto del grupo, reunido en la entrada de la cueva, se miraba con preocupación. Podían perder a un jefe y a un joven que había demostrado ser un excelente cazador. Quedarse solo con un cazador sería desastroso para el grupo, especialmente cuando llegara el invierno más crudo. Todo esto era consecuencia de aquel niño extraño y de aquella niña desobediente.

–Esta niña siempre hace lo que quiere. No la has educado bien –recriminó la mujer Axa a la madre de la niña.

–¿Qué quieres que haga? Esta niña es imposible. Ignora todo lo que le digo. Siempre está hablando y hablando. Me provoca dolor de cabeza –respondió la mujer Ipi, quien nunca había logrado que su hija pequeña le obedeciera.

–¡Mira cuán pocos somos! Sería el colmo que alguien resultara herido. Cuando salga, espero que la apalees –dijo la chica Unu, quien, acostumbrada a pertenecer a un grupo numeroso, se sentía insegura en su actual reducido grupo.

–¿Qué hago? ¿Entro yo también? –preguntó el hermano menor de Eye.

–Ni se te ocurra. Tú te quedas aquí con nosotras –respondió su madre, Ipi.

Todos guardaron silencio, escuchando. De repente, se oyó un grito agudo seguido de uno muy grave. Un silencio. Nuevamente, gritos de hombres y, otra vez, aquel grito grave. Y ruidos de alguien corriendo y golpes.

La gente en la entrada se asustó y comenzó a gritar también. Nadie sabía qué hacer: si entrar a ayudar a los que estaban dentro o huir para salvar su vida. Todos estaban muy nerviosos y los dos niños pequeños comenzaron a llorar.

La espera fue breve, pero a quienes aguardaban angustiados en la entrada de la cueva les pareció una eternidad.

El primero en salir fue el jefe Eye, corriendo tan rápido como sus piernas le permitían, arrastrando a una niña muy asustada. El chico Utu tardó un poco más en salir, llevando en brazos a un niño que no paraba de protestar. Este último sostenía en una mano un manojo de plumas y en la otra un pájaro sin cabeza.

Lo que más sorprendió a quienes esperaban fuera de la cueva fue que, una vez que los dos hombres hubieron salido, no se detuvieron, sino que continuaron corriendo en dirección al curso de agua.

—¡Vamos! ¿Qué hacéis? ¡Corred! —fue lo único que pronunció el chico Utu, girándose hacia la gente que se mantenía indecisa en la entrada.

—¡Corred! —gritó la mujer Ipi, y todos comenzaron a correr hacia el agua.

Fue en ese momento que se volvió a escuchar el grave rugido en la entrada de la cueva. La gente, que ya había empezado a correr, se detuvo un instante, justo para girarse y ver a la gran osa.

La osa se había despertado.

Las osas

Estaba muy enfadada.

Ya sabía ella que no era seguro invernar tan cerca de la cueva que ocupaban los humanos. Cuando entró en la cueva por primera vez y vio los restos de otras osas muertas, debió haber sospechado que el lugar no era adecuado. Sin embargo, su hermana había insistido, a pesar de sus protestas, y ella cedió.

Ahora estaba realmente furiosa.

Su hermana fallecería pronto a causa de la herida en el morro.

A ella la habían despertado los humanos.

Ahora ya estaba activa y muy enfadada.

Si podía, atraparía a uno de aquellos humanos que habían entrado en la cueva y lo destrozaría. Luego devoraría sus entrañas, para recuperar las fuerzas y la grasa que, sin duda, estaría perdiendo en aquel momento de molestias.

El primero que se le acercó fue un pequeño pájaro asustado, babeando y arrastrando un ala por el suelo; al instante, ella le arrancó la cabeza. Después se topó con una cría humana que gritaba agudamente y que buscaba algo con insistencia. Poco después, apareció otra cría humana que también comenzó a chillar. La osa pudo acorralar a ambas crías contra la pared y, cuando ya se creía con derecho a devorarlas, aparecieron más humanos, esta vez adultos. Uno de ellos agarró a la primera cría y se la llevó rápidamente hacia el exterior de la

cueva. Otro humano cogió a la segunda cría y también echó a correr. Ella salió detrás de todos aquellos humanos que tanto la irritaban, a pesar de que sabía que probablemente no los atraparía.

Pero es que estaba tan enfadada...

Los humanos

Cuando la gente llegó al torrente, cesaron de correr. Sudados, asustados y cansados tras la corta pero intensa carrera, se giraron y vieron a la gran osa en un punto distante de donde se encontraban. El sol se había ocultado tras unas nubes grises y el viento frío había regresado. Al sentir el viento helado en sus rostros, comprendieron que no podían quedarse allí y que debían volver a la cueva, al calor del fuego, si no deseaban que el sudor se les helara sobre la piel.

Cautelosamente, comenzaron a regresar a la cueva y encendieron un gran fuego que les secó el pelo sudado y les protegió de aquella enorme bestia. Una vez que todos estuvieron secos, calientes y a salvo, enviaron a los dos niños al rincón más alejado de la cueva, apartados del resto. Todos estaban enfadados con la niña Ebe y el niño tejón y no deseaban tenerlos cerca. Los tres hombres y la mujer que lideraba el grupo se reunieron junto al fuego. Debían tomar decisiones importantes. La primera era qué hacer con aquellos dos niños desobedientes y la segunda era qué hacer con aquella osa que se había despertado y que no tenía intención de volver a hibernar.

—Yo me encargaré del niño. Le prometí a su padre que lo cuidaría. Si puedo cuidarlo, también puedo castigarlo. No volverá a hacer una tontería como esta —dijo el chico Utu, quien aún no sabía cómo haría para disciplinar al niño—. El niño afirma que entró el primero. Que Ebe no tiene la culpa.

—Ebe no puede permanecer aquí por más tiempo —manifestó la mujer Ipi, quien nunca había sentido el más mínimo afecto por su hija.

—Es aún muy joven. No es fértil. Ningún grupo la aceptará —añadió la mujer Axa, quien se había sumado a la conversación.

—Yo no la quiero aquí —replicó nuevamente la mujer Ipi, girando la cabeza en busca de la aprobación de su hijo mayor—. Tal vez no le falte tanto. Cuando yo fui chica, era como ella. Tenía la misma estatura que Ebe. A Ebe le debe quedar poco.

El líder del grupo quedó pensativo. En ese momento, solo había tres mujeres fértiles en el grupo, de las cuales dos estaban embarazadas. La joven Unu había quedado preñada tras copular con Eke, su hermano muerto en el abrigo del risco. La mujer Axa también estaba embarazada y todos sabían que la criatura tendría ojos verdes. La tercera mujer ya había dado a luz a dos hijos del viejo jefe, quien había fallecido hacía tiempo, y uno de ellos todavía mamaba. Solo quedaba aquella niña, que era su hermana y que aún no podía concebir.

—Sí. Esta primavera, la niña Ebe se irá. Esta primavera llegará una joven fértil al grupo. Una joven que me dé descendencia —afirmó finalmente Eye.

—Es demasiado pequeña —protestó nuevamente Axa.

A Eye no le agradaba que le cuestionaran sus decisiones. Por ello, se levantó y, con los puños apretados, respondió a la mujer.

—O la niña Ebe se marcha... O tú y Unu perderéis a las criaturas. Las que lleváis en vuestros vientres. Y tendréis que copular conmigo. Hasta que volváis a quedar preñadas.

—¡Ni se te ocurra! No harás nada a las mujeres embarazadas —gritó su madre Ipi, interponiéndose entre el hombre y las dos mujeres.

—No te preocupes, mujer Ipi. No soy como mi hermano fallecido. No tocaré a las mujeres. Pero no quiero esperar. Está decidido. Esta primavera, una joven vendrá al grupo. Y la niña Ebe dejará el grupo —dicho esto, Eye se levantó y salió de la cueva.

Las dos mujeres permanecieron en silencio, mirando hacia el rincón donde se encontraban los dos niños, asustados por el castigo que los adultos estaban por decidir.

Cuando comenzó a oscurecer, Eye regresó a la cueva y encontró a todos calentándose cerca del fuego.

—Todavía queda algo por decidir: la osa. Acabo de ver huellas frescas en el barro. Muy cerca de aquí. No entiendo por qué este animal sigue merodeando. No sé por qué no vuelve a dormirse —dijo el jefe, quedándose en silencio un instante—. Se ha convertido en un peligro. Mañana por la mañana saldremos a cazarla.

El rostro del joven Utu cambió de color y comenzó a temblar. Cazar un gran oso de las cavernas no estaba en sus planes. Él se había imaginado que, en un grupo reducido como aquel, su habilidad sería valorada para cazar ciervos y corzos, pero no tenía ninguna intención de enfrentarse a un oso. Ya había tenido suficiente con las hienas. Ese grupo le generaba estrés y comenzaba a arrepentirse de haber dejado su grupo natal. Además, se sentía apático y

cansado en los últimos días. No lograba explicar por qué, pero sentía que sus fuerzas comenzaban a flaquear, indicio de que algo no estaba bien. ¡Y ahora el jefe quería salir a cazar osos! Comenzaba a extrañar al grupo de la costa y, sobre todo, añoraba profundamente a su hermana gemela.

La tarde no había concluido y aún quedaba un buen rato de luz, así que Eye y su hermano se sentaron en un rincón a preparar las lanzas. Cuando Utu se unió a ellos, le dieron un trozo de sílex para que trabajara. Al niño tejón lo enviaron, junto con la niña Ebe, a buscar resina de pino.

—¿Sabes cómo hacer una buena punta de lanza? —preguntó Eye al chico.

—Por supuesto que sé —respondió Utu, ofendido, a pesar de que en realidad siempre había necesitado ayuda para completar cualquier pieza.

—Entonces tienes trabajo. Estas lanzas no son adecuadas para cazar osos. Debemos hacernos puntas nuevas, más resistentes. Puntas afiladas con buena piedra —explicó Eye, que golpeaba con precisión un nódulo de sílex, haciendo saltar pequeñas lascas que iba observando y separando en grupos.

El chico cogió un nódulo y comenzó a girarlo para adivinar por qué lado debía empezar a golpear. Recordó que Uyu, el viejo maestro ya fallecido, siempre le repetía que primero debía imaginarse la herramienta que quería conseguir antes de dar el primer golpe. Una vez visualizara la forma dentro de la piedra, sabría por dónde comenzar. Pero, por más que el chico miraba, no encontraba ninguna punta de lanza dentro de aquella piedra redonda y comenzó a golpear el nódulo al azar. Tras un rato de golpes, tuvo que admitir que aquello no se asemejaría a ninguna punta de lanza a menos que alguien le ayudara.

—Escucha, Eye, ahora no estoy seguro. ¿Debo continuar por este lado? ¿O empiezo a golpear del otro? —preguntó el chico, tragándose el orgullo al darse cuenta de que no tenía, ni de lejos, la habilidad del hombre que estaba frente a él.

—Mira cómo lo hago yo. Ahora por este lado. Ahora por este otro. Dame la piedra que la terminaré yo —dijo Eye, dejando de golpear las aristas de su piedra con un trozo de cuerno de ciervo al contemplar el desastre que el chico había hecho en el sílex.

Los niños no se encontraron con la osa y, al regresar a la cueva con las manos llenas de la pegajosa y aromática resina de pino, los hombres aún estaban ocupados con las puntas. La mujer Ipi los esperaba y colocó la resina en la parte cóncava de una concha que siempre llevaba atada a la cintura con un trozo de tripa seca. Mientras los hombres terminaban las herramientas, ella separó unas brasas del fuego, hizo caer la resina sobre la concha y la puso sobre las brasas. Eye fue el primero en completar su punta de sílex y tomó las tres lanzas más

largas que tenía, rompió las puntas de cuarzo y realizó una incisión en el extremo de la madera.

—¿Por qué las rompes? ¡Si aún servían! —protestó el chico Utu.

—No tenemos tiempo para buscar ramas nuevas. Tendríamos que enderezarlas. Debemos aprovechar estas viejas lanzas. Están bien. Solo hay que cambiar la punta.

Una vez que los tres palos estuvieron listos, Eye se acercó a los restos del corzo cazado el día anterior y puso mala cara.

—Niño, busca en el lugar donde duermes. A ver si encuentras las tripas del corzo. La mujer Ipi las ha tirado. O con los huesos. O quizás las ha echado fuera.

El niño tejón estuvo a punto de decirle a aquel hombre que las buscara él, pero se mordió la lengua y comenzó a buscar entre los huesos y otros restos de los animales consumidos. Las encontró en el margen que había justo al salir de la cueva. El niño las cogió y notó que estaban secas y rígidas.

—Niño, ve a ablandarlas en el agua. Una vez estén blandas, déjamelas aquí —le ordenó la mujer Ipi, agachada junto a las brasas.

El torrente se había helado, estaba oscureciendo y los niños temían que la osa los sorprendiera. La niña Ebe conocía un lugar seguro donde ablandar las rígidas tripas secas. Los dos niños continuaron remontando el curso congelado del agua y, a los pocos pasos, encontraron otro arroyo que también estaba helado. Allí se toparon con una gran pared rocosa que tenía varias pequeñas entradas que parecían no llevar a ninguna parte. La niña se metió por una pequeña grieta que se abría sobre una lengua helada de agua. El niño la siguió, más confiado al darse cuenta de que por aquella apertura no podían entrar hienas ni osos. Una vez adentro, la cueva se hizo más espaciosa y los niños pudieron incorporarse. La temperatura era más alta; allí dentro no hacía tanto frío y en un rincón oyeron cómo el agua corría libre, escondiéndose bajo la lengua de hielo de la entrada. El niño sacó las tripas de corzo que llevaba protegidas bajo las pieles de conejo y las sumergió en el agua, sosteniéndolas con fuerza para impedir que la corriente se las llevara, mientras que con las manos las iba ablandando. Cuando se cansaba o sus dedos perdían sensibilidad, la niña lo relevaba. Tras un buen rato, las reseca tripas comenzaron a volverse flexibles. El niño las escurrió y las volvió a colocar bajo sus pieles de conejo, en contacto con el calor del cuerpo. Una vez en el exterior, se apresuraron hacia la cueva, no fuera a ser que la mujer Ipi se enfadara, o que las tripas volvieran a endurecerse, o que se encontraran con la osa furiosa.

Dentro de la cueva, la mujer cogió una de las puntas de sílex, la que consideró mejor acabada y afilada, la introdujo en la incisión del palo, cortó con los dientes

un trozo de las tripas que los niños habían ablandado y lo ató todo junto. Luego, tomó la resina que había fundido, pero que no hervía, la mezcló con un poco de ceniza y esperó a que se enfriara y adquiriera consistencia. Con una pequeña rama, untó aquella mezcla negruzca en el extremo del palo donde había atado la punta de piedra. Ella prefería combinar la resina de pino con cera de abeja, pero no disponía de esta última y las colmenas estaban lejos. Por lo tanto, optó por la ceniza. Al finalizar, entregó con orgullo la lanza a su hijo, quien era el jefe. Repitió el proceso dos veces más. Los hombres agradecieron a la mujer su labor y comenzaron a probar la lanza, pasándosela de mano en mano en busca del centro de gravedad. El niño tejón observaba, sentado junto al fuego, envidiando la fuerza y destreza de aquellos cazadores.

Cuando escuchó las palabras del jefe Eye, se quedó pálido. Más pálido aún.

–Niño, toma una lanza de aquel montón. Mañana vendrás con nosotros –le ordenó Eye, señalando un grupo de lanzas amontonadas en el suelo.

–¿A dónde? –fue lo único que el niño pudo articular.

–¿A ti qué te parece? ¡A cazar la osa!

–Pero...

–Mañana nos ayudarás a cazar la osa. Si no, no haber despertado al animal.

El niño se sentía culpable por haber entrado en la cueva donde la bestia dormía. Además, aún esperaba que alguien le indicara cuál sería su castigo, pero nadie decía nada. Por ello, aceptó que su castigo sería acompañar a los hombres a cazar la gran osa, aunque eso pudiera costarle la vida.

–¿Qué lanza debo elegir? –preguntó el niño tras un prolongado momento de reflexión.

–La que desees, de aquel montón.

–Pero esas lanzas no tienen puntas de piedra.

–Lo sé. Tienen la punta afilada y endurecida por el fuego. Te servirán.

El niño tomó la lanza que le pareció más robusta y salió al exterior, decidido a no dejarse intimidar, ni por el jefe Eye ni por la osa.

El chico Utu no consideraba prudente que un niño sin experiencia los acompañara en la cacería de la gran osa. No entendía qué papel podría desempeñar el niño en la cacería y así se lo hizo saber a Eye.

–El niño no puede ayudarnos. Déjalo con las mujeres. Prometí a su padre que cuidaría de él. No quisiera que muriera tan pronto –se atrevió a decir el chico.

El jefe Eye se puso a la defensiva, pues no podía permitir que aquel joven y fuerte chico comenzara a cuestionar sus decisiones.

—¿Ahora deseas dirigir tú la cacería? ¿Cuántos osos has cazado?

El chico se disculpó, cabizbajo y mirando al suelo. No quería enfadar al jefe, y mucho menos si debían luchar codo con codo contra un oso de las cavernas. Se sentía mareado y se tumbó junto a la mujer Axa, acurrucándose contra su abultado vientre. Anhelaba dormir y olvidar, aunque fuera por un instante, a hienas y osos.

Aquella noche, el niño no durmió al lado de la niña Ebe. Estaba asustado y, cuando el chico Utu se quedó dormido, se acomodó contra su espalda, cuidando de no despertar a la mujer. Antes de cerrar los ojos, el niño observó que cerca de la hoguera había parte del costillar del corzo que las mujeres habían asado aquella misma tarde. Y justo en el momento en que el sueño lo vencía, le vino a la mente el recuerdo de una osa sentada, esperando que él le lanzara trozos de carne de uro, mientras los cazadores gritaban que estaba loco.

Por la mañana, cada uno de los tres hombres tomó la lanza con la punta de piedra que habían preparado el día anterior. Eye posicionó a los cazadores en un lugar escondido, cerca de una pared rocosa muy próxima al torrente. Envío al niño a buscar a la osa y le dejó muy claro que, una vez la encontrara, debía molestarla para que se le enfrentara. Cuando la osa atacara al niño, este debería correr hacia los cazadores, intentando que el animal lo siguiera. Mientras tanto, los tres hombres esperarían pacientemente. Una vez tuvieran a la osa a poca distancia, saldrían de sus escondites, la rodearían y, sin darle tiempo a reaccionar, la matarían, atacándola por los flancos y por la espalda. De hecho, Eye esperaba que la osa atrapara al niño tejón y confiaba en que él podría matar a la osa mientras el animal estuviera distraído devorando al niño que hacía de cebo.

Sin embargo, aquel niño corría mucho más rápido de lo que Eye había previsto. La osa no lo atrapó y Eye, molesto, observó cómo la cacería se complicaba. El niño había logrado llevar al animal hasta el lugar donde los cazadores esperaban. El jefe y su hermano pequeño se colocaron a la espalda y al lado derecho de la osa, respectivamente. El chico Utu se posicionó a la izquierda del animal. La osa se giró hacia Utu, ofreciéndole una posición perfecta para que este le clavara la lanza en el vientre. Pero, inesperadamente, Utu lanzó un grito, soltó la lanza y se dejó caer al suelo, tocándose el pecho con las manos.

Los otros dos hombres se quedaron atónitos, sin entender lo que sucedía. El chico estaba allí, frente a la bestia, tendido en el suelo, totalmente indefenso. Si no se levantaba pronto, la osa lo destrozaría. Los dos hombres se lanzaron en una rápida carrera hacia el gran animal que continuaba erguido sobre sus patas traseras, observando al humano que yacía hecho un ovillo en el suelo. Las

lanzas no lograron clavarse en la carne de la bestia, ya que el animal poseía patas largas y era más rápido que ellos. Con dos zarpazos, la osa se deshizo de los dos hombres. El jefe Eye sintió cómo las zarpas de la osa desgarraban las pieles y rasgaban la carne de su espalda, y cayó al suelo mareado. Su hermano fue lanzado violentamente contra unas rocas y, antes de desmayarse, percibió cómo algunos de sus huesos se dislocaban. El chico Utu continuaba inconsciente en el suelo. Eye, que sangraba profusamente pero no tenía huesos rotos, reaccionó rápidamente. Se levantó del suelo y buscó con la mirada, primero a la osa y luego a su hermano. No tuvo tiempo de fijarse en el chico y en el niño tejón. Antes de que la osa pudiera atacar de nuevo, Eye cargó sobre sus espaldas a su hermano, que seguía inconsciente, y comenzó a caminar hacia la cueva.

La osa estaba furiosa y se preparaba para atacar nuevamente.

El niño tejón se encontraba un poco apartado y no corría peligro.

Pero si no hacía algo, el chico Utu moriría.

¡Debía actuar de inmediato!

¿Qué hacer en una situación tan desesperada?

23. EL ATAQUE DEL OSO

La osa

La osa se encontraba completamente desconcertada. No comprendía lo que había ocurrido y no tenía ni idea de cuál debía ser su próximo paso. ¿Dónde se encontraba aquel pequeño humano que se asemejaba a un tejón y corría como un conejo? ¿Y de dónde habían surgido aquellos humanos que desprendían un olor a caballo? ¿Qué sucedía con el humano que yacía en el suelo, al que ni siquiera había tocado? ¿Acaso no podían dejarla en paz? gritó la osa con todas sus fuerzas.

Buscó con la mirada a los dos humanos que intentaban herirla con sus afilados palos y, al observar que huían, supuso que ya no podría probar su carne. Con la pata, tocó al humano que yacía en el suelo y le pareció que aquel hombre estaba muerto; tal vez se había fracturado la columna al caer. Lo husmeó y pensó que de aquel humano aún podría sacar algún provecho.

Cuando el pequeño tejón que corría como un conejo y que también llevaba un palo afilado reapareció, la osa se agobió. Se sentía débil. Había consumido parte de las reservas de grasa que eran imprescindibles para su hibernación. Aunque llegara a encontrar otra cueva, no tendría suficientes reservas para sobrevivir el invierno, a menos que pudiera hacer una buena comida antes de volver a dormir.

La osa contempló al humano tendido en el suelo y decidió comenzar por desgarrarle el vientre, continuando por los muslos y las nalgas.

Cuando una costilla de corzo aterrizó a pocos pasos del cuerpo que yacía en el suelo, la osa se distrajo. Aquel trozo de hueso desprendía un aroma tentador. Al tener en su boca lo que la cría de humano le había lanzado, comenzó a salivar, pues nunca había probado algo similar. La osa no podía identificar el sabor de aquella carne tan exquisita, aunque le recordaba vagamente al humo que emanaba del lugar donde los humanos comían y dormían.

Cuando una segunda costilla cayó más lejos del cuerpo del chico, la osa no dudó en dejar atrás al humano y dirigirse hacia el delicioso alimento. Al caer una tercera costilla lejos del humano que continuaba tendido en el suelo, la osa corrió ansiosa hacia ella. Mientras devoraba aquel delicioso trozo de carne y hueso, la osa observó cómo la cría de humano intentaba arrastrar al humano adulto hacia el agua del torrente.

Y decidió ignorarlos.

De repente, una imagen cruzó su mente. ¿Y su hermana? ¿Estaría ya muerta o aún tendría un hilo de vida? La osa se levantó y avanzó hacia la cueva, sin prisa, pues se sentía mareada. Antes de entrar, se cruzó con los dos hombres heridos que también regresaban a su cueva a paso lento, a quienes también ignoró. Al llegar a la sala donde yacía su hermana, se dejó caer al suelo, cansada, y se esforzó por husmear. Se arrastró con las patas: allí estaba. La tocó con el morro: no se movía. Escuchó: no respiraba. Su hermana estaba muerta. La herida en el morro le había consumido toda la grasa al inicio del sueño invernal. Frotó su cabeza contra la espalda de su hermana, recordando el tiempo que habían pasado juntas, primero con su madre y luego solas. Sintió nuevamente su debilidad y, con gran esfuerzo, arrancó la piel del vientre de la osa muerta.

Tardó un buen rato en volver a salir al exterior, y mientras permanecía en la oscuridad, devoraba aquella carne que le devolvía la vitalidad. Una vez afuera, se sintió lo suficientemente fuerte como para cruzar el torrente y dirigirse más allá de los prados y de los bosques de pinos, donde cazaban los humanos. Había sobrevivido, a pesar de la interrupción sufrida al inicio de la hibernación. Ahora debía apurarse para encontrar rápidamente otra cueva donde dormir y, en el camino, evitar encontrarse con algún humano.

La nevada que comenzó a caer le hizo entender que debía apresurarse.

Los humanos del grupo de las tierras del oso

El niño tejón se dijo a sí mismo que había sido acertado recoger las costillas de corzo antes de abandonar la cueva para ir a cazar a la osa. Dado que la mujer Axa no salió a despedir a los cazadores, solo pudo coger tres costillas y esconderlas entre las pieles de conejo. Habría deseado coger más, por lo que ahora no tenía nada más que ofrecer a la osa. Por ello, él debía actuar antes de que el animal terminara de devorar la última de ellas. El chico Utu continuaba en la misma posición en la que había caído al suelo, enroscado sobre sí mismo y con una mano en el pecho. El niño dejó la lanza en el suelo y, con ambas manos, intentó levantar al chico, pero no pudo. Este era robusto, poco más alto que él, pero mucho más pesado. Definitivamente, el niño no podría cargarlo a la espalda y llegar a la cueva con él. El niño examinó detenidamente al chico, pues no era normal lo que había sucedido. Lo había visto desplomarse mucho antes de que la osa atacara y no había sangre por ninguna parte. Acercó la mano a la boca del chico y comprobó que respiraba con normalidad. Volvió a examinarlo y llegó a la conclusión de que el chico simplemente se había quedado dormido. Era

necesario despertarlo a toda costa. Intentó hacerlo a puñetazos, pero tampoco tuvo éxito. La osa pronto terminaría lo que estaba comiendo y luego vendría a por ellos. El niño sabía que podría huir corriendo, pero que el chico acabaría siendo devorado por la bestia. No podía permitirlo, ya que aquel chico era el único que podía convertirlo en cazador. El niño se sentó junto al chico, estiró las piernas y, haciendo fuerza con los brazos apoyados en el suelo, hizo rodar el cuerpo del chico hacia el borde del torrente. Tuvo que repetir la operación un par de veces antes de que el peso del cuerpo y la inclinación del terreno hicieran el resto. Utu reaccionó de inmediato, comenzó a gritar y a mover las piernas y los brazos. Se incorporó de un salto porque el agua solo le llegaba a las rodillas, pero estaba empapado y el agua era helada. Miró al niño que lo esperaba en la parte alta de la orilla y preguntó qué había pasado.

–La osa os ha atacado. Eye y su hermano están heridos. Se han ido hacia la cueva. Tú te has caído al suelo, inconsciente. La osa casi te abre en canal. La he distraído lanzándole costillas de corzo. Igual que hice el día del uro muerto. La osa volverá. Debemos irnos.

–¿Qué? –preguntó nuevamente el chico, incapaz de asimilar tanta información de golpe.

Un viento helado se levantó de repente, haciendo que el niño, y sobre todo Utu, que estaba empapado de pies a cabeza y continuaba en el cauce, se estremecieran de frío.

–¡Mira el cielo! Se aproxima una tormenta de nieve muy violenta. Debemos correr hacia la cueva –suplicó el niño.

El chico, a cuatro patas y con dificultad, logró ascender la pendiente y ponerse de pie. Buscó con la mirada a la osa y la vio alejarse hacia la cueva de donde había salido.

–No puedo correr con las pieles mojadas. Pesan mucho. Con el frío se están volviendo rígidas.

–Quítate las pieles mojadas. Ponte mis pieles secas de conejo. Debemos llegar a la cueva. O acabaremos congelados aquí mismo.

–Pero sin tus pieles, cogerás frío –dijo el chico, dejando caer al suelo sus pieles heladas.

–Correré para no helarme. Te esperaré en la cueva.

El niño corrió en dirección al calor del fuego. Utu lo observó mientras se alejaba y notó que aquel niño había crecido y fortalecido en las últimas lunas. Se dio cuenta de que pronto dejaría de ser un niño. Cuando el chico Utu llegó a la cueva, el niño tejón estaba desnudo, calentándose junto al fuego, mientras la

niña Ebe lo agobiaba con preguntas. Los otros dos hombres estaban rodeados por tres mujeres que les lamían las heridas. Los dos niños pequeños miraban con desdén al niño desnudo. Utu se acercó al calor de la hoguera, sonrió al niño tejón, se quitó las cálidas pieles de conejo y se las devolvió. El niño se cubrió con las pieles y recuperó su calor.

Entonces volvió a ocurrir.

Utu sintió un agudo pinchazo en el pecho y se derrumbó nuevamente. Al recobrar el conocimiento, comprendió lo que le sucedía y lo que debía hacer. Se levantó, salió de la cueva y comenzó a caminar hacia el poniente, sin dirigir la palabra a nadie.

—¿Pero a dónde va ahora? ¿No se da cuenta que va desnudo? ¡Sin pieles pasará frío! —gritó la mujer Axa.

—Está comenzando a nevar intensamente —observó la mujer Ipi, aunque el hecho era evidente para todos.

—¿Qué le ocurre? —inquirió el jefe Eye al niño.

—Dice que no sabe qué le ha sucedido —fue la única respuesta que el niño pudo ofrecer.

—Mirad lo decidido que va. Este ya no vuelve —comentó el hermano menor del jefe, que también se encontraba tumbado junto al fuego, permitiendo que una de las mujeres le volviese a colocar los huesos en su sitio.

—¡Que alguien salga a buscarlo! ¡Que alguien lo traiga de regreso! —suplicó Axa, sujetándose el abdomen, que ya comenzaba a tener un volumen muy considerable.

Y es que, en aquellos últimos días de otoño, el frío había llegado cuando el tiempo aún era lluvioso. Por ello, a diferencia de otros años, el frío no llegó seco, sino húmedo y acompañado de copos de nieve. Era una nieve densa y pesada, como el grupo no había presenciado en mucho tiempo. Afortunadamente, podrían disponer de las cálidas pieles de caballo que habían cazado durante la primavera en el desfiladero y que habían estado curtiendo durante lunas, reflexionó la mujer Ipi.

—No va cubierto con ninguna piel. Eye y su hermano están heridos. Yo no puedo correr con esta barriga —gritó Axa al niño tejón—. ¡Ve a buscarlo y hazlo regresar!

—Ve con él. Averigua qué le sucede. Llévale las pieles. No permitas que muera de frío —ordenó el jefe Eye, más preocupado por el histerismo de la mujer Axa que por el bienestar del chico.

El niño tejón se puso muy nervioso, ya que Axa no cesaba de gritarle que fuera a buscar al chico, que ella no podía hacerlo. En el exterior, la temperatura había descendido drásticamente y pesados copos de nieve comenzaron a caer del cielo, congelándose incluso antes de tocar el suelo. Si no se apresuraba, la nieve cubriría las huellas del chico, impidiendo así conocer la dirección que había tomado. Agobiado, el niño cogió los palos, las pieles de la tienda y las pieles de Utu, que aún permanecían rígidas, y salió corriendo sin darse cuenta de que no llevaba con él ninguna lanza. Indeciso, comenzó a avanzar en la dirección que indicaban las huellas, a pesar de que el fuerte viento hacía que la nieve helada le golpeará la cara. Si no se apresuraba a encontrar al chico, este moriría, y él también, pues no sería capaz de regresar a la cueva.

Lo primero que avistó el niño fue la silueta de la osa, a lo lejos. La osa salía de la cueva y se dirigía en la misma dirección que el niño. Este se quedó inmóvil, suponiendo que, con aquella tormenta y al permanecer quieto, la osa no lo vería ni lo olfatearía, y pasaría de largo. Cuando el animal se acercó, el niño pudo observar el morro manchado de sangre, el vientre hinchado y pesado, así como su renovada energía. Comprendió que la osa había estado alimentándose de algo más que las exiguas costillas de corzo que él le había ofrecido. Al notar que la osa cambiaba de dirección y se alejaba de las huellas que había dejado Utu, el niño reanudó su camino.

Era necesario encontrar al chico antes de que su temperatura corporal descendiera en exceso. Cuando distinguió la figura de Utu, sentado sobre una roca y temblando de frío, el niño lanzó un grito de alegría, pero el chico no respondió. Al acercarse, el niño se dio cuenta de que las pieles de caballo que pretendía que Utu se pusiera seguían congeladas, ya que no habían tenido tiempo de secarse. Sin embargo, le entregó las rígidas pieles y observó, desconcertado, cómo este las arrojaba al suelo, se levantaba y continuaba caminando temblorosamente. El niño tuvo que correr para situarse frente al chico y forzarlo a detenerse. Una vez lo logró, desenrolló los palos que llevaba a la espalda y, con las pieles de conejo que servían para montar la tienda, cubrió al muchacho, que seguía temblando y parecía completamente ausente. El niño observó a su alrededor y consideró que no era prudente permanecer allí afuera, en plena tormenta de nieve. Intentó persuadir al joven para que regresara a la cueva, pero este se mostró inflexible y el niño no se sintió capaz de obligarlo a volver. Su corazón se aceleró al pensar que no tendría más remedio que acompañar al chico a donde él decidiera ir. Era cuestión de tiempo que el joven recuperara la cordura, mientras tanto, el niño se esforzaría por mantenerlo con vida. Las cálidas pieles de conejo comenzaron a hacer efecto y, al sentir nuevamente calor, Utu reanudó su marcha hacia las altas montañas redondeadas que se vislumbraban al fondo, tras las colinas, al otro lado de la vasta llanura blanca. El niño reconoció el camino, que era por el que habían llegado desde el risco, hacía algunas lunas.

—¿Deseas volver al abrigo? ¿Es allí adonde quieres ir? —inquirió al chico, quien no respondió.

El viento helado cambió de dirección, haciendo que los copos de nieve se acumularan en los rostros de ambos, para luego deshacerse y congelarse.

A medida que avanzaba la tarde, la nevada se intensificó, las ramas de los pinos se inclinaban bajo el peso creciente de la nieve acumulada, y se comenzó a oír el crujido de las ramas que caían al suelo. La visibilidad se redujo y les resultaba cada vez más difícil avanzar. El niño tejón comenzó a quedarse atrás y llamó a Utu para que lo esperara, pero el joven no lo oyó, pues el viento se llevó sus gritos en dirección opuesta. Desesperado, el niño dejó caer los palos y, aligerado de peso, apresuró el paso para alcanzar al chico. Al hacerlo, lo encontró detenido, mirando el viento que le azotaba el rostro, desorientado. El niño lo tomó de la mano y le habló con afecto, instándolo a que lo siguiera, asegurándole que continuarían el camino al día siguiente. El joven se resistió durante unos momentos, pero pronto cedió y se sentó sobre un gran pino caído por el peso de la nieve. El niño regresó sobre sus pasos para buscar los palos y los llevó hasta el lugar donde el chico se había sentado. Comenzó a montar la estructura de los palos junto al joven. A pesar de su amplia experiencia en armar y desarmar refugios transportables, el viento violento derribaba constantemente la estructura, y el niño suplicó al joven que le ayudara. No hubo respuesta, ni reacción alguna por parte de Utu, provocando que el niño se desesperara aún más.

No fue sino después de un buen rato que el niño logró levantar con éxito el esqueleto de la tienda y fue a buscar al chico, encontrándolo inmóvil y cubierto por dos dedos de nieve. El niño deseaba que Utu se colocara bajo los palos de la tienda para, a continuación, encender un fuego y calentarse. Utu seguía sin reaccionar, por lo que el niño lo empujó, pero el joven no se movió de su lugar, y el niño terminó cayendo al suelo. El niño tejón se enfadó, se quejó, dio patadas al aire y, finalmente, desmanteló toda la estructura para volver a montarla alrededor del chico.

Una vez que el niño logró levantar nuevamente la estructura de palos, se sentó en el suelo, agotado y congelado. El sueño lo invadió, pero sacudió la cabeza con fuerza para mantenerse despierto y terminar de preparar el refugio; aún era necesario cubrir la tienda, aislar el suelo y encender un buen fuego. Lo primero que hizo fue ir en busca de leña, pero la nieve cubría todo y las ramas del suelo estaban mojadas. Si intentaba encender un fuego con aquella leña, generaría tanto humo que se ahogarían dentro de la tienda, suponiendo que lograra encender el fuego con aquella madera tan húmeda. Recordó que su padre, en ausencia de leña, era capaz de encender fuego con cualquier cosa. Miró a su alrededor intentando encontrar algo que no estuviera cubierto por la nieve. Recordó la resina del pino que Ipi había utilizado para preparar la sustancia que

unía la piedra al mango de madera. Comenzó a romper las ramas inferiores de los pinos para recolectar la escasa resina que supuraba donde las ramas se habían roto. Tras varios intentos, logró obtener algunos trozos de resina congelada que depositó en el interior de la estructura de palos, resguardados por un círculo de piedras, al lado del chico, que continuaba ajeno a todo.

El viento soplaba con fuerza y ya había acumulado varios dedos de nieve en el suelo de la estructura. El niño gritó al chico que necesitaba las pieles de conejo que él llevaba puestas para cubrir la tienda. Al ver que el joven seguía sin moverse, gritó con más fuerza para que se quitara las pieles, pero el resultado fue el mismo. Entonces, comenzó a llorar y a patear al chico, diciéndole que, por su culpa, ambos morirían, que nunca llegarían al abrigo y que no volvería a ver a nadie de su grupo, ni a su hermana gemela.

Al escuchar que el niño mencionaba a su hermana, Utu se volvió hacia el niño que lo golpeaba, le cogió las manos con fuerza, lo hizo sentar de nuevo en el suelo y se quitó las pieles. El niño colocó las pieles de conejo sobre la estructura de palos para protegerse del viento exterior. El joven quedó nuevamente desnudo, y el niño se apresuró a rascar la nieve del suelo con la punta del pie, echándola fuera de la tienda; entonces, también él se desnudó y colocó sus pieles en el suelo. Una vez que la tienda estuvo montada y aislada, el niño colocó un trozo de resina sobre unas hojas, mordió un pedazo de piel de conejo de las pieles del suelo y, golpeando dos piedras que llevaba consigo, generó chispas que rápidamente prendieron en los pelos de conejo. Entonces, con calma, hizo que el fuego se encendiera en la resina, que comenzó a producir una llama fumosa.

El niño, tumbado sobre las pieles y acurrucado, hizo gestos con las manos al chico para que se tumbara a su lado.

—No es un gran fuego, pero nos calentará. Deberemos dormir muy juntos. Pronto será de noche. Parece que tendremos nieve toda la noche. Con el hombre lince siempre dormíamos así. Él me calentaba la espalda con su pecho. Tengo mucho frío. Me tendrás que calentar —pidió el niño, percatándose de que los ojos verdes de Utu estaban llorosos.

El niño no preguntó qué le sucedía, pero sí le volvió a pedir que se tumbara y se acurrucara contra su espalda. Al sentir el calor del cuerpo del chico, el niño se quedó dormido.

Justo antes del alba, el niño despertó y vio que la llama seguía viva, comprendiendo que el chico había estado alimentándola durante toda la noche. Notó la calidez del cuerpo de Utu a su lado y pensó que gracias al contacto de ese cuerpo y a la llama encendida, había podido dormir tranquilo. Aún no comprendía qué le ocurría al joven, pero era evidente que necesitaba ayuda. Sin embargo, él estaba muy cansado y se volvió a dormir.

Con las primeras luces del día, el niño se despertó por segunda vez y, al encontrarse solo, se asustó. Sacó la cabeza fuera de la tienda y no vio al chico, a pesar de que sus huellas eran visibles en la nieve fresca de la mañana. Por fortuna, había dejado de nevar. Recogió rápidamente las pieles de conejo del suelo y se cubrió con ellas, desató las pieles de los palos, enrolló los palos con las pieles, se los colocó sobre los hombros y comenzó a correr siguiendo las huellas de Utu. Cuando ya no pudo más, alcanzó al chico.

—¡Detente un momento! —gritó el niño, dejando caer los enseres y apoyándose sobre las rodillas— Necesito descansar.

—Vas demasiado cargado —dijo Utu.

—¡Ya vuelves a hablar! ¿Qué voy demasiado cargado? No oí ninguna queja de tu parte anoche. Tú no llevas pieles de caballo. Tú no llevas nada. Nada que te proteja del frío. ¿Has olvidado la tormenta de anoche?

El chico no respondió.

—¿Quieres morir de frío? —preguntó el niño, molesto por la actitud ingrata del joven.

—No quiero morir de frío.

—¿Entonces qué quieres?

24. LA PREMONICIÓN

Los humanos del grupo de las tierras del oso

–Quiero llegar al refugio del risco. Quiero llegar lo antes posible. Me obligas a ir despacio. He de esperarte a cada momento. Si estuviera solo, ya habría llegado.

–Si no fuera por mí estarías muerto. Muerto por la osa. Muerto por el frío.

–Aún conservo reservas de grasa. Si estuviera solo, llegaría al anochecer. Pero he de esperarte a cada momento – repitió el muchacho.

–Yo no quería venir. Estaría mejor dentro de la cueva, bien caliente.

–Entonces, vete.

–No puedo. Eye me ha ordenado que te siga. Que te ayude. Axa también me lo ha ordenado. Se han asustado cuando te has ido. Te has marchado desnudo. Te has ido sin lanza. No llevas nada de nada.

–Me tienes aquí parado, charlando. Así me estoy enfriando. Debo reanudar la marcha –dicho esto, el joven volvió a moverse, caminando en dirección oeste.

–Espérame. No me quiero quedar aquí solo –rogó el niño.

–Tienes tus palos y tus pieles. Estarás muy caliente –replicó el chico sin dejar de andar.

–¡Que me esperes! –ordenó el niño, visiblemente molesto, mientras recogía los palos y las pieles del suelo.

Utu se detuvo y se sentó, observando atentamente lo que hacía aquel niño que se había empeñado en seguirle.

–¿Por qué llevas estos palos en la espalda?

–Para montar la tienda. Lo has visto muchas veces.

–¿Por insistes en llevar los mismos palos? Hay muchas ramas en el suelo. Podrías recoger cualquiera –insistía el joven.

–Estos tienen la longitud adecuada. Así no tengo que buscar cada noche.

–No necesitas buscar cada noche. Pero debes cargar un peso en la espalda. Durante todo el día. No lo entiendo. ¿En tu grupo, todos dormís en tiendas? ¿Son como las que tú haces?

–No lo sé. No recuerdo a mi grupo. Aprendí a montar la tienda de mi padre.

–¿Has visto a alguien más hacerlo?

–No. Solo al hombre lince.

–¿Por qué lo haces? Ahora el hombre lince no está aquí.

–Me he acostumbrado. No me gustan vuestros refugios. Vuestros refugios son de ramas de pino. Son de helechos. No son cálidos.

–¿De dónde sacó tu padre esta manía? Es una manera estúpida de hacer refugios.

–No lo sé.

–¿Qué te ha contado?

–Casi nada.

–Algo debe haberte explicado.

–A veces, en sueños, habla. De unos gigantes oscuros como los cuervos. Suplica que no le hagan daño. Despierto, dice que no se acuerda del sueño.

–¿Qué es un gigante? –el chico nunca había escuchado esa palabra.

–Un hombre más alto y fuerte que nosotros. También puede ser una mujer.

–¿Sabes algo más de los gigantes?

–Que llegaron del otro lado del mar. No sé nada más.

–Estoy cogiendo frío aquí parado. Dame las pieles que llevas en la espalda.

–¡Ah, ahora sí que las quieres!

–Si me obligas a estar parado, cojo frío –dijo el joven, tomando las pieles que el niño había desenrollado de los palos y colocándoselas encima.

–Solo sé que vivíamos lejos de aquí –dijo el niño, señalando hacia el sur– Ocupábamos unas cuevas cerca del mar. Nos marchamos porque alguien nos echó. Creo que mi madre está muerta –explicó el niño, volviendo a colocarse los palos sobre los hombros.

–¿Quién os echó? ¿Los gigantes?

–Creo que sí. Dijo que llevaban lanzas que volaban.

–¿Qué quiere decir que volaban? ¿Cómo volaban? Los gansos vuelan. Las lanzas no vuelan. ¿Volaban como un ganso? Cómo uno... –el chico miró hacia arriba, buscando algún otro pájaro que pudiera servir de ejemplo.

–Decía que los gigantes eran fuertes. Afirmaba que sus lanzas volaban. Decía que salían de las manos de los gigantes. Que volaban lejos y rápido. No sé si más rápido que un ganso –respondió el niño, también mirando hacia arriba.

El chico no comprendía que una lanza pudiera tener otro uso que no fuera para clavarla en la carne de una presa, empujando con fuerza.

–No lo entiendo. ¿Qué quieres decir que volaban?

–Que volaban. Que no las clavaban empujando como nosotros. Que las lanzaban. Las lanzas volaban hasta clavar-se solas. Como cuando lanzas una piedra. En lugar de una piedra, lanzas la lanza.

–¡Ah! Nunca había oído algo así. Me gustaría ver volar una de esas lanzas.

–Yo vi una, hace algunas lunas. Antes de encontrarlos en la playa. Vi como mi padre hacía volar una lanza. Se clavó en el muslo de una hiena. La hiena estaba a punto de atacarme. En realidad, no voló como un ganso. Salió impulsada de su mano. No se llegó a clavar del todo. Pero la hiena huyó.

–¡Ah! Yo no le he visto hacer nada parecido. Debió aprenderlo de los gigantes. Cuando lleguemos, le pediré que me lo enseñe.

–No querrá. Se lo he pedido muchas veces. Y se enfada mucho. Incluso me grita. Dice que nunca hará volar una lanza. Asegura que cuando las lanzas vuelan, todos mueren.

–Niño, tu padre está medio loco. Tu padre es un cobarde.

La cara del niño se tornó roja y la musculatura se tensó. El niño estaba furioso.

–Yo no soy como él. Seré alto y fuerte como tú. Seré cazador como tú. No quiero ir al abrigo. Allí está el hombre lince. No quiero volver a verlo. Quiero regresar a la cueva del oso.

–Vuelve tú a la cueva. Yo continuaré hasta el abrigo –dijo el chico, sacudiéndose la nieve que se había acumulado encima suyo y emprendiendo la marcha sin esperar al niño.

–Espera, no puedo volver solo.

–¡Regresa a la cueva! –gritó Utu, sin dejar de andar.

–No puedo volver sin ti. La mujer Axa se enfadará conmigo. El jefe Eye también. Entonces nunca me dejarán cazar con ellos. Espérame –sollozó el niño.

El chico se detuvo de nuevo y el niño lo alcanzó. Volvía a ir cargado.

–Deja los palos en el suelo. Vas demasiado lento con tanto peso. A tu paso no llegaremos a tiempo.

–¿A tiempo de qué? –preguntó el niño.

Utu no respondió.

–No quiero dejar los palos. Me gustan estos palos. Esta noche has dormido caliente entre mis pieles.

–No he dormido nada esta noche. Hiciste una mierda de fuego. He pasado toda la noche alimentándolo con ramas. A tu ritmo, pasaremos así otra noche. Otra noche en lo que tú llamas tienda. Pero del fuego me encargaré yo.

El niño cogió los palos y, corriendo, se colocó nuevamente a la altura del joven. Fue entonces cuando unos gemidos procedentes de su estómago le recordaron que no había comido nada desde la tarde del día anterior

–¿No piensas parar para cazar?

–No.

El niño guardó silencio y prosiguió caminando, siempre unos pasos detrás del chico. Al cabo de un rato, volvió a hablar.

–Tengo hambre.

–Yo no.

Al mediodía el niño estaba muy cansado y empezaba a dolerle el estómago. Volvió a intentar que Utu se detuviera.

–Tengo mucha hambre. ¿Por qué no paramos? ¿Cazamos algo?

–No llevo lanza. ¿Tú llevas lanza? Tú no llevas lanza. Ya comerás en el refugio.

–Eres un desagradecido. Si no fuera por mí, estarías muerto. Muerto bajo la gran osa. Muerto congelado. ¡Muerto! Mis pieles de conejo te mantienen vivo.

–Debo ir a tu paso. He de detenerme a cada momento. Por eso necesito tus asquerosas pieles.

–Entonces, sácate mis pieles de conejo. Ya puedes irte corriendo. Estoy harto de esta conversación. Ya te las apañarás solo. Yo regreso a la cueva.

El niño tejón dio media vuelta. El chico aceleró el paso, se quitó las pieles de conejo y las arrojó por un terraplén.

Cuando el cielo se oscureció y nubes amenazantes aparecieron en el horizonte, el niño volvió a alcanzar al joven Utu. Había tenido que correr mucho rato y ahora estaba exhausto. Cayó de inmediato al suelo, con palos y pieles incluidas, y se perdió el conocimiento. El joven suspiró; no le quedaba más remedio que detenerse, volver a ponerse las pieles de conejo que el niño había recogido del terraplén e intentar montar aquellos enrevesados palos.

Por mucho que Utu se esforzara, los palos no podían sostenerse por si solos. Cuando unos estaban de pie los otros se caían al suelo, y cuando conseguía que estos se mantuvieran erguidos, los restantes volvían a caerse. Empezó a sudar, lo cual no era bueno, porque la temperatura estaba descendiendo y el sudor podía congelarse sobre el pelo y, entonces, la temperatura del cuerpo podía bajar peligrosamente. Se quitó las pieles, se secó el sudor con ellas y volvió a intentar que los palos se mantuvieran en una posición vertical. Finalmente, lanzó bien lejos los palos y las pieles, cogió al niño en brazos y se encaminó hacia un pinar.

Cuando el niño se recuperó, resguardado por el calor de un pequeño fuego, se encontró bajo un entrelazado de ramas de pino, cubierto de helechos. En el suelo una capa gruesa de agujas de pino actuaba como aislante.

—¿Qué ha pasado con mi tienda?

—La mía es mejor.

—¿Dónde están mis palos?

—Los he tirado.

—¿Por qué?

—Tus palos no sirven para nada. Los he tirado junto con las pieles. Tus pieles olían mal.

El niño se quedó en silencio, resignado, sintiendo un dolor en la cabeza y una inquietud en el estómago.

Utu se dio cuenta que el niño tenía mala cara y supuso que añoraba sus palos.

—Mañana por la mañana llegaremos al risco. Te buscaré palos nuevos —dijo el muchacho mientras se tumbaba junto al niño, preparándose para dormir junto al pequeño fuego.

—Ya no quiero los palos. ¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Qué ha ocurrido en el abrigo?

–Es la chica Usu. No se encuentra bien. Se ha caído del risco.

–No entiendo nada. Ella está en la el desfiladero. Tú estabas en la cueva. ¿Cómo lo sabes?

–Lo noté, aquí –el chico se tocó el pecho con la mano–. Y aquí también –se tocó la cabeza con la otra mano–. Mi pecho se abrió. Me mareé cómo si cayera.

–No caíste. Te dormiste junto a la osa. ¿Sabes si la chica Usu sigue viva?

–Está viva. Ella me necesita. Está muy triste y se siente sola. Si no llegaremos pronto, ella se dejará morir.

El niño no lograba entender completamente lo que Utu acababa de expresar, pero optó por el silencio. Recordaba la tristeza de aquella joven el día en que Utu y él se marcharon hacia la cueva del oso, siguiendo a los miembros del nuevo grupo. Recordaba que, desde que la conoció, siempre la había visto desanimada. ¿Había estado alguna vez contenta esa chica? Que diferente era de su hermano gemelo, normalmente tan risueño, alegre y comunicativo. ¿Cómo podían ser tan semejantes y tan distintos al mismo tiempo?

–No lo sabía. Podría haber caminado más rápido –dijo finalmente el niño, con la cabeza agachada.

El chico, sacando unas perdices de debajo de las pieles, logró arrancar una sonrisa al niño.

–No te preocupes, mañana llegaremos. ¡Mira! Las he cazado con piedras. He hecho volar piedras. A falta de lanza, buenas son las piedras.

La segunda noche la pasaron en aquel precario refugio y, a medida que el sol comenzaba a calentar, reanudaron su camino. Mucho antes de que el sol alcanzara su punto más alto en el cielo, escucharon los ladridos de los zorros en celo y supieron que estaban cerca del abrigo. Aquellos zorros seguían a los hombres a dondequiera que fueran.

–¡Detente un momento! –ordenó Utu al niño, mientras le hacía señales con la mano para que guardara silencio.

–¿Qué has visto? –preguntó el niño, con voz casi inaudible.

–Algo se movía al otro lado del río.

–No veo nada. ¿Un hombre? ¿Una bestia? –preguntó el niño, esforzándose en vislumbrar lo que el muchacho afirmaba haber visto.

–Ya no lo veo. Me ha parecido el cuerpo de un hombre. Pero quizás era una hiena.

–¿Estás seguro? –insistió nuevamente el niño.

–Quizás sí... Quizás no... Con tanta pregunta, ya no estoy seguro. ¡Cállate y camina!

De lo que quizás pudiera haber visto, Utu ya no se acordaría más, porque en su mente solo había espacio para su hermana y lo que a esta le había sucedido.

VIII. Refugio del desfiladero (el actual Abrigo Romaní, Capellades)

25. EL REENCUENTRO

Los humanos del grupo de la costa

El joven Utu y el niño tejón aceleraron su marcha al divisar, a lo lejos, el abrigo. De repente, escucharon los rugidos de dos leopardos que estaban peleando, no muy lejos de donde ellos se encontraban. Se miraron y arrugaron la nariz; era demasiado pronto para que hubiera comenzado la época en que las hembras de muchos carnívoros entraban en celo, lo que provocaba que los machos se enfrentasen por su atención. A pesar de que era prematuro, los dos que estaban peleando eran leopardos de considerable tamaño.

Ambos se detuvieron ya que no podían continuar por ese camino. Si dos machos de leopardo estaban enfrentándose, era probable que una hembra estuviera cerca, bien oculta entre la vegetación, aguardando al vencedor. Y cuando un gran gato se ocultaba, nadie, y menos aún los humanos, podía detectarlo. El chico Utu determinó que lo más prudente sería desviarse del camino y ascender por la pared del risco. De esta forma, llegarían al abrigo desde la parte superior, en lugar de hacerlo por el río, que había sido su primera opción.

—¿Cuántos animales crees que hay? —preguntó el niño, observando en todas direcciones.

—Una hembra y algunos machos. Quizás las crías del año anterior —explicó el chico, buscando la manera más segura de escalar la pared que tenía delante.

—¿Tantos? ¿Crees que nos han olfateado?

—Es posible que la hembra nos haya detectado. Los machos no. Ellos están demasiado ocupados disputándose a la hembra. Mantén los ojos bien abiertos y date prisa.

El niño comenzó la ascensión, girándose constantemente para mirar hacia abajo, sin prestar demasiada atención a dónde colocaba los pies. Apoyó un pie en una piedra que no estaba bien asentada y esta cedió, comenzando a rodar cuesta abajo.

—¿Por qué haces tanto ruido? Puede que no nos hayan olfateado. ¡Ahora seguro que nos han oído! —reprendió Utu al niño tejón.

El niño no escuchó las palabras del chico, ya que estaba demasiado concentrado en aferrarse a un arbusto; sin embargo, cada vez que intentaba levantarse, resbalaba con el hielo que se había formado durante la noche. Utu tuvo que descender hasta donde se encontraba el niño para ofrecerle la mano y ayudarlo a levantarse. Cuando el niño soltó el arbusto para agarrar la mano de Utu, sus pies volvieron a resbalar, arrastrando al chico hacia abajo hasta que se detuvieron en unas piedras. Utu le dio una patada en la cabeza al niño y le ordenó que subiera en silencio.

Los leopardos

El joven macho de leopardo se encontraba tumbado junto a su hermana, cerca del río, observando a su madre a lo lejos, quien los ignoraba. Estaba de mal humor porque su madre los había expulsado de su territorio. Antes de que la hembra adulta los obligara a marcharse, esta se comportó de manera extraña, maullando sin parar, frotándose contra todo y orinando en cada matojo de hierba. También su olor había cambiado. Los dos jóvenes leopardos escuchaban, preocupados, los gritos de dos grandes machos peleando no muy lejos de donde su madre aguardaba. Después de un rato, los ruidos cesaron. Los machos habían dejado de luchar; ya había un vencedor.

Poco después, un gran leopardo se encontraba sobre la hembra adulta, quien había elevado sus cuartos traseros para facilitar que el macho la montara. El macho la mordía del cuello y ella no se resistía, al contrario, roncaba y maullaba. Cuando la hembra obtuvo lo que deseaba, se giró bruscamente y mostró los dientes al macho, que se apartó de ella, subiendo a unas rocas.

Entonces, el joven macho pensó que dejarían tranquila a su madre y que los tres volverían a ser una familia que cazara unida. Seguro, avanzó unos pasos, seguido por su hermana, en dirección a la madre. Pero el gran macho vencedor se interpuso de un salto, dejando claro que no había terminado, que no pensaba abandonar aquel territorio y que solo toleraría que la joven hembra permaneciera cerca. El joven macho, que apenas tenía un año, comprendió rápidamente con un par de zarpazos que aquel otro macho era más grande, más fuerte y más rápido que él, y que su madre lo prefería. Por tanto, el inexperto macho se dirigió hacia la parte inferior de la pared rocosa con la intención de ascender a la plataforma superior.

Por primera vez en su vida debería arreglárselas solo. Y, al no contar con la seguridad del grupo familiar, dejó de parecerle divertido explorar nuevos lugares.

Ahora era un animal solitario. Y eso no le gustaba.

De repente, escuchó un golpe sordo por encima de él y vio que algo rodaba pendiente abajo; una piedra pasó a escasa distancia de su cuerpo. Concentró su atención en el oído y el olfato. ¡Humanos, de nuevo humanos! Lo que le faltaba para arruinar su día. Ahora sí que estaba verdaderamente de mal humor. ¿Cómo era posible que no hubiera percibido la presencia de humanos en lo alto? ¿Qué clase de cazador era si no podía detectar a dos humanos malolientes?

Por un momento consideró cazar a esos humanos, o al menos intentar atrapar al que estuviera más rezagado. Pero cuando más piedras comenzaron a rodar y una de ellas lo golpeó justo en el morro, decidió darse la vuelta y regresar al río, en busca de un lugar tranquilo, alejado de leopardos mayores que él y de humanos; un lugar donde pudiera subirse a una rama y dormir, con la esperanza de que al despertar ya se le hubiese pasado la irritación.

Era joven, pero sabía perfectamente que el enojo le impedía concentrarse y sin concentración no podía ver, oler ni percibir como debía hacerlo.

Si continuaba en ese estado, moriría pronto.

Los humanos

Aprovechando que había dejado de nevar, el jefe Uru y uno de los cazadores subieron a la plataforma que se encontraba en la cima del risco.

En esos días, los miembros del grupo se mostraban nerviosos por los leopardos que merodeaban abajo, en el río. La mujer que más nerviosa estaba era Aba, aunque ella disimulaba para que ninguna de las otras mujeres se diera cuenta. Estaba inquieta por las panteras y por algo más que no lograba explicar. Cuando Uru anunció que saldrían a otear el horizonte, la mujer le suplicó que dejara al resto de los cazadores con ella.

Arriba, en la plataforma, los dos hombres aprovecharon para determinar cuántos leopardos rondaban la zona y dónde se encontraban en ese momento. Hacía días que escuchaban sus peleas y tenían una idea aproximada de su ubicación. Sabían que, mientras la hembra permaneciera en celo, los machos no representarían un peligro, dado que estarían demasiado ocupados en demostrar quién era el más fuerte para ganar el derecho a copular con la hembra. Lo que les preocupaba era localizar a las crías del año anterior, que ya debían haber crecido, y el lugar que elegiría la hembra para volver a criar.

Fue el cazador que acompañaba al jefe quien vio al chico Utu y al niño tejón trepando por el risco. Al observar cómo el niño resbalaba, arrastrando al chico pendiente abajo, se dio cuenta de que un leopardo los seguía, mucho más abajo. Rápidamente, el hombre recogió piedras del suelo y las lanzó hacia el félido. Cuando vio al animal retroceder hacia el río, supuso que había acertado. Cuando el jefe Uru alcanzó al cazador, lo felicitó por haber hecho retroceder a un gran leopardo. El cazador sonrió.

Entonces, por el borde del margen apareció la cabeza del chico Utu, ensangrentada.

—¿Qué haces? ¿Es que quieres matarme? ¿Así me das la bienvenida? —reprochó el chico al hombre, presionando con la mano un corte profundo en la frente, que manaba generosamente.

—¡Mira qué desagradecido eres! Estabais a punto de ser devorados. Un leopardo os seguía. ¡Si que te has vuelto ciego! —exclamó el cazador.

—¿Un leopardo? —el niño miró hacia los pies de la pared y se puso aún más pálido de lo que ya era.

—Sí, un leopardo de los grandes os seguía. Lo he hecho retroceder a pedradas.

—¡Pedazo de hiena! Tus piedras han golpeado mi cabeza —respondió el chico, indignado.

Utu cogió un puñado de nieve con la mano y lo aplicó contra el corte en su frente, logrando detener la hemorragia. Luego, dio una palmadita en la espalda del niño para tranquilizarlo y se dirigió hacia su padre.

—Te saludo jefe Uru. Tenía ganas de llegar. Llevamos unos pocos días de camino. Nos hemos encontrado con una tormenta de nieve —explicó el joven, olvidándose que su padre había perdido la confianza en él.

—Te saludo chico Utu. Muy pronto ha llegado la nieve. ¿Qué ha pasado en la cueva del oso? —preguntó impaciente el jefe Uru—. ¿Por qué vas desnudo? ¿Dónde están tus pieles?

—En la cueva no ha sucedido nada. Bueno... sí que ha ocurrido... Eye y su hermano han sido atacados. Atacados por una osa. Pero están vivos. El resto se encuentra bien —respondió el chico, eludiendo deliberadamente el tema de su desnudez.

—¿Una osa? ¿En pleno invierno?

—Tuvimos que entrar en la cueva. La osa se despertó.

–¿Entrar en una cueva donde duerme una osa? ¿No te he enseñado nada? ¿No recuerdas lo que aprendiste? ¿Dónde están tus pieles de caballo? –insistió el jefe Uru.

–Por supuesto que lo recuerdo todo. Yo no quería entrar en la cueva. La culpa es de este –dijo el muchacho, señalando al niño que se encontraba sentado entre los dos hombres–. La culpa también es de la niña Ebe. Pero no he venido por eso. ¿Cómo está mi hermana?

–¿Qué sabes de tu hermana?

–Sé que no está bien. Sé que me necesita.

–Tu hermana ha perdido el juicio. No quiere vivir. Se tiró por el risco. Pero ni eso supo hacer bien –interrumpió el cazador, lo que y provocó la ira del chico, quien se abalanzó contra el cazador.

El jefe Uru decidió esperar a que ambos cazadores se cansaran, sabiendo que, si intervenía en ese momento, él también sufriría las consecuencias. Sin embargo, al ver que la herida en la frente del chico comenzaba a sangrar nuevamente, consideró que había tenido suficiente paciencia y se interpuso entre los dos hombres para separarlos. Al recibir un segundo puñetazo en la cara, se enfureció y los separó a patadas, puñetazos y mordiscos.

El niño tejón observaba la escena desde una distancia prudente. Nadie le prestaba atención y, a veces, eso era una ventaja. No entendía lo que había sucedido. Apenas un momento antes, los tres hombres se habían saludado amistosamente y, de repente, estaban peleando como lobos hambrientos.

–¡Parad ya! O os lanzo por el rico. Me da igual si hay leopardos o no. Utu, ¿cómo sabes lo de tu hermana? –preguntó el jefe Uru, levantándose del suelo, ahora que los dos hombres se habían calmado.

–Lo sé. Siempre sé lo que le sucede a Usu –respondió el chico mientras se frotaba el muslo con la mano, justo donde tenía la marca de los dientes de su padre.

–¡Vamos, regresemos con el grupo! Quizás tú puedas hacer algo al respecto.

Los tres hombres comenzaron a caminar en dirección al refugio. Tras dar unos pasos, el chico Utu se giró y retrocedió hacia el niño tejón, que no sabía si debía unirse al grupo, seguirlos a distancia o buscar palos para montar la tienda allí mismo.

–Vamos, niño, siempre tengo que esperarte. ¡Mira que eres lento! –bromeó el chico Utu cogiendo al niño por los hombros para darle a entender que debía seguirlos.

–¿No sería mejor que me esperara aquí? No querría que también se enfadaran conmigo –dijo el niño, mirando la marca del mordisco en el muslo del muchacho.

–No puedes quedarte solo.

–Es que no quiero ver al hombre lince. Prefiero quedarme aquí.

–¿Prefieres quedarte aquí? ¿Con los leopardos? Tú vienes conmigo.

El niño siguió a los tres hombres, manteniéndose unos pasos atrás de manera intencionada.

–¿Cómo es que este viene contigo? –preguntó el jefe Uru a su hijo, refiriéndose al niño que caminaba detrás del muchacho.

–¡No lo sé! Se pegó a mí nada más salir. No hay forma de deshacerme de él. Nunca he visto a nadie caminar tan despacio. Me ha retrasado mucho. Pensaba que no llegaríamos nunca.

–¿Por qué te sigue?

–Le ordenaron que me hiciera regresar. Se lo ordenó el jefe Eye. También la mujer Axa.

–Pero no te ha hecho regresar.

–No.

–¿Y tus pieles? –insistió nuevamente el jefe Uru.

–Se congelaron. Es complicado de explicar –reconoció el chico, intentando que el hombre dejara de preguntar por las pieles.

Con la llegada del chico y del niño, al jefe Uru le volvió aquella extraña sensación en el estómago y se quedó atrás para observar el paso del desfiladero, permitiendo que el chico Utu se adelantara hacia el refugio. Hacía muchos días que el grupo había llegado allí y no había indicios de que la gente del grupo del barranco los hubiera seguido.

Al llegar al abrigo, el chico Utu contempló durante un buen rato la figura que yacía en el suelo, junto al fuego. Apartó las pieles de lobo y vio que su hermana aún conservaba parte de la grasa obtenida el otoño pasado, la cual mantenía en la cintura y en el vientre. La observó detenidamente. ¡La muchacha parecía tan frágil allí tumbada! Tenía las piernas encogidas y los brazos cruzados sobre el pecho. En el lado derecho del tórax había una herida que supuraba pus y las pieles estaban manchadas de sangre. ¿Qué podía hacer él para ayudar a su hermana?

Mientras el joven observaba a la chica, una lágrima resbaló por su mejilla y se vió invadido por el deseo de abrazarla y ofrecerle consuelo, tal como lo hacen las madres con sus pequeños. No debió haberse alejado del grupo, no sin ella. Si él se hubiera quedado, nada de esto habría sucedido y en este momento aquella joven, debilitada por la fiebre, estaría riendo junto a las demás mujeres.

–No habrías podido hacer nada –la voz de la vieja Izi sorprendió al chico.

–Izi, me has asustado –dijo el muchacho, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

–Cuando te fuiste, ella ya estaba mal.

–Con más razón debería haberme quedado.

–Fueron muchas cosas a la vez. Matar a su hijo recién nacido. La presión de tener que abandonar el grupo. La muerte del viejo Uyu. Tu partida.

La anciana hizo una pausa para ir a buscar unas pieles de ciervo, que le dio al chico para que se abrigara. Al volver, continuó explicando la situación de la chica

–Yo intenté hacerle compañía. Pero cada vez estaba más mustia. Hace lunas que dejó de hablar. Dejó de relacionarse con las otras mujeres. Cada vez comía menos. Cada vez yacía más. No sé si tendríamos que dejar... –la mujer mayor no terminó de expresar lo que quería decir porque no sabía cuál sería la reacción del muchacho.

–¡No permitiré que se muera! La llevaré a la cueva del oso. Allí estará contenta.

–Esta chica nunca estará contenta, pero tú decides. La herida del pecho se curará pronto. La chica no tardará en despertar. Ha tomado las hierbas que enfrían el cuerpo. Las hierbas hacen sudar. El pus acabará desapareciendo.

–Se curará. Todavía tiene grasa. Se curará.

–Usu no tiene grasa. Usu vuelve a estar preñada.

–¿Qué? ¿Estás segura? –preguntó Utu, volviendo a mirar a la chica.

–Parirá cuando la tierra se hiele. ¿Aun deseas que vaya contigo?

El chico extendió la mano para tocar la frente de la chica. La vieja tenía razón; la chica estaba sudorosa y su frente estaba muy caliente. Le acarició con ternura el cabello.

–Esta vez Usu vendrá conmigo. Tanto si quiere como si no.

En ese instante, la muchacha Usu abrió los ojos y sonrió. Su hermano estaba arrodillado a su lado, y no era un sueño. Inspiró profundamente, llenó sus pulmones y exhaló lentamente por la boca. Notó cómo los músculos de su cuello se relajaban y su mente se aclaraba. Volvió a sonreír. Ya no quería morir.

Ya no se moriría.

26. EI INSTINTO DE SUPERVIVENCIA

Los humanos del grupo de la costa

El niño tejón entró al abrigo y se dirigió hacia el lugar donde se hallaba sentado el hombre lince. Este se levantó, contento de ver al niño, aunque también sorprendido. Intentó acariciar la cabeza de su hijo, pero se detuvo al notar que este se apartaba. El hombre bajó la mano y volvió a sentarse.

—¿Por qué has regresado? ¿No te trataban bien en la cueva? —preguntó, esforzándose por ocultar su alegría.

—Me tratan bien. El chico Utu me enseña. He participado en la cacería de hienas. He colaborado en la cacería de una osa —explicó el niño, muy orgulloso de sí mismo.

—¿Hienas? ¿Una osa?

—Sí. Te dije que no tenía miedo. Te dije que sería cazador.

—¿Has vuelto para quedarte? —el corazón del hombre latía con fuerza, aguardando una respuesta afirmativa.

—No. Solo he acompañado al chico Utu. Partió de repente. Se fue sin pieles. Se fue sin lanza. Se fue en plena tormenta de nieve. Eye me ordenó que le hiciera regresar.

—Cosa que no has logrado.

—No. Aún no. Utu quiere llevarse a su hermana. Pronto partiremos hacia la cueva del oso.

—Es lo mejor que puede hacer. Esta chica no está bien. Si Utu no lo impide... —el hombre lince movía las manos en señal de negación—...la chica morirá.

El niño deseaba entender la razón por la cual había tenido que realizar ese penoso viaje de varios días, atravesando la nieve helada y con el estómago vacío.

—Pero, ¿qué le pasa a la chica Usu?

—Usu no se siente necesaria para el grupo. No encuentra motivos para vivir.

—¡Usu está loca!

–¿Loca? Usu no está loca. Desde que tú te fuiste, la entiendo –el hombre suspiró y se quedó callado, consciente de que su hijo no había comprendido lo que acababa de decir.

–¿Qué pasó?

–Cuando os marchasteis, el grupo dejó el risco. Usu aún no estaba tan mal. Al menos seguía el paso y se alimentaba. Empeoró al llegar al yacimiento de piedra buena. Allí encontramos a otro grupo. El jefe Uru quiso dejar a la chica. Dejarla con la gente de aquel grupo. Pero estos eran unos muertos de hambre. La chica y el jefe se pelearon. Desde entonces, ella dejó de hablar.

El hombre lince tuvo que hacer una pausa, pues perdía el hilo de todo lo que quería explicar a su hijo.

¡Su hijo!

El hombre miró al niño y sonrió. Aún no podía creer que su hijo estuviera sentado a su lado, escuchándole con atención.

–Continúa. ¿Qué sucedió?

–Regresamos al abrigo para cazar ciervos. La chica dejó de masticar. La vieja no conseguía masticarle la carne. La vieja Izi no tiene casi dientes. Izi me pidió que lo hiciera yo. Yo le masticaba la carne y ella tragaba. Usu fue recuperando las fuerzas. Una mañana Usu comenzó a andar. Todos nos pusimos muy contentos. Entonces nos dimos cuenta de que no volvía. Todos empezamos a preocuparnos. Los hombres la hicieron regresar. Una noche volvió a salir sola. Al amanecer Uru fue a buscarla. No le costó encontrarla.

–¿Dónde estaba?

–Había saltado del risco. Cayó en un rellano. Estaba tumbada boca abajo y aún respiraba. Tenía un charco de sangre debajo suyo. Presentaba múltiples contusiones. Tenía cortes por todo el cuerpo. Tenía un corte profundo en el pecho. Las hienas aún no habían llegado.

–¿Qué hizo el jefe Uru?

–Cogerla y llevarla de nuevo al abrigo. Era la primera vez que veían algo así. Todo el grupo está desconcertado.

–Quizás Usu resbaló con el hielo.

–No resbaló. Saltó deliberadamente.

–¿Lo habías visto antes? Quizás en algún otro grupo. En alguno de los que hemos estado antes.

–No. He visto morir a muchos hombres. Hombres atravesados por la cornamenta de un ciervo. Hombres perforados por los cuernos de un uro. Hombres enfrentados a panteras y lobos. También he visto morir mujeres. Mujeres que mueren al parir sus hijos. He visto morir criaturas. Criaturas que mueren en el momento de nacer. O mueren cuando sus madres los destetan. O cuando no hay suficiente alimento. También he visto morir viejos. Viejos que mueren por el frío. Mueren cuando empiezan a escupir sangre. He visto hombres y mujeres matar. Matar a otros hombres y mujeres. Nunca he visto perder el instinto de supervivencia. Nunca.

–¿Qué ocurrió después?

–Llevaron a la chica al abrigo. Le lamieron las heridas. Pusieron puñados de hierbas en los cortes. La tuvieron vigilada día y noche. La sangre pronto dejó de manar. Pero la carne alrededor del corte está mal. Ha empezado a supurar pus. La chica se ha calentado en exceso. Ahora su hermano está aquí. Supongo que la chica se recuperará.

–El chico Utu quiere llevársela con él. De regreso a la cueva del oso. ¿Lo permitirá el jefe Uru?

–Uru está harto de la chica. Harto de los problemas que le ocasiona. ¿Sabes que vuelve a estar preñada?

–¿Del jefe Eke muerto hace unas lunas? ¿De aquel que mató el jefe Uru?

–No. Eke no llegó a tocar a la chica. Ha sido el hermano gemelo de Usu. El chico Utu la ha preñado. Es lo que me ha explicado la vieja.

–¿Uru acepta que hermanos copulen entre sí?

–¡Claro que no lo acepta! El jefe Uru está enfadado. Pero Uru no sabe qué hacer. Su hija se ha convertido en una carga. Una carpa para el grupo. Uru agradecerá que el muchacho se la lleve. ¡Que se la lleve bien lejos!

–Tengo hambre. ¿Tienes algo para comer? –preguntó el niño con gesto de resignación al notar que, a él, nadie lo invitaba a acercarse al fuego principal.

–Tengo un conejo que no he tocado.

El niño comió en un abrir y cerrar de ojos, en silencio, y cuando terminó, se acercó donde el chico Utu estaba descansando, a preguntarle cuándo tenía pensado regresar a la cueva del oso.

–No hay prisa. La chica Usu tiene mucha fiebre. La herida aún está abierta. Esperamos unos días.

El niño, que tenía la intención de permanecer el tiempo mínimo imprescindible en aquel abrigo, con su padre, se enfadó, y así se lo hizo saber al chico.

—¿Que no hay prisa? Por tu culpa Eye está herido. Por tu culpa, su hermano también está herido. Los heridos no conseguirán cazar ningún animal. Las mujeres y los niños necesitan comer. ¡Sí que hay prisa!

—¡No me grites! No fue culpa mía. Fue la osa quien hirió a los cazadores.

—¡Y tanto que fue culpa tuya! Por tu culpa la osa los atacó.

—¿Qué dices? Yo no podía hacer nada. Yo también estaba herido.

—Tú no estabas herido. La osa ni te tocó. No clavaste la lanza en la osa. Te dejaste caer al suelo. Y te dormiste. Eye y su hermano te defendieron. La osa se les echó encima. Tú no los ayudaste. Yo estaba allí y lo vi.

—¡Tú tuviste la culpa que la osa despertara! ¿Por qué me seguiste? Deberías haberte quedado en la cueva. En la cueva ayudarías a los hombres.

—Si no te hubiera seguido, estarías muerto. Hice lo que Eye me ordenó. Él es más sabio que tú.

—No hubiese muerto. Habría caminado más rápido. Habría llegado mucho antes.

—Nadie puede caminar varios días por la nieve. No desnudo como tú ibas y sin lanza —el niño se sentía dolido por el escaso reconocimiento que había tenido su acompañamiento.

—Yo puedo —y con estas palabras Utu dio por concluida la conversación.

—No puedes —replicó el niño, que también dio por acabada la conversación.

Las hienas

Finalmente, la hembra lo buscaba. Cuando él comenzaba a perder la esperanza, convencido de que la hembra había decidido no reproducirse ese año o que prefería esperar a aparearse con algún macho errante que encontrara en su camino, esta se le acercó, receptiva. Al girarse la hembra, con las patas traseras ampliamente separadas, él se atrevió a encaramarse, atento a cualquier señal que pudiera indicar un cambio de opinión por parte de ella que le obligara a retirarse rápidamente.

El macho sabía que carecía de experiencia en cuestiones de apareamiento. Él tuvo que abandonar su grupo natal a una edad temprana y, aunque posteriormente fue aceptado en un grupo más numeroso, allí ocupaba el último escalón de la estricta jerarquía social, lo que le impedía acceder a las hembras. En su actual grupo, las oportunidades eran más favorables, pero era crucial realizar el trabajo de manera adecuada. La cópula con una hiena hembra no era tarea sencilla; se requerían destreza, fuerza y perseverancia, además de la colaboración de la hembra. Y él carecía de la más mínima experiencia en estos asuntos.

En su primer intento, las cosas no se desarrollaron como esperaba, y cuando la hembra se cansó, le mostró los dientes, indicando que había tenido suficiente por el momento. El macho se retiró frustrado, fatigado y avergonzado. Era consciente de que habría más oportunidades; esperaba aprender de sus errores y, al final, lograr lo que se esperaba de él.

La noche en que alcanzó su objetivo se sintió satisfecho y exhausto. Lo que restaba de la noche lo dedicó a descansar, por si la hembra líder decidía repetir la experiencia a la mañana siguiente. Sin embargo, esta no mostró interés. Por el contrario, permitió que la hembra de rango inferior accediera al macho. Él entendió que, en un grupo tan reducido como el suyo, cuantas más crías nacieran, mejor. Así, el macho estuvo ocupado durante varios días, y noches, intentando dejar preñadas a ambas hembras.

Cuando las dos hembras lo ignoraron nuevamente, comprendió que, en lo que respecta a la reproducción, ya no se esperaba nada más de él. Por lo tanto, se tumbó y comenzó a dormir, atento a las órdenes de la hembra dominante del grupo.

Y la hembra decidió retomar el rastro de los humanos que habían perdido días atrás, cuando comenzaron las cúpulas. No les resultó difícil encontrarlos, y la hembra ordenó seguir al numeroso grupo de hombres, mujeres y niños.

El macho no entendía por qué su líder se había empeñado en seguir a aquellos humanos. Tampoco comprendía el patrón de movimiento de los humanos, quienes daban múltiples rodeos, retrocediendo a menudo, siempre indecisos y ocultándose de otros humanos.

Al llegar ante el majestuoso risco, las hienas se dirigieron hacia un pequeño bosque al otro lado del río. Desde esa ubicación, podían observar la pared y vislumbrar a un grupo distinto de humanos que permanecía en el interior de un refugio, con el fuego ardiendo en la entrada. Desde su posición, también podían percibir el hedor de los humanos que estaban siguiendo y que permanecían ocultos entre los árboles, sin atreverse a cruzar el río. El macho estaba convencido de que la cría humana de cabello cobrizo los había olfateado; sin embargo, los humanos que se ocultaban no parecían tener interés en cazarlas.

Su atención parecía centrarse más en los humanos que se resguardaban en el abrigo.

El macho, de vez en cuando, miraba a su líder, esperando alguna señal, temiendo que esta tuviera la intención de luchar por aquella entrada en la roca para parir a sus crías. La hembra descansaba en un lugar ligeramente elevado, atenta a los movimientos de ambos grupos. La otra hembra dormía a su lado, confiada. El macho no comprendía, pero obedecía.

Cuando el viento cambió de dirección, él lo notó y comprendió la razón por la cual se mantenían al pie de la pared, esperando. Los efluvios que emanaban de los humanos, cuando estos experimentaban miedo, impregnaban el aire.

Era el miedo que precedía a la lucha.

La lucha entre los humanos.

La muerte de los humanos.

Alimento para ellas.

Los humanos del grupo de la costa

Aquella tarde el chico Utu habló con la vieja y con su hermana, y juntos decidieron que, al día siguiente, con la llegada de la luz matutina, abandonarían el refugio, aprovechando que el tiempo había cambiado y se preveía un par de días sin viento ni nieve. La anciana, a su vez, discutió el asunto con la mujer Aba, y ambas acordaron celebrar una noche especial, como bienvenida del chico Utu y como despedida de su hermana Usu.

–Ha pasado mucho tiempo desde la última vez. Desde que quemamos las plantas. Las plantas que hacen hablar –comentó la mujer Aba a la vieja Izi.

–Sí, hace tiempo. Tengo ganas de hablar ante los hombres. Hablar de lo que viví cuando era niña. Esta noche sería propicia para ello. ¿Tú también lo has notado? –preguntó la vieja Izi, mirando hacia el firmamento.

–Así es. Las tripas me pesan. La luna aparecerá del color de la sangre.

–Creo que tienes razón. Esta será una noche para hablar.

–Me encargaré de prepararlo todo –dijo la mujer Aba, visiblemente ilusionada.

Algunas mujeres se dirigieron al claro de pinos más cercano en busca de ramas de enebro. Eran conscientes de que encontrar el arbusto sería complicado debido a que la nieve lo cubría todo de blanco, pero el esfuerzo valía la pena, pues la madera resinosa de esa planta, al arder, les calmaba los nervios. La mujer Aba no acompañó a las demás; tenía una tarea importante que consistía en recolectar piñas secas y localizar los líquenes que propiciaban el habla. Los niños mayores descendieron al río en busca de guijarros, acompañados de un adulto para mayor seguridad. La anciana Izi se aisló en un rincón, concentrada en sus pensamientos. El hombre lince y el niño tejón dormían plácidamente en su rincón, ajenos al bullicio que les rodeaba.

Al caer la noche, los cazadores regresaron satisfechos, ya que habían tenido una exitosa jornada de caza. Cada vez que se organizaba una velada especial, los cazadores solían volver con carne fresca. En esta ocasión, un viejo ciervo no había logrado escapar, y los hombres entraron en el refugio con la presa entera. Dado que el animal presentaba poca carne, sería necesario que procedieran con sumo cuidado durante el despiece para aprovecharla al máximo. La carne debía

durar varios días y, además, sería necesario reservar una porción suficiente para que los dos jóvenes y el niño la entregaran a los habitantes de la cueva del oso.

A pesar del revuelo general, el jefe Uru seguía notando una extraña incomodidad en los intestinos, y no era por la luna que estaba a punto de aparecer. Preguntó a su hijo si había observado algo inusual en su camino hacia el risco.

—Vi algo cuando nos acercábamos. Observé algo que se movía. Al otro lado del río. Creo que era una hiena.

—¿Estás seguro que no era un hombre?

—Creo que era una hiena. Ya has visto las huellas cerca del río. Hay un grupo de estas bestias allí abajo. Es un grupo reducido—explicó el chico a su padre—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—En el camino nos encontramos a un grupo. Venían de lejos. Los habían echado de su territorio. Estaban medio muertos de hambre. Estaban desesperados por encontrar un nuevo territorio. Los ayudamos. No les mencionamos el desfiladero. Me aseguré de que no nos siguieran. Desde entonces, tengo una sensación extraña. Aquí —dijo Uru tocándose el vientre mientras arrugaba la nariz.

Esa noche, la luna emergió eclipsada y, en lugar de presentarse blanca, se mostró rojiza. Era una luna grande y redonda, que ascendía vigorosa en un cielo despejado y repleto de estrellas. No era la primera vez que el grupo contemplaba una luna de sangre. Había años en los que aparecía varias veces, y otros en los que no se veía ninguna. Ahora habían pasado varios años desde la última vez que se produjo un eclipse lunar, y los niños más pequeños estaban expectantes, ya que nunca habían presenciado una luna roja.

Cuando la luna se asomó en el horizonte, un niño lanzó un grito y todos se levantaron para verla llegar.

—La luna de sangre! —exclamó Izi.

—No nos pasará nada malo, ¿verdad? —preguntó un niño pequeño, consciente del fenómeno extraordinario que estaba a punto de vivir.

—No. Estamos protegidos por el fuego, dentro del abrigo. Porqué esta noche, las hienas saldrán a cazar. Esta noche, los lobos saldrán a cazar. Esta noche, todas las bestias saldrán a matar —explicó Izi, con un tono de voz enigmático.

—¿Los leopardos que están en el río también? ¿Ellos también saldrán a cazar esta noche? —quiso saber el niño tejón, que aún recordaba lo sucedido poco antes, mientras trepaba por la pared.

–Sí, los leopardos también. Pero no te preocupes, niño tejón. El fuego que hace hablar nos protegerá. Los leopardos no se acercarán.

–¿Qué fuego es ese? –insistió el niño, más preocupado por los leopardos que por aquella luna que ya había visto en otras ocasiones.

–Ten paciencia y lo verás. Esta noche escucharás muchas cosas. Cosas que nunca has escuchado –susurró Izi, arrastrando las palabras, con ojos brillantes.

–¿Y las panteras? –persistió el niño.

–¡Deja tranquilas a las panteras! –exclamó la vieja, elevando la voz, molesta con el niño, pues interrumpía la atmósfera que intentaba crear.

Una vez que todo estuvo preparado en el refugio, el olor resinoso de la madera quemada impregnó el ambiente. Los dos niños mayores se sentaron en círculo con los demás chicos y chicas, practicando los ritmos que tocarían durante la noche, con un guijarro en cada mano. Las mujeres y algunos hombres separaban la carne de los huesos de las patas del ciervo, mientras otros hombres preparaban herramientas cortantes y las entregaban a quienes se encargaban de desollar la carne del animal, conforme estas se rompían o perdían filo. El jefe Uru estaba ocupado intentando partir el cráneo del animal para aprovechar la cornamenta y acceder al cerebro, que reservaría para los dos jóvenes que abandonarían el refugio al amanecer. La anciana Izi continuaba aislada del resto. El hombre lince se sentó en su rincón y se dedicó a observar el ir y venir de los demás, con expresión de aburrimiento. A él nunca le habían gustado las noches especiales, tal vez porque nunca había participado activamente en ellas y siempre se había mantenido al margen.

Cuando la luna alcanzó su punto más alto, todos comenzaron a gritar y los niños iniciaron un ritmo sonoro al golpear dos piedras entre sí. Fue la señal para que todos se sentaran en círculo alrededor del fuego. La anciana sacó algunos líquenes de debajo de las pieles que llevaba y los arrojó al fuego. El olor del humo cambió, pasando del aroma áspero del enebro al olor pegajoso de los líquenes, un olor que incitaba a la gente a llenar completamente sus pulmones y a exhalar lentamente el aire. Así, todos comenzaron a relajarse y las sonrisas empezaron a dominar el ambiente. Cuando aparecieron las vísceras y la carne, en medio de un gran trozo de corteza de encina, la gente rio, satisfecha. Había carne suficiente para todos, por lo que no era necesario apresurarse a comer. Se podían permitir el lujo de saborearla despacio, prestando atención a su sabor. El joven Utu fue a buscar al hombre lince y al niño tejón y los invitó a sentarse a su lado, en el círculo de personas. Cuando los chicos y chicas ya no quisieron comer más, tomaron los guijarros de las manos de los niños y comenzaron a golpear con fuerza, acelerando el ritmo. Era el momento de que los niños comieran. El sonido de las piedras al chocar se volvía cada vez más omnipresente y no cesó en ningún momento. Los guijarros pasaban de mano en

mano, de los más jóvenes a los mayores. Todos se reían. La última en recibir las piedras fue la anciana Izi, momento en el cual el ritmo cesó.

El hombre lince también se reía, reía a carcajadas, como nunca antes lo había hecho. No sabía si su risa espontánea era consecuencia del humo que le provocaba cosquilleo en la nariz o si, por el contrario, se debía a que, tras mucho tiempo, finalmente se sentía integrado en un grupo. Sea lo que fuere, se sentía relajado. El niño observaba a su padre con incredulidad; nunca lo había visto reír de esa manera y jamás habría pensado que aquel hombre pudiera sentirse feliz.

Cuando Izi comenzó a narrar historias de tiempos pasados, el hombre lince cesó su risa y prestó atención. Le daba la impresión de que él también había experimentado las vivencias que la anciana relataba. Le parecía percibir el penetrante aroma de la tierra húmeda en los bosques de frondosas hojas, escuchar el graznido de los patos en las aguas tranquilas de un lago, sentir el temor de las mujeres y los niños cuando pasaban los días y los cazadores no regresaban. También notó cómo los vellos de su espalda se erizaban al escuchar a la mujer describir el instante en que vio, desde lejos, un gran mamut. De hecho, lo que la anciana relataba había ocurrido en una tierra distante, al noroeste, a muchos días de camino. En esa región, la anciana Izi había nacido y crecido hasta dejar de ser una niña.

Al concluir su relato la mujer más anciana del grupo, la mujer Aba comenzó a compartir anécdotas de su grupo de origen, y así sucesivamente, todas las mujeres fueron relatando historias de su infancia, cuando vivían en lugares lejanos. La historia que más expectación generó fue la de la joven de las tierras del oso, quien se había unido al grupo esa misma primavera.

Los hombres, que siempre habían habitado el mismo territorio, disfrutaban enormemente de las historias narradas por las mujeres. En esas noches especiales, solo ellas podían contar relatos, mientras los hombres se dedicaban a escucharlas con fascinación. Sin embargo, nadie se percató de que, en aquella noche y en aquel lugar, uno de los hombres no había nacido en esa tierra.

La luna se tornaba cada vez más blanca, y solo quedaba la mitad del color de la sangre.

—En el lugar donde nací no hay mamuts. Allí hay muchas aves. No siempre, solo algunos días. Algunos días el cielo se llena de aves. Aves que pasan volando —susurró el hombre lince, como si hablara solo para sí mismo.

El niño tejón lo miró con los ojos muy abiertos. Era la primera vez que escuchaba a su padre contar, ante otros hombres y mujeres, cosas sobre el lugar donde él había nacido.

—Describe cómo era el lugar donde naciste —le pidió la mujer Aba, quien nunca había oído a un hombre relatar este tipo de historias—. ¿Cómo era el grupo en el que naciste? ¿Los demás también tenían la piel tan pálida?

—¡Habla! —ordenó la anciana Izi, quien conocía de memoria las historias de las otras mujeres y sentía curiosidad por saber más allá de los grupos que conocía.

El hombre sintió todas las miradas fijas en él y notó cómo un calor húmedo le subía al rostro. Se quitó la capucha de piel de lince y se secó el sudor con el dorso de la mano. ¡Qué hablara sobre su lugar de origen, le había ordenado la anciana! ¡Qué distante se sentía todo! Su cabeza estaba aturdida y sus brazos parecían pesados. Los recuerdos llegaban a su mente de manera desordenada, y no estaba seguro si eran realmente recuerdos o producto del humo, que cada vez se tornaba más espeso. Permaneció en silencio un buen rato, hasta que logró organizar sus pensamientos.

Por primera vez, desde su llegada a aquella tierra, explicaría su historia.

Y su hijo estaría allí para escucharla.

—Nací en una tierra muy lejana. Una tierra no demasiado diferente de esta. Allí no hacía tanto frío como aquí. Los árboles eran diferentes. Algunos animales también. Vivíamos en la costa, en cuevas. Vivíamos cerca del mar. En los días claros se podía ver tierra. Tierra en el horizonte. Aquí, el mar carece de tierra más allá.

—¿Por qué os marchasteis? ¿No era un buen territorio? —preguntó Izi.

—Sí que era un buen territorio. Teníamos suficiente alimento. Éramos los mejores pescadores. También éramos buenos cazadores. Cuando yo ya era el jefe del grupo... —y aquí el hombre tuvo que callar porque fue interrumpido.

—Espera un momento. ¿Tú, jefe de un grupo? Me parece que te lo inventas todo —exclamó un hombre joven, buscando el asentamiento de los otros hombres.

—Quizás no lo creáis. Yo era un joven fuerte. Era valiente. El color de la piel no importaba. No impidió que fuera el jefe. Como lo había sido mi padre. Como el padre de mi padre. Cuando el niño nació... —el hombre hizo una pausa para mirar a su hijo, que lo escuchaba boquiabierto— ...yo era jefe.

—Difícil de creer. Esto de que tú fueras fuerte. Esto de que tú fueras valiente. Ahora eres un inútil. Eres débil y cobarde. Pero continúa explicando —dijo, medio en broma, un hombre que tenía brazos más gruesos que los muslos de aquel hombre que afirmaba haber liderado a los cazadores de un grupo.

El hombre lince dirigió la mirada hacia su hijo y vio al niño con la cabeza baja, mirando al suelo. El hombre continuó.

—A mí también me cuesta creer. A menudo pienso que todo ha sido un sueño. El niño no recuerda aquellos tiempos. Era demasiado pequeño cuando todo pasó.

—¿La piel no impidió que fueras jefe? ¿A los cazadores no les daba... —la mujer Aba dudó unos instantes, buscando una palabra que no fuera demasiado ofensiva— ...asco? ¿Había más como tú?

—Sí. Hubo una mujer. Hubo su hija.

—¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Qué les sucedió? —continuó preguntando la mujer.

—Muchas lunas antes de que yo naciera. En la playa apareció una mujer. Ella llevaba una criatura pequeña en brazos. La mujer estaba herida y muy asustada. Creo que no podía hablar. La mujer tenía el pelo de color nieve. Tenía la piel como la mía. Tenía los ojos como los míos. La criatura era igual que la madre. La criatura era una niña. Tampoco hablaba porque era muy pequeña. No pudieron explicar de dónde venían. No pudieron explicar por qué estaban solas.

El hombre lince disfrutaba y prolongaría todo el que pudiera esa sensación.

28. RECUERDOS DE TIERRAS LEJANAS

Los humanos del grupo de la costa

–Continúa!

–El jefe del grupo aceptó a la dos. La mujer tuvo varios hijos más. Todos de un tono de piel normal. Uno llegó a ser jefe. Fue jefe cuando la niña era muchacha. Este preñó a la muchacha pelo de nieve. La muchacha parió un niño como ella. Un niño de pelo de nieve. Yo era ese niño.

En ese punto del relato, el hombre hizo una pausa, para permitir que todos asimilaran lo que estaba explicando.

–Después la muchacha, mi madre, parió más hijos. Tengo muchos hermanos. Todos hijos de madre y del jefe. Todos tienen el mismo color de piel. El mismo color de piel que tenéis vosotros. Excepto una hermana. Ella también nació con el pelo de nieve. Con el tiempo madre murió. El sol le quemó la piel. Entonces me convertí en jefe de los cazadores. El niño tejón nació después. El niño tejón nació de color nieve –explicó el hombre, mirando con ternura al niño y sin entrar en más detalles.

–¿Qué ocurrió después? –preguntó una niña pequeña que había perdido el hilo de la historia hacia un tiempo.

–Llegaron los gigantes ala de cuervo. Vinieron del mar. Los gigantes mataron a todos los del grupo. Eran una mujer y un hombre. Ambos eran muy altos. Eran del color del carbón. Mataron a todos los del grupo –repitió el hombre.

–¿Solo un hombre y una mujer? ¿Contra toda la gente del grupo? –volvió a preguntar la niña.

–Nuestro grupo era pequeño. Los gigantes aparecieron una noche sin luna. No los vimos llegar. Se desvanecían en la oscuridad. No los veíamos. No veíamos donde debíamos clavar la lanza. Pero ellos sí podían vernos. Además, tenían las lanzas que volaban... –y en este punto tuvo que detenerse porque todos empezaron a hablar entre sí.

El chico Utu interrumpió la narración, pues conocía esa parte de la historia antes que el resto del grupo, lo que lo hacía sentir especial.

–Los gigantes podían hacer volar las lanzas. Las hacían volar como si fueran gansos – dijo el chico, tratando de hacerse notar.

–Lo que dice el chico Utu es verdad. Nuestros cazadores estaban inmóviles, esperando. Esperando a que los gigantes se acercaran. Sin embargo, los gigantes no se acercaban. Ellos lanzaban las lanzas como si fueran piedras. Y estas se clavaban. Se clavaban en la carne de los cazadores. Fueron eliminándolos uno a uno. Después mataron a las mujeres y a los niños.

–¿Por qué a ti no te mataron? –preguntó nuevamente la niña, antes de que su madre le diera una patada en la espalda para que se callara y dejara de interrumpir.

–No lo sé. Quizás fue por el color de la piel. Quizás porque era el jefe del grupo. Al niño tampoco lo tocaron.

–¿A tu hermana también la mataron? –preguntó otra vez la niña.

–Sí.

–Ella tenía tu mismo color de piel. ¿A ti no te mataron y a ella sí?

–A mi no me mataron. Pero a ella sí. No sé la razón.

–¿Dónde está la madre del niño tejón? –insistió la niña.

–La madre del niño está muerta –respondió secamente el hombre.

El hombre lince señaló a la niña que lo interrumpía constantemente, indicándole que, si no guardaba silencio, la enviaría a callar de inmediato. Tanta pregunta lo hacía perder el hilo de su relato. La niña cerró la boca con fuerza al notar en la mirada del hombre que era mejor permanecer en silencio. El niño tejón continuaba en silencio, mirando al suelo.

El hombre lince, sintiendo calor, se quitó las pieles de conejo que cubrían su cuerpo. Sentía la sangre acumularse en sus mejillas y su corazón latir con fuerza. Al acercarse al fuego, las llamas le otorgaron un tono rojizo, provocando una exclamación de admiración entre los presentes. Todos miraron hacia el exterior de la cueva, esperando ver si la luna continuaba roja como el hombre, pero la luna había regresado a su palidez habitual, dejando solo una delgada franja roja que luchaba por no desvanecerse.

–Los gigantes ocuparon la cueva. Esperaban la llegada de más gigantes. Que llegasen del otro lado del mar. A nosotros nos ignoraban. No podíamos quedarnos allí. Sabía que, siguiendo la costa, encontraría otros grupos. Estuvimos varios días caminando. Encontramos a uno de los grupos. Les expliqué lo que había sucedido. Los cazadores del grupo fueron a la cueva. Pero no encontraron a nadie. Los gigantes se habían marchado.

–Pudiste volver a tu antiguo territorio. Los gigantes ya no estaban –intervino el jefe Uru.

–Allí ya no quedaba nadie con vida. El niño era muy pequeño. Nosotros necesitábamos la protección de un grupo.

El hombre lince observó a quienes le escuchaban, completamente absortos. Empezaba a sentirse extraño, excitado, con el pulso acelerado y la respiración entrecortada. Los recuerdos comenzaban a desvanecerse y percibía un vacío en su pecho.

–¿Y si regresan más gigantes? ¿Qué pasará? –preguntó nuevamente la niña.

Sin saber la razón, el hombre lince elevó el tono de voz y comenzó a ensuciarse la cara con la ceniza de la hoguera.

–Espero que nunca regresen. Si algún día vuelven, subirán por la costa. Irán matando a todos los grupos que encuentren. Cuando lleguen aquí, todos moriréis. Moriréis atravesados por sus lanzas voladoras. Por hombres que desaparecen en la oscuridad.

Todos se quedaron con la boca abierta ante los gritos del hombre descolorido y seco que manchaba su rostro de negro.

–No fuiste capaz de enfrentarte a unos extraños. No defendiste a la gente de tu grupo –añadió el cazador de más edad–. Tú y el niño tejón sois iguales. Sois unos cobardes descoloridos, muertos de miedo.

El hombre lince no oyó lo que el cazador acababa de decir, pues su mente estaba muy lejos de aquella cueva. El resto del grupo sí escuchó, pero guardó silencio. El niño tejón también lo escuchó y se levantó de inmediato.

–Yo no soy como el hombre lince. No soy un cobarde. No tengo miedo. Seré cazador de este grupo. Defenderé a la gente de este grupo –gritó el niño, enfrentándose al cazador que había hecho el comentario despectivo, dándole la espalda a su padre.

El jefe Uru se enfadó, no le gustaba la manera como había terminado la velada. Miró fijamente al hombre lince, que seguía de pie en la entrada del abrigo, con la cara embadurnada de negro, contemplando la luna, y sintió repugnancia por su debilidad y locura.

El leopardo

El leopardo, aunque aún joven, no carecía de astucia. Era plenamente consciente de que durante la luna llena y en noches serenas la caza no era

propicia. Llevaba varios días sin alimentarse y el hambre lo acosaba. Había pasado el día descansando en las ramas de un pino, fuera del alcance de otros hombres y leopardos de mayor tamaño. Al caer la noche, decidió remontar el río nuevamente.

Al encontrar un área con aguas tranquilas, se sentó a aguardar que algún pez se acercara a la superficie, momento que aprovecharía para capturarlo con un veloz zarpazo. Sin embargo, la suerte no estuvo de su lado y tuvo que admitir que aún no dominaba aquella técnica que su madre le había enseñado.

Al observar el cielo, el leopardo se percató de la ausencia de nubes, del sol ocultándose tras las colinas y de la inminente aparición de la luna llena. Las noches iluminadas por la luna le ponían de mal humor. Su extraordinaria agudeza auditiva y la sensibilidad de sus retinas le permitían moverse con agilidad, saltar y trepar árboles en la más completa oscuridad con absoluta precisión. No precisaba de esa luna que todo lo iluminaba, pues su luz permitía a ciervos, gamos y corzos percibir su presencia y escapar a su aproximación. Tanto la luna como el viento, que soplaba de manera errática, estaban en su contra. A pesar de que su sentido del olfato era muy superior al de otros carnívoros, incluidos los peligrosos humanos, sabía que no podía competir con el olfato de los herbívoros, quienes, al cambiar la dirección del viento, detectarían su olor. Sin embargo, algo en su interior le susurraba que la luna que iba a asomarse no sería igual a las de noches anteriores. A medida que la noche avanzaba y la claridad no hacía su aparición, el leopardo comprendió que aquella noche la luna llena no beneficiaría a los herbívoros, permitiéndole cazar a campo abierto.

Al detectar un grupo de jabalíes hurgando en la nieve en medio de un prado helado, el leopardo esperó pacientemente a que los cerdos se dispersaran. De su madre aprendió que no era prudente enfrentarse a un jabalí cuando otros de su especie estaban cerca, ya que se ayudaban mutuamente y ante un ataque conjunto de todos los jabalíes, él se vería obligado a retirarse. Solo podría cazar un cerdo si este se quedara solo.

Así sucedió. El macho se aplastó contra el suelo helado, avanzando lentamente entre las hierbas y matorrales también cubiertos de hielo. Cada vez que el cerdo levantaba la cabeza, el leopardo permanecía inmóvil, como si hubiera sido sorprendido. En invierno prefería cazar en el bosque, donde su pelaje se camuflaba mejor, a diferencia del campo abierto, donde el color blanco lo delataba. Cuando el cerdo volvió a escarbar la nieve con los colmillos, el leopardo avanzó nuevamente. Poco después, se encontraba a escasa distancia del jabalí, que continuaba desenterrando raíces sin advertir la proximidad del depredador. De repente, el viento cambió de dirección y lo traicionó. El jabalí levantó el morro, husmeó y salió corriendo, dejando al leopardo frustrado.

La luna comenzaba a brillar, y el joven macho comprendió que debía apresurarse a encontrar otra presa, o bien, aquella noche tampoco comería. Decidió probar suerte en el pinar, donde la claridad de la creciente luna aún no era tan evidente.

Al percibir el hedor de los humanos, el leopardo dudó entre acercarse o alejarse. Mientras sopesaba su decisión, se dio cuenta de que el olor no provenía de los humanos que estaban reunidos alrededor de un fuego, en una abertura de la pared. Eran otros, con un hedor aún más desagradable. El animal buscó un lugar desde el cual observar a los humanos que había descubierto. Al verlos, consideró retirarse, dado que eran numerosos y portaban palos afilados. Observó con mayor atención y se dio cuenta de que los humanos aguardaban, mirando constantemente hacia el risco, en dirección a donde se encontraban los otros. Al leopardo le pareció que se estaban preparando para atacar, aunque no percibió ninguna presa a su alrededor. Cuando hombres y mujeres comenzaron a avanzar hacia el leopardo, el joven macho optó por permanecer inmóvil y pasar desapercibido, esperando que aquel grupo armado se alejara. No tuvo que esperar mucho tiempo, ya que, a la orden del más alto y fuerte, todos se dirigieron hacia el río.

El leopardo notó que uno de los hombres se quedaba rezagado, observando constantemente el resplandor del fuego que iluminaba esa parte de la pared. Al quedar completamente solo, el leopardo supo que era el momento propicio para atacar. Comenzó a aproximarse como había hecho con el jabalí, esperando que el viento no lo traicionara nuevamente. De un salto, se lanzó sobre el hombre y, con el impulso, ambos rodaron por el suelo. Con sus poderosas mandíbulas y una de sus patas, el leopardo logró asir el costado del hombre, mientras que con la otra le propinaba un zarpazo en la cara, fracturándosela. Con el hombre herido, el resto fue fácil, a pesar de que antes de fallecer, el hombre gritó como un cerdo.

La noche continuaba oscura y el animal decidió no esforzarse en llevar la carne a la seguridad de un árbol. Aún recordaba el día en que intentó subir a un humano a un pino y, desde entonces, prefería buscar un lugar tranquilo y oculto a ras de suelo para alimentarse, a menos que fuera imprescindible. El joven leopardo arrastró el cadáver del humano hasta unas zarzas y, tras devorar las entrañas, el pecho y los hombros, sintió sed. Enterró lo que quedaba de la presa y se acercó al río a beber. Allí, mientras lamía el agua, se dio cuenta de que la oscuridad se disipaba y una renovada claridad le devolvía su imagen. La luna llena había vuelto a aparecer, y él se encontraba nuevamente en desventaja. Al escuchar ruido cerca de donde había enterrado el cadáver del hombre, se sintió de mal humor. Allí aún quedaba carne en los muslos y caderas y no tendría más remedio que abandonar toda aquella carne.

Malhumorado, trepó a un pino. Medio dormido, no se movió al oír a las hienas correr en dirección donde él había enterrado los restos de su presa.

Las hienas

Las hienas, por su parte, también habían salido a cazar, aprovechando que, a pesar de que la luna estaba llena, su menguada luz les facilitaba la búsqueda de alimento. Habían seguido el rastro que unos humanos de inconfundible hedor dejaban a través del pinar. Eran conscientes de que ante un numeroso grupo de hombres y mujeres no tenían posibilidad alguna, por lo que los seguían a distancia. Habían observado que portaban palos afilados, lo que indicaba que iban de cacería, y cuando los humanos salían a cazar, ellas siempre encontraban algo de comida. Conocían muy bien las costumbres humanas y sabían que, generalmente, solían dejar el costillar entero de los animales muertos en el lugar de la matanza. El hecho de que los humanos hubieran salido a cazar de noche, las tenía desconcertadas, ya que los hombres, al caer la oscuridad, cesaban toda actividad y se sentaban junto al fuego. Nunca salían a cazar cuando anochecía.

Y aquella noche era especialmente oscura.

De inmediato, husmearon la sangre del humano muerto e identificaron el ronroneo de un leopardo satisfecho con su presa. Esto complicaba la situación. Si la pantera había cazado a un hombre, lo más probable era que lo hubiera subido a un pino, imposibilitando así su acceso a lo que quedara del cadáver. La luna comenzaba a brillar en el sotobosque del pinar y la ventaja de los depredadores se desvanecía. El joven macho de hiena estaba convencido de que la líder del clan ordenaría dar la vuelta e ir en busca de alimento en otra parte, pero se equivocaba. Por más que lo intentara, nunca acertaba en las decisiones que tomaba aquella hembra.

Cerca del río, medio sepultados entre zarzas, las hienas encontraron los restos de un ser humano fallecido. El leopardo reposaba en las altas ramas de un árbol, y los hombres aún no habían hecho su aparición. Las tres hienas se lanzaron con saña sobre lo que quedaba de aquel cuerpo, pues el hambre les apremiaba y contaban con poco tiempo para saciarla.

El leopardo

El leopardo se despertó poco después de haberse dormido, perturbado por los gritos de las hienas. Su enfado creció al darse cuenta de que aquellas criaturas habían descubierto el lugar donde había ocultado los restos de su presa, a pesar de que había tomado la precaución de cubrirlos con tierra. Observó con atención al grupo de hienas y se percató de que eran pocos los que disputaban la carne. Con un salto, descendió al suelo y, emitiendo un potente rugido, hizo saber que aún no había terminado con aquella presa. Cuando las hienas se dispersaron, el leopardo reconoció que su estómago estaba satisfecho y que no deseaba recoger del suelo los escasos restos de su caza. Consideró regresar al árbol para continuar su sueño durante el resto de la noche, complacido por la cacería y por haber defendido su presa de las nauseabundas hienas.

En su satisfacción, no advirtió que las hienas no habían huido asustadas por su presencia.

Las hienas

Los tres animales se retiraron con rapidez. Ya habían comido y, aunque no se encontraban completamente saciadas, habían logrado calmar su hambre. Con el leopardo se sentían lo suficientemente audaces para defender los escasos restos de la presa. Con los depredadores que se aproximaban, no. Cuando escucharon que la pantera se enfrentaba a un depredador más formidable que ella, se acercaron lentamente al lugar del enfrentamiento. No podían ver, pero sabían interpretar los sonidos y los efluvios que percibían. Ese otro depredador había acabado con el leopardo, y ahora se congregaban muchos como él. Las hienas esperaron.

Al poco tiempo, oyeron a los humanos darse media vuelta y alejarse del río, abatidos.

Cuando encontraron al leopardo, el animal yacía inerte en el suelo del pinar, despojado de su piel moteada. Aquella noche, aunque ya habían consumido la carne del humano, seguían con hambre. Las dos hembras estaban preñadas y requerían toda la alimentación posible, mientras que el macho había perdido mucho peso durante los días en que sólo pensaba en la copulación. Por todo ello, los tres decidieron acabar con los restos del félido. Sabían que podían alimentarse con tranquilidad, ya que los humanos no regresarían; de hecho, parecía que estos habían postergado la cacería que los había llevado hasta el risco aquella noche. Antes de lanzarse sobre el cadáver del leopardo, el macho

de hiena logró vislumbrar a lo lejos una hembra humana de cabello color sangre que llevaba colgada del hombro la piel del animal que él estaba a punto de devorar.

Los humanos volverían a cazar a la mañana siguiente. La hembra lo sabía. Mientras devoraban la carne fibrosa y los ligeros huesos del leopardo, una densa niebla comenzó a levantarse.

29. LOS DESCONOCIDOS

Los humanos del grupo de la costa

La mañana se presentó envuelta en una densa y opaca niebla que dificultaba la visibilidad más allá del abrigo. El joven Utu conocía bien aquella bruma. Cuando el frío viento del norte hacía su entrada, la bruma descendía por la ladera y se acomodaba en el angosto valle, obligando al aire menos frío a huir y ascender a mayores altitudes. Así, la niebla hacía su aparición. Muchas habían sido las noches en que esta había enfriado su cuerpo. Asimismo, era consciente de que, en el instante en que el sol surgiera tras las colinas, la niebla se desvanecería con rapidez.

A pesar de la persistente presencia de la bruma, Utu decidió cargar a su hermana a su espalda y dirigirse hacia la cueva del oso. El niño tejón cogió un par de lanzas y comenzó a caminar tras él. No optarían por el camino del río; la noche anterior aún habían escuchado los gruñidos de un leopardo y, con aquella niebla que lo cubría todo, el joven no deseaba arriesgarse. Ascenderían hasta la parte superior del risco antes de volver a descender hacia el río.

El jefe Uru y el hombre lince los acompañaron en la subida, ya que deseaban despedirse de sus respectivos hijos. Sin embargo, al llegar el momento, no supieron qué decir. Fue el niño quien rompió el silencio.

–Me lo podrías haber contado antes.

–No sabía cómo explicarte lo que sucedió –justificó el hombre.

–No soy un niño pequeño.

–Lo sé. Me equivoqué. Cuídate y regresa para cazar los caballos. Estaré esperándote.

–No sé si... –el niño no pudo continuar, pues un golpe en el hombro lo hizo callar.

El joven Utu había percibido el murmullo de humanos cerca del río, entre la niebla. El jefe Uru también lo había escuchado.

–Ayer te lo mencioné. Vi a alguien escondido entre los pinos –dijo el chico a su padre, señalando el lado del río donde había observado la figura de un hombre.

–Me dijiste que habías visto una hiena –protestó el jefe Uru, sintiendo una fuerte punzada en el abdomen–. Está claro que no son hienas. Son hombres.

—Los cazadores están allí abajo —respondió el joven Utu, intentando atravesar la densa y continua niebla con su mirada.

—¿Podrían ser los cazadores del grupo quienes hablan? —preguntó el niño.

—No. Ellos permanecen en silencio. Están quietos. Aprovechan la niebla para sorprender a los jabalíes. Parece que alguien los está rodeando —respondió Uru, visiblemente preocupado.

—¿Quiénes pueden ser? —volvió a interrogar el niño.

—Tengo un mal presentimiento. Espero equivocarme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el joven Utu, observando fijamente el rostro angustiado de su padre.

—Son aquellos que encontramos en nuestro camino. Aquellos que no tienen territorio. Los que estaban medio muertos de hambre. En ese momento no me parecieron una amenaza. Me aseguré de que no nos siguieran.

—¿Les hablaste del paso del desfiladero?

—No. Pero vieron las pieles de caballo. Vieron que nosotros conservábamos la grasa.

—¿No notaste que os seguían? —le reprochó el chico.

—Dejé atrás al mejor rastreador. No encontró ningún indicio. Nadie nos siguió. Solo los lobos.

—Alguien más que los lobos os siguieron. ¿Qué hacemos? ¿Gritamos para advertir a nuestros hombres? —el joven Utu avanzó unos pasos, esperando la orden que no llegaba.

—Utu, no grites. Los hombres no te oirán. Quienes los rodean sí te oirán. Entonces sabrán que estamos aquí arriba.

—¡Uru, dime qué debo hacer! —suplicó el chico a su padre.

—Debemos correr al encuentro de nuestros hombres. Puede que lleguemos antes del ataque. Niño, tú te quedas para proteger a la chica. Hombre lince, corre al abrigo. Saca a las mujeres del refugio. Trae a las mujeres y los niños. Tráelos hasta aquí. Luego, esperad.

Los dos hombres se desvanecieron en la niebla, y poco después también el hombre lince, dejando al niño y la chica solos, en medio de aquel velo grisáceo que solo servía para incrementar su angustia.

–¿Qué haremos si no regresan? –preguntó el niño a la chica Usu, quien tenía los ojos muy brillantes y el cuerpo muy caliente.

–¿Por qué no habrían de volver? –la joven no era consciente de lo que realmente estaba pasando; su mente estaba confusa y le costaba abrir bien los ojos.

–Sí, tienes razón, volverán. El jefe y Utu alertará a los cazadores. Juntos se enfrentarán a los desconocidos. Pronto llegarán las mujeres y los niños.

El niño tejón se sentó junto a la chica, balanceándose rítmicamente, nervioso y preocupado. Presentía que nada volvería a ser igual para la gente del grupo de la costa.

Los lobos

Los cuatro lobos avanzaban con cautela hacia el gato manchado de cola corta. Procedían con extremo cuidado, pues eran conscientes de que pocas cosas eran tan afiladas como las garras y los dientes de aquel felino.

Ese final de otoño, con la nieve llegando antes de lo habitual, estaba resultando muy duro para unos lobos jóvenes e inexpertos. La hembra intentaba enseñarles a acosar y a perseguir, pero a menudo los jóvenes se precipitaban y la presa lograba escapar.

Aquella mañana, la hembra se encontraba molesta con sus compañeros impetuosos. Estaba nuevamente preñada y dudaba sobre la viabilidad de sacar adelante a las crías una vez nacieran. ¿Cómo se las arreglarían los tres machos para conseguir alimento mientras ella permaneciera en la madriguera amamantando a los lobeznos? La única opción era lograr que sus compañeros de manada se espabilaran y aprendieran rápidamente a cazar presas vivas. Quizás aquel gato acorralado en el suelo podría servir para que los jóvenes machos aprendieran a cazar un felino de menor tamaño.

La densa niebla no ayudaba en absoluto.

De repente, un humano apareció en medio de la bruma, y el gato logró escapar. En lugar de huir, los lobos machos se abalanzaron sobre el humano. La loba intentó que sus compañeros dejaran de acosar a la peligrosa presa. No había olvidado que, la última vez que su antiguo compañero atacó a un humano anciano, los humanos más jóvenes acabaron eliminando a toda la manada, dejándola a ella sola y desamparada.

Después de un tiempo mostrando los dientes, la hembra logró mantener a los tres machos inmóviles mientras ella olfateaba el aire para determinar si había más humanos en las cercanías. Percibió un olor lejano y supo que, al otro lado del río, había humanos que experimentaban miedo. Mientras evaluaba la situación, los tres machos perdieron la paciencia y se lanzaron nuevamente contra el humano, al cual no pudieron atrapar porque este había tenido tiempo suficiente para trepar a las ramas altas de un pino, fuera del alcance de los animales. Y antes de que la hembra pudiera intervenir otra vez, los tres machos iniciaron una pelea, mordiendo y estirando cada uno por su lado unas malolientes pieles de conejo que el humano había arrojado al suelo. La hembra se tumbó debajo del pino, impotente, esperando que los machos se cansaran de morder aquellas pieles inertes. Quería hacerles entender que pronto habría alimento fácil de conseguir, pero los machos continuaban mordiendo las pieles y brincando para intentar alcanzar al humano, sin prestarle atención a ella.

Cuando finalmente se cansaron de saltar inútilmente, se desentendieron del escuálido humano y siguieron a la hembra. Ellos también habían percibido lo que sucedía al otro lado del río, al pie del risco.

Y era crucial llegar antes que las hienas.

El humano

El hombre lince miró su hijo y le indicó que no se moviera de donde estaba, que regresaría pronto. Comenzó a descender hacia el abrigo, pero aquella densa niebla que se lo comía todo le impedía ver. Cuando el débil viento le llevó los gritos de rabia de unos hombres que sufrían, el hombre lince se detuvo, intentando discernir si los que gritaban eran los cazadores del grupo o los desconocidos. Se sentó en el suelo, dudando de si debía seguir adelante o retroceder y llevarse de allí a su hijo y a la chica enferma. El jefe Uru había sido claro al ordenarle sacar las mujeres del abrigo, pero él intuía que los hombres del grupo estaban muriendo y sufría por su hijo. También le aterraba la idea de llegar al abrigo y encontrarse con unos desconocidos que, con toda seguridad, acabarían matándolo. El hombre sudaba y sentía palpitaciones, su cabeza le pesaba y las piernas le temblaban, le costaba tragar la saliva y el aire parecía negarse a entrar en sus pulmones. Se tumbó, boca arriba, intentando no ahogarse en aquel aire denso y húmedo.

Los rayos del sol luchaban por atravesar la niebla, proyectando inquietantes sombras que no hicieron más que aumentar su miedo. Justo en ese momento al

hombre lince se le heló la sangre; los gigantes negros habían regresado y lo habían encontrado.

El hombre se incorporó y corrió hacia la parte superior del risco, a pesar de que aquella niebla, que no acababa de desvanecerse, le limitaba la visibilidad. Estaba confundido y se sintió pesado, tropezando con una rama y cayendo al suelo. Allá tumbado, empezó a llorar, mirando fijamente el muro vaporoso que tenía ante sí, temeroso de que su enemigo apareciera en cualquier momento. Fue entonces cuando oyó unos gritos de euforia que no reconoció. Cerró los ojos y estuvo seguro de que los gigantes oscuros habían vencido. Se levantó y empezó a correr sin dirección aparente.

Ya no pensaba en las mujeres, ni en los cazadores, ni siquiera en su hijo. En su mente solo tenían cabida para unos gigantes del color del carbón que mataban con unas lanzas voladoras.

El lince

La joven hembra de lince no tenía escapatoria y se hallaba aterrorizada. Tenía todo el pelaje de su espinazo erizado, el cuerpo arqueado, las garras de una de las patas completamente extendidas y la boca muy abierta, mostrando sus afilados dientes. En la otra pata tenía un muñón y no podía usarla para defenderse, pero con una pata le bastaba. Se encontraba lejos del territorio de su madre y no serviría de nada llamarla. Había llegado a aquel lejano pinar en busca de un territorio propio, a pesar de que sabía perfectamente que su madre le permitía cazar dentro de su dominio.

Cuando ya se veía vencida, la inesperada aparición de un humano hizo que los lobos perdieran interés en ella. La joven hembra de lince logró trepar a un pino, a las ramas más altas, y allí se dispuso a esperar que los lobos y el humano se marcharan.

Sin embargo, la sensación de seguridad duró poco, ya que aquel humano trepó al mismo pino donde ella se había ocultado. Y allí permaneció, a unas cuantas ramas por debajo de ella. La hembra se puso muy nerviosa al darse cuenta de que, si aquel hombre no descendía, los lobos no se irían y ella no podría bajar del árbol. En esa situación, no podía hacer nada más que esperar, inmóvil, para que el humano no la descubriera. Observó cómo los lobos se peleaban por unas pieles de conejo y también los vio saltar intentando morder al humano. Cuando los lobos se cansaron y se marcharon, ella fijó su atención en el hombre que estaba debajo de ella y, de repente, se asustó.

Otro lince la estaba observando.

El humano

El hombre lince entró en el pinar, girándose constantemente, convencido de que los gigantes aún lo seguían. Solo se detuvo al encontrarse frente a una pequeña manada de lobos. Cuando se dio cuenta, ya estaba rodeado por tres de los cuatro animales, sin ninguna vía de escape, salvo huir hacia arriba. sin embargo, las pieles de conejo que cubrían sus piernas se enredaron en una rama, lo que obligó al hombre a desprenderse de ellas de la mejor manera posible, dejándolas caer al suelo. Mientras los lobos luchaban por apoderarse de las pieles, él aprovechó la oportunidad para alcanzar las ramas más altas del árbol, lejos del alcance de los lobos.

Fue únicamente cuando estos se cansaron de esperar su caída y decidieron seguir a la hembra hacia el río que el hombre lince comenzó a descender. Fue en ese instante cuando sintió que otro animal lo observaba y experimentó un escalofrío que le recorrió su espalda. No tuvo tiempo de identificar lo que se le venía encima; solo percibió un intenso ardor en la mejilla y un peso que lo desestabilizó. Aterrorizado, cayó al suelo, sobre un montón de piedras. Al mirar hacia arriba, se dio cuenta de que lo que lo había atacado ya había desaparecido. Al intentar levantarse, sintió un dolor agudo en la pierna y observó con horror que un hueso sobresalía de su carne.

En su mejilla, las marcas de cuatro afiladas garras eran evidentes.

El lince

En un principio, la joven hembra consideró la posibilidad de trepar más alto en el pino para escapar del lince que la observaba fijamente; no obstante, comprendió que las ramas superiores no soportarían su peso, por lo que decidió permanecer donde estaba. Observó detenidamente al felino que se encontraba debajo de ella y le pareció que su comportamiento era peculiar. Descendió unas cuantas ramas para poder identificar con mayor claridad el olor del animal, lo que la perturbó aún más. El aroma que percibía era el del hombre, un olor penetrante a sudor y miedo, pero no lograba captar el olor del lince con toda su intensidad. Continuó

descendiendo con sumo cuidado para no alertar al hombre. De manera inesperada, el lince alzó la cabeza y comprendió la razón por la cual el olor no era perceptible.

Sin pensarlo, se lanzó sobre el hombre con las garras de una de sus patas extendidas, convencida de que lograría hacerlo caer del pino.

Los humanos

Una vez que el jefe Uru y el joven Utu cruzaron el río, se detuvieron en su avance, esforzándose por ver más allá de aquella densa niebla que persistía en el valle. Al percatarse de que la visión no les ofrecía orientación alguna, optaron por cerrar los ojos y concentrarse en sus sentidos auditivo y olfativo. Detectaron el movimiento de varios hombres a su derecha, ya que sus pisadas eran claramente audibles sobre la hojarasca helada. Asimismo, pudieron captar el intenso aroma del miedo que emanaba de estos individuos. Unos crujidos de ramas les indicaron que otros hombres se trasladaban a su izquierda. Uru comprendió que un grupo numeroso de hombres actuaba como una manada de lobos hambrientos, rodeando a sus presas, amparados por la niebla.

Los gruñidos de jabalí que atravesaron la bruma permitieron a Uru identificar el lugar donde sus hombres habían logrado sorprender a los cerdos. Además, Uru se dio cuenta de que los cazadores del grupo estaban concentrados en clavar lanzas en los chillones jabalíes, lo que los hacía ajenos a los depredadores que los rodeaban. Ahora, Uru sabía exactamente dónde se llevaría a cabo el ataque del grupo desconocido contra los cazadores de su grupo, y entendió que no contaba con el tiempo suficiente para ayudar a su gente.

Consciente de esta situación, el jefe del grupo dejó caer su lanza al suelo y se arrodilló. El joven Utu, sin embargo, no logró interpretar las señales con la misma claridad que su padre y se enfrentó a él.

—¿Qué haces? ¡Levántate del suelo! Aún tenemos tiempo para ayudar a los cazadores.

—No Utu, ya no hay tiempo. Los cazadores estarán muertos en un instante.

—¿Qué dices? ¡Levántate! Los hombres están allí, donde gritan los jabalís.

En ese preciso momento, resonaron gritos humanos provenientes del lugar donde, hacía unos momentos, los cerdos habían chillado. Se escucharon golpes, el crujir de ramas, el sonido de cuerpos que caían y se levantaban. Luego, silencio; más gritos y nuevamente silencio. La niebla se volvió más densa y comenzó a llover pequeñas gotas de agua. El viento se aquietó por completo y,

en esa calma, el aire se impregnó del aroma dulce de la sangre y del olor agrio del miedo.

Unos instantes después, que se hicieron eternos para el joven y el hombre, los desconocidos comenzaron a gritar, desbordados de euforia. El joven se volvió hacia su padre, incrédulo, y lo miró, sin saber qué hacer. Unos aullidos melancólicos lo hicieron girar la cabeza. Los lobos se acercaban, atraídos por el mismo olor de la sangre que ellos acababan de percibir.

—Los lobos han matado su presa —dijo el jefe Uru, completamente abatido.

El chico dudaba si su padre se refería a los desconocidos o a las bestias de cuatro patas que se acercaban velozmente.

—¿De qué lobos hablas?

—Los lobos han matado su presa —repitió Uru—. Debemos cruzar el río ahora. O nos encontraremos a los lobos de frente.

El niño tejón y la chica Usu aguardaban. También habían oído los gritos y sabían que había hombres que estaban muriendo. No podían hacer otra cosa que esperar, en silencio y atemorizados. Sintieron un gran alivio al escuchar que el chico Utu los llamaba. El niño salió del pinar y siguió la voz del muchacho hasta encontrarlo, con el jefe Uru caminando con dificultad tras él. El niño se dio cuenta de inmediato de que los dos hombres parecían muy abatidos, aunque no estaban heridos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el niño.

El chico Utu pasó junto al niño sin prestarle atención, adentrándose en el bosque hacia donde yacía su hermana, a quien empezó a lamer la cara.

—¿Cómo estás? Creo que estás más caliente que antes. Tranquila, pronto nos iremos y te encontrarás mejor.

—¿Qué ha pasado? —insistió el niño al muchacho, observando el rostro demacrado del jefe Uru.

—Unos desconocidos atacaron a los cazadores. No pudimos hacer nada. Los desconocidos eran numerosos. Actuaban como una manada de lobos.

—¿Están muertos? —se atrevió a preguntar el niño.

—Sí. Todos los cazadores están muertos.

—Todos muertos...

–¿Tu padre traerá a las mujeres? –preguntó el chico Utu al niño, asumiendo la iniciativa ante la pasividad de su padre.

–Sí. Creo que sí. Se marchó corriendo hace un rato. No lo hemos vuelto a ver. ¿Quién son estos desconocidos?

–Uru cree que son los malnacidos del camino. Los que se encontraron hace unas lunas. Uru y los cazadores les ayudaron –el chico Utu hizo una pausa para ordenar sus pensamientos–. Quieren cazar los caballos. Quieren cazar los ciervos. Quieren el abrigo para ellos solos.

–¿Por qué no os enfrentáis a ellos?

El chico Utu miró a su padre y lo vio sentado, con la cabeza entre las piernas.

–¿Has escuchado que los desconocidos eran muchos? Esperemos que el hombre lince haya tenido éxito. Que haya podido llegar al abrigo. Que haya podido sacar las mujeres. Que haya podido sacar a los niños. Que haya llegado antes que los desconocidos.

Entonces el jefe Uru, sin levantar la cabeza de entre las piernas, habló.

–El hombre lince no regresará. Los desconocidos se han quedado con las mujeres. Los niños pequeños deben de estar muertos.

–Ayer noche podríamos habernos defendido –exclamó el chico Utu, aún sin asimilar lo que su padre acababa de decir.

El jefe Uru, completamente derrotado, suspiró y, hundiendo todavía más la nariz entre las piernas, respondió a su hijo.

–Ayer por la noche teníamos los sentidos embotados. Si hubiesen atacado ayer noche, todos estaríamos muertos. No sé por qué han esperado tanto. Algo les debió de pasar anoche. Algo que les obligó a aplazar la cacería.

–¿No podéis ir hasta el abrigo? ¿No podéis ayudar a las mujeres? –continuó preguntando el niño tejón al chico Utu, asustado por lo que había oído sobre los niños.

–No podríamos ni acercarnos. Hay un grupo de desconocidos en el abrigo. No sabemos si son pocos o muchos.

–Yo podría acercarme sin ser visto. Encontraré a mi padre y a las mujeres.

–Ya te he dicho que no podrás acercarte –repitió el chico.

El niño se quitó las pieles de conejo, quedándose desnudo, se ajustó la piel de tejón a la cabeza y se puso a cuatro patas sobre la nieve.

–Sí que podré.

El jefe Uru, en un momento de lucidez, levantó la cabeza y miró al niño. Solo vio un tejón hurgando en la nieve.

–¡Dejad hacer al niño! –ordenó Uru–. La niebla se ha quedado dormida y le ayudará. Parecerá un tejón. Nadie se percatará de su presencia. Pero si le ven, le seguirán. Entonces moriremos todos –continuó exponiendo el jefe Uru.

–No me verá nadie.

El niño recordó que Utu, solía afirmar que un hombre que se movía constantemente no sentía frío. Con determinación, el niño se ató la piel de tejón a la cintura y comenzó su descenso hacia el abrigo. Todo dependía de él, y corrió con la máxima velocidad que su cuerpo le permitió. Al aproximarse al abrigo, detuvo su carrera, se colocó nuevamente la piel de tejón sobre la cabeza y se agachó. A medida que se deslizaba entre la vegetación blanquecina, se acercó a la entrada. Debido a la alta humedad del ambiente, no tuvo más opción que acercarse considerablemente a la entrada del abrigo para observar lo que sucedía en su interior. Afortunadamente, las llamas del gran fuego que ardía en el centro del abrigo iluminaban parcialmente el espacio, permitiéndole ver a los que se encontraban dentro. Buscó un lugar donde pudiera tumbarse en el suelo y observar, pero pronto sintió un intenso frío y se dio cuenta de que perdía la sensibilidad en pies y manos. Cuando la luz del atardecer se desvaneció, el niño observó que todos los hombres entraban en el abrigo. Por ello, se acercó un poco más a la entrada y volvió a agacharse. Un hombre lo avistó y le lanzó una piedra al confundirlo con un tejón, para luego alejarse. El niño no conocía a nadie de los que estaban dentro del abrigo, pero era consciente de que había mucha gente, la mayoría hombres y jóvenes. También notó la escasez de mujeres y la presencia de pocos niños, todos ellos ya mayores.

Con la llegada de la noche, quienes estaban dentro encendieron pequeñas hogueras cerca de la pared del fondo, lo que permitió al niño observar con claridad a las personas en esa zona, dándose cuenta de que en el rincón más húmedo se encontraban las jóvenes del grupo. Ese rincón, anteriormente ocupado por él y su padre, ahora servía de refugio para las mujeres sobrevivientes, quienes estaban acompañadas por sus hijos mayores. Todos compartían los restos del viejo ciervo que los cazadores del grupo de la costa habían abatido hacía apenas un día.

Antes de regresar al pinar, el niño reflexionó brevemente sobre cómo podría explicar al jefe Uru cuántas personas se encontraban dentro del abrigo. Finalmente, tomó del suelo una rama gruesa, le quitó la corteza, tomó una piedra y, con un golpe seco, la partió en dos. Comenzó a marcar la madera: cada vez

que fijaba su mirada en un hombre diferente, hacía una raya vertical en la rama; cada vez que veía a una mujer, dibujaba una gran cruz; y para marcar a los niños, trazaba una pequeña cruz.

Luego, regresó al pinar, esperando que Utu hubiera mantenido un buen fuego encendido que lo guiara a través de la densa niebla, que se había tornado oscura como la boca de un lobo.

Mientras tanto, en el bosque, Utu había preparado un refugio algo precario, pero suficiente para proteger el fuego que acababa de encender, esperando que los desconocidos permanecieran dentro del abrigo y no percibieran el humo. Apoyados contra un tronco, Utu, la joven y el hombre aguardaban la llegada del niño tejón para conocer lo sucedido con las mujeres y los niños que conocían.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la joven a su hermano.

—Nosotros nos marchamos a la cueva del oso. Allí me están esperando.

—¿Y el jefe Uru?

El chico no respondió, miró a su padre, quien continuaba ausente, y le pareció que aquel hombre había dejado de ser el jefe.

—¿Y las mujeres? ¿Y los niños? —insistió la joven.

—No lo sé. Esperaremos que el niño tejón regrese.

—¿Y el hombre lince? ¿Por qué no ha regresado todavía?

—No lo sé. Esperaremos a que regrese el niño tejón.

Gracias al fuego, el niño localizó el lugar donde se habían refugiado los jóvenes y el jefe Uru. Al acercarse a las llamas, todos notaron que tenía los dedos de manos y pies con falta de circulación, que sus dientes temblaban sonoramente y que su piel era más pálida de lo habitual. Utu dedicó un buen rato a masajear las extremidades del niño para ayudarlo a recuperar la sensibilidad.

—He visto a muchos desconocidos. Todos están muy delgados. Hay muy pocos niños y ningún bebé. No he visto a viejos.

—¿Y las mujeres? —preguntó impaciente el muchacho Utu.

—No han podido escapar. Están dentro del abrigo, con los desconocidos. Con el niño y la niña mayores. También está la chica joven. La de las tierras del oso. Todas estaban juntas en un rincón. Tenían comida y una hoguera a su lado. Las

mujeres estaban tristes, pero sanas. No he visto a la mujer Aba. No he visto a la vieja Izi.

–¿Y el bebé? ¿Y las niñas pequeñas? –preguntó la chica Usu, que seguía muy débil.

–No he visto ningún bebé. Tampoco a ninguna de las niñas pequeñas.

–¿Y el hombre lince? –pregunto el chico Utu.

–Tampoco lo he visto –respondió el niño, con la cabeza baja.

–¿Hay muchos cazadores dentro del abrigo? –quiso saber el jefe Uru, que se había acercado al fuego.

–Muchos. En esta rama he hecho marcas. Una marca por cada cazador que he visto. Estas otras por cada mujer que he visto. Las marcas más pequeñas son niños.

El jefe Uru y el chico Utu examinaron la madera, recorriendo con el dedo todas las marcas. Cerraron los ojos para concentrarse en el tacto; el niño tenía razón, había muchas marcas.

–¿También han ocupado la cueva pequeña? –preguntó la chica Usu.

–No lo sé, no lo he ido a mirar.

–Quizás Aba y Izi hayan podido esconderse. Quizás estén en la cueva pequeña. Quizás estén con los niños pequeños. La vieja pasaba muchos ratos en aquel lugar.

–¿Cómo son los que nos han quitado el abrigo? –quiso saber el chico Utu.

–Tienen la piel más clara que la vuestra. Pero no tanto como la mía. Todos están sucios y huelen muy mal. Están más delgados que el hombre lince. Un hombre lleva la piel de un gato. De un gato muy grande sin manchas.

–¿Una piel de león? –preguntó el jefe Uru, que estaba bastante seguro de quiénes eran los que se los habían quitado el abrigo.

–No he visto nunca un león. Quizás. Había una chica muy joven. La chica no se separaba del hombre.

–¿Una chica? ¿Cómo era la chica? –preguntó el jefe Uru, con el corazón acelerado.

–Era diferente. Tenía el cabello de color... de color...

El niño se detuvo al notar que el rostro del jefe Uru, que volvía blanco como la nieve.

–De color sangre... Le salvé la vida. ¡Hiena desagradecida! –exclamó el jefe con un hilo de voz.

El chico Utu no perdía la esperanza y aún vislumbraba una salida a la terrible situación que atravesaba el grupo.

–Todavía podemos encontrar a Aba y a Izi. Y quizás también a los bebés. Nosotros podríamos cazar. La chica Usu parirá dentro de pocas lunas. El niño tejón pronto será un muchacho. Podríamos seguir siendo el grupo de la costa.

El jefe Uru levantó la mirada e hizo una mueca. Tenía el estómago revuelto y el rostro demacrado. Él era más realista que su hijo.

–Aba y la vieja Izi están muertas. Los bebés también están muertos. La chica Usu parirá un niño mal hecho. El niño tejón nunca será nunca un cazador. Ya existe el grupo de la costa.

–¡Esto no lo puedes saber! –gritó el niño, ofendido por las palabras del jefe Uru.

–Solo han conservado a las mujeres jóvenes. Han matado a las que no pueden engendrar. También han matado a los niños de pecho. Para que las mujeres recuperen su fertilidad. A la chica joven la harán abortar.

–¡Uru, eso no lo puedes saber! –volvió a gritar el niño-. Regresaré al abrigo. Si están muertos, los encontraré. También encontraré a padre. Sé que padre está vivo.

–Ya no encontrarás nada. Las bestias habrán acabado con los cuerpos –replicó el jefe Uru, cuya mente comenzaba a nublarse con tantos pensamientos negativos.

–Cuando claree, volveré al abrigo –insistió el niño.

Cuando los lobos comenzaron a pelear por los restos humanos que las hienas habían dejado, al otro lado del río, los dos chicos y el niño se durmieron. El jefe Uru permaneció despierto toda la noche, sintiéndose derrotado y sin ganas de continuar viviendo. Miró a su hija Usu y, por primera vez, la comprendió.

El humano

Ese día, el sol no logró disipar la niebla, y al caer la noche, esta persistía obstinada en permanecer. Con la llegada de la oscuridad, la temperatura comenzó a descender rápidamente, y el hombre lince, que yacía en el suelo del bosque con una pierna fracturada, empezó a sentir cómo el frío le penetraba hasta el tuétano de los huesos. En la penumbra, perdió la esperanza de ser rescatado esa noche, consciente de que la oscuridad restringe el movimiento, pues caminar en la noche es arriesgado, ya que es difícil ver dónde se pisa y los depredadores están más activos. Menos aún en aquella noche, en la que todo quedaba oculto y los sonidos se amortiguaban. Gritar pidiendo ayuda resultaba inútil. Era necesario encontrar un refugio que le permitiera sobrevivir hasta la mañana siguiente, esperando que alguien lo encontrara. Buscó en todas direcciones y observó que, no muy lejos de donde había caído, había unos árboles tumbados bajo el peso de la nieve. Desde su posición, pudo ver que los troncos estaban apilados unos sobre otros, creando un espacio vacío entre ellos lo suficientemente grande para que un hombre pudiera entrar. Con gran esfuerzo, logró arrastrarse hasta el montón de troncos y se introdujo en el pequeño hueco.

La noche avanzaba y el frío se intensificaba. El suelo estaba húmedo, y el hombre consideró salir del refugio para recoger hojas de pino, helechos, musgos, líquenes o cualquier material que pudiera servirle para aislarse del frío del suelo. Sin embargo, las punzadas provenientes de su pierna lo disuadieron de moverse. Preocupado, observó las pieles de conejo que había logrado recuperar y se dio cuenta de que estaban muy desgarradas, resultando insuficientes para protegerlo del frío. No podía encender un fuego ni construir un refugio cálido, así que solo le quedaba intentar mantenerse despierto para conservar la vida.

Poco después de haber encontrado aquel escondite, el hombre comenzó a perder la noción del tiempo. No sabía si había transcurrido buena parte de la noche o si aún quedaba mucho para el amanecer. Solo era consciente de que había perdido la sensibilidad en los dedos de las manos y de los pies.

Finalmente, sucumbió al sueño. En su sueño, unos lobos treparon por los troncos de su precario refugio, y él no pudo moverse. Una vez dentro, los animales abrieron sus enormes mandíbulas, de sus gargantas emergieron un hombre y una mujer de piel oscura, que gritaron y lo amenazaron con lanzas. Y él, incapaz de moverse, deseó gritar y no pudo. Quiso correr y no logró hacerlo. Quiso morder y no fue capaz. Entonces, un gran gato salió de su boca y se enfrentó a los dos gigantes de piel oscura, quienes se desvanecieron. En medio de su pesadilla, apareció su hermana, intentando entrar en el agujero, con su sonrisa sincera.

Y él deseó ayudarla, pero no pudo.

Los humanos

A la mañana siguiente, antes de iniciar su camino, el niño tejón consumió unos bulbos que el joven Utu había descubierto ocultos bajo la nieve. En esta ocasión, se llevó consigo las pieles de conejo, ya que no deseaba acercarse al abrigo ni soportar nuevamente el intenso frío. No tenía la intención de dirigirse directamente al refugio, sino que planeaba seguir el rastro dejado por su padre el día anterior. Sin embargo, la senda no era clara y se perdía entre las huellas de lobos y de un lince. Su búsqueda se prolongó mucho más de lo que había anticipado, pero finalmente logró encontrar indicios de su padre.

Al llegar al lugar donde el hombre esperaba, lo halló escondido en un agujero, temblando de frío y mal abrigado con las desgastadas pieles de conejo. Sin poder evitarlo, sintió una mezcla de pena y desdén por aquel ser tan vulnerable e insignificante.

—¡No has sacado las mujeres del abrigo! —le reprochó el niño, enfadado con aquel hombre que no servía para nada.

El hombre continuó encogido en su refugio, agarrotado y con las extremidades rígidas. Intentó incorporarse, pero se dejó caer al suelo, mostrando una expresión de dolor.

—¡Levántate, que no tenemos todo el día! —ordenó el niño, sintiéndose en el fondo aliviado de que el hombre estuviera vivo y de haberlo encontrado—. Debemos localizar a Aba y a Izi

—No puedo mover la pierna —dijo el hombre tocándose el muslo con los dedos entumecidos—. Me la he roto.

El niño se acercó y su expresión cambió al notar que el fémur de la pierna de su padre estaba fracturado en dos lugares distintos, y un fragmento de hueso sobresalía de la carne. También observó el tono azulado de las extremidades del hombre.

—¿Qué le ha ocurrido con tus pieles? —preguntó el niño mientras examinaba si su padre tenía alguna otra fractura.

–Ayer me atacaron unos animales. Creo que eran lobos. Quizás eran hienas. No estoy seguro. Me arrancaron las pieles y las mordieron. Sucedió ayer, cuando intentaba sacar a las mujeres.

–Estás lejos del abrigo. He seguido tu rastro. He visto que retrocediste –dijo el niño, sin comprender qué hacía su padre en aquel pinar.

–La niebla me desorientó. Me perdí –se excusó el hombre.

–En el muslo no veo mordeduras de lobo. Ni de hiena. Solo tienes arañazos en la cara. ¿Cómo te rompiste la pierna?

–Subí a lo alto de un pino. Al bajar, me caí.

–Nadie se cae de los pinos.

–Un animal se abalanzó sobre mí. Desde lo alto del pino. Perdí el equilibrio y caí al suelo. No sé qué animal era. Creo que me arañó la cara. Todo está un poco confuso.

–Los lobos no trepan a los pinos –afirmó el niño, sin convencerse de la explicación de su padre–. ¿Puedes caminar?

–No. Necesitaré ayuda. Tengo mucho frío. No siento los pies ni las manos.

Con los harapos de piel de conejo que el hombre aún conservaba, el niño logró encender un pequeño fuego. Cuando este comenzó a arder, colocó los pies de su padre entre sus piernas y las manos del hombre bajo sus axilas, logrando que la sangre comenzara a circular nuevamente por los pies y uno de los dedos de la mano del hombre lince. Los dedos de la otra mano continuaban con un tono azulado. Cuando los harapos se consumieron y el fuego se extinguió, el niño comenzó a caminar con el hombre a cuestas. Era urgente llevar a su padre a un lugar donde hubiera un fuego adecuado, si no quería que el frío adormeciera a su padre. Si el hombre se dormía, no despertaría.

Cuando el sol alcanzó su punto máximo, el niño entró en el pinar donde se ocultaba lo que quedaba del grupo de la costa y dejó al hombre recostado junto a la joven, quien lo observaba con sorpresa.

–¿Qué ha pasado? –preguntó la chica Usu.

–Iba a avisar a las mujeres. Tal como el jefe Uru me había ordenado. Los lobos me encontraron y me persiguieron. Pude escapar corriendo hacia el bosque. Conseguí trepar a un pino alto. Los lobos se cansaron y se marcharon. Cuando descendía, un animal me arañó. Me arañó con fuerza en la cara. Perdí el equilibrio y caí ayer al atardecer. Me rompí la pierna.

El hombre comenzaba a recordar claramente, pero se sentía avergonzado por lo que realmente había ocurrido.

–Tú pudiste escapar de los lobos. Las mujeres y los niños no han podido – murmuró el jefe Uru, incrédulo ante lo sucedido.

El hombre lince no se atrevió a preguntar por el destino de los cazadores, las mujeres y los niños. Podía imaginarlo. Intentó levantarse y su pierna se dobló. Con una mano ahogó un grito y volvió a caer al suelo. Los dedos de la otra mano persistían en un color poco habitual.

–¿Has examinado bien la pierna? –preguntó la chica Usu, dirigiéndose a su hermano.

Este afirmó con la mano.

–¿Y qué? –volvió a preguntar la chica.

–No curará bien –respondió Utu en un susurro, pues no deseaba decir con voz alta que el hombre nunca más volvería caminar.

La joven Usu se echó a llorar. La alegría de haber reencontrado a su hermano dos días antes dio paso a una tristeza familiar. Muchas personas queridas estaban muertas o obligadas a convivir con desconocidos malolientes. ¡Y ella se sentía tan abrumada! Le ardían los ojos, la herida en el pecho le volvía a doler y se sentía extremadamente débil. Se encogió sobre la nieve y pidió que la dejaran allí, convencida de que pronto todo acabaría también para ella.

El jefe Uru se sentó junto a su hija y expresó que él también se quedaría allí.

El chico Utu dio un par de patadas a un montículo de nieve y gritó que allí no se quedaría nadie, que ellos todavía estaban vivos y que vivos tenían que continuar. Con otra patada hizo levantar a su padre y se subió su hermana a la espalda.

–Llevo a Usu a la cueva del oso. Me la llevo antes de que empeore. Está débil y ha perdido mucha sangre –dijo el chico al niño.

–Yo me quedo. Quiero ir hasta la pequeña cueva. Quizás Aba, Izi y los niños sigan vivos.

–Niño, no te esfuerces. Están todos muertos. Usu no puede esperar a que regreses. Nosotros nos vamos. Solo no podrás encontrar el camino de regreso. Te perderás o se te comerán las bestias. ¿También deseas morir? –preguntó el chico Utu, que ya estaba suficientemente preocupado por su hermana y por su padre.

—No me quiero morir. Quiero llegar a ser tan fuerte como tú. Para llegar a ser cazador como tú. Un cazador que no tenga miedo. Pero no creo que estén todos muertos. No quiero irme sin comprobarlo. No me esperéis. Llevaos a padre y dejad un rastro claro. Os seguiré. Encontraré la cueva del oso —dijo el niño, contento al ver que la niebla se disipaba, permitiendo que los rayos del sol penetraran en el sotobosque.

El joven Utu miró a su padre y al hombre lince, esperando que intervinieran. Ninguno de los dos pronunció palabra. A Uru no le importaba lo que pudiera sucederle al niño, pues, en verdad, ya no había nada que le preocupase. El hombre lince hubiera querido suplicarle al niño que lo acompañara a la cueva del oso, pero no lo hizo, ya que sabía que el niño no le haría caso y aún se sentiría avergonzado si lo veía suplicar.

—No encontrarás a nadie vivo. Perderás nuestro rastro. Tendrás frío y morirás por el camino. Pero yo no soy el jefe. No puedo obligarte a acompañarnos —dijo, finalmente el chico.

Utu cogió a su hermana y ordenó a su padre que ayudara al hombre lince. Aún les quedaba un largo trecho por recorrer. El joven planeaba detenerse únicamente cuando oscureciera. Al día siguiente llegarían a la cueva, aun con luz diurna. El muchacho tuvo que resignarse a dejar al niño solo. Lo más importante para él era llevar a su hermana a la seguridad de una cueva antes de que su condición empeorara y muriera en sus brazos. De hecho, esa era la razón de su viaje.

—¿Crees que lo volveremos a ver? —preguntó la joven a su hermano.

—No lo sé. Está muy delgado, sin reservas de grasa. Aún no tiene el cuerpo bien desarrollado. Pero tiene la terquedad de un leopardo. ¿Te has fijado cómo está cambiando? Dentro de poco será tan fuerte como yo. No se parece en nada al hombre lince. Este niño es muy valiente. Quizás logre encontrar la cueva. Si no lo consigue, volveré a buscarlo.

La joven Usu aún presentaba un estado de debilidad considerable. Su herida en el pecho permanecía abierta, a pesar de que ya no exudaba pus; sin embargo, la fiebre continuaba, sentía mareos y le resultaba sumamente difícil sostenerse firmemente a la espalda de su hermano para evitar caer. Finalmente, el joven Utu se vio obligado a buscar unas enredaderas para atar a su hermana a su cuerpo. Si tenían suerte, no volvería a nevar durante el trayecto, lo que les permitiría avanzar rápidamente sin que sus piernas se hundieran en la nieve. Poco después, el jefe Uru también buscó enredaderas para asegurar al hombre lince a su espalda. El camino era largo y Utu tuvo tiempo de observar a su padre, notando que este caminaba con la cabeza baja y un ánimo decaído. En ese momento, lo que más preocupaba al muchacho, dejando de lado la situación de su hermana, era lo que sucedería al llegar a la cueva del oso, donde ya había un

jefe joven y fuerte, aunque con menos experiencia que el hombre que ahora caminaba, derrotado, delante suyo.

Cuando la luz del día se desvaneció, decidieron detenerse a descansar. La joven continuaba con el cuerpo muy caliente, pero a medida que se alejaban del desfiladero, su expresión mostraba un ligero alivio, como si estuviera dejando atrás un peso considerable. Cada vez que su hermano le preguntaba sobre su estado, ella le acariciaba la cabeza en señal de gratitud.

–Está muy caliente. Si no enfría su cuerpo pronto, Usu morirá –dijo el hombre lince al chico, un momento que la chica no los escuchaba.

–No se morirá –replicó el muchacho, algo irritado y muy cansado.

–Debes enfriar su cuerpo. Conozco unas raíces que podrían servir. Pero son difíciles de encontrar bajo la nieve –dijo el hombre mientras observaba el entorno blanco.

El joven Utu se acercó a su hermana, le susurró unas palabras al oído y, al recibir su asentimiento con la mano, comenzó a quitarle las pieles.

–Haz un montículo de nieve blanda aquí mismo. ¡Apresúrate! –ordenó al chico a su padre, que ya había descargado al hombre herido y se había sentado nuevamente sobre la nieve.

El jefe Uru miró al chico que le daba instrucciones, sin moverse de su lugar. El joven no quiso enfrentarse a su padre y decidió hacer él mismo el montículo de nieve. Al hombre lince le pareció una locura lo que el chico estaba intentando hacer.

–¿Estás seguro? La nieve está muy fría. Si comienza a temblar, será aún peor –advirtió el hombre.

–Has mencionado que estaba demasiado caliente. No se me ocurre nada mejor.

–Quizás sería más prudente... –el hombre no pudo concluir su frase debido al grito de la chica, que lo sobresaltó.

La joven Usu no pudo contener un fuerte grito al sentir que la frialdad de la nieve le quemaba la piel. Instantes después, comenzó a notar que su mente se aclaraba y el ardor en sus ojos disminuía. La nieve a su alrededor se deshizo, y el chico volvió a cubrirla con nieve blanda, lo que provocó otro grito de la joven. Utu la levantó del suelo mojado y la envolvió con las cálidas pieles de caballo.

–Es suficiente. Ahora descansarás un poco. Debes beber agua.

La chica se agachó y lamió el agua que se había derretido por el calor de su cuerpo, acumulándose en un pequeño charco. Se sentía mejor. La fiebre había disminuido.

En ese instante, el hombre lince se dio cuenta de que él también tenía el cuerpo caliente y, ante la posibilidad de ser enterrado en un montículo de nieve, guardó silencio.

—Ya no hay luz. Busquemos un lugar resguardado para pasar la noche. Al amanecer continuaremos. Mañana mismo podremos llegar a la cueva —anunció Utu, cambiando de rumbo, dejando atrás los prados helados por los que habían avanzado hasta ese momento, dirigiéndose hacia el interior de un pinar.

Mientras los tres hombres y la joven se dirigían hacia las tierras del oso, el niño tejón regresó al abrigo. Al llegar, se escondió en unos matorrales, un poco alejado de la entrada. Esta vez iba más abrigado y el sol de la tarde brindaba un ligero calor, por lo que no tuvo los problemas del día anterior. Tras observar durante un tiempo la entrada del abrigo, confirmó que las mujeres jóvenes del grupo costero seguían vivas y en buen estado. No parecía que las demás mujeres quisieran estar con ellas, pero tampoco las maltrataban. También notó que los niños mayores del grupo de la costa estaban jugando con los pocos niños presentes entre toda aquella gente.

Dejó el abrigo principal y se arrastró hasta la pequeña cueva. Primero se aseguró de que no hubiera desconocidos en los alrededores. La cavidad era de dimensiones reducidas y la luz de la tarde iluminaba lo suficiente para ver todos los rincones. En un rincón, escondido detrás de un saliente de la pared, descubrió un cuerpo agachado. Se acercó con cautela y le habló con dulzura. Una figura pequeña, seca, encorvada y enjuta emergió de su escondite y se arrodilló a los pies del niño.

—Estoy muy asustada. Nos has atacado unas malas bestias —dijo Izi, llorando.

—No son bestias. Son hombres y mujeres de un grupo desconocido. Han ocupado el abrigo. Tienen a las mujeres jóvenes con ellos. ¿Sabes que ha pasado con la mujer Aba? ¿Sabes dónde están los niños pequeños?

—No. Vine aquí de madrugada. Quería estar tranquila y dormir un poco más. Al dormirme, oí los gritos de las mujeres. También oí los gritos de unas bestias horribles. Me asusté y apagué el fuego. He pasado la noche escondida en este saliente. Tengo mucho frío —la anciana se acercó mucho al cuerpo del niño, en un intento de calentarse.

—Quédate aquí. Iré a investigar —dijo el niño, apartando el cuerpo de la mujer del suyo.

–¿Y si las bestias vienen a buscarme?

–Vuelves a esconderte en el saliente. No tardaré.

Los zorros

La pareja de zorros se encontraba nuevamente sola. El viejo macho y la hembra seguían el curso del río, donde, la noche anterior, lobos y hienas habían devorado restos de humanos. Aquella mañana, la pareja no logró encontrar alimento, ya que las hienas habían trasladado los huesos a otro lugar para masticarlos con tranquilidad y calma.

Al trepar por el risco, los humanos recién llegados que ocupaban el abrigo, los recibieron a pedradas. Tuvieron la fortuna de que dos de aquellos humanos desconocidos no lograron atraparlos cuando salieron corriendo en su persecución. Desconcertados, los zorros comenzaron a olfatear la vegetación hasta dar con el rastro de los humanos que conocían, el cual los condujo a un pequeño pinar. Permanecieron ocultos tras los matorrales, intentando comprender por qué el hombre y el muchacho se desplazaban en dirección opuesta al abrigo, llevando a otros dos humanos a cuestas.

Desde hacía meses se habían acostumbrado al olor de esos humanos y habían aprendido a obtener alimento con un mínimo gasto energético. De hecho, habían adaptado su estrategia de supervivencia a la de aquellos hombres y mujeres.

Instintivamente, la pareja adulta decidió abandonar el territorio y seguir al pequeño grupo de humanos que conocían, sin importar hacia dónde se dirigieran.

Lo que sí les molestó era que un grupo de hienas también siguiera a los humanos.

32. DOS JEFES, UN SOLO GRUPO

Los humanos

El niño descendió hasta alcanzar la altura del abrigo. Una vez allí, percibió el hedor de los lobos y comprendió que los animales habían estado en el lugar recientemente. Comenzó a buscar, siempre medio agachado y oculto entre la maleza, de tal modo que solo era visible la cabeza de un tejón hurgando entre la hierba helada. No tardó en descubrir el cadáver de la mujer Aba. Era complicado determinar la causa de su muerte, pues los lobos habían devorado parte de su cuerpo. Poco a poco, fue encontrando, restos humanos esparcidos por una pequeña área, mezclados con pelo y excrementos de los lobos. Con lo hallado, no logró discernir si los restos pertenecían a las tres niñas y al bebé o solo a algunos de ellos.

El niño tejón se sentó entre los restos de las criaturas fallecidas y comenzó a temblar. Dudaba entre regresar rápidamente hacia donde la anciana Izi lo esperaba, o bien reunir lo que había hallado y cubrirlo con piedras para que las hienas devoraran lo que quedaba de su carne. Cuanto más reflexionaba, menos certeza tenía sobre qué debía hacer. Sentía un nudo en la garganta y la sangre le palpitaba rítmicamente en la cabeza. Había algo en su interior que le impedía pensar, por más que se esforzara, como si se hubiera quedado completamente vacío. El niño nunca había estado en una situación similar, solo, indeciso, lleno de ira, sin saber cómo reaccionar. Tuvo que esperar un buen rato para que la rabia que llevaba dentro saliera al exterior y el llanto estallara. Cuando logró calmarse, recogió todos los restos que encontró, incluida la parte que quedaba de la mujer Aba, y los llevó un poco más lejos, a un lugar donde aquellos que se hallaban en el abrigo no pudieran verlo. Allí cavó un hoyo poco profundo y depositó en su interior los restos humanos. Cubrió el hoyo con tierra y algunas piedras que encontrara en la cercanía.

Abandonó el pie del risco, esperando que las hienas no descubrieran el agujero que había hecho tan precipitadamente.

Al llegar al reducido entrante, se percató de que la anciana se había quedado dormida. La despertó con suavidad.

—¿Ya se han marchado? —preguntó la mujer mayor, medio adormecida.

—No. Y no se irán. Han ocupado el abrigo y piensan quedarse.

—Los hombres lucharán. Los hombres recuperarán su territorio.

–Los hombres ya no están. Solo queda el jefe Uru. Pero no está en condiciones de recuperar nada. He encontrado a la mujer Aba. He encontrado a las niñas pequeñas. Todas estaban muertas al pie del abrigo.

–¿Y las otras mujeres?

–Están vivas. Ahora forman parte del grupo de los desconocidos. Ellos tienen pocas mujeres. Cuidarán bien de ellas.

–Donde está Uru?

–El chico Utu y el jefe Uru están de camino.

–¿El chico Utu está vivo?

–Sí. Lleva a Usu a la cueva del oso. El jefe lleva a padre. El hombre lince también está herido.

–La chica Usu se ha salvado. Llévame con ella. ¡Date prisa!

–Ahora no podemos irnos. Está oscureciendo. Tendremos que pasar la noche aquí. Partiremos por la mañana, tan pronto amanezca –dijo el niño.

–Tengo mucho frío. ¿Podemos encender un fuego? –preguntó la anciana, temblando.

–No podemos. El abrigo está cerca. El abrigo está lleno de desconocidos. Podrían oler el humo. Vendrían corriendo a matarnos. Acércate a mi espalda. Te daré calor.

Al día siguiente, al amanecer, el niño cargó a la figura menuda y encogida por los años a su espalda. Corrió hacia el pinar donde había visto por última vez a los cuatro miembros del desaparecido grupo de la costa. Pensaba seguir su rastro y alcanzarlos antes de que llegaran a la cueva; él llevaba mucho menos peso que los dos hombres y podía caminar sin hundirse en la nieve. El sol iluminaba el camino, el aire se había calentado y las huellas se mantenían frescas y bien visibles.

El niño aceleró el paso, recordando que la anciana Izi había dicho que debían apresurarse.

Mientras la mujer mayor saciaba su sed en el agua encharcada, el niño miró hacia delante y vio que aún les quedaba un largo camino por recorrer.

–Ellos llegarán esta noche a la cueva. Nosotros no. Por más que me apresure, no lo lograremos. Estoy cansado –reconoció el niño, sentándose en el suelo.

–Yo también estoy cansada. Busquemos donde pasar la noche. Esta noche habrá cencellada. No cualquier lugar servirá para dormir. Debes encontrar un lugar bien resguardado.

–¿Estás segura? Hay un poco de niebla, pero cencellada no.

–Hazme caso, niño. De algo debe servirme ser vieja.

El niño siguió el consejo de la mujer y cambió de dirección, pensando que un afloramiento de bolas graníticas podría ser un buen sitio para hallar una grieta que los protegiera de la noche que se aproximaba. Tal como recordaba el niño, estaban cerca de las grandes piedras y encontraron un pequeño agujero bajo una gran bola de granito. Cubrieron la entrada con ramas y musgos, recogieron ramas de pino y algunas piedras. Una vez dentro, calentaron el aire con las escasas llamas de la leña húmeda y se acurrucaron mutuamente para darse calor. Se durmieron escuchando cómo el viento congelaba todo lo que encontraba a su paso.

A la mañana siguiente, al salir al exterior, vieron que los árboles habían perdido su majestuosidad y que las ramas se habían doblado ante la frialdad que las abrumaba. Todos los árboles y plantas situados en uno de los lados de aquel montón de rocas se habían cubierto de hielo, mientras que los que se encontraban en el lado opuesto, donde ellos se habían refugiado, se habían librado de la escarcha. Se pusieron en movimiento rápidamente, con cuidado de no resbalar.

–Las hienas también pasaron aquí la noche –dijo Izi, husmeando el aire, subida a la espalda del niño.

–Vieja, tienes buen olfato. Hay excrementos en aquel margen. ¿Crees que las hienas nos siguen? –preguntó el niño, poniendo una mano ante los ojos para que el sol naciente no lo cegara y él pudiese inspeccionar los alrededores.

–No nos siguen. Han buscado un lugar protegido de la helada. Al igual que nosotros. Tampoco siguen a Utu y a Uru. Pero se desplazan en la misma dirección.

A media mañana el hielo empezó a desaparecer, haciéndose agua y alimentando la vegetación extenuada.

Las hienas

Las hienas también estaban de camino. La hembra líder decidió no permanecer cerca del risco, dado que en ese lugar se habían asentado los lobos. Habían visto las huellas y sabían que dos humanos muy cargados iban por delante suyo, con un día de ventaja. También habían percibido su olor cuando el viento soplabla en su dirección. Detectaron que se trataba de dos machos robustos que transportaban a dos humanos debilitados. Un poco más atrás, se encontraban otros dos humanos. Cada vez que el viento les soplabla desde atrás, podían olerlos. Sabían que uno era aún un cachorro y que el otro era un individuo anciano y muy débil. El ocasional aroma de un tejón muerto que les llegaba desconcertaba a las hienas. La hembra que lideraba el grupo de hienas comprendía que los humanos que marchaban delante no las habían percibido, ya que no podían observar sus huellas ni olerlas, al menos no a esa distancia. Sin embargo, existía la posibilidad de que los dos humanos que las seguían sí las hubiesen detectado, dado que estaban próximos y podían ver las marcas que dejaban en el barro.

Al caer la noche, la líder optó por detener la marcha y buscar un lugar protegido, a la espera de que el viento helado que traía la niebla cesara. El macho no entendió la razón de la pausa, ya que en muchas noches tan frías como aquella había salido a cazar. No obstante, actuó como siempre lo hacía cuando no lograba interpretar las decisiones de la jefa del grupo: obedeció.

A la hembra no le agradó que los dos humanos eligieran el mismo refugio donde ellas se habían resguardado del frío. Consideró si sería prudente buscar otro escondite, pero decidió permanecer en el lugar. No deseaba arriesgarse a que un repentino enfriamiento del cuerpo pusiera en peligro el nacimiento de las crías que aún debían llegar. Eran un grupo demasiado reducido y necesitaban incrementarlo lo antes posible. Una vez que el grupo creciera, comenzarían a enfrentarse a los lobos por los restos de los animales que estos cazaran. Y si las crías nacían hembras y permanecían en el grupo, podrían cazar ciervos, caballos y uros por sí mismas. Así, ya no tendrían que depender de los humanos.

Ella estaba harta de los humanos. En esto coincidía con el macho.

Los humanos.

Justo en el instante en que el sol se ocultaba tras las pequeñas colinas, el niño llegó a la cueva del oso, exhausto pero satisfecho de seguir con vida. Lo primero que hizo fue descargar a la anciana Izi de su espalda y llevarla junto al fuego, donde se encontraba la joven Usu. Los miembros del grupo de las tierras del oso

se acercaron para observar detenidamente aquella figura pequeña, rígida y encorvada que, a pesar de su avanzada edad, había logrado sobrevivir al ataque de un grupo desconocido, a un largo trayecto y a la intensa helada nocturna.

—Izi y yo pertenecemos al mismo grupo. Cuando yo nací, Izi ya se había ido. Ahora volvemos a ser parte del mismo grupo. Creo que nos vamos a entender —dijo la mujer Ipi al niño tejón.

—No puede andar deprisa. Tampoco puede masticar bien las raíces. Siempre tiene frío. Ha vivido mucho tiempo. Ha sido testigo de muchas cosas. Puede asistir a las mujeres durante el parto. Sabe escuchar el viento mejor que los cazadores. No será una carga para el grupo. Solo necesita un poco de ayuda —explicó el niño, mirando con ternura el cuerpo tembloroso de aquella mujer tan vieja.

—Utu nos ha informado sobre lo ocurrido. Veo que llegas con la vieja a cuestas. ¿Y la otra mujer? ¿Y los niños pequeños? —interrumpió el jefe Eye, quien se encontraba bastante recuperado de las heridas infligidas por la osa.

—Los desconocidos han matado a la mujer Aba. También a las niñas pequeñas. Las arrojaron por el borde del abrigo. Los lobos no dejaron casi nada.

—¿Se acercarán a las tierras del oso? ¿Cómo podremos defendernos? —preguntó el jefe Eye a Uru.

—Tú eres el jefe de este grupo. Piensa tú en lo que debes hacer. Yo ya no mando a nadie.

La respuesta de Uru fue áspera y cargada de resentimiento. El jefe Eye hizo una mueca y se volvió para conversar con su madre, mientras Uru, visiblemente abatido, se alejaba con la cabeza gacha.

—Este me traerá problemas —comentó Eye a su madre Ipi.

—Lo sé —replicó ella, volviéndose para observar cómo el hombre se sentaba en un tronco, a las afueras de la cueva, en soledad—. Los fuertes brazos del chico Utu nos ayudan. Pero Uru...

—No esperaba tener que dar órdenes a Uru. Él ha liderado un grupo fuerte y poderoso. Mucho más poderoso que el mío. No sé qué puedo hacer.

—Por el momento, Uru se muestra sumiso. Si continúa así, no será necesario hacer nada. Has de esperar y observar su comportamiento.

—¿Y si no me obedece? ¿Tendré que enfrentarme a él? ¿Crees que el chico Utu lo apoyará?

–No lo sé. Ahora el chico Utu es parte del grupo. Sin embargo, Uru es su padre. Uru es más fuerte de lo que aparenta. Contento y no te enfrentes a él. Al menos por ahora.

–De acuerdo madre, así lo haré.

Al día siguiente, por la mañana, los cuatro hombres salieron en busca de carne para alimentar a un grupo que ahora era más numeroso. Pasaron gran parte del día intentando localizar algún animal que hubiera muerto de hambre y se encontrara congelado por el frío. No tuvieron suerte. Tampoco hallaron carroña abandonada por hienas o lobos. Al regresar a la cueva, con las manos vacías, se cruzaron con una cerda de jabalí y sus lechones del verano anterior. Los hombres se miraron; esa hembra era muy grande y ya los había visto. Sin embargo, ellos eran cuatro y, si se coordinaban adecuadamente, podrían intentar cazar uno de los lechones, siempre y cuando logran separarlo de su madre.

Cuando comenzó a oscurecer, los hombres entraron a la cueva llevando varias de las crías del jabalí. Tres de los hombres sonreían, satisfechos, mientras que el cuarto se mostraba afligido y, apenas dejó caer el cerdo en el suelo, se alejó del grupo, quedándose solo en un rincón de la cueva.

Esa noche, antes de dormir, todos los hombres, mujeres y niños de la cueva se dieron un festín con la carne de los jabalíes, alrededor de un gran fuego que ardía en el centro de la cueva. Desde que el chico Utu había partido en busca de su hermana, los miembros del grupo no habían probado la carne, alimentándose solo de raíces que las mujeres lograban encontrar bajo la nieve. Uru comió apartado y solo, sintiéndose marginado del grupo, asustado y estresado, lo cual lo había llevado a volverse agresivo, aunque no lo manifestaba abiertamente.

El jefe Eye se sentía complacido al ver que volvían a ser un grupo eficiente de cazadores. Con el estómago lleno, se olvidó de la amenaza que representaba Uru y se acercó a la joven de ojos verdes para preguntarle por su bienestar. Al volver a sentarse junto a su madre, el hombre lucía una sonrisa que le abarcaba el rostro.

–La chica Usu dice que se encuentra mejor. Afirma que mañana se pondrá en pie. Dice que mañana caminará un poco. Esta chica tiene unos ojos preciosos. Mis hijos tendrán los ojos de ese color –dijo el hombre a su madre Ipi, quien iba negando con las manos.

–No te hagas ilusiones. La chica ya está preñada. Me lo acaba de decir la vieja Izi.

–¿Qué dices? ¿Ya está preñada? – la expresión del hombre cambió al mirar a su madre, desilusionado.

La mujer percibió la decepción en los ojos de su hijo e intentó animarlo.

—Ahora el grupo es más fuerte. Uru y Utu os ayudarán a cazar. Pronto también lo hará el niño extraño. El grupo crecerá. Las chicas Unu y Usu están embarazadas. La mujer Axa también. Pronto nacerán niños sanos y fuertes. El grupo sobrevivirá.

—No deseo tener cerca al niño extraño. Cargamos con una mujer demasiado vieja. También con un hombre que no puede caminar. La anciana y el hombre serán un estorbo.

—Deben nacer criaturas. La vieja es una buena partera. El hombre morirá pronto.

—Ninguno de los niños que nacerán será mío. Eke dejó preñada a la chica Unu. Axa copulaba con Eke y con Utu. No se quien preño a la muchacha Usu —replicó Eye, con un tono muy negativo.

—Ten paciencia y no te precipites. Todo requiere su tiempo —la mujer tocó la mano de su hijo, intentando que le hiciera caso.

El jefe Eye, mirando fijamente a su madre, le retiró la mano.

—No tengo tanta paciencia, ya lo sabes. Necesito que las mujeres paran hijos míos. Lo necesito para afirmarme como jefe. Tendría que hacer que la muchacha Usu abortara. La mujer Axa y la chica Unu también. En pocas lunas volverían a estar preñadas. Entonces nacerían niños fuertes como su padre.

—No te lo permitiré. Hace tiempo murieron muchos niños. Cuando tu hermano Eke lideraba el grupo. No consentiré que muera ningún niño más. Necesitamos niños fuertes lo antes posible. Las mujeres preñadas tendrán hijos sanos. Aunque tú no seas el padre.

Eye se quedó en silencio, cabizbajo. Su madre siempre tenía razón. Su padre había sido un gran jefe, en tiempos en que el grupo era más numeroso y no sufrían hambre ni en invierno ni en verano. Su padre siempre había escuchado a la mujer que mandaba. En cambio, su hermano mayor, Eke, nunca la escuchó, lo que casi llevó a la destrucción del grupo.

—Ten paciencia, todo llegará —repitió la mujer Ipi.

—No haré nada a las mujeres preñadas. Pero deseo que la niña Ebe se marche. Quiero que venga una chica fértil.

—¿Y qué piensas hacer?

—Dejar la cueva del oso. Ir a los bosques de las llanuras. Cómo hacía padre cuando mandaba al grupo. Quizás podríamos ir más allá. Podríamos cruzar el

límite del territorio. Podríamos encontrar un grupo con chicas jóvenes. La niña Ebe podría quedarse con ellos. Una joven podría venir con nosotros. Para la berrea podría nacer un hijo mío.

–Lo que tú digas. Tú eres el jefe de este grupo.

La mujer Ipi pronunció estas palabras con el fin de otorgar confianza a su hijo e intentar aplazar al máximo lo que estaba segura terminaría ocurriendo.

IX. Cueva del oso (la actual cueva de las Teixoneres y cueva del Toll, Moia)

33. LA NIÑA TIENE QUE IRSE

Los humanos.

Cuando los días se hicieron tan breves que la oscuridad descendía antes de que los cazadores pudieran obtener alguna presa, el jefe Eye convocó a todos para que se prepararan, anunciando que pronto abandonarían la cueva con destino al norte. Eye deseaba pasar las lunas frías y secas en los territorios ancestrales, tal como había sido la tradición del grupo antes de que su hermano Eke optara por lo contrario.

Dos días antes de que el grupo iniciara su marcha, el jefe Eye informó a los tres cazadores que, al llegar a los territorios invernales, no se establecerían en esa área, ya que su intención era avanzar hasta adentrarse en el dominio de algún grupo vecino.

El hermano de Eye no preguntó sobre la razón de tal decisión, pues sabía perfectamente que su hermano mayor pretendía intercambiar a la niña Ebe por una joven fértil.

El joven Utu tampoco hizo preguntas, consciente de que había dejado embarazadas a dos mujeres del grupo. Utu comprendía que debía sentirse afortunado de que Eye se mostrara comprensivo y no lo hubiera expulsado del grupo ni forzado a interrumpir los embarazos de las dos mujeres. Sin embargo, consideraba que la niña Ebe era aún demasiado pequeña para partir. A pesar de sus reservas, optó por guardar silencio y no cuestionar la resolución del jefe.

A Uru poco le importaba hacia dónde se dirigían.

La niña Ebe era plenamente consciente de las razones detrás de esta decisión; su hermano se lo había dejado claro tras el desafortunado incidente con la osa.

El único que no se cuestionó el motivo de la decisión de Eye fue el niño tejón, quien tenía la mente ocupada en otros asuntos. Sabía que la caza se estaba agotando y que el jefe Eye planeaba trasladar al grupo a los territorios invernales. La estación más fría y árida del año siempre era ardua de sobrellevar,

especialmente si aquel hombre pretendía hacerlo lejos de la costa. Cada mano sería esencial para obtener alimento y el niño deseaba formar parte de los cazadores. Le preocupaba que el jefe Eye continuara sin permitirle participar activamente en las cacerías, lo que le impedía aprender lo necesario, a pesar de que el chico Utu se esforzaba en enseñarle todo lo que sabía. Sin embargo, Eye y Uru poseían un conocimiento sobre la caza que superaba al de Utu, y él anhelaba aprender de los más experimentados. El chico Utu y la niña Ebe continuaban llevándole carne roja para alimentarse, ahora sin la necesidad de ocultarse del jefe, de modo que el niño comenzaba a desarrollar músculo en sus muslos y brazos. Apenas conversaba con su padre, no porque no hubiera ocasiones, sino porque despreciaba al hombre por su debilidad, repitiéndose una y otra vez que, a él, todos lo respetarían y que llegaría a ser un hábil cazador. También se decía a sí mismo que el color de la piel no importaba al momento de clavar la lanza en la carne de los animales; lo verdaderamente relevante era la fortaleza de sus piernas y brazos.

El día previo a la partida del grupo, la mañana amaneció con un viento apacible y un cielo despejado. Los adultos y los niños se apresuraron a ocupar su rincón favorito en el vestíbulo de la cueva. Los rayos del sol iluminaban la piedra de la entrada, calentándola, y todos eran conscientes de que aquella sería la última oportunidad, durante muchas lunas, de disfrutar de su calor.

Los adultos y los pequeños se despojaron de las pieles que llevaban y se sentaron sobre la piedra, desnudos. Les agradaba sentir cómo el sol calentaba su piel y cómo su calor penetraba hasta el tuétano de sus huesos. Las hojas de los árboles permanecían inmóviles y no se oía ningún sonido, salvo el de los piquituartos posados en las partes más altas de los pinos. Cuando el niño más pequeño del grupo se quedó dormido al sol, los mayores se dedicaron a una sesión de desparasitación. En lo que respecta a la limpieza de parásitos, el jefe Eye era el más privilegiado. La mujer Ipi, la madre del niño que dormía al sol, y su hijo mayor, se encargaron de inspeccionar su pelo en la espalda, el pecho, la entrepierna y el cabello de Eye. Buscaban los diminutos insectos que depositaban huevos blancos que, cuando eran numerosos, irritaban el cuero cabelludo. Era una tarea ingrata, pues había mucho pelo donde buscar y los huevos se les escapaban de los dedos, debiendo recurrir a los dientes. Sin embargo, las dos mujeres sabían que, tras una sesión de limpieza, Eye siempre se mostraba satisfecho y que la próxima vez que los cazadores salieran a buscar alguna presa, los mejores trozos de carne serían para ellas.

El chico Utu y la mujer Axa se desparasitaban mutuamente, sentados uno frente al otro. La chica Unu y la niña Ebe hacían lo mismo. El niño tejón se negó a quitarse las pieles y se quedó sentado en un rincón, con un semblante sombrío. Fue en ese momento cuando el niño escuchó una conversación entre la mujer Ipi y el jefe Eye. Enfadado, se acercó al chico Utu, mientras que la mujer Axa, al verlo llegar, se retiró a tumbarse al sol.

–¿Por qué no puede quedarse en el grupo? –exclamó el niño, golpeando el suelo con el pie.

–¿Quién? –preguntó el chico, decepcionado porque la mujer Axa se había marchado.

–La niña Ebe

–Ya lo sabes. La niña es hermana del jefe Eye.

–Bien, tú preñaste la chica Usu. Ella es hermana tuya. Ebe es hermana del jefe Eye. La chica Usu continuó en el grupo. La niña Ebe tiene que marcharse. No lo comprendo.

–Eye quiere que las mujeres tengan niños fuertes. Usu parirá un niño débil y mal hecho. Cuando el niño nazca, ella deberá matarlo.

El niño tejón se sintió sorprendido por la frialdad con la que el muchacho lo expresó. Tras un momento de silencio, volvió a preguntar.

–¿Ella sabe que deberá matar al niño?

–Sí. Ya lo hizo una vez. Pero ahora cree que el niño nacerá fuerte.

–¿Y no será así?

–No. El niño nacerá mal formado. Puede que esta vez no quiera matarlo. Entonces lo hará Uru. O puede que lo haga la vieja Izi. Quizás lo haga el mismo jefe Eye.

–No lo comprendo –repitió el niño.

–¿Qué es lo que no entiendes? –preguntó el chico, haciendo señales a la mujer para que regresara a su lado, a concluir lo que había empezado.

–No entiendo porque dejas preñada a Usu. Sabes que tendrá que matar al niño. ¿Por qué lo haces?

La pregunta dejó sin respuesta al chico, quien bajó la cabeza e hizo un gesto a la mujer para que se alejara nuevamente.

–Niño preguntas demasiado. ¡Sácame los piojos y calla! –ordenó el chico, malhumorado.

–¿Por qué no me respondes? –insistió el niño.

–Porque no sé qué responder.

–Creo que tu solo piensas en ti mismo. Que no piensas en nadie más. Como cuando copulaste con la mujer Axa. Cuando estábamos los dos grupos juntos.

Entonces un hombre fuerte y joven murió. ¿Y ahora qué? ¿Tendrá que morir un niño recién nacido?

El chico se dio la vuelta y lanzó una mirada amenazadora al niño.

—El hombre lince tuvo tanta culpa como yo. Él copuló con Axa antes que yo. Métele gritos a él. A mí déjame tranquilo.

—Ya sé lo que hizo el hombre lince. Lo vi. A él no lo vio nadie más. A ti, todos te vieron.

El niño tejón se apartó del chico, se sentó dándole la espalda y se puso a reflexionar. La conversación no había tomado el rumbo que él deseaba. Ahora tenía a Utu enfadado y no había logrado averiguar qué podía hacer para no separarse de la niña Ebe.

—Lamento lo que te he dicho. Lo que tú hagas es asunto tuyo. ¿Continúo sacándote los piojos del pelo? —preguntó el niño, en tono conciliador.

El chico Utu seguía de mal humor, dando la espalda al niño, y se sentía herido porque en el fondo sabía que el niño tenía razón.

—Todavía tienes muchos piojos en el cabello. ¿Quieres que te los quite? —insistió el niño.

—No.

A pesar de la negativa, el niño se levantó y comenzó a remover entre los cabellos rubios del chico, quien permaneció inmóvil. Después de un largo rato, el niño retomó la conversación inicial.

—No quiero que Ebe se marche.

—No puedes hacer nada para impedirlo. No mientras Eye dirija a los cazadores. Y Eye continuará mandando porque no tiene rival.

El niño guardó silencio y continuó con la tarea de desparasitar al chico. No podía hacer nada, le había dicho el chico, pero esas palabras no le eran de utilidad. Si permitía que la niña se fuera del grupo, no volvería a encontrar a nadie que lo aceptara tal como era, que lo comprendiera, que lo quisiera. Existía otra opción: él también podría abandonar el grupo y unirse al que fuera a parar la niña. Pero rápidamente se dio cuenta de que esta no era una posibilidad viable, porque en ningún otro grupo lo aceptarían.

No, la niña debía quedarse.

Mentalmente, el niño repasó lo último que el chico Utu le había dicho y creyó haber encontrado la solución. Si el problema era que Ebe era hermana del jefe Eye y no podía quedar preñada de él, la solución era que Eye dejara de ser el

líder del grupo. El chico Utu era demasiado joven e inexperto para encargarse de la dirección de los cazadores. Él aún era un niño. Solo Uru podía asumir esa responsabilidad y solo Uru podría lograr que la niña no se fuera. El niño tejón buscó con la mirada al hombre y lo vio aislado, cabizbajo y abatido, y comprendió que Uru nunca desafiaría al jefe Eye, porque a Uru ya no le importaba nada ni nadie.

Algo tendría que ocurrir para que Uru recuperara el deseo de volver a dirigir a los cazadores.

Fue en ese instante, con la boca llena de piojos del chico Utu, que el niño tejón comprendió que la muerte de una osa lo ayudaría a conseguir que la niña se quedara en el grupo. Al día siguiente, el grupo dejaría atrás la cueva y él debía tener muy clara la estrategia que seguiría.

El zorro

La madriguera que el zorro había construido en la entrada de la cueva no resultaba tan tranquila como él desearía. Con la llegada de más humanos, sus progenitores regresaron. En los primeros días, intentaron despojarlo de su refugio, pero él se mantuvo firme y logró conservar su escondite. Por lo tanto, sus padres se vieron obligados a excavar una nueva madriguera, no lejos de su ubicación. Desde que la osa se marchó en busca de un lugar adecuado para hibernar, la cueva había recuperado la calma. Pero esa tranquilidad se vio interrumpida cuando el humano que llevaba un tejón muerto en la cabeza regresó a la cavidad. Esta vez, sin embargo, vino solo, a diferencia de la vez anterior, cuando varios humanos debieron huir despavoridos, perseguidos por la furia de una osa. El joven zorro, lejos de sentirse inquieto, mantuvo la calma. El humano no lo buscaba ya que él no había robado nada de aquellos hombres. Si permanecía en el silencio de su pequeña madriguera, el humano se marcharía, permitiéndole recuperar su tranquilidad.

Al escuchar que el humano se dirigía hacia el fondo de la cueva, donde yacía el cadáver de la osa, el zorro sintió indignación. Esa carne era altamente nutritiva y aún se mantenía comestible. El zorro contaba con ese recurso para acumular suficiente grasa y enfrentar en buenas condiciones los escasos días en que la nieve dificultaba la caza de topillos y ratones. Estaba convencido de que ningún depredador se atrevería a acercarse a la carne de la osa muerta, ya que el cadáver reposaba en el rincón más profundo de aquella angosta cavidad. Lo que el joven zorro no consideró fue el interés que un humano podría tener por esa

carne. Dado que el humano permanecía mucho tiempo junto al cadáver de la osa, el zorro supuso que este estaba desmembrando las patas y la cabeza del animal para llevarlos a los otros humanos. Había observado en numerosas ocasiones a los humanos cazar presas grandes y llevarse únicamente las extremidades y las cabezas. El joven zorro podía escuchar cómo la piedra del niño rascaba la piel de la osa y rompía sus huesos, así como los resoplidos que indicaban el esfuerzo significativo que le costaba cumplir con esa tarea.

La otra osa, la que seguía viva y que se había marchado hacía unos días, ya había consumido las partes más tiernas, la carne del cuello y del pecho. Si el humano se llevaba las patas y la cabeza, a él solo le quedaría la carne del costillar.

Cuando vio al humano salir de la cueva, arrastrando la piel de la osa muerta, se quedó asombrado. ¿Por qué el humano se llevaba únicamente la piel en lugar de llevarse la carne restante?, se preguntó el zorro sin poder hallar respuesta. Nunca lograba comprender las acciones y decisiones de los humanos. La única certeza que tenía era que, desde que había comenzado a seguir sus pasos por el territorio, no había pasado hambre. Sin embargo, ahora tendría que competir con sus padres por los restos que los hombres desestimaban.

Observó cómo el humano se tumbaba en el suelo, exhausto, con la respiración agitada y sudando profusamente. Notó que se había despojado de la piel de tejón y, desde la penumbra de su madriguera, el zorro se dio cuenta de que todavía era un cachorro, a pesar de que olía mal como un adulto. Cuando el humano se levantó para reunirse con sus congéneres, el zorro corrió hacia el interior, dispuesto a alimentarse con lo que quedara del cadáver de la osa.

Los humanos

El sol apenas comenzaba a asomar en el horizonte y los integrantes del grupo continuaban dormidos en el interior de la cueva. En cuanto se hiciera de día, el grupo emprendería la marcha hacia nuevos territorios.

El niño tejón se levantó mucho antes que los demás, portando una rama de pino encendida y una piedra afilada. Sin pronunciar palabra alguna a la niña, regresó a la cueva de las osas. Avanzó con precaución y, al contemplar la escena macabra, se dio cuenta de que había interpretado correctamente las señales el día en que observó a la osa abandonar la cueva durante la tormenta de nieve. La cabeza del animal muerto era lo único que permanecía intacto, y el niño se acercó al cadáver sin mostrar temor alguno. Se percató de la herida en

el morro y comprendió la causa de la muerte de la osa, antes de que su hermana la devorara. El niño no sabía si aquel animal era el mismo que había aceptado los trozos de carne de uro o si era el que había atacado a los hombres. Sin embargo, eso ya no tenía importancia, ya que tenía trabajo que realizar. Acercó la antorcha y observó que la piel de la cabeza y de la espalda de la osa no estaba deteriorada y podría aprovecharse, una vez que fuese limpiada y tratada adecuadamente. Decidió mantener la cabeza de la osa unida a la piel, a pesar de que eso le requeriría un mayor esfuerzo, puesto que tuvo que romper las vértebras del cuello. Al concluir el proceso de separación de la piel, se sintió mareado y sin aliento, por lo que se apresuró a salir de aquel agujero maloliente, arrastrando la piel con la cabeza de la osa aún intacta.

Una vez en el exterior, se tendió en el suelo, fatigado, intentando recuperar su respiración y el ritmo pausado de los latidos de su corazón. ¿A quién debería entregar la piel de la osa? ¿Al jefe Eye? ¿A Uru? El niño tejón conocía desde hacía tiempo la fascinación que las garras y los colmillos de los osos de las cavernas ejercían sobre Uru. Mientras su cuerpo reposaba, reflexionaba sobre lo que más le convenía. Era importante que considerara cuidadosamente la decisión que estaba a punto de tomar.

Si se fallaba, perdería a la niña para siempre y no lograría convertirse en cazador del grupo.

Si erraba en su elección, se transformaría en un cobarde que siempre estaría solo y atemorizado.

Si se equivocaba, se convertiría en el hombre lince.

Las hienas

El joven macho de hiena se mostraba inquieto y no se sentía seguro en el restringido grupo de tres individuos. Su condición de único macho entre las dos hembras lo consolaba, sin embargo, las dos hembras estaban preñadas, lo que implicaba que, tras el parto, no abandonarían el cubil para amamantar a las crías. Y el macho se preguntaba cómo podría él, solo, proporcionar alimento a las hembras durante las lunas que ellas permanecieran en el cubil.

El grupo era reducido para considerarse un clan de hienas. Con solo tres miembros, no constituían una unidad efectiva, siendo esencial que los cachorros que las hembras parieran lograran alcanzar la adultez. En la situación actual, con tan solo tres individuos, no podrían defender un territorio lo suficientemente amplio que les asegurara el sustento. Por consiguiente, su única opción sería mantenerse cercanos a los humanos, a una distancia prudente, para alimentarse de los restos que estos pudieran dejar atrás.

Los humanos.

Cuando el niño entró en la cueva donde el grupo despertaba, imitó el rugido de la osa para que todos lo vieran mientras arrastraba la piel del animal muerto. Se dirigió directamente hacia el jefe Eye, dejando caer la piel de la osa a sus pies, expresándole su deseo de participar en las cacerías a partir de ese momento.

Todos los miembros del grupo habían presenciado cómo una de las osas había salido de la cueva en un intento de atacarlos, mientras que el jefe Eye y su hermano habían visto a la osa regresar al interior. Desde entonces, ninguno de los presentes había visto a los dos animales salir nuevamente. ¿Cómo había conseguido el niño tejón matar a una de las osas mientras estas dormían? ¿Y cómo había conseguido que la otra osa no despertara mientras él mataba y arrancaba la piel de la primera? Por más que pensaran, nadie conseguía comprender cómo el niño había llevado a cabo tal hazaña.

El niño tejón, astuto, guardaba silencio y sonreía. Sonreía porque, por primera vez en su vida, se sentía admirado, y también porque había notado que Uru no apartaba la vista de la piel del animal muerto, con los puños apretados y la mandíbula tensa. La niña Ebe, fascinada por la audacia del niño, se sentó a su lado, a preguntarle por todo, mientras él continuaba en silencio y sonriendo. Entre las preguntas, la niña reparó en que el niño estaba cubierto de sangre y pelos del animal muerto, además de haber adquirido el olor de la bestia. Sintiendo que sus piernas flaqueaban, se acercó al niño y lo husmeó profundamente. Fue en ese momento, impregnándose del aroma del macho casi adulto, que experimentó una sensación extraña. Entonces, lo llevó a un lugar apartado donde pudieran estar a solas y le propuso jugar a copular. El niño aceptó con gusto, a pesar de encontrarse agotado.

La mujer Axa observaba a los dos niños. Hacía tiempo que el chico Utu no la miraba ni la tocaba de la misma manera. Llena de celos, se dirigió a buscar al chico y lo llevó a un lugar aislado. Él también aceptó con entusiasmo.

La chica Usu, igualmente celosa al ver cómo Axa se llevaba al chico, no se movió de donde estaba. Sabía que por la noche tendría a su hermano solo para ella.

Las hienas

Las hienas habían retornado a su antiguo territorio, aquel que ocupaban cuando formaban parte de un grupo numeroso y poderoso, un auténtico clan de hienas de las cavernas. No había rastro alguno de la fracción del grupo que había permanecido en la zona antes de su partida. La hembra dominante del reducido grupo aún recordaba la derrota sufrida en la lucha por aquel territorio que la obligó a abandonarlo.

Ahora habían vuelto. La cueva donde habían parido las crías a finales del invierno pasado estaba ocupada por los humanos. La cueva cercana, que los osos solían elegir para hibernar, parecía deshabitada. Sin embargo, dicha cueva se encontraba demasiado cerca de la que ocupaban los humanos, por lo que las hienas no la consideraron adecuada. Si los humanos decidían pasar el invierno en esa área, ellas buscarían una de las pequeñas cavidades que encontrarían a lo largo del torrente, a fin de que las dos hembras pudieran parir con tranquilidad. Si los humanos decidían trasladarse a otro territorio, ellas los seguirían, al menos hasta el momento del parto.

Los humanos

El niño acababa de entregar la piel y la cabeza de la osa al jefe Eye, el cual no supo qué decir. En cuanto todos hubieron admirado la posesión del jefe, este dio la orden de partir. Era imperativo llevar consigo todo aquello que pudiera ser útil: piedras en proceso de elaboración, herramientas de piedra terminadas, lanzas, pieles, la carne que quedaba y algunas raíces que habían reservado para el viaje.

Cuando Eye inició la marcha, colocó la piel aún manchada de sangre del oso sobre sus espaldas, encabezando al grupo. La cabeza del animal era de considerable tamaño y peso, lo que podría convertirse en un inconveniente si era necesario correr. No obstante, Eye se sentía poderoso con la cabeza del oso sobre él. En cuanto a la piel, no permitió que nadie la tocara y se dedicó a curtirla durante varios días y noches. Todos eran conscientes de que la presencia de Uru había hecho que Eye se sintiera amenazado, y exhibir aquella piel le otorgaba al joven jefe una mayor seguridad.

Hasta ese instante, Uru había mantenido una actitud sumisa ante Eye, dado que este era el líder de aquel territorio. Sin embargo, en el momento en que Uru observó al niño entregar la piel del magnífico animal a Eye, la ira comenzó a hervir en su interior y los celos hicieron su aparición. Uru se repetía a sí mismo que era viejo y que correspondía a un hombre joven liderar. También se decía que ya no contaba con un grupo y, por ende, era justo que no dirigiera a los cazadores. Sin embargo, cada vez que veía a Eye con la piel del oso sobre sus hombros, sentía como se le revolvían las entrañas. Nunca había poseído una piel como aquella, ya que en lo que había sido su territorio, los osos de las cavernas siempre habían sido escasos. Uru siempre se había tenido que conformar con unas pocas garras y algunos dientes de aquel animal, los cuales lograba intercambiar por herramientas afiladas durante los encuentros fortuitos que su grupo mantenía con otros. Pero ahora se encontraba en el centro de las tierras del oso, obligado a observar cómo Eye exhibía aquella piel ante sus narices.

Cada noche, antes de dormir, se repetía que aquella piel debía ser suya, que solo debía esperar el momento adecuado.

Los días transcurrían, el tiempo se tornaba cada vez más frío y árido, y el grupo continuaba desplazándose de un lugar a otro, aprovechando al máximo los alimentos que lograban encontrar. Como era de esperar, el jefe Eye no permitió

que el niño tejón acompañara a los cazadores. Sin embargo, esto no preocupó al niño, quien sabía que solo era cuestión de ser paciente y esperar a que los celos indujeran a Uru a actuar.

En una ocasión en que el chico Utu y el niño se encontraban separados del resto, el niño advirtió al chico sobre lo que estaba a punto de suceder. Si el chico Utu estaba preparado, todo saldría bien. Era crucial que el chico estuviera dispuesto y atento al momento.

–La niña no tendrá que marcharse. Se quedará en el grupo. Se quedará conmigo –anunció el niño tejón al chico, con expresión de satisfacción.

–¿No tendrá que irse?

–No. Las cosas cambiarán cuando los dos jefes se enfrenten.

–¿Y por qué han de enfrentarse?

–Porque entregué la piel a Eye. Sabía que Uru la quería.

–¿Entonces, por qué no se la diste? –preguntó el chico.

–Uru estaba apático y desmotivado. Ahora desea algo. Quiere la piel. Su deseo hará que espabile. Y Eye no querrá entregársela. Uru deberá luchar si desea la piel. Cuando la tenga, será el nuevo jefe –afirmó el niño, orgulloso de sí mismo.

–Primero tendrá que enfrentarse a Eye. Si gana, Uru será el nuevo jefe. Si pierde... –el chico no continuó pues el niño ya había comprendido.

En los planes del niño no existía la posibilidad que Uru no saliera victorioso en un enfrentamiento con el jefe Eye.

–Uru podrá ganar a Eye –dijo el niño, con voz dubitativa.

–No estoy seguro. El jefe Eye es más joven. Eye parece más ágil.

–Tú puedes ayudar a tu padre. Entonces ganaréis.

–¿Por qué quieres que Uru vuelva a ser jefe?

–Ya te lo he dicho. Quiero que la niña Ebe se quede. Y Eye no permite que cace con vosotros.

–¿Y crees que Uru lo permitirá? Al hombre lince no le dejó nunca.

–Me dejará si tú lo convences.

–Me pides mucho, niño.

–¿Ayudarás a tu padre cuando se enfrente a Eye?

Lo que el niño le pedía inquietó al chico, quien hasta ese momento se había sentido tranquilo y a gusto en el grupo. Tenía a la mujer Axa, a su hermana, y los hombres formaban un equipo de caza efectivo. Poco le importaba si la niña Ebe se quedaba o se iba, o si Uru estaba decaído o alegre. Y ahora aquel niño extraño quería cambiarlo todo. Y él tendría que enfrentarse a Eye y al hermano de este.

–Apoyaré a Uru. Tú también deberás apoyarlo. Si no lo haces, no tendremos ventaja.

–¿Lo crees necesario? Recuerda que aún no soy un muchacho –dijo el niño tejón, quien no había reflexionado sobre la intervención que tendría que realizar en la lucha.

–Los niños no provocan envidia entre los jefes. Ya no eres un niño. Llegado el momento, coge una lanza y lucha.

–Lo haré. Pero esta vez no debe morir nadie. Necesitamos a todos los cazadores. ¿Lo has entendido? Nadie – insistió el niño, con el recuerdo aún fresco de la muerte de Eke.

Los días siguientes, Uru, el chico Utu y el niño estuvieron más tensos de lo habitual. El jefe Eye lo notó y se mantuvo alerta. Las mujeres también percibieron la creciente tensión entre los hombres y aguardaban lo que sabían que, tarde o temprano, ocurriría. La niña Ebe estaba apesadumbrada, convencida de que pronto debería separarse del niño.

Una noche, mientras el grupo acampaba en un pinar, la niña se levantó del lado del fuego y se sentó junto al niño tejón, rozando su espalda con la del niño en busca de consuelo. Este se apartó y, ante la insistencia de la niña, le susurró al oído que se mantuviera quieta, pues algo estaba por suceder que aseguraría que ella no tuviera que abandonar el grupo. La niña se acercó para preguntar qué era lo que iba a ocurrir y el niño le señaló con la mano a Uru, quien se dirigía hacia el jefe Eye. La niña observó cómo el hombre mayor daba, deliberadamente, un golpe en el hombro del más joven. Comenzaba a comprender lo que estaba a punto de suceder

–¡Mira bien por donde andas! –gritó Eye, colocándose la piel de la osa sobre sus hombros.

–Mucha piel de oso llevas encima. No por ello eres mejor jefe–respondió Uru, cansado de la espera y decidido a obtener lo que deseaba.

–Al menos soy el jefe de un grupo. ¿Dónde se encuentra la gente de tu grupo? ¡Ah, es cierto, has perdido a tu grupo! No debías ser un buen jefe. No supiste conservar a tu gente –exclamó Eye, consciente del golpe bajo que acababa de propinar al hombre de mayor edad.

–¿Alguno de los niños es hijo tuyo? ¿Y de los que están por nacer? No tienes ningún hijo en este grupo –la rápida respuesta de Uru también le dolió al hombre joven.

–¿Preferirías que hubiera matado al chico Utu? ¿Que obligara a las mujeres a abortar? ¡No soy tan bestia como tú!

–Quizás sí lo sea. Pero tengo varios hijos en este grupo. ¿Quién debería llevar la piel del oso?

Eye se levantó, con las venas marcadas, mostrando los dientes y con los puños listos.

–Intenta quitarme la piel –dijo entre dientes, fijando su mirada en Uru.

Uru, por su parte, adoptó una postura amenazante, acercándose al hombre más joven

–No me provoques. ¿Recuerdas lo que le hice a tu hermano?

–Entonces te ayudaron tus hermanos e hijos. Ahora estás solo y eres viejo.

La tensión que se generó entre ambos hombres se volvió tan intensa que cualquier gesto mínimo podría haber desencadenado una confrontación violenta. Sin embargo, el experimentado Uru evaluó la situación: contaba con tres cazadores a su lado, pero uno de ellos era todavía un niño, el otro muy joven y a él le pesaban los años. Del otro lado, había solo dos cazadores, pero ambos eran mucho más fuertes que cualquiera de los hombres de su grupo. Con una rápida mirada a su alrededor, observó que su hijo y el niño no estaban bien posicionados, arrinconados y sin espacio para moverse, a diferencia del hermano menor de Eye, quien sostenía un hacha de piedra afilada en cada mano y estaba bien situado. Uru reconsideró la situación y entendió que no era el momento adecuado para pelear, lo cual le causó frustración, pues ya había manifestado sus intenciones. Con un fuerte rugido, ordenó al chico Utu y al niño que retrocedieran junto a él, hacia un claro del bosque. No se enfrentaría a Eye en el bosque, lo haría en un lugar abierto.

Al ver que Uru se retiraba, Eye levantó los brazos, se golpeó el pecho en señal de victoria y ordenó a su hermano que lo siguiera para perseguir a sus oponentes. Sin embargo, un grito de la mujer Ipi impidió que ambos salieran corriendo tras el hombre mayor, el niño y el chico.

–¿Por qué? –gritó Eye, dirigiéndose a su madre.

–Porque has perdido la ventaja. En un campo abierto, las fuerzas estarán igualadas. ¿Y si te sucede algo a ti? ¿Y si le ocurre algo a tu hermano? ¿Y si les pasa algo a los otros? ¿Qué será del resto del grupo? El grupo no puede prescindir de ningún hombre.

–¿Qué quieres que haga? Esa cara de hiena me ha desafiado.

–Solo quiere la piel de la osa. Dásela.

–¡Mujer, no sabes lo que dices! La piel es mía. Yo soy el jefe.

–¿Quieres seguir siendo el jefe? Tendrás que darle la piel de la osa. Eso lo calmará. Recuerda que tú no conseguiste la piel. Te la dio el niño extraño. Ahora el niño está con Uru.

–No pienso humillarme ante Uru. Él mató a mi hermano. La piel es mía. La piel es del jefe –volvió a gritar Eye, exaltado.

–Tú también mataste tu hermano. Aunque no fuera con tus propias manos. No te culpo por ello. Era lo que debías hacer. Por el bien del grupo. Si Uru quiere la piel, se la das. Por el bien del grupo.

El hombre sabía que su madre siempre tenía razón y que, si su hermano Eke la hubiera escuchado, aún seguiría vivo. Comprendía perfectamente que el grupo no podía sobrevivir con solo dos cazadores y que necesitaba la fuerza de Uru y del chico Utu. Sin embargo, lo que su madre le pedía era demasiado para su orgullo. No estaba dispuesto a entregar la piel al hombre que ya no lideraba. Eye se sentía profundamente encolerizado y era consciente de que en ese estado no podría pensar con claridad. Decidió esperar a que la rabia se disipara y entonces, con calma, reflexionaría sobre cómo proceder. Para calmarse, Eye salió del campamento, se aseguró de que Uru y el chico Utu no estuvieran cerca y se encaminó hacia el río, donde se refrescaría con el agua helada.

Olvidó por completo al niño tejón.

Las hienas

Esa noche, el joven macho sentía hambre y no podía dormir. Se acercó al río en busca de alguna rata de agua que pudiera aliviar el malestar en su estómago.

Lo que no esperaba era encontrarse de nuevo con aquella osa. Reconoció su olor al instante. Recordó la herida que le infligió una osa el día en que su amada

murió atravesada por un palo afilado de un humano, y la crin del macho de hiena se erizó por completo.

Esta vez, la osa no lo sorprendería; esta vez no.

Anticipándose a su adversaria, se lanzó contra su espalda, con la boca bien abierta, y con sus poderosas mandíbulas atrapó a la osa por el cuello, haciendo que esta se derrumbara.

Los humanos

Con el impulso de la formidable bestia, Eye perdió el equilibrio y cayó al suelo. Al levantarse, contempló, horrorizado, cómo una inmensa hiena sacudía la piel de la osa con sus poderosas mandíbulas, gruñendo y emitiendo aquel grito que tanto irritaba a los hombres, lo que le acobardó.

El niño se encontraba cerca del río y observó el ataque desde cierta distancia. El enfrentamiento entre el jefe Eye y Uru no había culminado como el niño había previsto. Sin embargo, lo que no podía permitirse de ninguna manera era que la piel terminara entre los dientes de una hiena.

Eye yacía indefenso en el suelo, aterrado. La hiena poseía la piel y estaba a punto de llevársela a su madriguera. El niño sostenía la lanza en la mano. En ese preciso instante, el recuerdo del hombre lince acudió a la mente del niño, evocando el momento en que lanzó una lanza contra una hiena muy similar a aquella que tenía frente a él, muchas lunas atrás, cuando padre e hijo se encontraban solos. El niño tejón lanzó la lanza con toda la fuerza que pudo. Aunque no voló como un ganso, impactó contra la espalda de la bestia. La lanza no se hundió en la carne del animal, pero hizo que la hiena desistiera de su intención de apoderarse de la piel.

Con la piel de la osa en su poder, el niño buscó a Uru y al joven Utu. Al encontrarlos, dejó caer a los pies de Uru la piel de la osa, completamente babeada por la hiena.

—Aquí tienes la piel. Vuelves a ser el jefe del grupo. Ahora dirigirás a los cazadores. ¡Permitirás que acompañe a los cazadores! —ordenó el niño, sacudiéndose las babas de hiena de los brazos y las manos.

Uru estaba tan sorprendido por el giro inesperado de los acontecimientos que aún no había podido procesar qué debía hacer o decir.

—El niño ha dado la piel a Eye. El niño ha quitado la piel a Eye. El niño ha entregado la piel a Uru. Ahora Uru es el jefe del grupo. Permite que el niño aprenda a cazar. De lo contrario, él te quitará la piel —intervino el joven Utu, ayudando al niño a superar las reticencias del nuevo jefe.

El jefe Uru se mantenía desconcertado, limitándose a frotar el pelo áspero de la piel de la osa para limpiar las secreciones viscosas.

—El niño aprende rápidamente. Le he estado enseñando. Míralo, ya no es un niño. Si no accedes, yo mismo te quitaré la piel —dijo el joven, colocándose frente a su padre, inflando el pecho, con los puños apretados y las venas del cuello marcadas.

—El niño tejón acompañará a los cazadores. Ahora dejadme tranquilo. Debo recuperar el control del grupo —declaró Uru, colocándose la piel del animal sobre los hombros.

Con aquella piel en su poder, Uru recuperó su fuerza, juventud y poder. Para que quedara bien claro, exclamó que él poseía la piel y que ahora era quien mandaba.

Cuando Eye volvió al campamento, supo de inmediato que había perdido el control del grupo y miró al niño tejón con ira. Eye no podía creer lo que veía al observar a un Uru rejuvenecido con la piel de la osa a sus espaldas. En contraste, él, sin aquella piel, se sentía indefenso y se encogió aún más, refugiándose en un rincón apartado. Las circunstancias habían tomado un rumbo inesperado y en ese momento no había nada que pudiera hacerse para revertirlo. Si no hubiera sido por el ataque inesperado de la hiena, el niño extraño no le habría quitado su piel y Uru no sería el nuevo jefe. También comprendía que nunca debió ir solo al río, y menos aún con los sentidos tan aturdidos por la rabia.

—¿Qué debo hacer ahora? —preguntó el hermano pequeño de Eye a su madre, al ver a su hermano sin la piel de la osa.

La mujer Ipi observó con atención a Uru, que se había subido a una gran piedra para que todos pudieran ver que poseía la piel. Lo vio gritar y rugir imitando a un oso, y comprendió que aquel hombre había recuperado el mando del grupo.

—Nada. Espera a que se calme y muéstrate sumiso —respondió la mujer.

—¿Qué pasará con Eye? —preguntó nuevamente el joven, sin apartar la vista de su hermano derrotado y encogido en un rincón.

—Nada. Si Uru quisiera matarlo, ya lo habría hecho. Eye no ha seguido mis consejos. Eye ha dejado de ser el jefe. Ya no hay nada que se pueda hacer. Uru no es joven. A Uru pronto le fallaran las fuerzas. Entonces, tú o Eye podréis

desafiarlo y derrotarlo. Por ahora, debemos sobrevivir. Debemos adaptarnos a la nueva situación.

Uru había recuperado el estatus de jefe. Contaba con la anhelada piel de la osa, y con ella sobre su cuerpo se sentía nuevamente capacitado para liderar a los cazadores. Solo faltaba que las mujeres del grupo lo consideraran el único digno de engendrar a sus hijos. Emocionado, se volvió esperando ver a las mujeres tan ansiosas como él, pero ellas miraban asustadas al suelo. Uru no deseaba copular con ninguna de sus dos hijas, ni con la mujer Axa, que tenía el vientre muy hinchado, temiendo que ello provocara un parto prematuro. Solo quedaba la mujer Ipi, quien tenía a sus dos pequeños y a una niña que pronto dejaría de serlo. La anciana Izi no le interesaba porque ya no podía engendrar y, además, estaba muy arrugada. Comenzaría con Ebe, para demostrar que aquella niña, tan pronto como pudiera parir, solo tendría hijos suyos.

Uru se colocó adecuadamente la piel de la osa sobre los hombros y se acercó de manera brusca a Ebe, la miró detenidamente y la olió con insistencia. Ebe se sintió asustada por la brutalidad que emanaba del hombre, pero no se movió de su lugar. Uru tomó el brazo de Ebe y le pidió que se agachara y abriera las piernas. Ebe miró a su madre Ipi y vio que esta miraba hacia otro lado. Entonces miró al niño tejón y vio que este sonreía, asegurándole que todo saldría bien y que hiciera lo que el hombre le pedía.

Ebe obedeció la solicitud de Uru y esperó que aquel hombre se abalanzara sobre ella.

INVIERNO

X. Límite norte del territorio (la actual plana de Vic)

35. CAMINO A LA COSTA

Los humanos. Mezcla de los dos grupos

Uru se colocó detrás de Ebe, le abrió aún más las piernas y la penetró sin demasiadas consideraciones. Al culminar, liberó la ira reprimida durante tantos días a través de un potente grito y se dirigió hacia las dos mujeres, que ya se encontraban arrodilladas en el suelo, aguardando su turno. La mujer que tenía a sus dos pequeños a su lado observó con interés la fuerza que aquel hombre había utilizado con Ebe, y ahora anhelaba que él hiciera lo mismo con ella. Por otro lado, la mujer Ipi mostraba resignación; a su edad, ya no sentía deseos de cópulas, pero deseaba mantener su posición dentro del grupo de mujeres y, por ello, consideraba necesario mostrarse servicial ante el nuevo líder. Una vez que Uru concluyó con ambas mujeres, agotado por el esfuerzo, se retiró a descansar en un rincón apartado, cubriéndose con su apreciada piel de oso, consciente de que su hijo Utu vigilaría al hombre que él acababa de derrotar.

Ebe permanecía arrodillada en el suelo y no se levantó hasta que el niño tejón acudió a ayudarla..

–¿No estás contenta de tener un nuevo jefe? –preguntó el niño.

–El jefe Uru es muy corpulento. Todo en él es demasiado grande –respondió Ebe, algo dolorida.

El niño se sentía muy feliz porque todo había transcurrido bien y no comprendió lo que la niña acababa de expresar.

–¿Eso quiere decir que te ha gustado? No sé, es que has estado muy callada. Conmigo no dejas de hablar.

–Me gusta el olor que emana Uru. Huele diferente a ti. Pero me ha hecho daño y me escuece. Pronto llegarán las moscas y pondrán huevos –dijo claramente Ebe, abriendo las piernas para que el niño lo entendiera.

El niño se agachó para mirar las heridas de la niña.

–Ve con la vieja Izi. Ella sabe de hierbas. Alguna tendrá que te alivie.

–No quiero ir con la vieja. Límpiame tú. Yo no llevo.

El niño limpió la herida, con lametazos, tan bien como supo.

–No me gusta que te haya hecho daño. Pero estoy muy contento. Ya no tendrás que dejar el grupo. Ahora podremos estar juntos.

–¡No te enteras de nada! Las cosas entre tú y yo cambiarán. Uru ya me considera una muchacha fértil. No permitirá que juguemos como lo hacíamos antes. Si lo hacemos, el jefe te matará – dijo Ebe, propinando una patada en la cabeza del niño y haciendo que la piel de tejón cayera al suelo.

–Pero solo hasta que te quedes preñada. Entonces Uru dejará de interesarse por ti.

–Falta mucho para que eso suceda.

El niño recogió la capucha, se incorporó, apartó sus pieles de conejo y se irguió con orgullo.

–Quizás no tanto. Mírame a mí. Desde que estoy con vosotros he crecido mucho. Uru ha aceptado que acompañe a los cazadores. Seré un chico que cace con el grupo. Pronto podré cuidar de ti.

–Me parece que ya cuidará Uru de mí.

El niño, observando las heridas que el jefe Uru había infligido en el cuerpo de Ebe, dudó al formular su pregunta. Finalmente, preguntó, con una gran sonrisa en el rostro.

–¿Volverías a abrirte de piernas para mí?

Una patada en todos los dientes fue la única respuesta que el niño recibió de Ebe. Este quedó un poco perplejo, sin entender por qué ella se había enfadado tanto, y pensó que, tal vez, debería haber prestado más atención a lo que le había dicho respecto a que ya no podrían jugar como antes.

El zorro

El animal no lograba comprender por qué los humanos no optaban por permanecer en aquella cueva durante el invierno, ya que a él le parecía un territorio propicio. Ciertamente, existían hienas que merodeaban alrededor de los hombres, pero el joven zorro sabía que dicho grupo estaba conformado únicamente por dos hembras y un macho, lo que no representaba una amenaza significativa para los humanos. Sin embargo, para él, las hienas constituían un inconveniente. Estas llegaban primero a las carnicerías de los hombres y, una vez que los humanos se retiraban, se apropiaban de los restos de las presas cazadas. Afortunadamente para el zorro, las hienas se mantenían a distancia de la cueva de los hombres, de manera que los huesos roídos que estos arrojaban al exterior, siempre eran para él. En este aspecto, carecía de competencia. En ocasiones, había tenido que mostrar los dientes ante alguna marta atrevida o perseguir a un tejón curioso, pero nada que no pudiera manejar.

Cuando los humanos abandonaron la cueva y se desplazaron hacia el norte, el zorro estuvo dudando. Debía decidir entre permanecer en la madriguera y aprender a cazar roedores y conejos o seguir a los humanos. No había más alternativas. Finalmente, optó por acompañar a los humanos y dejar la madriguera a sus padres.

Los humanos

Con la salida del sol el grupo dejó aquellas tierras y se dirigió hacia el sur, El jefe Uru guiaba al grupo hacia la costa. Uru marchaba al frente, llevando sobre sus hombros la piel de un oso, mientras que los dos hombres del grupo proveniente de las tierras del oso lo seguían. La mujer Ipi caminaba junto a Uru, mostrando que, a pesar de las circunstancias, mantenía su posición en el grupo.

—¿Y ahora qué somos? ¿El grupo de las tierras del oso? ¿Volveremos a ser el grupo de la costa? —preguntó el niño tejón al chico Utu.

—No lo sé. No había pensado en ello. Voy a preguntarle al jefe Uru.

Cuando el chico regresó tras hablar con su padre, se situó junto al niño.

—Uru dice que somos un grupo diferente. Que ya no tenemos el refugio. Ahora tenemos la cueva del oso. Pero continuaremos yendo hacia la playa. Dice que tenemos que hacer una señal diferente.

—¿Qué señal quiere hacer?

–Espera, voy a preguntarle de nuevo –exclamó el chico mientras corría hacia su padre.

–Uru dice que la misma de antes. Pero rodeada de otra señal. De la señal de las tierras del oso.

El niño tejón se agachó y, con la punta de su dedo, dibujó en el barro dos líneas sinuosas paralelas dentro de un gran círculo.

–¿Hacia dónde nos dirigimos? –preguntó el niño al muchacho, incorporándose se nuevo.

–Vamos hacia el mar. Hacia donde nos encontramos.

–¡Qué bien! Me gusta el mar. Me gusta la arena. Me gusta el agua que va y viene –gritó el niño con entusiasmo.

El chico Utu se quedó un momento observando al niño tejón y se percató de cuánto había crecido últimamente. El niño era un par de palmos más alto que la niña Ebe y casi alcanzaba la altura del propio Utu. No solo había crecido, sino que también había fortalecido su cuerpo. Aquellas piernas delgadas se habían desarrollado en músculos gracias a la carne de ciervo que había consumido, convirtiéndose en extremidades largas y robustas.

–Has crecido mucho. Casi eres tan alto como yo. Pronto tendremos que llamarte chico tejón. ¿Cómo has logrado crecer tanto rápido? ¡Pero mira qué piernas tienes! –exclamó el chico Utu.

–Ahora que cazo con vosotros, creceré aún más. Lo hace la carne roja que como. Creo que sol también tiene algo que ver –el niño miró hacia donde se reunía el grupo, asegurándose de que su padre no lo escuchara.

–¿Qué tiene que ver el sol? –preguntó Utu.

–Padre nunca deja que me quite las pieles. Él dice que el sol nos enferma. Que, si me toca la piel, me enfermaré. Pero ahora hago lo que quiero. Dejo que el sol me toque la piel. Eso fortalece mis huesos.

–Ahora estás cubierto con las pieles –dijo el chico, sin comprender del todo que tenían en común el sol, la piel descolorida y los huesos.

–Ahora el sol está muy alto. Ahora el sol quema. Me quito las pieles cuando está nublado. También me quito por la mañana. También me quito las por la tarde.

–Siempre haces cosas muy extrañas. Y creces muy deprisa. ¿Recuerdas a tu madre?

La pregunta del chico cogió por sorpresa al niño, que se puso a la defensiva y, sin responder, se dirigió hacia el resto del grupo.

El trayecto hacia las marismas no era largo y les llevó pocos días alcanzar un terreno plano inundado, no demasiado lejos de un río. El lugar era abundante en recursos, y el grupo se preparó para establecerse allí durante unas pocas lunas, construyendo un refugio que les serviría durante su tiempo de caza y recolección en esas marismas ricas en juncos, aves acuáticas y gamos.

El chico Utu continuaba observando las piernas del niño tejón y la rapidez con que estas crecían. Al no haber obtenido respuestas del niño en los días anteriores, decidió intentar con el padre.

Una tarde ventosa, el chico Utu entró al refugio, ignoró al niño y susurró algo al oído de su hermana antes de salir nuevamente al exterior. Poco después, la chica Usu sacó al hombre lince del campamento y lo dejó junto a su hermano.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me ha sacado fuera tu hermana? —preguntó el hombre lince, que no deseaba que el viento le golpeará la cara.

—Tu hijo es diferente a ti. ¿Quién es su madre?

La pregunta sorprendió al hombre lince, que, de haber podido, se habría levantado y marchado.

—Ya sé que es diferente. Está descolorido. ¿O es que no te habías dado cuenta?

—No me refiero al color de la piel. El niño crece fuerte. El niño no tiene miedo. No se parece en nada a ti. ¿Cómo era la mujer que lo parió?

—Ella era una mujer fuerte. Ella tampoco tenía miedo. Hace mucho viento aquí afuera —dijo el hombre, intentando desviar la conversación.

—¿Qué tan fuerte? —el chico intuía que el hombre ocultaba un secreto y deseaba confirmar lo que solo él creía haber descubierto.

—Una mujer fuerte y valiente.

—Eso ya lo has dicho antes.

—Sí, ya lo he dicho antes. Chica Usu, ven a ayudarme. Quiero volver a entrar en el refugio.

—¿Te dio más hijos, la mujer valiente? —continuó preguntando el chico Utu.

–Sí. No. No recuerdo. Déjame tranquilo. ¡Chica Usu, ven a ayudarme!

El chico hizo una señal con la mano a su hermana y continuó preguntando, consciente que aquel hombre escondía algo que no quería revelar.

–¿Dónde está ahora la mujer?

–No lo sé.

–Dijiste que la madre del niño había muerto –insistió el chico, recordando lo que el hombre había explicado la noche de la luna de sangre.

–Sí, puede que esté muerta.

–¿En qué quedamos? ¿Está viva? ¿Está muerta?

–No lo sé. Usu, ayúdame a sentarme en otro lugar. Tu hermano me provoca dolor de cabeza.

La chica miró a su hermano y con una mirada le pidió que dejara tranquilo a aquel hombre. El chico levantó la vista e hizo entender a su hermana que no se interpusiera. La chica regresó al campamento.

–Aquella noche no dijiste la verdad.

–Quizás no. Aquella noche había algo en el humo. Aquella noche mis recuerdos no eran claros.

–¿Quién fue la madre del niño tejón? –insistió el chico Utu, acercando su rostro a la del hombre, convencido de que la cercanía intimidaría lo suficiente para que hablar.

–No fue la mujer gigante como piensas. Es eso lo que crees, ¿no?

El chico Utu no respondió.

–Mejor deberías preguntar quién fue el padre –dijo el hombre, apartando la cara del chico de delante suyo.

–¿El padre? ¿Qué padre? ¿No eres tú su padre? –esa no era la respuesta que el chico esperaba y quedó desconcertado.

–No soy el padre del niño tejón. No lideré ningún grupo –el hombre hizo una pausa, tragándose la saliva acumulada en su boca y continuó–. Ni siquiera fui cazador.

–Un hombre cobarde no puede mandar un grupo. Un cobarde no puede guiar a cazadores valientes. ¡Lo sabía! –exclamó el muchacho, sin ser consciente del daño que sus palabras podían causar al hombre.

–Si ya lo sabes todo, me callo.

–No, continúa –pidió el chico.

–Nunca me permitieron acompañar a los cazadores. Sucedió lo mismo que ocurre con vosotros. Lo mismo que ha sucedido siempre. Nadie quiere estar con el hombre descolorido. ¡Nadie! Madre murió con la piel quemada. Quemada por el sol. Mi hermana y yo nos quedamos solos. Los otros nos tenían arrinconados. No teníamos acceso a la carne roja. Mi hermana y yo nos alimentábamos de huesos. De los huesos que ellos despreciaban.

El hombre lince se sentía incómodo al relatarle al chico lo miserable que había sido su vida. Sin embargo, en ese momento, no le importaba nada. Buscó con la mirada a su hijo, pero no lo encontró. A medida que el niño se convertía en cazador, él sentía que lo perdía. Si el chico Utu deseaba conocer la verdad, él se la explicaría.

–Era un terreno con abundantes conejos. Conseguía atraparlos con la ayuda del humo. Los conejos nos mantenían vivos. Pero siempre teníamos hambre. Siempre pasábamos frío. Y, de hecho, poco ha cambiado –las últimas palabras fueron pronunciadas en voz baja, como si el hombre las dijera solamente a sí mismo.

El chico Utu observó que el hombre tenía los ojos brillantes y se balanceaba más de lo habitual, y sintió compasión por aquel hombre que había llevado una vida tan dura. Ahora comprendía por qué su musculatura estaba tan poco desarrollada y por qué siempre mostraba miedo y sumisión.

–¿Y la madre del niño tejón? –insistió nuevamente el chico.

–Mi hermana lo parió. Ella era muy fuerte y no tenía miedo.

–¿Tú también dejaste preñada a tu hermana?

–¡Por supuesto que no! Acabo de decir que no soy el padre. ¿No escuchas? El jefe del grupo la preñó –respondió el hombre, indignado.

–¿Qué jefe? ¿El mismo que preñó a tu madre?

–No. Un hijo suyo. El viejo jefe ya no mandaba. Mandaba un hijo suyo. El jefe la dejó preñada muchas veces. Los niños nacían normales. Y el jefe siempre le quitaba las criaturas. Se las daba a las otras mujeres. Se las daba para que las criaran. El niño tejón nació diferente a los otros. Nació descolorido como la madre. El jefe no lo quiso. Dejó que mi hermana se lo quedara. Ella pudo conservar la leche. El niño logró sobrevivir.

–El niño es hijo de un jefe fuerte –añadió el muchacho, que empezaba a entender porqué el niño era como era.

–¿De un jefe fuerte? De un malnacido que nos mataba de hambre. Eso es lo que era. No sabes lo que he tenido que hacer. ¡He hecho de todo! De todo para que el niño viviera –gritó el hombre, bastante agitado.

–Supongo que así debe ser complicado continuar vivo –dijo el chico.

–No es fácil. No cuando te tratan como a una hiena. Cuando no te dejan formar parte del grupo ¡El grupo lo es todo!

–Sí, el grupo lo es todo. No sé cómo lo has logrado. Pero has conseguido mantener al niño con vida. Ahora ya es todo un chico. Es fuerte y no tiene miedo.

–Es valiente como su madre. A mí me odia. ¡Se avergüenza tanto de mí! Ahora me ignora completamente. Al romperme la pierna ha dejado de hablarme.

Utu no supo qué decir, porque era cierto que el niño se avergonzaba de la debilidad de aquel hombre, y todos lo sabían.

–Deberías explicarle lo que me acabas de contar. Quizás el niño lo entendería.

–¿De verdad lo crees? Sería aún peor. Ahora cree que soy su padre. Me odia, pero cree que soy su padre. Si conociera la verdad, no existiría para él. No le voy a explicar nada. Tú no le vas a explicar nada.

Utu se quedó en silencio. Aquella era una situación muy triste. Sintió compasión por aquel hombre, inválido, enfermo y asustado, que había perdido la única razón que le quedaba para vivir. Antes de llamar a su hermana para que ayudara al hombre a entrar al refugio, formuló la última pregunta.

–Los gigantes color ala de cuervo. Las lanzas voladoras. ¿Todo era mentira?

–Una noche sin luna aparecieron. De la nada. Se presentaron un hombre y una mujer. Eran oscuros como los cuervos. Con sus lanzas mataron a todos. Mataron a la madre del niño –dijo el hombre lince, alternando los balanceos de su cuerpo con golpes en la cabeza.

Los humanos.

La tarde que recorrieron el último tramo del río, en dirección a la desembocadura, un viento de levante comenzó a soplar con fuerza. A medida que se acercaban a la playa, los miembros del antiguo grupo de las tierras del oso se sentían cada vez más intimidados por el creciente estruendo que resonaba a su alrededor. Al llegar ante un mar enfurecido, quedaron paralizados por el impresionante espectáculo que se desplegaba ante sus ojos. Nunca antes habían contemplado el mar.

El jefe Uru, consciente de que una tormenta se avecinaba y de que no había cueva ni refugio cercano donde resguardarse, se acercó al joven Utu y le susurró al oído lo que debía hacer.

–Encuentra un lugar donde podamos resguardarnos. Esta noche, del cielo caerá fuego. Esta noche, el cielo emitirá ese ruido aterrador.

–Sí, ya lo he notado. El viento proviene del mar. El viento arrastra la lluvia. No recuerdo ningún abrigo cerca de aquí. ¿Por dónde debo buscar? –preguntó el chico Utu, observando a su alrededor.

–Yo tampoco recuerdo ninguna cueva. Regresa atrás. Busca en aquella colina cercana –señaló el jefe Uru con la mano–. No disponemos de mucho tiempo. Busca rocas amontonadas unas sobre otras. Mira en el lado opuesto de la colina. Encuentra grietas o agujeros entre las rocas. Para que podamos meternos dentro. ¡Date prisa! –ordenó Uru, mientras contemplaba cómo el cielo se oscurecía a pasos agigantados.

Mientras el joven corría hacia la colina boscosa, el jefe Uru informó al grupo que aquella noche la pasarían en el bosque y que, una vez que la tormenta hubiera cesado, establecerían un campamento en la playa.

Todos se mostraron de mal humor y se apresuraron a alcanzar la cima de la colina que Uru les había indicado. A nadie le agradaban las tormentas violentas, ya que no comprendían la razón del estruendo en el cielo y temían que les cayera fuego encima. Al acercarse, oyeron gritos y cambiaron de rumbo para reunirse con el joven Utu, quien hacía señales con los brazos desde la cima de otra colina cercana. El joven había descubierto un gran paredón de granito, con una base descalzada, que formaba una pequeña cavidad adecuada para pasar aquella difícil noche.

De repente, una nube oscura emergió casi a ras del suelo y comenzó a elevarse rápidamente. El día había sido excesivamente caluroso para la época del año y, hacia el final del día, un viento violento se había desatado, el cual se amainó justo cuando comenzó a llover. Aprovechando la calma, las mujeres recogieron toda la pinaza que pudieron, mientras los hombres rompían ramas secas para construir una protección apoyada contra la pared. Allí, se sentaron todos juntos, con la espalda contra la roca y las rodillas dobladas, apretujándose unos contra otros para generar un poco de calor humano que les brindara un poco de sosiego. Nadie cuestionó la presencia del hombre lince y el niño tejón entre ellos.

Cuando empezaron los truenos y el pequeño refugio se iluminó, todos cerraron los ojos y escondieron la cabeza entre las piernas.

Poco después, una intensa cortina de lluvia cayó sobre las colinas, la llanura costera y el mar, seguida de granizo y espectaculares relámpagos que parecían interminables. Primero, los relámpagos quedaron ocultos tras la misma nube, y solo se percibió un resplandor difuso en el cielo. Luego, comenzaron a estallar trazos sinuosos de luz seguidos de truenos ensordecedores que resonaban en la tierra misma. Los más pequeños y la anciana comenzaron a temblar. Nadie pronunció palabra alguna durante toda la noche. Nadie se movió. Nadie durmió.

Antes del alba, el cielo se despejó y la lluvia cesó. La gente salió de su escondite para estirar las piernas y aliviar sus espaldas adoloridas, además de sacudirse el agua del pelo y de las pieles que llevaban. Al descender la colina en dirección a la playa, todos quedaron asombrados al observar la salida del sol tras el mar, en medio de un cielo desgarrado y enrojecido.

—¿Tuviste miedo anoche? —preguntó el niño tejón a la niña Ebe.

—Un poco. ¿Y tú?

—También. Pero me gusta la playa. Encontramos al grupo de Uru en una playa. Fue cuando hallamos la ballena.

—¿Qué es una ballena? —inquirió la niña.

—Es un pez grande como un mamut. Algunos salen del agua y no pueden regresar. Nos la comimos.

—Tampoco he visto nunca un mamut. ¿Era buena la carne de ballena?

—Sí, el hígado estaba muy bueno. Yo tampoco he visto un mamut. Pero sé que algún día cazaré uno. No me asustan los mamuts. No les tengo miedo. No tengo miedo a nada. Bueno, a los relámpagos sí, un poco.

—Siempre dices lo mismo. Ya eres cazador. Pero continúas repitiéndolo. ¡Eres muy pesado!

–No soy pesado –protestó el niño, algo avergonzado–. No importa, no encontraremos mamuts en la playa. Pero en los humedales hallaremos abundante comida. Podrás comer huevos y polluelos hasta saciarte. Y también ranas. ¿Te gustan las ranas?

–No lo sé, no creo. A mí me gusta la carne roja. Nosotros no comíamos huevos ni polluelos. Ni ranas –dijo la niña, refiriéndose a la gente del grupo de las tierras del oso.

–Tendrás que acostumbrarte a comer otras cosas. ¡Si supieras lo que he llegado a comer! El grupo de Uru come mejillones. También come erizos de mar y cangrejos.

–Conozco los cangrejos de río. Pero, ¿qué son los erizos de mar? ¿Y los mejillones?

–Los mejillones son conchas, como alas de cuervo. Ya has visto conchas. La mujer Ipi lleva una en la cintura. Se abren y se comen. Los erizos son bolas espinosas. Se rompen y se comen.

Las hienas

Ni el macho ni ninguna de las dos hembras habían pisado antes la arena de la playa. Aquel lugar era nuevo, extraño y un tanto inquietante por el constante vaivén del agua y el estruendo del mar. La hembra que lideraba el grupo no se dejó amedrentar por el panorama que se presentaba ante ella y ordenó que se acercaran hasta la línea del agua. Cuando una ola más alta que las demás les salpicó las patas, el macho y la hembra joven se refugiaron detrás de una pequeña duna. Al observar que la líder del grupo permanecía impasible, con las patas sumergidas en el agua y la mirada fija en el horizonte, la hembra joven salió de su escondite y se situó junto a la hembra mayor, dirigiendo una mirada despectiva hacia el macho, que continuaba oculto.

No fue sino hasta que el agua arrastró a la orilla los cuerpos de varias gaviotas que habían perecido durante la tormenta nocturna, que el macho reunió el valor suficiente para enfrentar las olas. Sin embargo, cuando finalmente se decidió a salir de detrás de la duna, las dos hembras ya estaban despojando de plumas a las aves. Si deseaba alimentarse aquella mañana, no le quedaba otra opción que continuar su camino por la playa, atento a lo que las olas pudieran traer a la arena.

Y el macho tuvo suerte. La tormenta había sido aún más intensa dentro del mar y un número considerable de aves marinas habían perdido la vida durante la noche. Tras devorar un par de gaviotas, el macho ya no consideró tan terrible que, de vez en cuando, el agua le mojara las patas; incluso le pareció estimulante.

Los humanos

Cuando el grupo llegó a la playa, el mar continuaba bastante picado, con un oleaje considerable. La mujer Ipi contempló el mar blanquecino y se quedó paralizada ante la vista de las crestas que oscilaban y rompían violentamente contra las rocas. El viento fuerte desprendía espuma de las olas y golpeaba el rostro de la mujer con diminutas partículas de sal. Dirigiéndose a la joven Usu, exclamó en voz alta que nunca se atrevería a sumergir un pie en aquellas aguas iracundas. Los demás miembros del grupo de las tierras del oso mostraron la misma expresión, negando con las manos, indicando que tampoco se aventurarían a entrar en el agua.

La chica Usu intentó explicarles que el mar no siempre estaba enojado y que, al calmarse, se volvería dócil y tranquilo. Sin embargo, la gente de las tierras del oso no la creyeron, y la chica tuvo que aceptar que no podría convencer a nadie mientras el mar se mantuviera en aquel estado.

Los hombres y las mujeres necesitaron varios días para construir el campamento, como solía hacer el desaparecido grupo de la costa cuando llegaba el invierno. No obstante, en esta ocasión decidieron no montarlo junto a la playa, sino un poco más hacia el interior, por si acaso el mar volvía a enfurecerse. Una vez que levantaron y aseguraron los troncos, unieron numerosas ramas que colocaron sobre ellos para simular un techo, cubriendo los huecos que quedaban con bolas formadas por los restos de plantas que el oleaje había llevado a la arena. Para garantizar un aislamiento completo del techo, recubrieron todos los pequeños orificios con algas largas y anchas. De esta manera, si una tormenta volvía a presentarse, podrían resguardarse de la lluvia y evitar empaparse, como había sucedido en la última ocasión.

Cuando el campamento estuvo montado, el viento amainó y el mar se calmó. Aprovechando el buen tiempo, los cuatro cazadores se dirigieron rápidamente hacia las colinas boscosas en busca de algún corzo, jabalí o cualquier otra presa que pudieran encontrar, dejando al niño tejón en compañía de las mujeres y los

niños. El niño protestó, deseando acompañar a los hombres en la caza, pero el joven Utu le ordenó que se quedara a ayudar al hombre lince, quien aún no podía caminar y se encontraba cada vez más debilitado. Utu recordaba la conversación sostenida con el hombre y deseaba que el niño recuperara el contacto con su padre. Aunque el niño no contradijo al joven, se negó a permanecer con el hombre lince, y al ver que las mujeres y los niños se dirigían hacia donde las olas rompían, decidió unirse a ellos.

Dado que el mar se había calmado, las chicas Usu y Unu intentaron convencer a las otras tres mujeres para que se acercaran a las rocas y recogieran cangrejos, pero fue en vano. Cada vez que las mujeres de las tierras del oso percibían la llegada de una ola, salían corriendo.

—¡Si ni siquiera os habéis mojado los pies! ¿A dónde vais? ¡Venid aquí! —gritaba la joven Usu.

—No lograremos que pierdan el miedo al agua. ¿Qué tal si jugamos con las olas? De pequeña, lo encontraba muy divertido —sugirió la joven Unu, quien, al igual que la joven Usu, se había criado en aquellas playas.

Usu entró al mar de manera pausada, y cuando el agua alcanzó la altura de su abultado vientre, dejó de caminar, se dio la vuelta y llamó a la joven Unu, quien también entró lentamente. Ambas comenzaron a salpicarse y a jugar con las olas pequeñas de ese día tranquilo. Los cuatro niños se sentaron en la arena, riendo mientras observaban a las dos jóvenes jugar. El primero en entrar al agua fue el niño tejón, aunque solo se mojó los pies debido a la fría temperatura del agua. La niña Ebe se adentró un poco más y comenzó a salpicar al niño, quien regresó a la playa enfadado. Uno de los niños pequeños también se metió en el agua, contento de dejar en ridículo al niño tejón. Cuando las otras mujeres vieron que los niños comenzaban a jugar con las olas sin incidentes, se atrevieron a mojarse los pies.

—Es diferente a meterte en el río. ¿Por qué el agua viene y se va? —preguntó la mujer Ipi a la chica Usu.

—No lo sé. A mí me gusta. Me hace cosquillas en los pies.

—¿Qué tipo de comida encuentras en el agua? —volvió a preguntar la mujer Ipi, mirando el fondo.

—Iremos a las rocas. Allí buscaremos cangrejos. También arrancaremos mejillones. Fíjate como lo hago. Ten cuidado de no pisar ningún erizo. Cuando te clavas un pincho, duele. A veces, es imposible quitar la púa clavada. Pero se comen y están sabrosos. ¡Ten cuidado y no pises ninguno! —ordenó la joven a la mujer mayor, quien se puso de puntillas para pisar lo menos posible.

–¿Estás segura de que eso se puede comer? –preguntó Ipi con cara de asco, señalando un erizo de mar que se encontraba cerca de sus pies.

La chica Usu, se agachó, metió medio cuerpo dentro del agua y agarró el erizo por una de las púas. Con mucho cuidado, la joven cogió el erizo sin lastimarse los dedos y lo llevó hasta unas rocas donde estaba la anciana Izi. Usu entregó el animal a la anciana y pidió a todos los presentes que observaran cómo ella lo rompería para no echarlo a perder. La vieja Izi cogió una piedra grande y aplastó el erizo de mar, calculando con precisión la fuerza necesaria. Cuando se encontraba cerca del mar, su artrosis mejoraba y sus manos adquirían la fuerza suficiente para abrir los erizos. Después de dos golpes contundentes, Izi logró hacer un agujero en la dura coraza, y con un palo comenzó a extraer trozos de carne del animal para llevárselos a la boca, exclamando de satisfacción al finalizar. Al ver con qué gusto la anciana Izi devoraba el contenido del caparazón espinoso, las demás mujeres se apresuraron a buscar erizos en las rocas.

–Tened cuidado al romper las bolas. Si lo hacéis con demasiada fuerza, se aplastarán. Entonces no podréis aprovechar nada –gritó la chica a las mujeres que ya tenían los brazos y las piernas dentro del agua.

Cuando el sol se ocultó tras las colinas, todas las mujeres y los niños conocían como debían recoger los erizos y como debían partirlos sin aplastar su interior.

–Deberíamos regresar al campamento. Los cazadores no tardarán en volver. Los hombres querrán encontrar el fuego encendido. Yo también agradeceré un buen fuego. Las bolas de pinchos son muy sabrosas. Pero el agua está helada. Tengo frío. ¡Apresurémonos! –ordenó la mujer Ipi, mientras succionaba el último erizo.

La mujer Axa estaba de mal humor porque su voluminoso vientre le había impedido agacharse lo suficiente para recoger erizos y mejillones, y ninguna de las otras mujeres había ido a ayudarla, por lo que se había quedado con hambre.

–¿Nos quedaremos muchos días en esta playa? –preguntó Axa, consciente de que su vientre estaba mucho más abultado que el vientre de las otras dos chicas.

–Mañana vendremos a buscar mejillones para Uru. Y para los otros cazadores. También cogeremos algas comestibles. Cuando empiecen a escasear, nos iremos. Seguiremos la costa en esa dirección –explicó la chica Usu, señalando con la mano hacia el sur.

–¿A los cazadores les da miedo el agua? –preguntó la mujer Ipi a la muchacha Usu.

–No. Solo el jefe Uru le teme al agua. Pero es mejor no mencionarlo. Si se lo dices, se enfada.

–El jefe Uru siempre está enfadado –dijo la mujer Axa, haciendo una mueca.

–Yo siempre le he visto de mal humor –dijo el niño tejón, añadiéndose a la conversación de las tres mujeres–. Pensé que al darle la piel de la osa...

–¿Verdad que te deja ir con los cazadores? Entonces, no te quejes –recriminó la mujer Ipi al niño.

–Creía que no lo querías como jefe. Creía que preferías a tu hijo Eye –intervino la mujer Axa dirigiéndose a la mujer mayor.

–Quiero a Eye porque lo he parido. Pero Uru es mejor cazador. Uru es más efectivo dirigiendo a los cazadores. Quiero que vuestros bebés nazcan sanos. Deseo que las criaturas vivan. No quiero ver morir a nadie más. Uru es el mejor jefe para este grupo –declaró con firmeza la mujer Ipi, aún con el recuerdo presente de los años en que otro de sus hijos mandó en el grupo, de manera muy poco afortunada.

Al llegar al campamento, las mujeres y los niños encontraron a los cazadores de regreso, con las manos vacías y de mal humor. Las mujeres optaron por el silencio, sin mencionar que se habían estado deleitando con abundante comida en las rocas. A la mañana siguiente, tenían la intención de enseñar a los dos hombres provenientes de las tierras del oso a buscar alimento en el agua, contando con la ayuda del joven Utu para lograrlo.

Esa noche, la mujer Ipi se durmió reconociendo que aquel territorio podía ofrecerles numerosos recursos nuevos y que valía la pena aprender a explotarlos. Siempre era ventajoso no depender únicamente de las habilidades de caza de los hombres. A pesar del satisfactorio día que había disfrutado, la mujer Ipi se sentía inquieta.

Y no era únicamente por que su hijo Eye continuara enojado con el jefe Uru.

XI. En algún punto de la costa, entre los actuales ríos Llobregat y Tordera

37. PARIR UNA CRIATURA

Los humanos.

–Me preocupa el hombre descolorido. Está muy débil. Creo que pronto fallecerá
–expresó en voz alta la vieja Izi, mientras acumulaba pinaza en el rincón donde planeaba pasar la noche, en el campamento de la playa.

–Parece que haya vivido más que tú. Está envejecido, encogido y arrugado. Nunca me ha gustado. ¡Su piel es tan pálida! –comentó la mujer Ipi, haciendo una mueca con desdén.

–En su juventud fue un fuerte cazador. Pasó muy lejos de aquí. Una noche nos explicó su historia –confesó la anciana, bajando el tono de voz, como si compartiera un secreto.

–Cuesta de creer. Ahora es tan débil y sumiso. ¿Qué le pasó? –la mujer Ipi estaba intrigada.

–Unos gigantes le arrebataron su territorio. Ellos mataron a todos los integrantes de su grupo. Él y el niño lograron escapar.

–¿Qué son los gigantes?

–No estoy del todo segura. Supongo que son hombres muy altos y fuertes.

El hombre lince se encontraba bastante alejado de las dos mujeres para escuchar sus palabras. Sin embargo, de haber podido oírlas, habría tenido que darles la razón; se sentía débil, anciano y muy solo. Desde que se habían establecido temporalmente en el campamento de la playa, y ya no era necesario que el niño tejón lo llevara a cuevas, no había tenido la oportunidad de hablar con su hijo, quien siempre se mantenía apartado de él. El hombre miró al niño y se consoló al pensar que no lo había hecho tan mal, ya que lo había mantenido con vida hasta que se había convertido en un joven fuerte y capaz de valerse por sí mismo. No importaba si el niño lo amaba u odiaba. Todo esto reflexionaba el hombre mientras observaba al niño y se entretenía lanzando trozos de carne a un zorro que merodeaba por la entrada del campamento.

No era la primera vez que aquel animal se acercaba a los humanos. El hombre lince lo avistaba con frecuencia, dando vueltas alrededor de la estructura de troncos, buscando entre los restos de comida que la mujer Ipi arrojaba al exterior. Ya lo había visto en la cueva del oso y creía recordar que incluso antes de eso. El hombre pensó que aquel zorro también estaba solo y sintió empatía hacia él. Había notado que, cuando los otros lo dejaban solo en el campamento, el animal se le acercaba, pero bastaba con que alguien apareciera para que el zorro se marchara silenciosamente. Ese animal era la única compañía que el hombre poseía, y en esos días comenzó a comprender el afecto que su hijo había desarrollado por una pequeña ave blanca con el ala rota, que terminó decapitada por una osa.

El hombre sonrió al animal, cogió un trozo de carne y se lo echó. Un nódulo de sílex impactó en la espalda del hombre. El zorro se alejó con la cola entre las piernas y la carne entre los dientes. El hombre, visiblemente molesto, recibió un grito de la mujer Ipi, quien le advirtió que no volviera a desperdiciar jamás un pedazo de carne arrojándolo a una bestia tan estúpida y hedionda como esa. El hombre guardó silencio y pensó que ella también era estúpida y maloliente, y bien que comía.

El zorro

El zorro no sentía temor del hombre que llevaba una piel de gato sobre su cabeza. Lo había visto por primera vez el día que su padre cavó un túnel en la arena, permitiendo que toda la familia sustrajera carne de una ballena hallada por los humanos en la playa. Desde entonces, su presencia se había vuelto habitual. Sus progenitores habían adoptado una estrategia acertada al decidir seguir a ese grupo de humanos, independientemente de su ubicación. Los humanos eran hábiles cazadores y no solían apurar a fondo los huesos, lo que facilitaba la obtención de alimento. Además, poseían una notable destreza para desplazarse por regiones ricas en frutos y pequeños animales, lo que también beneficiaba a los zorros.

Por otro lado, había un hombre que, en lugar de arrojarle piedras como hacían los demás, le lanzaba trozos de carne. El zorro había notado que, desde hacía tiempo, aquel hombre había dejado de cazar conejos, lo cual era una lástima, ya que había alimentado a su familia de cánidos en numerosas ocasiones con conejos que emergían de madrigueras llenas de humo. Los zorros, más astutos que el hombre, aprendieron rápidamente a cazar los conejos antes de que este pudiera atraparlos.

El macho de zorro también había observado que, cuando el hombre se encontraba solo en el campamento, solía ofrecerle comida, algo que no hacía cuando tenía compañía. Y no se trataba de huesos desprovistos de carne lo que le lanzaba. Por alguna razón que desconocía, ese hombre le ofrecía trozos de carne roja y tierna.

Ese día, el macho de zorro continuó su recorrido habitual y pasó por delante del campamento para verificar si el hombre de la piel de gato se encontraba solo. Al distinguir las figuras de dos mujeres al fondo del campamento, estuvo a punto de dar media vuelta y regresar al pinar. Sin embargo, no lo hizo. Sabía que las dos mujeres no toleraban su presencia, pero también había percibido el aroma de carne en las manos del hombre, quien lo estaba esperando. No se equivocó. En cuanto lo avistó, el hombre mostró sus dientes y le arrojó un trozo de carne roja. Aunque el gesto intimidatorio de mostrar los dientes desconcertaba al macho de zorro, el hombre siempre terminaba lanzándole algún trozo de carne. Ese día, el hombre parecía especialmente agresivo, repitiendo su mueca y emitiendo un extraño sonido desde lo más profundo de su garganta. Sin embargo, el humano se mostró generoso y le lanzó varios trozos de carne muy tierna.

Cuando el zorro observó que una de las mujeres se acercaba con una piedra en la mano, salió corriendo para ocultarse en la hierba, ansioso por degustar tranquilamente el último manjar que el hombre le había ofrecido. Pero lo que el zorro no esperaba era el encuentro inesperado con las hienas. Oculta entre la densa vegetación, una hiena se levantó para lanzarse sobre él, aunque no llegó a hacerlo. El zorro cambió de rumbo y se topó con otra hiena, que, curiosamente, tampoco lo atacó. Aterrorizado por el súbito encuentro, huyó hacia su madriguera, consciente de que las hienas buscaban algo mucho más sabroso que un simple zorro.

Las hienas

El pequeño grupo de hienas descansaba sobre grandes rocas graníticas, en la cima de una colina, observando cómo la llanura que se extendía ante ellos llegaba hasta el mar. A pesar de que aquel invierno había sido árido, la hierba en los prados no se había secado por completo, y en esas horas del día, a los corzos les agradaba alejarse de la sombra de los pinos para pastar en las praderas.

La hembra dominante estaba concentrada en los olores que el viento proveniente del mar le traía. El macho y la otra hembra permanecían atentos a los movimientos de su líder. Habían estado esperando a que ella diera la orden de descender a la llanura, pero ella permanecía inmóvil. El joven macho se acercó, tímidamente, y con el hocico tocó suavemente la espalda de la hembra. Ella no se movió, absorta en algo que el macho no podía percibir. Los otros dos miembros del grupo se inquietaron, pues el hambre apremiaba, dado que llevaba días sin que probaran bocado alguno.

Cuando una hembra de corzo y sus dos crías ya crecidas se alejaron de donde las hienas esperaban, la joven hembra se impacientó e inició el descenso, emitiendo el grito que señalaba el comienzo de la caza. Sin embargo, la hembra dominante permanecía inmóvil, ignorando tanto la aparición de los herbívoros como la desobediencia de la hembra más joven. Fue el macho quien reprendió a la hembra que había comenzado a descender hacia la llanura. La joven hembra miró, incrédula, cómo el macho se atrevía a regañar a una hembra de rango superior. También observó, aún más incrédula, que la hembra dominante no castigaba la osadía del joven macho. La joven hembra volvió a escalar las rocas y, desoyendo al macho que la había amonestado, se dirigió directamente a su jefa, levantando la pata para que esta le olfateara la entrepierna y no se enfadara con ella por haber desobedecido.

Sin embargo, la hembra líder seguía distraída con algo que parecía más interesante que mantener el orden en su reducido clan.

Los humanos

Al amanecer, la anciana Izi se sintió inquieta, consciente de que el motivo era la presencia de tres mujeres embarazadas en el grupo, quienes podrían enfrentar complicaciones durante el parto. La mujer Axa estaba excesivamente hinchada, y la anciana Izi sabía que llevaba dos criaturas en su vientre. La anciana había tenido, hacía mucho tiempo, una mala experiencia durante un parto de gemelos y no deseaba revivir aquel angustioso momento. También estaba la joven Unu, quien, al ser tan inexperta, podría tener serios problemas al dar a luz. La anciana sabía que el primer parto de chicas tan jóvenes podía complicarse, y últimamente, la criatura de la joven no se movía, lo que no era una buena señal. Y, como si eso fuera poco, la chica Usu, aunque ya había parido sin dificultades en el pasado, podría necesitar ayuda, ya que se temía que el niño que iba a nacer no estuviera bien formado

Cuando el viento empezó a soplar del mar, la vieja Izi examinó detenidamente a cada una de las tres mujeres embarazadas y luego se reunió con la mujer Ipi.

–Las cosas no van bien. Debemos prepararnos. Habrá complicaciones –dijo la anciana.

–Lo sabía. Lo he notado desde hace días. Creo que la mujer Axa está esperando gemelos –respondió la mujer Ipi, también consciente del voluminoso vientre de Axa.

–Los niños están en una mala posición. Si no se colocan correctamente, no los parirá. Y no solo es ella. La chica Unu lleva a su niño muerto. La chica Usu también puede tener problemas.

–¿La criatura de Unu está muerta? ¿Estás segura?

–Estoy segura. Hace días que no se mueve. La chica comenzará a sangrar pronto. Entonces tendremos que extraerle al niño. Te explicaré cómo hacerlo.

–¿Y qué sucede con la chica Usu? –preguntó la mujer Ipi.

–El niño no está bien formado.

–Ya sé que lo dices por Utu. Nunca lo había visto. ¡Y de su hermano gemelo!

–Ya nació un niño malformado. Esta chica nunca aprenderá.

–¿Qué sucedió con el niño?

–Lo que tenía que suceder. No se permitió que el niño viviera.

–¿Y si este niño sobrevive al parto?

–Volverá a pasar lo mismo. El grupo no puede hacerse cargo. No de una criatura débil y dependiente. Estos niños mueren antes de llegar a adultos. Esta vez se lo pediré al jefe. Y el jefe Uru matará a la criatura –dijo la vieja Izi.

Las hienas

La hiena de mayor rango se mantenía en espera, consciente de lo que estaba a punto de suceder en el campamento de los hombres y conservando la calma. Mientras aguardaba, recordaba cuándo tuvo que abandonar su clan familiar, humillada y derrotada, llevándose consigo solo a una hembra joven y a un macho escuálido que únicamente le serviría para quedar nuevamente preñada.

Des de hacía unos días, ella se sentía torpe debido a su prominente abdomen. Pronto, tanto ella como la otra hembra parirían, por lo que no era prudente arriesgarse a recibir una patada o una cornada en el intento de cazar un ungulado de gran tamaño. En este momento, optaría por ser paciente y procuraría alimento sin apenas gastar energía y sin asumir riesgos. Posteriormente, buscaría un lugar adecuado para el parto, preferiblemente una cueva, alejada de la presencia humana.

No había olvidado que fueron los humanos quienes habían acabado con la vida de sus pequeños en la camada anterior.

Los humanos

A media mañana, la anciana Izi y la mujer Ipi estaban ocupadas con la joven Unu, quien había comenzado a tener contracciones. La joven, consciente de que su hijo no nacería con vida, comenzó a sangrar de manera tan abundante que la anciana temió que, si no se detenía aquella hemorragia, la joven fallecería antes de que concluyera el día. La anciana Izi introdujo una mano en el vientre de la joven, palpó la cabeza de la criatura y, al intentar extraerlo, se dio cuenta de que no salía. Retiró la mano y comunicó a la mujer Ipi que el proceso sería más largo de lo que había anticipado, ya que el niño estaba muy adentro y debían esperar a ver si la joven podía desplazarlo un poco hacia afuera antes de intentar nuevamente introducir la mano.

Justo en ese preciso instante, el hombre lince comenzó a experimentar convulsiones violentas. La anciana Izi pidió a la mujer Ipi que se dirigiera a las rocas donde rompían las olas para traer un puñado de algas pardas, que aceleraban las contracciones, y otro puñado de algas verdes, que calmaban las convulsiones. La anciana debía permanecer junto a la joven que intentaba expulsar a su hijo muerto, por lo que pidió al joven Utu que se mantuviera al lado del hombre lince, asegurándose de que el fuego permaneciera encendido y de que el hombre no se enfriara.

—¿Por qué yo? Que lo cuide su hijo —protestó el chico, sintiéndose incómodo dentro de el campamento repleto de mujeres y deseando salir a exterior, con el resto de los hombres.

—El niño no quiere quedarse. Usu lo cuidaría, pero no puede moverse. O lo cuidas tú o no lo cuidará nadie.

—De acuerdo, me quedaré a su lado. Pero solo hasta que la mujer Ipi regrese.

Utu se sentó junto al hombre lince, quien yacía en el suelo, encogido, convulsivo y tembloroso. El joven lo miró y recordó lo que el hombre le había explicado en las marismas, unos días atrás. Cuanto más lo pensaba, más convencido estaba de que había cosas que no encajaban.

–Tengo frío, ¿me acercas al fuego? –pidió el hombre enfermo.

–En las marismas explicaste cosas. Cosas del niño y de su madre. Quiero saber más –pidió el chico.

–Estoy muy cansado. Solo quiero acercarme al fuego y dormir. ¡Muéveme y déjame tranquilo!

–Hablaste de la madre del niño tejón. Dijiste que era tu hermana. Dijiste que ella era como tú. Que ella era como el niño. Afirmaste que los gigantes habían matado a todos. Que tú y el niño os salvasteis. Os salvasteis porque erais diferentes. ¿Y tu hermana? Ella también era diferente, pero la mataron. No lo entiendo. ¿Por qué la mataron? –preguntó el muchacho, mientras acercaba el hombre al fuego.

–Me duelen todos los huesos del cuerpo. Y los ojos me arden. ¿No puedes dejarme tranquilo? Tengo frío. Tengo mucho frío –repitió el hombre, que ni siquiera prestaba atención a lo que el chico le preguntaba.

–¿Por qué tienes tanto miedo de los gigantes? Dijiste que no os tocaron. No a ti y al niño.

–Los gigantes oscuros como el carbón han regresado. Los gigantes os matarán a todos. Tienes que huir –exclamó el hombre, señalando con una mano temblorosa la entrada del campamento.

–No hay ningún gigante. Te lo estás imaginando. Tienes el cuerpo muy caliente. Por eso ves estas cosas. Será mejor que intentes dormir.

El chico Utu se dio cuenta que el hombre lince estaba teniendo alucinaciones y se preguntó si realmente podría sacar algo en claro de aquel hombre que deliraba. Observó nuevamente y notó que el hombre tenía los ojos enrojecidos, la mandíbula desencajada y que todo su cuerpo temblaba.

–Los gigantes ya están aquí. Ahora todos moriréis –continuó gritando el hombre, levantándose del suelo.

–¿A dónde vas? ¡Te vas a lastimar! –gritó el chico, intentando hacer que el hombre volviera a tumbarse.

El hombre lince se incorporó, se quitó la capucha, orinó sobre las brasas, se arrodilló, hizo una pasta con las cenizas mojadas y comenzó a ensuciarse la cara.

El chico Utu se agobió, temiendo que la mujer Ipi o la vieja Izi se enfadaran con él por no haber cuidado adecuadamente del hombre enfermo.

—¡Deja la ceniza y vuelve a tumbarte!

—¡Huye ahora que puedes! —ordenó el hombre, que continuaba restregándose la ceniza húmeda por la cara y los brazos.

El muchacho Utu se apartó. El hombre lince estaba muy mal y él no podía hacer nada para ayudarlo, sólo esperar que la mujer Ipi regresara pronto con algún remedio que calmara al hombre y lo hiciera dejar de decir sandeces. Mientras esperaba sentado, observó como el hombre descolorido se embadurnaba con una mezcla de cenizas y orina. Giró la cabeza hacia la entrada del campamento, esperando ver entrar a la mujer Ipi. Cuando volvió a mirar hacia el fuego, se encontró con el hombre lince de pie, frente a él, desnudo y cubierto de negro. De repente, la imagen se formó en su mente y Utu dio un salto hacia atrás.

—¿Qué hicisteis tú y tu hermana? —preguntó el chico, asustado.

38. LOS GIGANTES NEGROS

Los humanos. Mezcla de los dos grupos

–Los gigantes oscuros como el carbón han regresado –anunció el hombre, erguido, oscurecido con las cenizas y con la mirada perdida.

–¿Qué hicisteis tú y tu hermana? –insistió el muchacho, reacio a aceptar lo que su instinto le decía.

–El gigante oscuro como el carbón está aquí. ¡Él os matará a todos! –exclamó el hombre, que se mantenía erguido y cada vez tenía la mirada más perdida.

–¿Dónde se encuentra ahora el gigante?

–Frente a ti –respondió, levantando un puño en actitud amenazadora.

Utu se quedó sin aliento al darse cuenta de que, de hecho, tenía a uno de los dos gigantes negros delante.

–¿Tú y tu hermana sois los gigantes?

–Mi hermana y yo os mataremos a todos.

–Pero, ¿por qué razón nos quieres matar?

–Porque nos odiáis, nos humilláis, nos despreciáis, nos... –dijo el hombre, cayendo al suelo, inconsciente.

Cuando la mujer Ipi regresó, reprendió a Utu por permitir que el hombre lince se ensuciara de esa forma. Al recobrar la conciencia, el hombre se encontró limpio y cubierto con pieles de caballo, gracias a la mujer. Utu permanecía a su lado, incapaz de creer las palabras que había oído.

–¿A quién buscas? –inquirió Utu al hombre lince, que despertaba lentamente.

–A nadie –murmuró el hombre–. Solo fue una pesadilla. Nada más.

–¿En la pesadilla te transformabas en un gigante? ¿Querías matarnos a todos? –preguntó el chico, notando que el hombre parecía más tranquilo.

El hombre lo miró, sorprendido, como si no comprendiera cómo el chico había podido penetrar en sus sueños. Luego vio que aún llevaba cenizas en los brazos y comprendió.

–Hace un rato delirabas. Decías cosas extrañas, cosas diferentes. Diferentes a aquella noche de sangre. Diferentes a las marismas. Ahora no sé qué pensar –continuó el joven.

–No recuerdo lo que dije antes. Estoy muy cansado –respondió el hombre, cerrando los ojos.

–Dijiste que... –el chico no pudo terminar porque el hombre lince lo interrumpió.

–Para ti todo ha sido fácil. Eres fuerte. El grupo te necesita y te respeta. Yo he sufrido mucho. Tú no puedes comprenderlo. Mi hermana y yo sufrimos demasiado. Al final, no pudimos soportarlo más. Tú no puedes entenderlo.

–Entiendo que ningún gigante llegó del mar. Que matasteis a la gente de vuestro grupo.

–El grupo en el que nacimos nos despreciaba. Sentía repulsión hacia nosotros. Los hombres nos golpeaban. Las mujeres nos apedreaban. Nos mataba de hambre. Muchas veces mi hermana quedó preñada. Cada vez el jefe le arrebatava al niño. Tú no puedes entenderlo.

–¿Cuándo os convertisteis en gigantes ala de cuervo?

–Cuando se me ocurrió hacer volar una lanza. Sin la protección del grupo te sientes solo. Siempre te mantienes en alerta. Esto agudiza el ingenio. Hice unas lanzas muy ligeras. Tenían la punta de madera afilada. Podían volar una distancia considerable. Durante la noche nos oscurecíamos con cenizas. Los animales que pastaban no podían vernos. Podíamos cazarlos a distancia, sin peligro alguno. Por fin teníamos carne roja para alimentarnos. La carne roja consiguió que nos volviéramos fuertes. Construí una tienda con palos y pieles. La tienda consiguió que el frío se fuera. Dejamos de encogernos por el frío. Nos convertimos en gigantes.

–Pero, ¡mataste a la gente de tu grupo! ¡A mujeres y a niños también! – el chico no podía aceptar que el hombre y su hermana, por mucho que hubiesen sufrido, fueran capaces de asesinar a hombres, mujeres y niños.

–Aprovechamos la oscuridad de una noche sin luna. Apagamos el fuego. Teníamos muchos palos ligeros y afilados. Los lanzamos a los vientres de aquellos malnacidos. Creo que solo queríamos matar al jefe. Quizás también a los cazadores. No queríamos matar a las mujeres. No queríamos matar a los niños. Pero algo sucedió... No pudimos detenernos. Creo que murieron todos.

–¿Te das cuenta que mataste a tu padre? ¡Mataste a tus hermanos! ¡A los hijos de tu hermana! –Utu estaba atónito por lo que escuchaba y se alejó bruscamente del hombre.

–¡He visto a un gigante! Los gigantes oscuros son terribles. Ellos matarán a todos. Si no huyes, también te matarán.

Utu comprendió que el hombre volvía a delirar, quizás por la fiebre, la debilidad general que presentaba su cuerpo, la infección que le corroía la sangre, o tal vez por aquellos recuerdos tan estremecedores.

–¿Y el niño tejón? –preguntó nuevamente el joven, cuando el hombre logró calmarse.

–El niño no es un gigante. No os causará ningún daño –el hombre hizo una pausa, buscó con la mirada a su hijo y, al no encontrarlo, prosiguió–. El niño nació de la mujer gigante. Esta no deseaba que su hijo sufriera. Cuando todos estuvieron muertos, los gigantes huyeron. Huyeron con el niño pequeño. Vivieron solos durante varias lunas. Cazaban por la noche con lanzas voladoras. También tenían una tienda. La mujer gigante fue feliz por primera vez. El hombre gigante también fue muy feliz.

–¿Dónde está ahora la mujer?

–No lo sé. Hace un momento estaba aquí. Ahora no la encuentro. ¿Me ayudas a buscarla? –suplicó el hombre, que alternaba los momentos de lucidez con los de locura.

–¿Dónde está tu hermana? –el chico cambió la pregunta.

–Muerta. Ya te lo he dicho muchas veces.

–¿Cómo murió?

–Se puso muy enferma. El niño tenía pocas lunas y aún mamaba. No supe cómo ayudarla. Al final, murió.

–¿Qué le ocurrió al hombre?

–El gigante de las lanzas voladoras también falleció. Murió cuando falleció la mujer.

–No lo entiendo. ¿Y el niño?

–El hombre que cazaba conejos lo cuidó. Buscó un grupo en el que quedarse. Un grupo con mujeres que amamantaran. ¿Dónde está ahora la mujer oscura? Quiero volver a verla. ¡Búscala! ¡Dile que debemos matar a los cazadores!

–Descansa y trata de dormir. Ahora iré a buscar a la mujer oscura –dijo el muchacho, levantándose del lado de fuego y dándose cuenta de que su padre, el jefe Uru, estaba de pie detrás de él, con un semblante serio.

Cuando el hombre lince se serenó, las convulsiones cesaron y finalmente se durmió, el chico Utu fue a buscar a su padre.

—¿Has escuchado todo lo que ha dicho? ¿Le crees?

—Se morirá pronto. Hasta entonces, no quiero saber nada más —fue la única respuesta del jefe Uru.

La respuesta de Uru no ayudó al joven a aclarar sus pensamientos. Utu no estaba seguro de si el jefe del grupo había escuchado todo o solo parte de lo que el hombre lince había confesado. El joven continuaba confundido y necesitaba tiempo para procesar todo lo que acababa de oír. Le costaba creer que el hombre lince inventara gigantes oscuros. También le resultaba difícil aceptar que fuera capaz de asesinar a personas de su propio grupo. Siempre había lo había visto sumiso, sin mostrar jamás agresividad, salvo cuando mató al viejo Uyu. Si bien era cierto que había aplastado el cráneo del anciano con una piedra, también lo había hecho para proteger al niño. Un grito de su hermana lo sacó de esos oscuros pensamientos.

—¡Ve a buscar en la vieja Izi! —ordenó la chica Usu, agarrándose con fuerza el vientre y mordiéndose los labios.

La vieja Izi estaba ocupada tratando de extraer el cadáver del niño que se negaba a salir del vientre de la joven Unu. El chico Utu corrió hacia ella y le informó que su hermana la necesitaba. La anciana empezó a sentir el peso del cansancio y a lamentarse por su edad, que ya no le permitía soportar tanto ajetreo. Mientras tanto, la joven Unu seguía necesitando su atención, Utu había dejado solo al hombre que sufría convulsiones, la mujer Ipi había regresado a la playa, y ahora la joven Usu estaba a punto de dar a luz.

El parto de la joven Usu fue aún más rápido que el de la primera vez. La anciana solo tuvo que evitar que el niño cayera sobre la hojarasca, cuando este salió repentinamente entre glebas de sangre. Al tener en brazos a la criatura recién nacida, aún unida a la madre por el cordón umbilical, la observó detenidamente. Para su sorpresa, el recién nacido era un niño hermoso y bien formado, que comenzó a llorar con fuerza. La mujer mordió el cordón umbilical, extrajo la placenta del cuerpo de Usu y se la ofreció para que la comiera. Luego lamio al niño y lo colocó sobre el pecho de su madre, que ya no sangraba.

La mujer Ipi regresó con un nuevo puñado de algas y se ocupó de la joven Unu, lo que permitió a la anciana, agotada, sentarse junto al fuego para recuperar fuerzas antes de volver con el hombre lince. Sin embargo, apenas se había calentado cuando Ipi acudió a buscarla; la mujer Axa tenía contracciones.

La anciana estaba exhausta y sabía que no tendría suficientes fuerzas para lo que estaba por venir. Entonces, pidió a la mujer Ipi que machacara las algas

pardas y las colocara sobre el vientre de la joven Unu mientras ella regresaba con la mujer que debía dar a luz gemelos.

Al introducir la mano en el vientre de Axa, la anciana logró tocar a uno de los niños y advirtió que su posición no era la adecuada. Al otro no pudo tocarlo, ya que el espacio en el vientre de Axa era limitado y le resultaba imposible maniobrar. Al retirar la mano, Axa sintió contracciones intensa y comenzó a llorar de desesperación, incapaz de expulsa a ninguno de sus dos hijos.

Los hombres y los niños continuaban en la entrada del campamento, atentos a si las mujeres requerían algo de ellos. El chico Utu parecía ausente. Por un lado, se sentía muy contento porque su hermana había dado a luz sin complicaciones y estaba feliz con su niño bien formado. Pero, por otro lado, temía que la mujer Axa muriera en el parto. Y, para colmo, aún estaba conmocionado por la confesión del hombre lince. Sin saber si debía sentir alegría o miedo, se quedó en un estado de desconcierto.

Llegó el ocaso y la situación se estancó. Los llantos de las dos mujeres que no podían dar a luz a sus hijos impidieron que nadie pudiera dormir durante toda la noche. Si al amanecer no lograban expulsar a las criaturas de sus vientres, morirían.

Los humanos.

De madrugada, la chica Unu logró parir con ayuda de la vieja que estiró tanto como pudo. La criatura ya estaba formada pero que no respiraba.

El día avanzaba y la mujer Axa continuaba de parto. No fue sino hasta el atardecer que el niño finalmente nació. Era un niño macho bien formado y sano. La segunda criatura llegó tan seguida que no dejó posibilidad a que la madre se recuperara. Al igual que el niño que nació primero, el segundo también se encontraba en una posición complicada, en parte porque venía de nalgas y en parte porque la madre ya no tenía fuerzas para empujar. La vieja volvió a introducir una mano dentro del vientre de la mujer, intentando girar el niño, pero fue en vano porque la mujer Axa se rindió.

Axa dejó de respirar cuando el corazón se le paró. La vieja Izi, con manos temblorosas, cogió una lasca afilada de piedra y amplió la abertura para poder sacar al niño, sin saber aún si este estaba vivo o ya había muerto. Una vez fuera del cuerpo de la madre, la vieja vio que la segunda criatura era otro macho, algo más pequeño que su hermano, y que tenía el cordón umbilical enredado alrededor de su cuello, y enseguida se percató de que el niño tenía la cara morada y que no respiraba. El niño había nacido muerto.

El primer niño que nació, por el contrario, rompió en un llanto agudo, lo cual indicaba su determinación por sobrevivir. La vieja Izi lo cogió y lo llevó a la chica Unu, que dormía tras toda la noche de sufrimiento. La anciana despertó a la chica y le entregó al niño.

—La mujer Axa ya no está. El otro niño se ha ido con ella. Pero este quiere vivir. Este niño necesita tu leche. Ahora tienes un hijo que cuidar —dijo a la chica, que contemplaba embelesada a la criatura.

Instintivamente la chica empezó a lamer el niño para limpiarlo de los restos de sangre y de grasa, y lo puso en su pecho. El bebé, con firmeza, se aferró al pezón, y Unu notó la subida de la leche. Sí, la vieja tenía razón; aquel niño tenía ganas de vivir.

Cuando oscureció y empezó a tronar, la vieja Izi se tumbó junto al fuego, agotada y triste por no haber podido ser más útil en aquel parto que tanto le recordaba al

de la madre de los gemelos rubios de ojos verdes. Cuanto más envejecía, menos comprendía por qué ella aún seguía viva. Observó sus brazos y piernas, tocó sus mejillas arrugadas y se preguntó cómo era posible que, a pesar de todo, ella continuase viva, en lugar de pudrirse en un hoyo tapado con piedras, como el viejo Uyu o tantos otros que le precedieron. Todos sus hijos, tanto los que tuvo bajo el liderazgo de Uyu como aquellos que nacieron siendo su padre el jefe, habían muerto. Unos pocos de estos hijos habían llegado a la edad adulta, pero ahora ya no estaban. Todos los hombres y mujeres que ella había conocido de joven, ya no estaban. Y ella todavía seguía allí, entre los vivos. Y de tan vieja, ya no podía andar sin la ayuda de los jóvenes, ni masticar todo lo que a ella le gustaba. La anciana se volvió a mirar las piernas, deformadas por la artrosis, y lamentó su incapacidad para valerse por sí misma. ¿Qué valor tenía para el grupo si ya no podía contribuir? Sus consejos caían en oídos sordos y ya no podía asistir a las mujeres en el parto. Izi se quedó dormida, anhelando un largo descanso, aunque fuese cubierta de piedras.

El jefe Uru, sintiendo el viento cambiar, levantó la mirada al cielo y ordenó a todos que se refugiaran en el campamento. La tormenta se avecinaba. En la parte más resguardada, se encendió un pequeño fuego para las dos mujeres y los dos bebés. Los truenos resonaban en el cielo, pero la lluvia aún no caía, de manera que decidieron encender otro fuego más alejado de donde descansaban las dos criaturas. En la distancia, comenzaron a verse los primeros relámpagos. En un rincón, Axa permanecía tendida, muerta, en un charco de sangre, desatendida.

—Debemos sacarla de aquí. Las hienas pronto la olfatearán—advirtió el jefe Uru, mirando en dirección al cadáver—. Mañana el hedor será muy intenso.

La vieja Izi y la mujer la Ipi echaron un vistazo al cadáver y continuaron en silencio. Las dos estaban muy cansadas y tristes.

—Deberíamos sacarla antes de que empiece a llover. No quiero hienas rondando el campamento. Deberíamos dejarla lejos —insistió Uru.

La vieja Izi suspiró, se levantó y se acercó a Uru.

—¿La dejarás tirada como una carcasa de caballo? Siempre hemos tratado mejor a los muertos. ¿O es que ya no te recuerdas?

—Claro que me acuerdo. Pero, ¿qué quieres hacer? Dentro de poco tendremos la tormenta encima. La tormenta durará toda la noche. No hay tiempo para cavar un hoyo. No hay tiempo para nada —respondió Uru, frustrado, antes de alejarse para hablar con el joven Utu.

Un rato después, Utu salió del campamento y Uru regresó junto a la anciana.

–Utu buscará un buen lugar para dejarla. Donde las hienas no tengan acceso a ella –explicó el hombre, preparándose para dormir junto al fuego.

Fuera del campamento reinaba la oscuridad, y el cielo estaba completamente cubierto. Ni rastro de la luna. Pequeñas gotas de lluvia comenzaban a caer, instando al chico a apresurarse. Utu se dirigió a los afloramientos de piedra donde se habían refugiado la noche de la tormenta. Iba atento a cualquier movimiento de la vegetación, temiendo que las hienas, atraídas por el olor de la sangre, hubiesen descendido de la colina. Buscaba una gran roca, partida en dos, que tuviera el espacio justo para ocultar un cuerpo.

Al llegar delante del amontonamiento de rocas, el cielo se abrió por un breve instante, permitiéndole inspeccionar el lugar. Entre dos bloques de granito, halló una grieta lo suficientemente ancha para acomodar a la mujer. Sin embargo, tendría que mover una pesada piedra para cubrirla parcialmente y protegerla de los depredadores. Pero confiaba en que con la fuerza del jefe Uru, lo lograría.

Al regresar al campamento, el chico Utu encontró a su padre dormitando sobre la piel de oso y sintió una punzada de ira. Recordaba cómo, ante la muerte de un miembro del grupo, todos iban hasta donde los hombres habían cavado un agujero en la tierra y ayudaban a tapar el cadáver con piedras para que ninguna bestia comiera de aquella carne. Aunque, en ocasiones, el jefe decidía aprovechar el cadáver, pero solo cuando escaseaban los recursos, algo que rara vez sucedía.

Decidido, el chico Utu despertó a su padre para que al menos él le ayudara a cubrir a la mujer.

–He encontrado el lugar. ¡Vamos! –exigió el muchacho con firmeza.

–Yo no me muevo de aquí –respondió el hombre con desgana.

–No puedo hacerlo solo. Ha de moverse una piedra muy pesada. Necesito que vengas a ayudarme –insistió el chico, dando patadas a la espalda de su padre.

–¡No me toques! Déjame tranquilo, quiero dormir.

–No podemos dejarla a merced de las hienas –insistió el chico, cesando en sus patadas.

–Axa no era del grupo de la costa. Que la cubran la gente de su grupo.

–Ya no somos el grupo de la costa. Ella ha parido un niño fuerte. Un niño que será cazador del grupo. Yo puse el niño en su vientre. Ahora ella está muerta. Debemos cubrirla con piedras. No quiero que las hienas la devoren.

—Pues, ve y cúbrela tú. A mí déjame dormir.

—¿No escuchas? No puedo hacerlo solo. Necesito la ayuda de otro hombre.

El jefe Uru nunca había tenido aprecio por Axa. Su presencia le había llevado a tener que matar a un hombre fuerte, y eso lo irritaba. Se levantó, mostrando los dientes al chico, le propinó un puñetazo en el pecho y se tumbó de nuevo, cerrando los ojos para simular que dormía.

Utu comprendió que nada podía imponerse al jefe del grupo y decidió rendirse. Se acercó al cuerpo de la mujer, lo cargó sobre su espalda y abandonó el campamento con una lanza en la mano.

—Espera, yo te ayudaré —dijo el niño tejón, levantándose—. No tengo la fuerza del jefe Uru. Pero haré todo lo que pueda para ayudarte.

—¡Vamos! —fue lo único que logró pronunciar el chico antes de salir del campamento.

Durante el trayecto, ambos mantuvieron el silencio. El niño caminaba detrás de Utu, distraído observando cómo la sangre de la mujer resbalaba por la espalda del chico, mezclándose con las gotas de lluvia. Cuando Utu sintió que la sangre le bajaba por las piernas, una ola de debilidad lo invadió. Había amado mucho a Axa, tanto que por ella había dejado su grupo de nacimiento y abandonado a su hermana. Ahora, aunque había recuperado a su hermana, había perdido a aquella preciosa mujer.

Al llegar al lugar que habían escogido, el joven dejó caer el cuerpo sin vida de la mujer sobre el suelo y se inclinó para examinarla: tenía la parte baja del vientre desgarrada, los puños cerrados y la mandíbula rígida. Al acariciar sus cabellos, sintió que era ásperos y estaban empapados. ¡Cómo le gustaba tocar aquellos cabellos, tan largos y tan espesos! ¡Y sobre todo tan oscuros! ¡Cómo echaría de menos hundir su nariz en ellos antes de dormir!

—Uno de los bebés ha logrado sobrevivir —murmuró el niño, tratando de consolar al muchacho, que se pasaba el pelo de la mujer por la cara—. Deberíamos dejarla aquí. La lluvia arrecia. El camino de vuelta se convertirá en un lodazal. ¿Dónde la quieres dejar?

—Allí. Debemos dejarla en aquella grieta.

—¿Quieres decir que va a caber? Veo la grieta muy estrecha.

—Entrará.

El chico Utu levantó a la mujer y la llevó hacia una abertura sinuosa que separaba dos enormes bloques de piedra. Pero la mujer no pasaba; la grieta era demasiado estrecha, y el niño tejón tenía razón.

—No entra. Su barriga no pasa. Aún está muy hinchada —gritó el niño, empujando el cuerpo de la mujer, que ya tenía las piernas dentro de la hendidura.

—No la dejaré así. Mañana encontraríamos pedazos de ella por todas partes. Debemos empujar más fuerte.

Ambos se sentaron sobre la mujer, usando el peso de sus cuerpos para intentar hacerla entrar. La barriga se resistía, sin importar cómo lo intentaran.

—No entra. Y tampoco podremos sacarla de nuevo. Se ha quedado atascada. Hemos de irnos. Está lloviendo mucho. Tendremos dificultades para regresar al campamento —protestó el niño, que estaba empapado y empezaba a tener frío.

—Te he dicho que no la dejaré así.

Utu rompió el mango de la lanza, donde se sujetaba la piedra, y cogió esta con la mano. Con la piedra afilada, abrió el abdomen de la mujer, liberando todos los fluidos que contenía, incluidas las dos placentas. La presión disminuyó y el volumen del vientre de Axa menguó.

—Ahora puedes empujar —dijo el chico al niño, con las manos manchadas de sangre.

Y así, Axa logró entrar. Entonces, entre los dos, movieron una piedra grande y plana para cerrar parcialmente la grieta.

—Por aquí no entrará ninguna bestia.

—Tengo la impresión que falta algo. ¿Los muertos sienten como cuando estaban vivos?

—¡Con qué me sales tú ahora! Los muertos no mueven los ojos. No hablan. No respiran. No les late el corazón. Los muertos dejan de ser —dijo el chico, sin entender por qué el niño le hacía tal pregunta.

—Quizás los muertos oyen. Quizás huelen. Pero no pueden moverse, ni hablar —comentó el niño, fijando su mirada en la grieta.

—No te entiendo. Cuando nos comemos un caballo, ¿el animal nos ve?

—Quizás un caballo no. Quizás los hombres, mujeres y niños sí. O tal vez no. No lo sé. Siento que deberíamos despedirnos de ella.

—Pues despídete rápido. O seremos nosotros los próximos en estar muertos.

El niño tejón se agachó y puso la mejilla en la piedra que cubría la grieta por la que habían dejado caer el cuerpo de la mujer. Murmuró unas palabras. Luego se levantó y, con la sangre de sus manos, dibujó en la roca dos líneas paralelas onduladas dentro de un círculo.

–Ya podemos regresar –dijo, limpiándose los restos de sangre de las manos con el agua de la lluvia.

–¿Qué le susurrabas? –quiso saber chico, tras haber recorrido un trecho del camino.

–Le dije que no tuviera miedo.

–¿Que no tuviera miedo? Pero si ya no está. ¿De qué quieres que tenga miedo? –el chico no lograba comprender lo que el niño intentaba decir.

–Miedo de no tener un buen fuego. Miedo de estar sola. Miedo de estar sin sus niños. Miedo de estar sin ti.

–Pues ya se lo has dicho. ¿Ahora ella ya no tendrá miedo? –preguntó el chico, pensando que tal vez sí debería haber susurrado unas palabras a la mujer.

–No lo sé. Padre me dijo que vigilara. Que vigilara con la mujer Axa. Me lo dijo antes de dejar el refugio. Dijo que no era una buena mujer. Pero creo que ella no tuvo la culpa. ¡La culpa es tuya! –exclamó el niño, mirando los ojos verdes del chico.

–¿Mía? ¿Por qué mía? ¿Qué he hecho yo? –Utu adoptó una actitud desafiante.

–Dejas preñadas mujeres y no eres el jefe. Ahora un niño ha nacido muerto. La mujer está dentro de una grieta. Si no hubieses... –el niño no pudo terminar, porque se encontró el puño del chico en medio de la cara.

Ambos cayeron al suelo y, en medio del barro que se formó por la lluvia torrencial, rodaron ladera abajo hasta caer en un torrente muy crecido. Se levantaron como pudieron, y el corpulento cuerpo del chico volvió a lanzarse sobre el del niño. Tras un rato de patadas, mordiscos e insultos, ambos se calmaron y se dejaron caer sobre el suelo empapado.

–¿Desde cuando tienes tanta fuerza? –preguntó Utu al niño.

–Eres un bestia. Casi me ahogas –protestó el niño.

Los humanos.

Lo que quedaba del camino lo hicieron juntos, en silencio. Cuando entraron en el campamento, la tormenta se había vuelto muy violenta. Se acercaron al fuego para secarse las pieles y allí encontraron a la vieja Izi que los aguardaba con una expresión de enojo en su rostro.

—Habéis olvidado los bebés nacidos muertos. ¡Tendréis que salir de nuevo! —exclamó Izi enfadada.

—No pienso ir a ninguna parte. Me da igual los bebés —respondió el chico Utu, visiblemente cansado y adolorido.

—¿Y qué quieres que haga con ellos? ¡Mañana el campamento estará plagado de cuervos! ¡No los quiero aquí! Llévalos con la mujer Axa —gritó la vieja Izi, nerviosa y furiosa por la negativa del joven.

—¡Ve tú, vieja gritona! —replicó Utu, elevando también la voz.

—¡No me hables así! No eres más que un crío egoísta.

—¿Quieres que te muestre cuán crío soy? —gritó Utu, imponiendo su corpulento cuerpo al de la menguada mujer.

El jefe Uru, harto de los gritos del chico y la vieja, cogió los cuerpos pequeños de los dos niños que no habían llegado a nacer vivos y los arrojó por encima de la empalizada del campamento, tan lejos como pudo, en dirección a la playa, bajo la mirada inquisitiva de la vieja Izi.

—No era necesario que te levantasess para esto. Yo misma podría haberlo hecho. Esta noche la playa se llenará de hienas. ¡Saldrás tú a echarlas! —volvió a gritar la anciana Izi, enfadada con el jefe del grupo.

—¡Pues saldré! ¡Déjame en paz, vieja inútil! —el hombre, agotado por noches de escaso sueño, solo anhelaba un poco de tranquilidad.

—No me llames vieja inútil. No me mandas.

—¿Quieres que te lance también? Tanto que presumes de tus conocimientos en partos. La mujer Axa ha muerto. Esas criaturas han nacido muertas. ¡Buena

parturienta estás tú hecha! Eres una vieja inútil. Ya no sirves por nada –gritó el jefe Uru, muy irritado.

Izi, a punto de replicar, se mordió la lengua y se alejó al rincón del campamento donde las dos chicas y los bebés descansaban. Era cierto, nunca había experimentado la pérdida de una madre y sus niños en una misma noche. Quizás el jefe Uru tenía razón: ya era demasiado vieja para ayudar. Se sintió terriblemente cansada y decidió hablar con la joven Usu.

–Demasiadas muertes en tan pocos días. Esto no puede ser bueno para el grupo. No me gusta este grupo. Aquí nadie me quiere. Quiero volver al abrigo del risco.

–Ya no hay abrigo. No hay otro lugar al que ir. Yo te quiero. Te necesito. Quédate para ayudarme con el niño. ¿Quieres cogerlo? –la chica puso la criatura en los brazos de la vieja y observó como a la anciana se le iluminaba la cara.

–Es igual que tú, cuando naciste –Izi devolvió el niño a su madre–. Debemos dormir un poco. Las dos estamos cansadas.

Cuando ambas mujeres se quedaron dormidas, el chico Utu se acercó sigilosamente a su hermana, evitando despertar a la chica, a la anciana y al bebé. Apartó las pieles para mirar al niño y observó que sus extremidades estaban bien formadas y su cabeza parecía fuerte. Era un niño normal y tan hermoso como su madre. Entonces, la joven se despertó y sonrió a su hermano.

–El niño está bien hecho y está sano. Chupa la leche con ganas. Este niño vivirá. Será tan fuerte como su padre –dijo la joven, medio dormida.

–Lo veo. Me alegro por ti. Estoy contento de que tengas ganas de vivir.

–No volveré a estar triste. Ahora tengo al niño. Ahora te tengo a ti. Lamento que Axa haya muerto –susurró Usu, antes de quedarse dormida de nuevo.

El chico cubrió con las pieles al bebé y se tumbó junto a su hermana. También se durmió, sintiendo la ausencia de la mujer Axa.

La mujer Ipi se acomodó junto a la chica Unu, preocupada por su bienestar. La joven acababa de presenciar cómo el jefe Uru arrojaba a su bebé muerto por encima de los troncos, y temía que la chica rechazara al niño vivo.

–¿Por qué mi niño ha muerto? ¿Por qué el de Axa está vivo? ¿Por qué yo estoy aquí y ella no? –preguntó la joven a la anciana.

–No lo sé. Eso sucede y ya está. Axa ya no está. Tu niño sí. ¿Qué más necesitas saber? Ahora tienes un niño. No importa de dónde venga. Tienes que criarlo fuerte y sano. El grupo lo necesita. Debe convertirse en cazador. ¿Sabes hacerlo?"

–Sí. Aprendí mucho de mi madre. Cuando ella cuidaba a la pequeña. Sé lo que tengo que hacer –respondió la joven, orgullosa, mirando embelesada el rostro redondo del niño en sus brazos.

Unu se convenció de que la anciana tenía razón; no importaba quién había dado a luz al niño, lo esencial era que solo ella podía cuidarlo. Con esos pensamientos, también se quedó dormida.

Poco después de que el último humano del campamento se quedara dormido, un fuerte trueno despertó a todos y el campamento se iluminó. El trueno resonó tan cerca que hizo que hombres y mujeres se reunieran en el rincón donde estaban las dos chicas y de sus criaturas, al fondo del campamento. El fuego se había apagado y la lluvia caía sin cesar. Afuera, al otro lado de la empalizada, un árbol ardía en llamas. Otro relámpago iluminó el cielo y el trueno tardó unos instantes en dejarse oír. Fue entonces cuando Utu se dio cuenta de que nadie había ayudado al hombre lince, que seguía dormido bajo la lluvia. Se acercó y lo levantó en brazos para llevarlo a donde estaban los demás. Lo encontró frío y rígido. El resto del grupo no se atrevió a acercarse hasta que los truenos se alejaron. Entonces, se animaron a tocar las pieles del extraño. El hombre estaba realmente rígido y no respiraba.

–¿Cuándo se murió este? –preguntó el jefe Uru, quien nunca había mostrado simpatía por el hombre diferente.

–No lo sé. ¿Quién le llevó comida anoche? –inquirió la anciana Izi.

–Siempre le llevo comida. Desde que parí al niño no me he acercado –respondió Usu.

–¿Quién fue el último que estuvo con él? –volvió a preguntar Izi.

–Creo que fui yo –confesó Utu–. Fue cuando Ipi fue a buscar algas. Me dijiste que cuidara del hombre. Estuve con él un buen rato. Aún estaba vivo. A veces deliraba. No sabía lo que decía. Entonces empezó el parto de mi hermana. Vine a buscarte. Olvidé por completo de él.

–¿Este hombre lleva muerto desde entonces? ¿Nadie se dio cuenta? –preguntó el jefe Uru–. ¿Qué hacía el hijo del hombre? ¿No vio que su padre se moría?

El niño tejón abrió la boca, pero no supo qué responder. Se había olvidado completamente de su padre. Desde hacía tiempo que el hombre lince no era más que un cuerpo inerte que se consumía. Desde que se habían asentado cerca de la playa, no le había dirigido la palabra.

El jefe Uru se acercó al cadáver del hombre y lo tomó de los pies. Una vez bien sujeto, se echó hacia atrás, separó las piernas y comenzó a girar con fuerza. La cabeza del hombre blanco chocó contra un tronco de la empalizada, resonó un crujido y la capucha de lince cayó al suelo. Uru se alejó un poco más y siguió girando el cadáver. Cuando creyó tener suficiente velocidad, lo soltó, y el cuerpo salió disparado hacia el exterior, estrellándose contra las rocas de la playa, donde todos sus huesos se quebraron con el impacto.

El jefe Uru se volvió hacia el chico Utu y la vieja Izi, que lo miraban reproche.

—¿Qué queráis? Llevaba muerto aquí dentro demasiado tiempo. Con esta tormenta, nadie saldrá del campamento. Nadie saldrá a cavar un hoyo. La noche pasada fuisteis muy imprudentes. Para cubrir a Axa, os pusisteis en peligro. Fuera hay un grupo de hienas —justificó el jefe del grupo su acto tan poco compasivo.

—Se merecía un trato mejor. No ser arrojado como un hueso de jabalí —protestó la vieja Izi, mirando al niño tejón, que continuaba en silencio con la mirada fija en la dirección donde su padre había sido lanzado.

—¡Tu no sabes lo que hizo! Por mi que se lo coman las hienas. —exclamó el jefe Uru, molesto por el reproche de la anciana.

Estas últimas palabras impulsaron al niño tejón a levantarse del rincón donde estaba sentado y, con un puñetazo en la mandíbula, derribó al jefe Uru, que cayó al suelo, medio aturdido. Todos quedaron boquiabiertos ante la osadía del niño. El niño miró su mano y notó que se había roto un par de dedos, aunque no sentía dolor. Recogió la piel de lince del suelo y se la llevó al rincón donde estaba la niña Ebe, que lo miraba con sorpresa.

Cuando el jefe Uru volvió en sí, preguntó qué había pasado. Utu se apresuró a decir que el jefe Uru había girado tan rápido que se había mareado y había caído. Nadie se atrevió a contradecir las palabras del chico, sabían que si el hombre se enteraba de que había sido el niño quien lo había golpeado, no dudaría en acabar con su vida. El jefe Uru, acariciándose la mandíbula mientras el silencio se hacía incomodo, reconoció que lo que decía su hijo era cierto: dar demasiadas vueltas solo llevaba a marearse. Recordaba haber lanzado al hombre descolorido, pero no podía precisar qué había ocurrido después ni por qué su mandíbula le dolía.

Las hienas

Aquella noche también fue muy larga para todas las bestias que se congregaron en la playa.

A pesar de la fuerte lluvia, los tres miembros del reducido clan de hienas fueron testigos de como dos cuerpos pequeños salían despedidos por encima de la empalizada, en dirección a la playa. La hembra dominante dio la orden, y la hembra joven y el macho se acercaron a los dos trozos de carne tierna. Pero contrariamente a lo que estaba establecido, la líder no fue la primera en alimentarse; en su lugar, se tumbó en la arena, esperando. La otra hembra y el macho dudaron, con la carne delante suyo, pero sabían que no podían devorarla hasta que su la hembra que lideraba diera el primer paso. El macho tenía tanta hambre que la saliva segregada se le derramaba de la boca y se atrevió a acercarse al cadáver de uno de los bebés. Observando la inacción de su jefa, comenzó a destrozar los huesos de la pequeña criatura. La hembra joven no tardó en unirse a él, atrapando el otro cuerpo y desgarrándolo de un solo mordisco. La hembra adulta continuaba vigilante, esperando su momento.

Cuando el hombre blanco salió disparado hacia las rocas, el macho y la hembra joven estaban tan absortos en su lucha por los escasos restos de las criaturas que no lo vieron. Cuando finalmente se dieron cuenta, ya era demasiado tarde. La líder se había hecho dueña del cuerpo del hombre y, con un repertorio de gruñidos, dejó claro que aquel festín era solo para ella.

El zorro

El animal había escuchado el alboroto de las hienas y rápidamente se apresuró a la playa. Al instante, reconoció el aroma de la carne que había desatado la pelea entre dos de las hienas. El olor le evocó recuerdos de su padre trayendo presas a la madriguera donde él y sus hermanos, aún cachorros, aguardaban con ansias. Aquella fragancia y el sabor de la carne tierna eran memorias que no se desvanecían fácilmente. El zorro se acomodó a una distancia prudente de las hienas, sabiendo que, cuando se trataba de esas bestias, lo mejor era tener paciencia. Era probable que, cuando las carroñeras se alejaran, no quedara nada de la carne ni de los huesos de los humanos caídos.

Cuando las hienas finalmente se retiraron, llevando entre sus dientes los huesos que habían podido recuperar, el zorro se acercó al lugar donde habían estado alimentándose, solo para descubrir que no quedaba nada que roer. A pesar del hedor que impregnaba el aire, el zorro macho logró olfatear un pequeño

trozo de carne humana. Al encontrar una mano, la examinó detenidamente, la olfateó y supo a quién pertenecía, no solo por su decoloración, sino por el olor que emanaba. Esa mano recordaba el mismo aroma que los pedazos de carne que el hombre con gato en la cabeza solía lanzarle. Se acomodó junto a la mano y se dio cuenta de que ya no habría más humanos que le ofrecieran esos trozos de carne tierna y roja, por lo que tendría que volver a buscar entre los restos que estos arrojaban fuera de su campamento.

Un bostezo se le escapó mientras masticaba la escasa carne de aquella mano pálida.

El leopardo

Al despuntar el alba, un leopardo intentó acercarse a la carne que yacía en una grieta de una gran roca granítica. Pero no logró alcanzarla, y en su intento, se rompió una uña, lo que lo llevó a renunciar a probar aquella carne humana.

Los truenos se apagaron, los relámpagos se extinguieron y la lluvia continuó su curso.

AL CABO DE UNA POCAS LUNAS, EN EL MISMO LUGAR

41. UNA PRIMAVERA TRAS OTRA

Los humanos

Al chico se le estaban quedando las piernas dormidas.

Había estado agachado, con las rodillas encogidas, tanto tiempo que ya no sentía los pies. La responsabilidad le pesaba y trataba de no perder la concentración. El jefe Uru lo había colocado en una posición privilegiada para la caza, la mejor desde que comenzó a acompañar a los cazadores. Era hacia él que los hombres debían empujar la presa y sería él quien clavaría la lanza primero en la carne del animal. Pero nada de ello sería posible si, al incorporarse, sus piernas no le respondían.

El niño tejón volvió a concentrarse, a escuchar con atención los sonidos del bosque y, al percatarse de que tanto los hombres como la presa aún estaban lejos, se levantó lentamente. Dejó la lanza en el suelo y se frotó las pantorrillas. No hacía mucho tiempo que se había fracturado dos dedos de una mano, y aunque ya estaban sanados, el dolor persistía, especialmente en días húmedos.

El gamo tardó en aparecer. Al principio, el niño escuchó cómo los hombres lo empujaban hacia él, y luego cómo lo rodeaban. Cuando captó el olor del miedo del animal, corrió con la lanza preparada. Sus piernas respondieron y fue el primero en hundir la piedra afilada en el costado del gamo, que cayó, herido. Tuvo tiempo de retirar la lanza y volver a clavarla, esta vez más adentro. Cuando el jefe Uru, el chico Utu, Eye y su hermano llegaron hasta el gamo, este ya había dejado de respirar. Sin embargo, cada uno de los hombres le clavó su arma en las costillas, no solo para asegurarse de que no se levantara, sino también para liberar la tensión acumulada durante la cacería.

El chico Utu fue el primero en golpear con el dorso de la mano el pecho del niño, que no pudo evitar sonreír. Eye y su hermano también lo hicieron, aunque con menos entusiasmo. El jefe Uru no dio ningún golpe, pero exclamó en voz alta para que todos escucharan, que el niño lo había hecho bien y que podía considerarse un cazador del grupo.

Mientras retiraban los intestinos y la vejiga del animal, el niño fue incapaz de dejar de sonreír. No sabía muy bien por qué, pero pensaba en su padre y sonreía; pensaba en la niña Ebe y sonreía. Incluso cuando el bazo del gamo reventó, derramando su contenido sobre sus pieles de conejo, el niño sonrió.

Los cuatro cazadores conocían los planes del jefe Uru: si tenían éxito en la cacería, al día siguiente abandonarían el campamento de la playa para desplazarse a los territorios del interior, en busca de lugares ricos en recursos para alimentar al grupo hasta la época de concentración de los cérvidos. Entonces se dirigirían a la cueva del oso. Estarían de camino un par de lunas, sino más, porque avanzarían sin prisa, recogiendo frutos, raíces, huevos y animales de pequeña talla que encontraran por el camino. Dado que durante el trayecto probablemente no podrían abatir un animal corpulento de carne roja, había que aprovechar al máximo la carne del gamo. Por ello, Uru ordenó llevar el cadáver entero al campamento.

Al llegar al campamento de la playa, todas las mujeres y los niños supieron quién había sido el primero en clavar la lanza, porque Uru y los tres hombres habían ralentizado su paso deliberadamente para que el niño fuera el primero en llegar.

Ese anochecer, con el estómago satisfecho y tumbado junto a los cazadores, el niño sintió que, por primera vez en su vida, era parte del grupo, y volvió a sonreír.

Tan pronto como acabaron de comer, hombres, mujeres y niños se durmieron, pues al día siguiente emprendían el camino y era necesario estar descansados.

El niño, sin embargo, no podía dormir. Intentaba hacerlo, pero los latidos fuertes de su corazón se lo impedían. Cada vez que cerraba los ojos, las imágenes de la cacería volvían a su mente, acelerando los latidos. Consciente de que no podría conciliar el sueño en ese estado, se levantó del lado de la niña Ebe y tomó la capucha de lince que había guardado desde aquella noche en que su padre fue arrojado por encima del campamento. Pasó un buen rato oliendo la piel, apretándola contra su pecho. Sabía que, si ahora era aceptado por los cazadores, era en parte porque el hombre lince ya no estaba. Y ahora que su padre ya no estaba, él podía ver las cosas con más claridad y reconocer que, a pesar de todo, su padre había cuidado bien de él. Y volvió a sonreír.

A la luz de la luna, el niño lanzó la capucha de lince al fuego y se entretuvo mirando como se consumía. Se quitó su capucha de tejón y la examinó con atención.

—Te queda pequeña —dijo la niña Ebe, medio dormida, incorporándose y sentándose junto al niño.

–Padre tenía razón. No está bien curtida y huele mal. Es cierto que me queda pequeña. Al amanecer me acercaré a la tejonera. Tendré que matar un tejón bien gordo. Me haré una capucha nueva.

–Una capucha nueva para el chico cazador.

–¿Ya no soy el niño tejón? –preguntó, acariciando el pelo de la niña con el dorso de la mano.

Ebe dio un bostezo, se frotó los ojos con los puños y respondió.

–Ahora tu nombre es chico tejón.

Con las primeras luces del nuevo día, los dos bebés estallaron en llantos, exigiendo su comida y de paso, despertando a todos. Cuando el niño entró al campamento arrastrando un tejón muerto por una pata, las dos chicas que estaban amamantando a sus hijos lo saludaron. A pesar del cansancio y la falta de sueño, él devolvió el saludo con un gesto de cabeza. Se tumbó junto al fuego que la vieja Izi estaba avivando y anunció que tenía hambre.

–Esta mañana tú no comes –le dijo la vieja.

–¿Cómo que no? –preguntó el niño, sorprendido.

–No. Este tejón ha comido por ti.

–¿Cómo? ¿Qué? –preguntó el niño, y luego se calló, encarando a la anciana–. Algo tenía que usar de cebo. No se lo digas a los demás.

–No se lo diré. Pero si tienes hambre, te comes el tejón –reafirmó la vieja Izi.

–¿Qué cuchicheáis tú y la vieja? –preguntó la niña, aún con legañas en los ojos mientras se acercaba al fuego.

–Nada. Hablábamos de este tejón. Mira, Ebe, pronto tendré una capucha nueva. ¿Tienes hambre? Ayúdame a sacar la piel. Luego lo ponemos a asar al fuego –dijo el niño, cogiendo el animal muerto por la cabeza y dándole una piedra afilada a la niña para que lo abriera en canal.

–Nunca he comido tejón. ¿Es bueno? Parece bueno. ¿Qué hacemos con los huesos de la cabeza? ¿Los dejamos dentro de la piel? ¿O quieres la piel sin los huesos? ¿Te costó cazarlo? ¿Quieres que...?

–Para Ebe. No puedo contestar a todo. Sí, la carne de tejón es buena. Con mi padre lo cazábamos a menudo. Creo que dejaré los huesos dentro la piel. Ha sido difícil de cazar porque es miedoso. Si te huele, no sale de la tejonera.

–¿Cómo has conseguido que saliera?

–¡Ya te lo digo yo como! –saltó la vieja, metiéndose en la conversación de los dos niños–. El niño ha robado grasa del gamo. La que guardaba para Usu y Unu. Ellas amamantan, el niño no.

–¿Ah sí? ¿Y qué? Él fue el primero en clavar la lanza. ¡No le llames más niño! Ahora es el chico tejón –defendió la niña, toda ofendida.

–Cámbiale el nombre si quieres. Pero sigue siendo un niño.

Al niño tejón nunca le habían gustado las discusiones, y la pelea entre la anciana y la niña lo estaba agobiando. Cogió el tejón muerto y se sentó en la entrada del campamento, donde, a pesar de que el calor del fuego no llegaba, reinaba la tranquilidad. Con calma, comenzó a retirar las tripas y los fluidos del interior del animal, separando la carne de la piel. Concentrado en su tarea, no se dio cuenta de que la chica Unu se sentaba a su lado.

–Dañarás la piel de la cabeza del tejón. Usa esta otra piedra –la chica apartó con suavidad al niño que dormía en su pecho y sacó, entre las pieles, un cuchillo de sílex muy afilado.

–Es una herramienta muy bien hecha. Eres una experta talladora de piedra, Unu. El grupo tiene mucha suerte de contar contigo –reconoció el niño, acariciando con la yema de su dedo el filo cortante de la piedra, cuidando de no lastimarse.

–Y también tiene suerte de tenerte a ti. Te has convertido en un cazador ágil. En un cazador fuerte. Cuantos más cazadores haya en un grupo, mejor... –de repente, la chica se quedó en silencio y giró la cabeza hacia la hoguera, atraída por los gritos de la anciana Izi y de la niña Ebe–. ¿Qué les sucede a esas dos? ¡Me van a oír como despierten al niño!

A media mañana, todos estaban listos. Apagaron el fuego y recogieron las pocas pertenencias que llevarían consigo: las herramientas de piedra, algún nódulo sin terminar, las pieles, algunos objetos de madera, las lanzas y toda la carne del gamo cazado el día anterior. Dejan atrás la estructura de palos y las esteras de algas, así como las astillas de piedra desechadas y los restos de los huesos de los animales consumidos, algunos bien chamuscados. Ese campamento les había servido bien, pero era hora de buscar nuevos territorios, donde los recursos aún no se hubieran agotado, esperando que los ciervos se reunieran y anhelando llegar a la cueva del oso en el momento justo.

–¿No te llevas tus queridos palos largos? –preguntó con una sonrisa el chico Utu al niño tejón, mientras hacía muecas a la criatura que la chica Usu llevaba en

la espalda y que ya le sonreía.

–No, ya no. Creo que no los necesitaré más.

–Esos palos no servían para nada. Ahora dormirás entre nosotros. ¿Mira qué guapo es? –el chico seguía embelesado con el pequeño de pocas lunas que a veces reía y otras lloriqueaba, dependiendo de si Utu sacaba o escondía la lengua.

–Me entristece dejar la playa. Siempre me ha gustado, desde niña –exclamó Usu, acomodando a la criatura entre sus pechos para que no viera las muecas de su hermano. Luego se volvió hacia el niño tejón.

–En la playa es donde te encontramos. Estabas en los huesos y medio muerto de hambre. Estabas con el hombre lince. ¿Lo recuerdas? Esa tarde en que la ballena murió en la arena.

–Parece que fue hace mucho tiempo. Como si le hubiera pasado a otro –respondió el niño.

–Entonces yo acababa de perder a una criatura. Ahora tengo un niño.

De repente, la expresión de la chica cambió; la imagen de la ballena varada y las comidas hechas con su carne y su grasa iluminó su rostro. Con determinación, le ordenó al niño que hiciera algo.

–Haz en la arena lo que sabes hacer. Lo que haces con un palo. Quiero ver de nuevo esa ballena varada.

Al principio, el niño pensó en protestar y decir que no tenía ganas de hacer nada con un palo, pero luego recordó que desde la muerte del viejo Uyu, nadie le había pedido que hiciera un dibujo. Así que dejó caer todo lo que llevaba en los brazos, buscó un palo largo y delgado y, de pie, comenzó a trazar en la arena húmeda la silueta de una gran ballena.

Mientras el niño dibujaba, todos los miembros del grupo se acercaron a observarlo. Para ninguno de ellos era una novedad que al niño le gustara hacer marcas en la arena o en el barro con la forma de diferentes animales. Todos lo habían visto y, sin entender su propósito, pronto perdían el interés. Cuando el niño terminó el dibujo, los allí reunidos comenzaron a girar la cabeza en diferentes direcciones hasta que la chica Usu aclaró que lo que había marcado en la arena era una ballena. La mujer Ipi, la niña Ebe, Eye, el hermano de este y la mujer que tenía a los dos niños ya crecidos nunca habían visto una ballena, así que no comprendieron el dibujo, dieron media vuelta y empezaron a caminar por la playa. Entonces, el azar quiso que una inesperada y crecida ola llegara hasta los pies del niño, llevándose en su retirada al animal grabado en la arena.

–El mar te ha robado la ballena –dijo, medio en broma, el chico Utu, que sí

conocía al animal y reconoció el dibujo.

—No importa. No sirve para nada —el niño arrojó el palo con el que había dibujado y comenzó a cargar nuevamente con todo lo que tenía que llevar.

La anciana Izi también había reconocido la silueta del cetáceo y se quedó de pie, concentrada, observando cómo las olas borraban lo que el niño había marcado con tan poco esfuerzo. Sin dejar de mirar la arena, expresó en voz alta sus pensamientos.

—Quizás sí sirva para algo. Solo que no lo sabemos.

—¿Tú crees? Nadie más sabe hacerlo. Si fuera útil, alguien lo habría hecho antes —respondió el niño, caminando en dirección opuesta a las olas—. Lo que hago no sirve para nada.

La anciana seguía inmóvil, absorta en el vaivén del mar, y volvió a expresar sus pensamientos en voz alta, a pesar de que ya nadie podía escucharla.

—Quizás algún día encuentres a alguien como tú. Entonces sabrás para qué sirve.

En ese instante, el jefe Uru comenzó a gritar que, si continuaban a ese paso, la oscuridad les alcanzaría y no encontrarían ningún lugar donde pasar la noche. El chico Utu hizo la última mueca al niño de Usu y corrió hacia la delantera del grupo, posicionándose ligeramente en uno de los flancos, protegiendo a las mujeres y los niños que avanzaban primero. El niño tejón se quedó en la retaguardia del grupo, a la altura de la anciana Izi, que ese día se negaba a ir a la espalda de alguien más joven. Cuando la niña Ebe retrasó su marcha para situarse a su nivel, el niño protestó.

—Ebe, regresa con las mujeres y los niños. Debo concentrarme. La anciana y los bebés son vulnerables. Debo estar alerta. Vuelve con tu madre.

—Quiero saber algo.

—¿Qué cosa, Ebe?

—Tú ya eres un cazador. Yo todavía soy una niña. ¿Me querrás igual?

—Claro que sí, Ebe.

Cuando se levantó el viento del sudeste, el aire húmedo y frío se impregnó de diminutas gotas de sal y del aroma de las algas acumuladas en la playa, como si el mar quisiera despedirse de los miembros del grupo.

El niño tejón se volvió por última vez hacia la playa. Allí, él y su padre habían

encontrado al grupo una tarde en que una ballena decidió morir en la arena. Allí su padre había desaparecido entre las mandíbulas de las hienas. Allí él se había convertido en el cazador que siempre había anhelado ser.

El niño volvió a girarse y miró hacia adelante. Esos hombres, mujeres y niños eran su grupo. Y era un buen grupo, a pesar de todo lo que había sucedido. Era un grupo con futuro. El niño dirigió su mirada a cada uno de los cuatro hombres, hombres fuertes y valientes, pensó, mis hermanos de cacería. Luego se concentró en las mujeres, dos mayores, pero sabias, y tres jóvenes, fértiles y con coraje. También fijó su atención en los niños, dos mayores que pronto querrían acompañar a los cazadores y dos bebés sanos con ganas de vivir. Y, por último, estaba la niña Ebe, que siempre lo había aceptado tal y como era y que siempre sería su amiga.

Sí, ese era un buen grupo y el niño formaba parte de él.

De pronto, el viento cambió de dirección y el aire se impregnó del aroma resinoso de los pinos. La vida seguía su camino y la primavera traía consigo promesas de abundantes cacerías en otros lugares.

Sí, la vida continuaba su curso y el grupo se movía a su compás.

Como siempre había sido.

Una primavera tras otra.